Farmers Branch Library
36120 51460 6478

Los bosques de Maine

Henry David Thoreau

Ediciones de
Dando Pata

Henry David Thoreau, escritor, filósofo y naturalista estadounidense. Nació el 12 de julio de 1817, en Concord (Massachussets), y estudió en la Universidad de Harvard. Durante algunos años trabajó como profesor y tutor, tanto en Concord como en Staten Island (Nueva York). Entre 1841 y 1843 vivió en la casa del ensayista y filósofo transcendentalista, también estadounidense, Ralph Waldo Emerson. Dos años más tarde se trasladó a una cabaña a orillas del Walden Pond, un pequeño lago situado en las afueras de su ciudad natal. Su estancia en la cabaña se prolongó hasta 1847. Regresó de nuevo a la casa de Emerson, en la que vivió entre 1847 y 1848, y finalmente, en 1849 se trasladó a Concord, con sus padres y su hermana. Durante su estancia en la cabaña y, más tarde, en su ciudad natal, Thoreau se ganó la vida realizando variados y múltiples oficios, dedicando la mayor parte de su existencia al estudio de la naturaleza, a meditar acerca de problemas filosóficos, a leer a los clásicos de la literatura griega, latina e inglesa, y a conversar con sus vecinos. Durante su vida sólo pudo ver publicadas sus obras: *Una semana en los ríos Concord y Merrimack* (1849) y *Walden, o la vida en los bosques* (1854). Thoreau eligió ir a la cárcel, aunque sólo por una noche, en lugar de pagar los impuestos a un gobierno que admitía la esclavitud y estaba envuelto en una guerra con México. De ahí surge su ensayo más conocido, *Desobediencia civil* (1849). En él, sentó las bases teóricas de la resistencia pasiva, un método de protesta que, más adelante, adoptarían Mahatma Gandhi o Martin Luther King. Thoreau murió en Concord el 6 de mayo de 1862.

FL
974.1
THO
SPANISH

NOV 2007

Farmers Branch Manske Library
13613 Webb Chapel
Farmers Branch, TX 75234-3756

DANDO PATA/5

LOS BOSQUES DE MAINE

Henry David Thoreau

Ediciones Baile del Sol

Farmers Branch Manske Library
13613 Webb Chapel
Farmers Branch, TX 75234-3756

Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste Tenerife. ISLAS CANARIAS
http://www.bailedelsol.org - E-Mail: bailesol@idecnet.com

Parte I

El 31 de agosto de 1846 partí desde Concord, en Massachusetts, en compañía de un pariente[1] que se dedica al comercio maderero en Bangor, viajando por ferrocarril y vapor hacia esa población y los bosques de Maine, para dirigirnos a un dique en el ramal occidental del Penobscot, en cuya adquisición estaba él interesado. Desde ese lugar, que se encuentra a treinta millas de la carretera militar de Houston[2] y a cinco más allá de la última cabaña de troncos, me proponía efectuar excursiones al Monte Ktaadn, la segunda mayor elevación de Nueva Inglaterra, distante unas treinta millas, y a algunos de los lagos del Penobscot, ya fuera solo o con el acompañamiento que pudiera agenciarme. En esa época, en que las actividades madereras han cesado, no es habitual encontrar un campamento en una zona boscosa tan lejana, y me alegró poder aprovechar la circunstancia de que por entonces hubiera allí una cuadrilla de trabajadores dedicados a reparar los daños causados por los desbordamientos debidos al deshielo primaveral. A la montaña se puede acceder de forma más fácil y directa, a caballo o a pie, desde el flanco nordeste, por el camino del Aroostook,[3] y por el río Wassataquoik ; pero en tal caso se disfruta mucho menos del entorno natural, muy poco del

[1]. George A.Thatcher, primo de Thoreau.

[2]. Carretera terminada en 1831 por el ejército norteamericano para comunicar con una base militar en Houston.

[3]. Carretera a Fort Kent, al norte de Maine, construída en la década de 1830.

glorioso paisaje fluvial y lacustre, y no se tiene la experiencia del *batteau*[4] y la vida del barquero. Yo tenía suerte, además, en lo relativo a la estación del año, ya que en verano los enjambres de moscas negras, mosquitos corrientes y otros muy pequeños o, como les llaman los indios, «no-visibles», hacen casi imposible andar por el bosque.

Al monte Ktaadn, cuyo nombre es una palabra indígena que significa «la tierra más alta», ascendió por primera vez el hombre blanco en 1804. Fue visitado por el Profesor J. W. Bailey[5], de West Point, en 1836; por el Geólogo Estatal, Dr. Charles T. Jackson[6], en 1837; y por dos jóvenes de Boston[7] en 1845. Todos ellos han producido sendos relatos de sus expediciones. Desde que estuve yo, otros dos o tres grupos han realizado la excursión y narrado sus experiencias. Aparte de las indicadas, muy pocas personas, incluso entre los habitantes del bosque y los cazadores, han subido al Ktaadn, y pasará mucho tiempo antes de que la moda viajera se encamine en esa dirección. La región montañosa del Estado de Maine se extiende desde cerca de las Montañas Blancas, ciento sesenta millas al nordeste, hasta la cabecera del río Aroostook, y su anchura es de aproximadamente sesenta millas. La zona agreste o no cultivada es mucho más extensa. En consecuencia, unas pocas horas de viaje en esa dirección llevarán al curioso al borde de una primigenia espesura, puede que más interesante, en todo sentido, que el sitio al que llegarían yendo mil millas hacia el oeste.

[4]. En francés, embarcación, en este caso de fondo plano y con ambos extremos en punta (N.del T.: en francés lleva una sola t).

[5]. Jacob Whitman Bailey (1811-1857), profesor de química, mineralogía y geología en West Point.

[6]. Dr.Charles T. Jackson (1805-1880), geólogo, físico, químico, profesor en Harvard y cuñado de R.W. Emerson.

[7]. Edward Everest Hale y William Francis Channing, quien era primo de Ellery Channing, íntimo amigo de Thoreau.

A la mañana siguiente, martes 1 de septiembre, mi acompañante y yo partimos «río arriba» desde Bangor en una calesa, esperando ser alcanzados a la noche siguiente en Mattawamkeag Point, distante unas sesenta millas, por otros dos bangorenses que habían decidido unirse a nosotros en una excursión al monte. Llevábamos cada cual un morral o talego con la ropa y artículos indispensables, y mi compañero portaba su arma.

A menos de una docena de millas de Bangor atravesamos las aldeas de Stillwater y Oldtown, que se encuentran donde están los saltos de agua del Penobscot, que constituyen la principal fuente de energía con la que los bosques de Maine se transforman en madera. Los aserraderos están construídos directamente sobre el río y atravesándolo. Allí se produce un nutrido atasco, un problema difícil en todas las épocas; tras lo cual el árbol que una vez fue verde, hace ya tiempo blanco —no digo como la nieve soplada por el viento, sino como tronco llevado a la deriva—, se convierte en nada más que madera. Es donde empiezan a existir las tablas de una, de dos y de tres pulgadas, y donde el Sr. Aserrador demarca los espacios que determinan el destino de tantos bosques abatidos. A través de esta criba de acero, de mayor o menor grosor, son implacablemente cernidos los esbeltos árboles de los bosques de Maine, desde el Ktaadn[8] y el Chesuncook y las cabeceras del St. John, para producir tablas, listones y tejas planas de madera aptas para resistir al viento, todas las cuales posiblemente serán todavía cortadas y vueltas a cortar hasta haber adoptado las dimensiones que convengan al usuario. ¡Pensar cómo se alzaba el pino blanco a la vera del Chesuncook, con sus ramas susurrando bajo los cuatro vientos y cada aguja individual estremecida a la luz del sol... y cómo se encuentra ahora, vendido, tal vez, a la New England Friction-Match Company![9] En

[8]. El nombre moderno es Katahdin (N. del T.).

[9]. Una empresa fabricante de cerillas de madera (N. del T.).

1837, según leo, había en la zona, sobre el Penobscot y sus afluentes —la mayor parte en los propios alrededores de Bangor—, doscientos cincuenta aserraderos, que serraban anualmente doscientos millones de pies de tablas. A lo que hay que añadir los del Kennebec, el Androscoggin, el Saco, el Passamaquoddy y otros cursos fluviales[10]. No es extraño que oigamos hablar con tanta frecuencia de embarcaciones inmovilizadas a poca distancia de nuestra costa, rodeadas durante una semana por troncos flotantes de los bosques de Maine. Al parecer, allí la misión de los hombres es la de, cual multitud de afanosos demonios, despojar a la región lo más pronto posible de la floresta de cada solitaria laguna de castores y de cada ladera montañosa.

En Oldtown visitamos una fábrica de *batteaux*. Su fabricación es aquí un buen negocio, pues son utilizados en el río Penobscot. Examinamos varios. Embarcaciones ligeras y bien proporcionadas, calculadas para las corrientes rápidas y rocosas, y para ser porteadas[11] durante extensos tramos, tienen de veinte a treinta pies de longitud y solo cuatro o cuatro y medio pies de ancho, son aguzadas por ambos extremos como una canoa, si bien más amplias de fondo en la parte delantera, alcanzando los siete u ocho pies sobre las aguas, con objeto de poder deslizarse sobre los lechos rocosos lo más suavemente posible. Las fabrican muy ligeras, con solo dos tablas por banda, por lo general sujetas por unas ligeras abrazaderas de arce u otra madera dura, pero por el interior la madera es de la especie más

[10]. El Penobscot tiene un ramal oriental (East Banch) y otro occidental (West Banch) (N. del T.).

[11]. En inglés, la palabra *portage* en un contexto como el presente, refiere específicamente a la acción y efecto de llevar o transportar por tierra un bote o similar entre un lago o río y otro; lo más aproximado a una equivalencia en español serían un derivado de «porte» (acción efecto de «portear»), y el sustantivo «porteadero», que adoptaremos (N. del T.).

lisa y ancha de pino blanco, del que se produce bastante desperdicio debido a su forma, pues el fondo ha de quedar perfectamente plano, no solo de lado a lado sino de un extremo al otro. A veces, después de mucho uso, llegan a «arquearse», y los tripulantes las ponen boca abajo y las nivelan colocándoles un peso en cada extremo. Nos informaron que una de estas embarcaciones se desgasta en dos años, o a menudo en un solo viaje sobre las rocas de un río, y que cuesta entre catorce y dieciséis dólares. El propio nombre de esta embarcación del hombre blanco sonaba refrescante y sumamente musical a mis oídos, recordándome a Charlevoix[12] y los Viajeros Canadienses.[13] El *batteau* es una especie de híbrido de canoa y bote, un bote de comerciante en pieles.

El ferry local pasó por delante de la isla llamada Indian Island. Cuando nos alejábamos de la orilla observé a un indio de «río arriba», de poca estatura, pobremente vestido, con aspecto de lavandera —por lo general muestran la expresión cariacontecida de la muchacha que lloraba por la leche derramada—, el cual, tras tocar tierra del lado de Oldtown cerca de un almacén, arrastraba la canoa hacia sí, cogía en una mano un hatajo de pieles y en la otra un barril vacío, y trepaba por el talud de la ribera. Esa imagen es suficiente para poner de manifiesto la historia del indio, es decir, la historia de su extinción. En 1837 quedaban de aquella tribu trescientos sesenta y dos almas. La isla parecía actualmente desierta, aunque me fijé en algunas casas nuevas entre las estropeadas por el paso del tiempo, como si la tribu tuviera aún un designio vital; pero el aspecto del conjunto era muy descuidado, triste y sombrío, como el de la

[12]. François-Xavier Charlevoix (1682-1761), historiador y explorador francés, *History of New France*, publicada en 1744, traducida al inglés en 1761.

[13]. Comerciantes franco-canadienses en pieles que viajaban por lo que es hoy la frontera entre EEUU y Canadá en grandes canoas de corteza de abedul en los siglos XVIII y XIX.

parte de atrás de una casa o el de una leñera, y no el de viviendas, ni siquiera viviendas indias, sino más bien de lugar o alojamiento extranjeros, pues la existencia de ellos es *domi aut militia*, en casa o en guerra, o ahora más bien *venatus*, es decir, de caza, esto último mayoritariamente. El único edificio que parece cuidado es la iglesia, pero no es avenaki[14] sino obra de Roma. Puede que esté bien como canadiense, pero tiene poco de indio. Los avenaki fueron una vez una tribu poderosa. Ahora es la política lo que concita su máximo interés. Pensé que hasta una hilera de *wigwams*[15], con una danza de *powwow*[16] y un prisionero torturado sujeto a una estaca, resultaría más aceptable. Desembarcamos en Milford, y fuimos por la orilla oriental del Penobscot, teniendo una vista más o menos constante del río y sus islas de los indios, pues estos las conservan todas hasta por lo menos Nickatow, en la boca de East Branch. Están en general bien provistas de árboles madereros, y se dice que el suelo en ellas es mejor que en las vecinas orillas. El río, con su superficie rizada y reluciente al sol, parecía poco profundo, rocoso e interrumpido por rápidos. Nos detuvimos un momento para observar a un águila pescadora que, tras lanzarse rectamente en picado como una flecha por un pez, erraba esa vez el blanco. La carretera por la que ahora viajábamos era la Houlton, por la que una vez marcharon soldados hacia Mars'Hill, ya que no Mars'*field*[17], según resultó. Es la principal —si no la única—, carretera por estos pagos, tan recta y bien construída, y conservada en buenas condiciones, práctica-

[14]. Indígenas del norte de Nueva Inglaterra, incluyendo a los descendientes de las tribus desplazadas del sur de la región.

[15]. En el lenguaje de los abenaki, morada o vivienda (N. del T.).

[16]. Ceremonia ritual celebratoria (N. del T.).

[17]. Mars'Hill está en el norte de Maine; Mars'*Field* es un campo de batalla, por asociación con Marte, dios romano de la guerra; referencia a una disputa entre EEUU y Canadá.

mente como una de las que es posible hallar en cualquier parte. Por todas lados veíamos señales del gran desborde de las aguas provocado por el deshielo —esa casa ladeada, y no precisamente donde estaban sus cimientos, sino, en todo caso, donde fue encontrada al día siguiente; y aquella otra con aspecto anegado, como si estuviera aún ventilando y secando el sótano, y troncos con marcas diversas, a veces las de haber servido como puentes, dispersos a lo largo de la carretera—. Cruzamos el Sunkhaze —nombre veraniego indio—, el Olemmon, el Passadumkeag y otros cursos de agua que destacaban más en el mapa que ahora en el camino. En Passadumkeag hallamos todo menos lo que el nombre implica: fervorosos políticos —o sea, blancos, me refiero— alertas para enterarse de cómo era probable que marchara la elección; hombres que hablaban rápidamente, con voz apagada y una suerte de gravedad ficticia, no se podía pensar otra cosa, sin esperar apenas ser presentados, uno a cada lado del calesín, esforzándose por decir mucho en poco tiempo, pues ven el látigo empuñado impacientemente, pero diciendo siempre poco con muchas palabras. Caucuses[18] han tenido, al parecer, y caucuses van a volver a celebrar: victoria y derrota. Alguien puede ser elegido, alguien puede que no. De hecho un hombre, un completo desconocido, de pie junto a nuestra calesa en la penumbra del anochecer, asustó a nuestro caballo con sus aseveraciones al volverse cada vez más categórico según le iban quedando menos argumentos para serlo. O sea que Passadumkeag no contaba en el mapa. A la caída del sol, abandonando momentáneamente la carretera para cortar camino, tomamos por el camino de Enfield, donde hicimos noche. Esta, como la mayoría de las localidades de aquel camino que llevan nombre, era un lugar digno de mención, cosa que en medio de un aislado páramo sin nombre iba a significar una distinción, me pareció,

[18]. Caucus es una reunión del comité central o la asamblea local de un partido (N. del T.).

sin establecer una diferencia. Allí, en todo caso, llamó mi atención todo un huerto de saludables manzanos bien desarrollados y cargados de frutos, tratándose del más antiguo asentamiento de colonos de la región; pero era toda fruta silvestre, y comparativamente sin valor por falta de injerto. Y lo mismo pasa en general río abajo. Para un muchacho de Massachusetts sería una buena inversión, así como un favor brindado a los colonos, bajarse hasta allí, en primavera, con un baúl lleno de selectos esquejes y herramienta para injertar.

A la mañana siguiente atravesamos una zona alta y accidentada, con vistas al Cold-Stream Pond, una hermosa laguna de cuatro o cinco millas de longitud, y llegamos nuevamente a la carretera de Houlton, aquí llamada la carretera militar, en Lincoln, a cuarenta y cinco millas de Bangor, donde hay un pueblo bastante importante para estos parajes, el principal más allá de Oldtown. Al enteramos de que había varios *wigwams* en una de las islas indias, dejamos nuestros caballos y vehículo y anduvimos media milla a pie por el bosque en dirección al río, a fin de conseguir un guía para la montaña. No fue sino tras una considerable búsqueda que descubrimos sus viviendas, pequeñas chozas en un lugar apartado, donde el escenario era insólitamente amable y bello, y la orilla estaba bordeada de graciosos olmos y agradables prados. Nos trasladamos remando hasta la isla en una canoa que hallamos en la orilla. Cerca de donde desembarcamos, había una niña india de diez o doce años sentada al sol sobre una roca en el agua, lavándose, al tiempo que tarareaba, o gemía, una canción. Era un son aborigen. Un arpón para salmones hecho totalmente de madera, igual al que posiblemente usaban antes de la llegada del hombre blanco, yacía en la orilla. Sujeta a un lado de la punta tenía una trabajada pieza de madera que se deslizaba sobre el pez y se cerraba sobre él, semejante al artilugio que se utiliza en un pozo para amarrar un cubo al extremo de una pértiga. Cuando subíamos hacia la vivienda más próxima, salió a nuestro encuentro una avanzada formada por una docena de perros de as-

pecto lobuno, que podrían ser descendientes directos de los antiguos perros indios, descritos por los primeros viajeros como «sus lobos». Supongo que lo eran. Pronto apareció el ocupante, con una larga vara en la mano, con la cual espantaba a los perros al tiempo que parlamentaba con nosotros. Un tipo robusto, aunque torpe y de aspecto seboso, que en respuesta a nuestras preguntas nos dijo, con típica pachorra, como si se tratase del primer asunto serio que tuviera que afrontar ese día, que había indios —contaba con otro— dispuestos a ir «río arriba» hoy antes de mediodía. ¿Y quién era el otro? Louis Neptune, que vive en la tienda de al lado. Bueno, vayamos juntos a ver a Louis. La misma recepción perruna, y hace su aparición Louis: un hombre pequeño y enjuto, con el rostro surcado de arrugas, pero que parecía el jefe de los dos; el mismo, según recordé, que había acompañado a Jackson a la montaña en el 37. Planteadas a Louis las mismas preguntas, la información obtenida fue la misma, mientras el otro indio se mantuvo a la espera. Al parecer iban a partir al mediodía, con dos canoas, para subir hasta el Chesuncook a cazar alces, durante un mes. «Bueno, Louis, qué tal si llegáis al Point (a las Five Islands, poco más abajo de Matawamkeag) para acampar, y nosotros —somos cuatro— subimos andando por el ramal occidental, a esperaros en el dique, o de este lado. Vosotros nos alcanzáis mañana o pasado, y nos lleváis en vuestras canoas. Nosotros paramos por vosotros, vosotros por nosotros. Os pagaremos por la molestia». «¡De acuerdo!» replicó Louis, «puede que llevéis provisiones para todos —cerdo, pan— y con eso pagáis». «Seguro yo poner algo de alce», dijo, y cuando le pregunté si creía que Pomola[19] nos dejaría subir, respondió que debíamos colocar una botella de ron en la cumbre; él había puesto unas cuantas; y cuando volvía a mirar, el ron había desaparecido. Había estado arriba dos o tres

[19]. En la mitología abenaki, protector del Ktandn, en parte alce y en parte águila.

veces, había dejado cartas, en inglés, en alemán, en francés, etc. Aquellos hombres vestían ropa ligera, camisa y pantalón, como los obreros entre nosotros en época de calor. No nos invitaron a entrar, sino que nos recibieron fuera. Dejamos, pues, a los indios, considerándonos afortunados por habernos asegurado tales guías y acompañantes.

Hubo muy pocas casas por el camino, pero no faltaron por completo, como si la ley que dispone la dispersión de los hombres sobre el planeta fuera muy estricta, y no pudiera ser contrariada impunemente o por motivos baladíes. Encontramos incluso un par de aldeas en embrión, empezando a expandirse. La belleza de la propia ruta era notable. La variedad de las plantas de hoja perenne, muchas de las cuales son raras entre nosotros —delicados y hermosos especímenes de alerce, de árbol de la vida (*arbor-vitæ*), de pino y de abeto balsámico, cuya altura iba de unas pocas pulgadas hasta muchos pies, alineadas a sus costados, en ciertos lugares como un largo jardín que surgiera de los espacios de hierba que lo bordean ininterrumpidamente, fertilizados por su riego—; mientras que a solo un paso a ambos lados está la sombría jungla no hollada, en cuya laberíntica maraña de árboles vivos, árboles caídos y árboles en descomposición, solo el ciervo y el alce, el oso y el lobo, pueden penetrar fácilmente. Especímenes más perfectos de los que pueda exhibir cualquier jardín crecen allí para engalanar el pasaje de las cuadrillas de Houlton.

A eso de mediodía llegamos al Mattawamkeag, a cincuenta y seis millas de Bangor por la ruta por la que habíamos venido, y nos alojamos en una frecuentada posada todavía sobre la carretera de Houston, donde tiene parada la diligencia. Había allí un sólido puente cubierto sobre el Mattawamkeag, construido, según dicen, hace unos diecisiete años. Comimos, y digamos de paso que en las posadas de esta ruta, incluso para el desayuno y también la cena, lo primero que se ofrece al comensal consiste en diversas clases de «platos dulces», en una hilera que se extiende de forma continua de un extremo

a otro de la mesa. Creo poder decir sin equivocarme que fueron diez o doce platos de esa clase los que tuvimos allí ante nosotros dos. La explicación que dan es que, cuando salen del bosque, los leñadores tienen ansias de tartas y pasteles, y otras cosas dulces, que allí son casi desconocidas, y que aquello es la «oferta» para satisfacer tal «demanda». La oferta está siempre a la altura de la demanda, y estos hombres hambrientos se esfuerzan por sacarle el jugo a su dinero. Sin duda la existencia de vituallas estará restaurada cuando ellos lleguen a Bangor: Mattawamkeag elimina el exceso de apetito. Pues bien, uno, pasando por encima de esa primera fila de los «platos dulces», digamos que en lo posible con vulgar indiferencia filosófica, tiene que acometer lo que hay detrás, lo cual en modo alguno quiero insinuar que sea insuficiente en cantidad o calidad para proveer esta otra demanda, la de hombres, no del bosque, sino de ciudad, por carne de venado y otros fuertes platos campesinos. Después de comer fuimos paseando a la «Punta», formada por la convergencia de los dos ríos, de la que se dice fue escenario de una antigua batalla entre los indios del este y los mohawks, donde buscamos reliquias cuidadosamente, aunque los hombres de la posada nunca habían oído hablar de cosas semejantes; pero solo hallamos unas esquirlas de piedra de puntas de flecha, algunas puntas completas, una pequeña bala de plomo y varios abalorios de colores, estos últimos relacionados, tal vez, con los tiempos de los primeros comerciantes en pieles. El Mattawamkeag, aunque ancho, era en esta época un simple lecho fluvial lleno de rocas y bajíos, y apenas pude creer a mi compañero cuando me dijo que había navegado cincuenta o sesenta millas por él en una barca, a través de lejanas y todavía intocadas florestas. Mal podría un *batteau* encontrar abrigo actualmente en su desembocadura. Los venados y los caribúes o renos salvajes acuden allí en invierno, a la vista de la casa.

Antes de que llegasen nuestros acompañantes anduvimos siete millas por la carretera de Houlton, donde se le incorpora la de

Aroostook y donde hay en la floresta una espaciosa posada llamada «Molunkus House», a cargo de un tal Libbey, cuyo salón tenía aspecto de servir para bailes y para realizar ejercicios de instrucción militar. No había en esa parte del mundo ninguna otra prueba de la presencia del hombre que aquel palacio con tejado de madera; pero a veces incluso este se llena de viajeros. Desde la galería cubierta que rodea la esquina de la casa miré hacia la carretera de Aroostook, desde la que no se veía ningún calvero. Había esa noche un hombre aventurándose por ella en un original carro rústico, lo que podría llamarse un carro «aroostookiano»: un mero asiento con el vehículo hamacándose debajo, algunos sacos encima, y un perro dormido para vigilarlos. El hombre se ofreció alegremente para llevar un mensaje nuestro a cualquiera en la región. Yo sospecho que si uno fuese al fin del mundo encontraría allí a alguien que se aprestara a ir más lejos, como si se fuera a su casa al atardecer y tuviese la última palabra antes de partir. Hubo también aquí un pequeño comerciante, a quien no ví de entrada, propietario de una tienda —no ciertamente un gran establecimiento— en un cuchitril sobre el camino, detrás del letrero de la Molunkus. Parecía el cajón de una balanza de pesar heno. En cuanto a su casa, solo podemos conjeturar dónde estaba; podría haber sido un inquilino de la Molunkus House. Lo vi de pie en la puerta de su tienda, tan pequeña que, si un viajero mostrase intención de entrar en ella, él tendría que salir por la puerta trasera y entablar el trato con su cliente a través de una ventana acerca de su mercancía del sótano, o, más probablemente, encargada pero aun en camino. Yo habría entrado, pues sentí un verdadero impulso por negociar, de no haberme detenido a considerar su reacción. El día anterior habíamos entrado en una tienda, al lado de la posada donde nos alojábamos, incipiente esbozo de un comercio que finalmente se convertiría en una sólida empresa en el pueblo o ciudad futuras: de hecho, era ya «Fulano & Cía», no recuerdo el nombre. La mujer apareció desde lo recóndito de la casa anexa,

pues «Fulano & Cia» lindaba con ella, y nos vendió fulminantes[20], *canalés* y lisos, de los que conocía precios y cualidades y cuáles eran los preferidos de los cazadores. Había allí un poco de todo, en una variedad pensada para satisfacer las necesidades y preferencias de la gente de los bosques, un surtido escogido con esfuerzo y cuidado extremos, y traído en la caja de la carreta o en un rincón de la diligencia de Houlton; pero, como siempre, a mí me pareció que había un exceso de juguetes infantiles —perros ladradores, gatos que hacer maullar y trompetas para soplar— cuando allí todavía apenas hay infantes nativos. Y como si un niño nacido en los montes de Maine, entre piñas y cédrides, no pudiera pasarse sin un *sugar-man* o un *skipping-jack*, como los que tiene el joven Rostchild.

Creo que a lo largo de siete millas no hubo más que una casa en el camino hacia la Molunkus. En ese lugar traspusimos la cerca de un nuevo campo plantado con patatas, donde los troncos aun ardían entre las colinas; y, tirando de los tallos, que crecían como maleza, dimos con unas patatas de buen tamaño, casi maduras, y con nabos mezclados entre ellas. El sistema para despejar el terreno y plantar consiste en talar los árboles y seguidamente prender fuego a aquello susceptible de arder, después cortarlos en tamaño adecuado, apilarlos y encenderlos de nuevo; luego, con una azada, plantar las patatas allí donde se pueda llegar hasta la tierra por entre los tocones y leños quemados; las cenizas son suficiente abono para una primera cosecha y durante el primer año no es necesario escardar. En otoño, cortar, allanar y volver a quemar y demás hasta que el terreno quede despejado: y pronto está listo para el grano y la labranza. Que los que quieran hablen en los pueblos y ciudades de pobreza y tiempos difíciles; ¿no puede el emigrante capaz de pagar su pasaje a Nueva York o Boston pagar cinco dólares más por venir aquí —yo pagué tres, en total, por el mío entre Boston y Bangor, 250 millas— y volverse tan rico como quiera, donde la tierra no

[20]. Usados para encender la pólvora en las armas de percusión.

cuesta prácticamente nada y las casas únicamente el trabajo de construirlas, y donde puede empezar la vida como lo hizo Adán? Si aun recuerda la diferencia entre el pobre y el rico, que encargue inmediatamente una casa más estrecha.

Cuando regresamos a Mattawamkeag la diligencia de Houlton ya había arribado; y un provinciano estaba revelando su ingenuidad ante los yanquis por las preguntas que hacía. ¿Por qué la moneda de provincia no era aceptada aquí a la par, cuando la de los Estados es buena en Frederickton?: una pregunta acaso bastante razonable. Por lo que vi entonces, parece que el provinciano era ahora el único verdadero Jonathan[21] o rústico paleto, dejado tan atrás por sus emprendedores vecinos que no sabía lo necesario para formularles una pregunta. Ningún pueblo propenso a la política, a hacer tallas a cuchillo y a viajar con rapidez, como los yanquis —que están dejando atrás a la madre patria en cuanto a la variedad de sus ideas e invenciones— puede continuar siendo provinciano por mucho tiempo. La mera posesión y el ejercicio del talento práctico constituyen una vía segura y rápida hacia la cultura intelectual y la independencia.

La última edición del mapa de Maine de Greenleaf[22] colgaba allí en la pared, y, como no teníamos uno de bolsillo, resolvimos calcar la región lacustre. Para eso, mojando un taco de estopa en la lámpara, aceitamos una hoja de papel sobre el mantel grasiento y, de buena fe, siguiendo cuidadosamente los contornos de los imaginarios lagos que el mapa contiene, dibujamos lo que más tarde resultó ser un laberinto de errores. El Mapa de las Tierras Estatales de Maine y Massachussets es el único digno de ese nombre que yo haya visto. Mientras estábamos dedicados a aquella operación, llegaron nuestros acompañantes. Habían visto las fogatas de los indios en las Cinco Islas, por lo que llegamos a la conclusión que todo marchaba bien.

[21]. Brother Jonathan (el Hermano Jonathan): Estados Unidos o su pueblo; antecesor del Tío Sam (Uncle Sam) (N. del T.).

[22]. *Survey of the State of Maine*, 1829, cartógrafo Moses Greenleaf.

El Ktaadn - Parte 2

A la siguiente mañana era aun temprano cuando el equipaje estuvo cargado y nosotros dispuestos a marchar siguiendo el West Branch, una vez que mi compañero hubo soltado su caballo a pastar por una semana o diez días, pensando que mordisquear la hierba fresca y saborear el agua de la corriente le harían tanto bien como la comida campestre y el nuevo territorio a su amo. Saltando por sobre una cerca, empezamos a seguir un oscuro sendero por la margen septentrional del Penobscot. En adelante ya no había camino, siendo el río la única ruta, y durante treinta millas apenas si tropezamos con media docena de chozas situadas en las orillas. A cada lado y más allá había una tierra totalmente deshabitada que se extendía hasta el Canadá. Ni caballos, ni vacas, ni vehículo de clase alguna habían pasado nunca por aquella región; el ganado —así como los escasos artículos voluminosos utilizados por los leñadores— era llevado en invierno por el río helado y volvía antes de que el hielo cediese. Los bosques de hoja perenne despedían una fragancia decididamente dulce y tonificante; el aire era una especie de bebida estimulante, y avanzábamos a paso elástico en fila india, estirando las piernas. Ocasionalmente había del lado de la ribera un pequeño claro, abierto para hacer rodar los troncos, por donde veíamos el río, una corriente siempre agitada sobre un fondo pedregoso. El rugir de los rápidos, la nota de un pato silbador, del arrendajo y de otras aves a nuestro alrededor, más la de algún pájaro carpintero en los claros, eran los sonidos que oíamos. Aquel era lo que podría

denominarse un país flamante; los únicos caminos eran los creados por la Naturaleza, y los escasos alojamientos eran campamentos. Allí, pues, uno ya no podía acusar a las instituciones y a la sociedad, sino que tenía que hacer frente a la verdadera fuente del mal.

Existen tres tipos de habitantes que frecuenten o vivan en el territorio en el que ahora habíamos entrado: 1) los leñadores, quienes durante la mayor parte del año —invierno y primavera— son con mucho los más numerosos, pero en verano, aparte de unos pocos exploradores madereros, lo abandonan por completo; 2) los escasos pobladores que he mencionado, únicos habitantes permanentes, que viven en los límites y ayudan a conseguir suministros para los anteriores; y 3) los cazadores, en su mayoría indios, que se desplazan por la región durante su temporada activa.

Al cabo de tres millas llegamos al Mattaseunk y su aserradero, donde había incluso un rudimentario tren maderero que comunicaba con el Penobscot y que sería el último que íbamos a ver. Atravesamos una extensión, sobre la margen del río, de más de cien acres de gruesos troncos que acababan de ser talados y quemados, y todavía humeaban. Nuestra senda pasaba por el medio y estaba prácticamente borrada. Los troncos yacían en toda su longitud, cruzados unos con otros en todas direcciones, hasta una altura de cuatro o cinco pies, negros como el carbón pero perfectamente sanos por dentro, aprovechables como combustible o madera; pronto serían cortados en largos adecuados y vueltos a quemar. Había allí miles de fanegas de leña, suficiente para mantener generosamente calientes a los pobres de Boston y Nueva York durante un invierno, y que no hacían sino ocupar espacio y obstruir el paso a los colonos. Y aquel tupido bosque interminable está condenado en su totalidad a ser gradualmente devorado por el fuego, como virutas, y a que ningún hombre goce de calor con él. En la cabaña de troncos de Crocker, en la boca del río Salmon, a siete millas de Point, alguien del grupo se puso a distribuir entre los niños un montón de baratos libritos

ilustrados para enseñarles a leer, y también periódicos más o menos recientes entre los padres, ya que nada puede ser mejor recibido que eso por una persona de los bosques. En realidad era uno de los elementos más importantes de nuestro equipaje, y, a veces, la única moneda en vigor. Crucé el río Salmon con los zapatos puestos, habida cuenta su escasa profundidad, pero no sin empaparme los pies. Unas millas más adelante llegamos a «Marm Howard's», al final de un extenso claro, donde enseguida aparecieron dos o tres cabañas de troncos, una del lado opuesto del río, y algunas sepulturas, incluso rodeadas de empalizada, donde yacen ya los antepasados de un poblado y donde acaso de aquí a mil años un poeta escribirá su «Elegía en un camposanto rural». Los «Hampdens aldeanos», los «mudos, ignominiosos Miltons», y los Cromwells «inocentes» de la «sangre campesina», no habían nacido aun.

«Perchance in this wild spot there will be laid
Some heart once pregnant with celestial fire;
Hands that the rod of empire might have
Swayed
Or waked to ecstasy the living lyre».[1]

La siguiente morada fue lo de Fisk, a diez millas del Point, en la desembocadura del East Branch, frente a la isla de Nickatow, o las Forks, últimas de las islas indias. Me empeño en dar los nombres de los colonos, y las distancias, teniendo en cuenta que toda cabaña de troncos por estos bosques es un sitio de acogida y que una información como esa no es superflua para aquellos que tengan ocasión de viajar por el lugar. Allí, desde luego, cruzamos el Penobscot, y proseguimos por la orilla sur. Uno de la partida, que entró en la cabaña

[1]. Adaptación por Thoreau de una estrofa de *Elegy Wrote in a Country Church Yard*, de Thomas Gray (1716-1771). Los subrayados son de Thoreau, indicando sus cambios.

en busca de alguien que nos instalase, informó de un lugar muy limpio, con abundantes libros, y una esposa nueva, recién importada de Boston, para quien el bosque era algo totalmente novedoso. Descubrimos que el East Branch era en su desembocadura una corriente considerable y rápida, mucho más profunda de lo que parecía. Habiendo vuelto a encontrar la senda, no sin cierta dificultad, proseguimos por el lado sur del East Branch o principal río, dejando atrás unos rápidos llamados Rock-Ebeeme, cuyo estruendo oíamos desde el bosque, y poco después, en lo más espeso de este último, dimos con unos abandonados campamentos de leñadores, todavía en perfecto estado, que habían estado ocupados el pasado invierno. Si bien más adelante vimos algunos otros, el comentario que haré a continuación es válido para todos. Se trata de alojamientos en los que los madereros de Maine pasan el invierno en la espesura. Hay alojamientos para los hombres y refugios para el ganado, apenas discernibles entre sí, excepto porque los segundos carecen de chimenea. Los primeros miden unos veinte pies de longitud por quince de ancho, están hechos de troncos de una sola o de varias clases de árbol —abeto, cedro, picea o abedul amarillo—, cruzados unos con otros en todas direcciones, con corteza y todo; dos o tres grandes primero, uno directamente encima de otro e igualados por los extremos, alcanzando una altura de tres o cuatro pies, y luego troncos más pequeños apoyados en otros transversales, estos sucesivamente más cortos que el anterior, para formar el techo. La chimenea es un cilindro alargado de tres o cuatro pies de diámetro en el medio, cercado con troncos hasta la altura del caballete de la cabaña. Los intersticios están rellenos con musgo, y el techo cubierto con largas y bonitas tablillas de cedro, picea o pino, cortadas a mazo y cuchilla. El hogar, el elemento más importante de todos, es en forma y tamaño semejante a la chimenea y se halla directamente debajo de esta última, singularizada por una cerca o guardafuegos de troncos en el piso y por dentro por un montículo de dos o tres pies de cenizas, con fuertes bancos de troncos

partidos situados a su alrededor. Allí el fuego generalmente derrite la nieve y seca la lluvia antes de que pueda bajar y apagarlo. A ambos lados del hogar se encuentran los lechos de desvaídas hojas de *arbor-vitæ* o de cedro blanco. Hay un sitio para el cubo de agua, la palangana y el balde de los desperdicios, y por lo general un sobado mazo de cartas abandonado sobre un tronco. Usualmente se ha empleado bastante tiempo en tallar un pestillo, hecho de madera, con la forma de uno de hierro. Estos alojamientos resultan confortables gracias a la abundante lumbre disponible durante el día y la noche. El paisaje que las rodea suele ser bastante deprimente y salvaje; y el asentamiento de los madereros forma tan parte del bosque como los hongos al pie de un pino en un terreno húmedo; sin otra perspectiva para el hombre que la del cielo en lo alto, ni más espacio despejado que el que se forma talando los árboles con los que aquello está construído y los necesarios como combustible. Con tal de que esté bien resguardado y resulte conveniente para su trabajo, el leñador no pierde el tiempo con el paisaje. Son viviendas de monte muy adecuadas, con los troncos de los árboles reunidos y apilados en torno al hombre para protegerlo del viento y de la lluvia: hechas con troncos verdes, con colgajos de musgo y de liquen, y los bucles y orlas de la corteza del abedul amarillo, goteando la resina fresca y húmeda, con la fragancia de la tierra mojada, con esa clase de vigor y eternidad propias que los hongos sugieren.[2] La die-

[2]. Nota de Thoreau: Springer, en su «Forest Life» (1851), dice que ellos, por miedo al fuego, quitan primero las hojas y la turba del sitio donde se proponen instalar un campamento: también que «para erigir un campamento generalmente se escoge el abeto falso o de monte (picea), por ser liviano, recto y practicamente sin savia»; que «el tejado es por último cubierto con ramas de abeto, picea y pino, de manera que cuando la nieve cae sobre todo, se conserva con el tiempo más frío el calor del campamento»; y que fabrican un asiento que sitúan delante del fuego, llamado «Silla del Diácono», de un tronco de picea y de abeto partido al medio, con tres o cuatro ramas gruesas a un lado a manera de patas, que no es probable que se suelten.

ta de los leñadores consiste en té, melaza, harina, cerdo (a veces carne de vacuno) y judías. Una gran proporción de las judías que se cosechan en Massachusetts encuentran aquí su mercado. Durante las salidas solo toman galletas y cerdo, a menudo crudo, en tajadas, con té o agua, según el caso.

El bosque primitivo es siempre y en todas partes húmedo y musgoso, de modo que constantemente estuve viajando con la impresión de estar en una ciénaga; y solo cuando se comentaba que en este o aquel sitio resultaría provechoso talar los árboles, a juzgar por la calidad de la madera, me dio por pensar que, si se le permitía la entrada, el sol convertiría enseguida el lugar en un terreno seco, como algunos que había yo visto. Incluso el sujeto mejor calzado hace la mayor parte del viaje con los pies mojados. Si el suelo era tan húmedo y poroso en aquel, el período más seco la estación más seca, ¿cómo habría de ser en primavera? Por aquí el bosque abunda en hayas y abedules amarillos, habiendo de estos últimos algunos especímenes sumamente grandes; también hay piceas —abeto falso o de monte—, cedros, abetos y pinos; pero de pino blanco solo vimos en la zona los tocones, algunos de gran tamaño, habiendo sido ya cortados por tratarse del único árbol con gran demanda, aun siendo tan escaso. Allí solo se habían talado unos pocos ejemplares de piceas y de pino. Toda la madera del este que se vende como leña en Massachusetts proviene de más abajo de Bangor. Era solo el pino, especialmente el blanco, lo que había tentado a quienquiera que no fuese un cazador, a precedernos en aquella ruta.

La granja de White, a trece millas del Point, es un extenso y elevado calvero desde el que disfrutamos de una hermosa vista del río, que murmura y destella a nuestros pies. Mis acompañantes habían gozado de una buena vista del Ktaadn y las otras elevaciones del lugar, pero ese día estaban tan cubiertas de niebla que no se veían en absoluto. Pudimos ver, sí, una inmensa región de bosque ininterrumpido que se extendía a lo lejos por el East Branch hacia

el Canadá, al norte y al noroeste, y hacia el valle del Aroostook al nordeste; e imaginar la vida agreste que se agitaba en su interior. Cerca teníamos un trigal —bastante considerable para la región—, cuyo peculiar aroma percibimos un cuarto de milla antes de verlo.

Dieciocho millas recorridas desde el Point nos situaron a la vista de McCauslin's —o «lo del Tío George»[3], como lo llamaban familiarmente mis compañeros, para quienes era muy conocido—, donde nos proponíamos interrumpir nuestro prolongado ayuno. Su vivienda estaba en mitad del extenso llano de un valle, en la desembocadura del río Little Schoodic, sobre la orilla opuesta o norte del Penobscot. Así que nos acercamos a un punto de la ribera para poder ser vistos, y disparamos el arma a modo de señal, lo cual hizo salir inmediatamente a los perros, y a continuación a su amo, que a su momento nos condujo al otro lado en su *batteau*. El calvero estaba limitado abruptamente, por todos los lados menos el del río, por los troncos desnudos del bosque, como si se hubieran despejado solamente unos pies cuadrados en mitad de un millar de acres de pastizal para colocar allí un dedal. El hombre disponía de un cielo y un horizonte enteros, y el sol parecía estar activo todo el día sobre aquel claro. Decidimos pasar la noche en el lugar y esperar allí a los indios, ya que no había otra parada tan conveniente como esa más arriba. Él no había visto pasar a nadie, algo que no solía ocurrir sin que lo supiera. Creía que sus perros alertaban de la proximidad de indios a veces media hora antes de que llegasen.

McCauslin era un hombre de Kennebec, descendiente de escoceses, que había sido barquero durante veintidós años y había pilotado por los lagos y la cabecera del Penobscot cinco o seis años sucesivos, pero ahora estaba establecido en el lugar para procurar suministros a los madereros y a sí mismo. Nos agasajó un par de

[3]. En la década de 1830 George McCauslin se convirtió en el primer colono blanco en lo que es actualmente East Millinocket, Maine.

días con su hospitalidad verdaderamente escocesa, sin aceptar recompensa alguna. Era un individuo de ingenio cáustico y perspicaz, así como de una inteligencia general que yo no esperaba encontrar en los bosques. De hecho, cuanto más profundamente nos adentramos en el bosque, más inteligentes, y en cierto sentido menos rústicos, encontramos a sus habitantes; pues el pionero ha sido siempre un viajero, y, hasta cierto punto, un hombre de mundo; y a medida que las distancias con las que está familiarizado son mayores, su información es más general y más abarcadora que la de un pueblerino. Si buscásemos una mente estrecha, desinformada y rústica, en oposición a la inteligencia y el refinamiento que se piensa que emana de las ciudades, la encontraríamos entre los anquilosados habitantes de una región de vieja raigambre, en granjas agotadas y decadentes, en los pueblos que rodean a Boston, incluso sobre la carretera en Concord, y no en los bosques de Maine.

La comida fue hecha ante nuestros ojos en la amplia cocina, mediante un fuego que habría servido para asar un buey; numerosos troncos enteros, de cuatro pies de largo, eran consumidos para hervir una tetera como la nuestra: abedul, haya, o arce, igual en verano que en invierno; y los platos no tardaron en verse emitiendo vapor sobre la mesa, antes sofá, contra la pared, del cual expulsaron a uno de la partida. Los brazos del sofá formaban el armazón sobre el que descansaba la tabla de la mesa; y cuando la parte superior era alzada contra la pared pasaba a ser el respaldo del asiento, y no estorbaba más que la propia pared. Era, nos dimos cuenta, la costumbre en aquellas cabañas, con el fin de economizar espacio. Hubo tortas de trigo muy calientes hechas con harina traída por el río en *batteaux*; nada de pan indio, pues hay que tener presente que la zona alta de Maine es tierra de trigales. Y jamón, huevos, patatas, leche y queso, productos de la granja, también sábalo y salmón, y para terminar, té endulzado con melaza, y pasteles dulces, en contraste con los que no lo eran, blancos los unos, amarillos los otros.

Descubrimos que aquella era la dieta usual, ordinaria y extraordinaria, a lo largo del río. El postre habitual consistía en arándanos de monte (*Vaccinium Vitis-Idoea)*, cocidos y endulzados. Todo era profuso y de la mejor calidad en su especie. La mantequilla era tan abundante que se la usaba comúnmente, antes de salarla, para engrasar las botas. Durante la noche nos entretuvo el sonido de las gotas de lluvia sobre las tablillas de cedro que cubrían la techumbre, y al día siguiente despertamos con una o dos en los ojos. Se preparaba una tormenta, y ante esa perspectiva decidimos no abandonar tan confortable alojamiento y aguardar a los indios y al buen tiempo. Estuvo alternativamente lloviendo, lloviznando y brillando el sol a lo largo del día entero. Puede que contar lo que hicimos allí, cómo matamos el tiempo, resulte ocioso; las veces que engrasamos las botas y la frecuencia con la que se vio a alguno de los desocupados marcharse subrepticiamente a dormir. Cuando amainaba, me ponía a recorrer de un lado a otro la orilla y a recoger campánulas y moras; también probábamos por turnos el hacha de mango largo con los troncos que había frente a la entrada. Las astillas se cortaban parándose sobre el propio leño —un tronco sin desbastar, por supuesto— y medían, por lo tanto, casi un pie más que las nuestras. Pasamos un rato recorriendo la granja, y con McCauslin visitamos los bien provistos graneros. Allí había solamente otro hombre y dos mujeres. Él cuidaba caballos, vacas, bueyes y ovejas. Creo que dijo que había sido el primero en llevar hasta tan lejos un arado y una vaca; y podría haber agregado que el último, con dos únicas excepciones. La peste de la patata lo había visitado el año anterior y le había echado a perder la mitad o dos tercios de la cosecha, aun cuando la semilla era de la cultivada por él. Avena, hierba y patatas eran su producto principal; pero también plantaba un poco de zanahorias y nabos, así como «algo de maíz para las gallinas», pues era lo único que se atrevía a arriesgar, por miedo a que no prosperase. Los melones, las calabazas, el maíz

dulce, las judías, los tomates y muchos otros vegetales, allí no maduraban.

Los muy escasos colonos de esta parte del río fueron evidentemente tentados sobre todo por la baratura de la tierra. Cuando le pregunté a McCauslin por qué no venían más pobladores, él respondió que una razón era que no podían comprar la tierra porque pertenecía a individuos o a empresas, temerosos ambos de que sus tierras fueran colonizadas y de esa forma incorporadas a ciudades, con lo que pagarían impuestos; mientras que para establecerse en tierras estatales no tenían ese inconveniente. Él, por su parte, no quería vecinos: no tenía interés en ver una carretera junto a su vivienda. Los vecinos, aun los mejores, eran un problema y un gasto, particularmente en cuanto al ganado y las cercas. Podían vivir al otro lado del río, acaso, pero no del suyo.

Las aves de corral estaban protegidas por los perros. Como dijo McCauslin, «La perra vieja fue la primera y después enseñó al cachorro, y ahora los dos tienen metido en la cabeza que ningún ave voladora tiene que merodear por el establecimiento». Al halcón que sobrevolara el recinto, los perros, ladrando en círculo a su alrededor, le impedían posarse; y cualquier gavilán o «martillo dorado» —como llaman al pájaro carpintero— que se posara en una rama seca o en un tocón, era inmediatamente expulsado. Esa era la principal tarea diaria de los perros, y los mantenía constantemente en movimiento. El uno salía a la carrera de la casa a la menor alarma dada por el otro.

Cuando la lluvia arreciaba volvíamos a la casa y cogíamos un ejemplar del estante de los libros. Estaban «El judío errante», en edición barata, y en una impresión superior «El calendario criminal» y una «Geografía del Condado», amén de dos o tres novelas ligeras. Forzados por las circunstancias, leímos un poco de esto y aquello. O sea que a la fuerza uno es capaz de mucho, después de todo. La vivienda, que era un buen ejemplo de las de la ribera de aquel río, tenía por paredes unos enormes troncos, cuyas junturas se rellenaban lue-

go con musgo y barro. Constaban de cuatro o cinco habitaciones. No había allí tablas serradas, ni tejas, ni listones; y apenas herramientas, aparte del hacha que habían empleado en la construcción. Los tabiques estaban hechos con unas largas tablillas de picea o de cedro a modo de listones, que el humo teñía de un delicado color salmón. El techo y las paredes estaban recubiertos de lo mismo, en lugar de tejas y listones, y para el piso se utilizaban otras de mayor tamaño. Estas últimas eran tan derechas y lisas que cumplían admirablemente su propósito, y un observador descuidado no habría sospechado que no habían sido serradas ni pulidas. La escoba eran unas ramitas de *arbor-vitæ* atadas a un palo; y sobre el hogar, cerca del techo, colgaba una vara fuerte y larga, para secar los calcetines y otras prendas. Noté que el piso estaba lleno de pequeños agujeros oscuros, hechos como con una barrena, pero que eran, en realidad, hechos por las púas de casi una pulgada que llevaban los leñadores en las botas para no resbalar sobre los troncos mojados. Algo más arriba de lo de McCauslin hay un rápido pedregoso en el que en primavera los troncos se atascan; y a la casa acuden en busca de suministros muchos «conductores»: de ellos eran los agujeros que yo vi en el piso

Al atardecer McCauslin señaló a lo lejos, sobre el bosque, del otro lado del río, señales de buen tiempo entre las nubes: una puesta de sol enrojecida. Pues incluso allí rigen los puntos del compás; y había una cuarta parte del cielo correspondiente al ocaso y otra al amanecer.

El Ktaadn - Parte 3

A la mañana siguiente, habiéndose mostrado el tiempo suficientemente bueno para nuestros fines, nos aprestamos a partir, y, como los indios nos fallaron, convencimos a McCauslin —que no se mostraba renuente a volver a visitar los escenarios de su anterior actividad— para que nos acompañase en su lugar, pensando en conseguir por el camino otro barquero. Con un trozo de tela de algodón por tienda, un par de mantas que debían alcanzar para todos, quince libras de pan de centeno, diez de cerdo «limpio» y un poco de té, conformamos la «mochila del Tío George». Los tres últimos artículos mencionados eran la provisión suficiente calculada para seis hombres durante una semana, con lo que pudiésemos recoger aparte. Completaban nuestro equipo una tetera, una sartén y un hacha, que obtendríamos en la casa anexa.

No tardamos en estar fuera del calvero de McCauslin y de nuevo en el bosque eternamente verde. El confuso rastro marcado por los dos colonos mencionados, difícil de discernir a veces hasta para el leñador, pronto atravesó un estrecho espacio abierto en el bosque, plagado de malas hierbas, llamado Tierra Quemada, donde tiempo atrás había ardido un incendio, y que se extendía a lo largo de nueve o diez millas hacia el norte, hasta el lago Millinocket. Al cabo de tres millas alcanzamos Shad Pond o Nolisemack[1], una expansión del río.

[1]. Lago o Laguna de los sábalos (N. del T.).

[2]. James T. Hodge (1816-1871) graduado por Harvard en 1836, trabajó en los relevamientos de Maine, Penn., NH. Ohio. Estuvo en Harvard con Thoreau.

Hodge, el Geólogo Auxiliar del Estado[2], que pasó por allí el 28 de junio de 1837, dice, «Empujamos nuestro bote a través de un acre o más de lozanas plantas acuáticas que habían enraizado en el fondo y florecían en la superficie con gran profusión y belleza». La vivienda de Thomas Fowler está a cuatro millas de la de McCauslin[3], a la orilla de la laguna en la desembocadura del río Millinocket, y a ocho millas del lago del mismo nombre. Este lago permite un acceso más directo al Ktaadn, pero nosotros preferimos seguir por el Penobscot y los lagos Pamadumcook. Cuando arribamos, Fowler, que estaba terminando de construir una nueva cabaña con troncos de casi dos pies de diámetro, se encontraba abriendo una ventana con una sierra. Había empezado a empapelar la casa con corteza de picea puesta del revés, lo que creaba un buen efecto y armonizaba con el ambiente. En vez de agua allí nos dieron una cerveza de barril que, todo hay que decirlo, nos cayó mejor; clara y de poco cuerpo, pero fuerte y áspera como savia de cedro. Fue como sorber en aquellos lugares del mismísimo pecho, revestido de pino, de la Naturaleza, una mezcla de la savia de la entera flora de Millinocket —los supremos, los más fantásticos y sabrosos flujos de la madera primitiva, con toda la vigorizante y áspera resina o esencia que admitía sumida y disuelta en ella—, una bebida para leñadores, capaz de aclimatar y naturalizar enseguida a un hombre, que lo hacía ver verde, y, caso de dormirse, soñar que oía el viento murmurando entre los pinos. Había un pífano que suplicaba ser tocado —traído para amansar a las bestias salvajes—, con el que ejecutamos algunas melodías. Mientras estábamos de pie sobre la pila de astillas junto a la puerta, los halcones pescadores volaban sobre nuestras cabezas; y sobre la laguna se podía ser diariamente testigo de la tiranía que el águila calva ejercía sobre ellos. Tom señaló un nido de esta águila al otro lado de la laguna, plenamente visible a más de una milla de

[3]. Una de las hijas de McCauslin se casó con un Fowler.

distancia, encima de un pino que sobresalía del bosque y que era frecuentado año tras año por la misma pareja, a la que él consideraba sagrada. En la zona había únicamente aquellos dos alojamientos, la cabaña baja y el espacioso y aireado amontonamiento de ramas de las águilas. También Thomas Fowler fue persuadido de unirse a nosotros, pues se necesitaban dos hombres para maniobrar el *batteau* que pronto iba a ser nuestro transporte, y esos dos tenían que ser serenos y expertos en la navegación por el Penobscot. El equipaje de Tom no tardó en estar listo, pues no tuvo que ir lejos para encontrar su calzado de barquero y una camisa roja de franela. Ese color es el favorito de los madereros; la franela roja tiene fama de poseer virtudes misteriosas, y de ser la más adecuada para el sudor. En toda partida habrá siempre una considerable proporción de pájaros rojos. Allí subimos a un *batteau* pobretón y con agujeros, y empezamos a impulsarnos con la pértiga para cubrir las dos millas del Millinocket en dirección a lo del mayor de los Fowler, con el fin de evitar los saltos de agua más grandes del Penobscot, y pensando en cambiar nuestra embarcación por una mejor. El Millinocket es una pequeña corriente arenosa y poco profunda, llena de lo que me parecieron lampreas o anguilas o rémoras, y flanqueada por refugios de rata almizclera[4], pero libre de rápidos, según Fowler, exceptuando en su salida del lago. Él estaba en esa época dedicado a cortar la hierba autóctona —junco y trébol de pradera, como la llamaba— en los prados y en las pequeñas islas bajas de aquella corriente. Vimos a ambos lados lugares con la hierba aplastada, allí donde la noche anterior, dijo él, había estado echado un alce; a lo que añadió que en aquellos pastizales los había por miles.

Lo del viejo Fowler, sobre el Millinocket, a seis millas de lo de McCauslin y a veinticuatro del Point, sobre el Sowadnehunk, es el único espacio abierto en la zona, pero que había resultado un fraca-

[4]. En algonquín, rata almizclera.

so y estaba desierto hacía mucho tiempo. Fowler es el residente más antiguo de estos bosques. Antiguamente vivía a unas millas de aquí, del lado sur del West Branch, donde construyó su casa hace dieciséis años, la primera más arriba de las Five Islands. Allí nuestro *batteau* habría de ser porteado dos millas por tierra, circundando los saltos conocidos como Grand Falls del Penobscot en un trineo de árboles jóvenes tirado por caballos para sortear las numerosas piedras del camino; pero tuvimos que aguardar un par de horas mientras se conseguían los caballos, que pastaban a cierta distancia entre los tocones y se habían alejado por su cuenta todavía más lejos. Lo último del salmón de la temporada, pescado recientemente, se hallaba aun fresco en vinagre, y una buena cantidad nos fue proporcionada para llenar nuestra cazuela vacía, e iniciarnos en la sencilla dieta montuna. La semana anterior habían perdido nueve ovejas de su primer rebaño debido a los lobos. Las sobrevivientes acudieron a los alrededores de la vivienda y parecían asustadas, lo que los indujo a ir a buscar al resto, encontrando siete muertas y desgarradas y dos aun vivas. Estas últimas fueron llevadas a la casa, y según la Sra. Fowler estaban solamente rasguñadas en el cogote, sin más herida visible que la que podría producirles el pinchazo de un alfiler. Ella les cortó la lana de la zona afectada, las lavó, les puso un ungüento y las soltó, pero al rato desaparecieron y desde entonces no habían sido encontradas. En realidad, todas se envenenaron, y las que fueron halladas se hincharon enseguida, con lo que no se salvaron ni el cuero ni la lana. Esto me recordó las viejas fábulas de lobos y ovejas, y me convenció de que la antigua hostilidad seguía vigente. En verdad, actualmente el pastorcillo no necesitaba dar una falsa alarma. Había junto a la puerta trampas de acero de todos los tamaños, con grandes mandíbulas en lugar de dientes para atrapar los tendones del lobo, la nutria y el oso. Los lobos suelen matarse a menudo con un cebo envenenado.

Finalmente, después que hubimos hecho la comida montuna habitual, llegaron los caballos y sacamos del agua nuestro *batteau,*

lo amarramos a su carromato, arrojamos dentro nuestro equipaje y fuimos andando por delante, dejando que los barqueros y el conductor, que era el hermano de Tom, se hicieran cargo del asunto. La ruta, que nos llevó por la pradera silvestre donde habían matado a las ovejas, era en algunos trechos la más abrupta por la que se hubieran desplazado nunca los caballos, trasponiendo cimas rocosas en las que el trineo daba tumbos y seguía deslizándose, como un navío cabeceando en la tormenta; y era necesario que un hombre fuera de pie en la popa, como un timonel en la mar más agitada, para impedir que la embarcación naufragase. La filosofía de nuestro avance fue más o menos así: cuando los que iban en él daban contra una roca de tres o cuatro pies de altura, el trineo rebotaba hacia atrás y hacia arriba al mismo tiempo; pero como los caballos no paraban de tirar, se equilibraba en lo alto de la roca, y así seguíamos adelante. El porteadero debía seguir probablemente la huella de una antigua ruta india que rodeaba los saltos. Para las dos de la tarde, los que habíamos ido andando delante llegamos al río sobre las cascadas, no lejos del desaguadero del Quakish Lake, y esperamos la aparición del *batteau*. No habíamos estado allí sino un rato cuando se vieron venir desde el oeste unos nubarrones sobre los todavía invisibles lagos y la placentera espesura que estábamos ansiosos por conocer; y pronto las gruesas gotas empezaron a tamborilear sobre las hojas a nuestro alrededor. Yo ya había elegido el tronco abatido de un voluminoso pino de cinco o seis pies de diámetro, y estaba arrastrándome debajo cuando, felizmente, llegó el bote. Habría divertido a alguien situado al abrigo ser testigo de cómo la embarcación fue soltada y dada vuelta mientras el primer chaparrón se precipitaba sobre nosotros. No bien estuvo en manos del ansioso grupo, fue librada al primer impulso rotatorio y de la gravedad, para aprovecharlo; y se habrá visto a todos inclinarse para protegerse y escurrirse a su abrigo como anguilas, antes de depositarla debidamente en tierra. Cuando todos estuvieron debajo, levanta-

mos el lado de sotavento y nos dedicamos a tallar escálamos[5] para remar cuando llegásemos a los lagos; e hicimos resonar el bosque, entre trueno y trueno, con todas las canciones marineras que pudimos recordar. Los caballos permanecieron lustrosos y brillantes por la lluvia, decaídos y con la cabeza gacha, mientras un diluvio tras otro se abatía sobre nosotros; pero quedó demostrado que el fondo de un bote merece confianza en calidad de techo impermeable. Por fin, después de un retraso de dos horas en aquel lugar, una racha de buen tiempo se anunció por el noroeste, hacia donde ahora nos dirigíamos, prometiendo una noche serena para nuestro viaje; y el conductor retornó con sus caballos, en tanto que nosotros nos apresuramos a botar la embarcación para iniciar nuestro verdadero viaje.

Éramos seis, incluyendo a los dos barqueros. Con las mochilas apiladas cerca de la proa y nosotros dispuestos como equipaje para equilibrar el bote, con instrucciones de no movernos, en caso de chocar con una roca, con más que el equivalente a otras tantas barricas de cerdo, acometimos el primero de los rápidos, un ligero ejemplo de la corriente por la que teníamos que navegar. Con el Tío George al timón y Tom en la proa, cada cual utilizando una pértiga de picea de unos doce pies de longitud con punta de hierro[6], y trabajando los dos del mismo lado, remontamos los rápidos como un salmón, con el agua que corría con fuerza rugiendo alrededor, por lo cual únicamente un ojo habituado era capaz de determinar un curso seguro, o discernir dónde el agua era profunda y dónde había rocas, a menudo rozándonos estas últimas de uno o de ambos costados, escapando por poco un centenar de veces, como el Argos al atravesar el Helesponto[7]. Yo, que tenía cierta experiencia de nave-

[5]. Estaca pequeña y redonda encajada en el borde de la embarcación, a la cual se ata el remo (N. del T.).

[6]. Nota de Thoreau: Los canadienses lo llaman *picquer de fond.*

[7]. En la mitología griega, islas rocosas que aplastaban los barcos entre ellas, hasta que la nave de Jason, el Argo, logró pasar sin percance alguno.

gación en bote, nunca había experimentado algo ni la mitad de excitante. Tuvimos suerte al haber reemplazado a nuestros indios, a quienes no conocíamos, por estos hombres que, junto con el hermano de Tom, eran considerados los mejores barqueros del río, y eran a la vez pilotos indispensables y agradable compañía. La canoa es más pequeña, se vuelca más fácilmente y se deteriora antes; y se afirma que el indio no es tan hábil en el manejo del *batteau*. Ellos son, en su mayoría, poco confiables y más proclives al malhumor y a los caprichos. Ni la máxima familiaridad con las corrientes muertas ni con el océano preparan a un hombre para esta navegación en particular; y el barquero más hábil en cualquier otro lugar se verá aquí un centenar de veces obligado a sacar la embarcación del agua y cargar con ella, con no escaso riesgo, amén de retraso, allí donde el barquero experimentado con el *batteau* se desplaza, usando sus pértigas, con una relativa facilidad y seguridad. El vigoroso «navegante» impulsa su embarcación con increíble perseverancia y éxito hasta el inicio mismo de la cascada, y luego solo la portea para superar alguna saliente perpendicular a su rumbo y vuelve a botarla «a la tersura del torrente antes de que rompa abajo»[8], para luchar contra los hirvientes remolinos de la superficie. Los indios dicen que una vez el río corría en ambos sentidos, mitad hacia abajo y mitad hacia arriba, pero que desde que vino el hombre blanco lo hace solo hacia abajo, y ahora ellos tienen que impulsar laboriosamente sus canoas con la pértiga contra la corriente, y llevarlas por tierra numerosas veces. En verano todos los suministros —la piedra de molino y el arado del pionero, la harina, el cerdo y los utensilios del explorador— han de ser transportados por el río en *batteaux*; y muchos cargamentos y muchos barqueros se pierden en estas aguas.

[8]. Nota de Thoreau: Incluso los misioneros jesuítas, habituados al San Lorenzo y a otros ríos de Canadá, en sus primeras expediciones a los Abenaquinois hablan de ríos *ferrés de rochers*, herrados de rocas.

En cambio en invierno, que es muy estable y largo, el hielo se constituye en una gran vía, y el equipo de leñadores se interna en el lago Chesuncook, e incluso más, hasta dos millas después de Bangor. Cabe imaginar la solitaria huella de trineo llegando hasta tan lejos en aquel territorio nevado y eterno, estrechamente flanqueada por el bosque durante cien millas y extendiéndose otra vez en línea recta a través de una vasta superficie de lagos escondidos...

No tardamos en encontrarnos en las serenas aguas del lago Quakish y en tomar nuestros turnos con el remo y la pértiga. Se trata de un lago pequeño, irregular pero bello, cerrado por todos lados por el bosque y sin evidencia alguna de la presencia humana, aparte de una barrera baja en una caleta distante, guardada para usar en la primavera. El abeto y el cedro de sus márgenes, con sus colgajos de líquenes grises, parecían a la distancia árboles fantasma. Aquí y allí veíanse algunos patos, y un solitario somorgujo, como una ola más viva —un punto vital sobre la superficie del lago— reía y retozaba, exhibiendo, para nuestra diversión, su pata al aire. Por el noroeste apareció el monte Joe Merry, como si tuviera la mirada precisamente sobre este lago; y tuvimos nuestra primera visión del Ktaadn, velada en nubes su cumbre, como un oscuro istmo en aquel rincón, comunicando el cielo con la tierra. Después de dos millas de tranquilo remar por aquel lago volvimos a encontrarnos en el río, convertido en un rápido continuo durante una milla hacia la presa, lo cual requirió de toda la fuerza y destreza de nuestros boteros.

Dicha presa es una obra sumamente importante y cara para esta región, a la que el ganado y los caballos no pueden acceder en verano; eleva diez pies la altura del río entero y anega, según dicen, unas sesenta millas cuadradas, por medio de los innumerables lagos con los que el río se comunica. Es una elevada y sólida estructura, con unos pilares inclinados a cierta distancia más arriba —marcos de troncos rellenos con piedras— para quebrar el hielo. Allí cada tronco paga peaje al trasponer las compuertas.

En este lugar entramos en fila en el tosco campamento de leñadores, como he descrito antes, sin ceremonia, y el cocinero, único ocupante en aquel momento, se puso enseguida a preparar té para sus visitantes. El hogar, que la lluvia casi había convertido en un barrizal, no tardó en volver a arder, y para secarnos nos sentamos a su alrededor en los bancos de tronco. En los bastante aplanados y algo marchitos lechos de hojas situados a ambos lados bajo los aleros detrás nuestro, había una página suelta de la Biblia, uno de los capítulos genealógicos del Antiguo Testamento; y, a medias enterrado entre las hojas, encontramos el discurso de la Emancipación de West India, de Emerson,[9] dejado allí hacía tiempo por alguien de nuestro grupo, y que, según nos dijeron, había conseguido allí dos conversos para el partido de la libertad[10]; también hallamos un número suelto de la Westminster Review —de 1834— y un panfleto titulado «Historia de la erección del monumento en la tumba de Myron Holly». Tal era lo legible o material de lectura en un campamento de leñadores en los bosques de Maine, a treinta millas de una carretera, y que al cabo de una quincena sería cedido a los osos. Todo estaba sumamente usado y sucio. Encabezaba la cuadrilla un tal John Morrison, típico ejemplar de yanqui; y la misma estaba forzosamente compuesta de hombres que no eran expertos en la construcción de presas, sino peones, idóneos en el manejo del hacha y otros implementos sencillos, así como hábiles con la madera y el agua. También allí hubo pasteles calientes para la comida, blancos como bolas de nieve pero sin mantequilla, y los inevitables pasteles dulces, de los que nos llenamos los bolsillos, previendo que tardaríamos en volver a encontrar otros. Tan delicadas bolas infladas parecían una die-

[9]. Discurso pronunciado por R.W. Emerson en 1844 en ocasión del aniversario de la Emancipación de las Islas Occidentales Británicas, que abarcaban las Antillas Mayores, las Antillas Menores y las Bahamas.

[10]. Primer partido antiesclavista norteamericano, 1840-1848.

ta extraña para aquellos leñadores. Hubo también té sin leche, endulzado con melaza. Y así, intercambiando unas palabras con John Morrison y su cuadrilla cuando hubimos retornado a la ribera del río, e intercambiando asimismo nuestro *batteau* por uno mejor, nos dimos prisa para aprovechar la poca luz diurna que quedaba. Este campamento, exactamente a veintinueve millas de Mattawamkeag Point por la ruta por la que habíamos venido, y a alrededor de cien de Bangor por el río, fue el último alojamiento humano de cualquier tipo en aquella dirección. Más allá no había sendero; y el río y los lagos, en *batteaux* o en canoas, eran tenidos por única ruta practicable. Estábamos a unas treinta millas por el río de la cumbre del Ktaadn, que teníamos a la vista, aunque quizá no más de veinte en línea recta.

Como había casi luna llena y la noche era agradable y cálida, decidimos remar cinco millas bajo la luz lunar hacia la cabecera del lago North Twin, por si el viento aumentaba por la mañana. Al cabo de una milla de río, o lo que los boteros llaman la «avenida» —pues el río viene a ser al final la única vía de comunicación entre los lagos—, y algún leve rápido mayormente convertido en agua mansa por la represa, entramos en el North Twin apenas producida la puesta de sol, y nos dirigimos a través del mismo hacia la «avenida» fluvial, distante cuatro millas. Se trata de una noble sábana de agua, donde uno puede tener la impresión que una región nueva y un «lago del bosque» son capaces de crear. No hubo humo de cabaña de troncos ni de campamento de ningún tipo para recibirnos, y menos aún algún amante de la naturaleza o viajero caviloso observando nuestro *batteau* desde las distantes colinas; ni siquiera el cazador indio, pues este raramente sube hasta ellas, sino que, como nosotros, se mantiene pegado al río. Ningún rostro nos dio la bienvenida, como no fuera el del fantástico ramillete de libres y dichosos árboles perennemente verdes, agitándose uno tras otro en un saludo desde su eterno hogar. Al principio las rojas nubes que colgaban sobre la

ribera occidental lucían tan magníficas como sobre una ciudad, y el lago yacía abierto a la luz con un aspecto incluso civilizado, como a la expectativa de actividad comercial, y de pueblos y aldeas. Localizamos la entrada al South Twin, que según dicen es el más grande, cuya ribera aparecía neblinosa y azulada, y por eso merecía la pena observar desde esa estrecha apertura la amplia extensión de un lago invisible, su todavía más difusa y distante orilla. Las riberas iban subiendo suavemente hacia hileras de bajas colinas cubiertas de bosque; y aunque, de hecho, la madera de pino blanco más valiosa había sido ya seleccionada para el corte, incluso alrededor de aquel lago, el viajero jamás lo habría supuesto. La impresión, que realmente coincidía con los hechos, era la de hallarnos sobre una alta meseta entre los Estados Unidos y Canadá, cuya parte norte desagua por el St. John y el Chaudiere, y la sur por el Penobscot y el Kennebec. No había abrupta costa montañosa alguna, según podríamos haber esperado, sino solo colinas y montañas aisladas alzándose dispersas sobre la meseta. La zona es un archipiélago de lagos, la región lacustre de Nueva Inglaterra. Sus niveles no varían sino unos pocos pies, y los barqueros pasan fácilmente de uno a otro, con breves portes o sin ninguno. Dicen que con las crecidas muy grandes, el Penobscot y el Kennebec confunden sus aguas, o cuando menos que una persona puede acostarse con el rostro en uno y los pies en el otro. Incluso el Penobscot y el St. John han sido comunicados por un canal, de manera que la madera del Allegash, en vez de bajar por el St. John, lo hace por el Penobscot; y la tradición india sobre que este último fluía en una época en ambos sentidos, a su antojo, se cumple parcialmente en la actualidad.

Nadie del grupo, excepto McCauslin, había navegado por aquel lago, así que le confiamos el pilotaje, y no hace falta subrayar la importancia de un piloto en tales aguas. Mientras se está en un río no es fácil olvidar en qué dirección es río arriba, pero cuando se entra en un lago el río se pierde por completo, y es en vano otear la

distante ribera para descubrir dónde entra. Un forastero está perdido, al menos por el momento, y en primer lugar ha de emprender un viaje de descubrimiento para encontrar el río. Seguir las curvas de la ribera cuando el lago tiene diez millas o más de longitud y es de una irregularidad que tardará en aparecer en los mapas, constituye una pesada travesía, que consumirá el tiempo y las provisiones del viajero. Cuentan la historia de una cuadrilla de leñadores experimentados que habían sido enviados en busca de un emplazamiento sobre esta corriente y se perdieron en el laberinto de lagos. Se abrieron camino en la espesura y cargaron con el equipaje y las embarcaciones de lago en lago, a veces durante varias millas. Los acarrearon hasta el lago Millinocket, que está en otra corriente, mide diez millas cuadradas y tiene un centenar de islas. Exploraron minuciosamente sus riberas, y luego pasaron a otra, y a otra, y transcurrió una semana de esfuerzo y ansiedad antes de que dieran nuevamente con el río Penobscot, cuando sus provisiones se habían agotado y se vieron obligados a regresar.

Mientras el Tío George ponía rumbo a una islita apenas visible próxima a la cabecera del lago como una pequeña mancha sobre el agua, nosotros remábamos velozmente por turnos, cantando aquellas canciones de barqueros que éramos capaces de recordar. Las costas parecían estar a una distancia indefinida a la luz de la luna. De vez en cuando interrumpíamos el canto y dejábamos descansar los remos, mientras escuchábamos para oír si los lobos aullaban, pues esa es una serenata habitual y mis compañeros aseguraban que era el más deprimente y sobrenatural de los sonidos; mas esa vez no oímos ninguno. No obstante, si no oímos, ciertamente escuchamos, no sin una razonable expectativa; esto al menos tengo que contar: únicamente una lechuza ronca y completamente incivilizada emitió un graznido estridente y lúgubre en la sombría y tupida espesura, evidentemente despreocupada por la soledad de su vida y sin temor a oír allí los ecos de su voz. Recordamos también que posiblemente hubiera alces observándonos en silencio desde sus dis-

tantes caletas, o algún hosco oso o tímido caribú que hubieran sido sobresaltados por nuestro canto. Fue con nuevo énfasis que cantamos allí la canción de los barqueros canadienses:

Row, brothers, row, the stream runs fast,
The Rapids are near and the daylight's past! [11]

Que describe precisamente nuestra propia aventura y se inspiró en un tipo de vida similar, pues los rápidos estaban siempre cerca y la luz diurna extinguida hacía rato; el bosque en la costa aparecía oscuro, y aquí muchas mareas de Utawa vaciaban en el lago.

Why should we yet our sail unfurl?
There is not a breath the blue wave to curl!
But, when the wind blows off the shore
O sweetly we'll rest our weary oar.
Utawas' tide! This trembling moon,
Shall see us float o'er thy surges soon.

Finalmente dejamos atrás la «isla verde» que había sido nuestro punto de referencia, y todo el mundo se unió al coro; como si debido a los vínculos acuáticos de ríos y lagos estuviésemos por

[11]. Una versión aproximativa de esta cita en verso y las siguientes:
«Remad, hermanos, remad, el río corre veloz, / los rápidos se acercan y se acabó la luz diurna».
«¿Por qué tenemos que desplegar la vela tan pronto?/ ¡No hay ni una brisa que rice la ola azul! / pero cuando el viento sople desde la costa, / Oh dulcemente pondremos a descansar el fatigado remo».
«¡Marea de los Utawa! Esa temblorosa luna, / pronto nos verá flotar sobre tu oleaje».
«¡Santo de esta isla verde! ¡Oye nuestras oraciones, / ¡Oh, concédenos cielo sereno y vientos favorables!».

flotar sobre desmesuradas zonas de la tierra, destinados a inimaginables aventuras.

Saint of this green isle! hear our prayers,
O grant us cool heavens and favoring airs![12]

A eso de las nueve alcanzamos el río y tras impulsar la embarcación hacia un refugio natural entre unas rocas, la arrastramos a la arena. McCauslin, que se había familiarizado con este lugar en sus días de leñador, dio ahora con él a la luz de la luna sin la menor vacilación, y enseguida oímos cómo desaguaba en el lago el arroyuelo que nos iba a proporcionar agua fresca. La primera cuestión era hacer un fuego, operación que se atrasó un poco por la humedad del combustible y del suelo, debida a las fuertes lluvias de la tarde. El fuego es el principal elemento de bienestar de un campamento, invierno y verano, y ha de ser suficiente en una u otra estación. Tanto para levantar el ánimo como para dar calor y secarnos. Constituye una parte del campamento; en cualquier caso, un elemento luminoso. Algunos miembros del grupo se dispersaron para traer ramas y troncos secos, mientras el Tío George talaba los abedules y hayas situados cerca, y pronto dispusimos de una hoguera de tres pies de largo por tres o cuatro de altura que rápidamente secó la arena de alrededor. Había sido calculada para durar toda la noche. Seguidamente procedimos a instalar nuestra tienda, operación ejecutada clavando en el suelo a modo de sostén dos postes inclinados, separados entre sí unos diez pies, y tendiendo luego sobre ellos nuestra tela de algodón, cuyos extremos atamos, dejando una abertura al frente, tipo cobertizo. Pero esa noche el viento hizo volar las chispas hacia la tienda y la quemó. De modo que nos apresuramos a arrastrar el *batteau* al borde mismo del bosque delante del fuego, y

[12]. *A Canadian Boat Song*, de Thomas Moore (1779-1852), poeta irlandés.

levantando un costado a tres o cuatro pies de altura extendimos la tienda en el suelo para echarnos sobre ella; y con la esquina de una manta o lo que buenamente conseguimos para ponernos encima, nos acostamos con la cabeza y el cuerpo bajo la embarcación, y los pies y las piernas sobre la arena en dirección al fuego. Al principio nos mantuvimos despiertos, hablando de nuestro rumbo, y hallándonos en una postura tan conveniente para estudiar el cielo, con la luna y las estrellas reflejándose en nuestros rostros, la conversación recayó naturalmente en la astronomía; y narrramos por turnos los descubrimientos más llamativos de dicha ciencia. Pero finalmente nos dispusimos seriamente a dormir. Resultó interesante, cuando desperté a medianoche, observar las grotescas y endiabladas posturas y movimientos de uno del grupo, quien, no pudiendo dormir, se había levantado silenciosamente a atizar el fuego y agregarle nuevo combustible; en un momento dado, arrastrando furtivamente un tronco seco desde la oscuridad y levantándolo con esfuerzo, en otro, revolviendo las ascuas con un tenedor o andando de puntillas de un sitio a otro para contemplar las estrellas, tal vez observado en silencio por la mitad de los acostados; de modo tanto más intenso por cuanto que estaban despiertos y cada cual suponiendo que su vecino dormía profundamente. Así estimulado, también yo llevé nuevo combustible a la hoguera, y luego estuve paseando bajo la luna por la orilla arenosa, con la esperanza de encontrarme con un alce que hubiera bajado a beber, o si no, con un lobo. El arroyuelo tintineaba fuertemente y era como si poblase todo a mi alrededor; y la vítrea homogeneidad del lago dormido, bañando las orillas de un mundo nuevo, con las oscuras, fantásticas rocas que se alzaban dispersamente de su superficie, constituían una escena no fácil de describir. Ha dejado en mi recuerdo tal impresión de un grave —aunque dulce— panorama agreste, que tardará en borrarse. Alrededor de medianoche fuimos despertados uno tras otro por la lluvia cayendo sobre nuestras extremidades; y a medida que el frío o la humedad hacía

que se apercibiera del hecho, cada cual fue soltando un profundo suspiro y a continuación encogiendo las piernas, hasta que poco a poco todos nos fuimos desplazando de la posición perpendicular al *batteau* para colocarnos formando un ángulo agudo con el mismo y quedar así protegidos. Cuando volvimos a despertar, la luna y las estrellas brillaban de nuevo y por el este aparecían signos del amanecer. He sido minucioso en la precedente descripción con el fin de trasladar una noción acerca de una noche en el bosque.

El Ktaadn - Parte 4

Temprano habíamos botado y cargado la embarcación, y, dejando la hoguera encendida, salimos nuevamente antes del desayuno. Los leñadores rara vez se toman el trabajo de apagar la hoguera, habida cuenta la humedad del bosque virgen; y esa es sin duda una de las causas de la frecuencia de los incendios en Maine, de los que tanto oímos hablar en Massachusetts en días cargados de humo. Los bosques se consiguen baratos cuando el pino blanco ha sido talado; y los exploradores y los cazadores ruegan por lluvia tan solo para despejar de humo la atmósfera. Pero esta vez el bosque estaba tan mojado que no había peligro de que nuestro fuego se extendiera. Después de bogar con pértiga media milla por el río, remamos durante una milla más por la boca del lago Pamadumcook, que es el nombre que se da en los mapas a toda esta cadena de lagos, como si fueran uno solo, cuando en cada caso están claramente separados por un tramo de río, con su estrecho y pedregoso canal y sus rápidos. Dicho lago, que es uno de los mayores, se extendía por diez millas hacia el noroeste en dirección a unas colinas y montañas remotas. McCauslin señaló un bosque de pino blanco, distante y todavía inaccesible, en la ladera de una lejana montaña. Los lagos de Joe Merry, que se hallaban entre nosotros y Moosehead, al oeste, estaban hace poco «rodeados por una de las mejores tierras madereras del Estado». Por otra «avenida» nos internamos en la Deep Cove, una cala que es parte del mismo lago, hacia el nordeste, y remando dos millas por ella entramos por otro breve conducto al lago Ambejijis.

A veces, a la entrada de un lago, observábamos lo que técnicamente se denomina «material de protección», maderos al natural empleados en las embarcaciones como botalones, unidos entre sí en el agua, o colocados sobre las rocas sujetos a los árboles para utilizarlos como trampolín. Cada vez nos resultaba sorprendente descubrir allí una huella tan obvia del hombre civilizado. Recuerdo que, cuando regresábamos, me sentí extrañamente afectado al ver en la cabecera del solitario lago Ambejijis una anilla fuertemente incrustada en una roca, con una correa atada a la misma.

Era fácil ver que el transporte de troncos debía ser una actividad a la vez excitante, ardua y peligrosa. Durante todo el invierno el leñador se pasa apilando los árboles que ha podado y transportado a un cauce seco en la cabecera de un río, y luego en la primavera se para en la margen a silbar llamando a Rain y Thaw, dispuesto a aumentar el volumen de la corriente escurriendo el sudor de su camisa; hasta que de pronto, con un chillido y una interjección de su parte, cerrando los ojos como quien se despide del presente, una considerable proporción de su labor invernal se pone en movimiento con dificultad en dirección al aserradero de Orono, seguida por sus fieles perros, Thaw, Rain, Freshet y Wind,[1] toda la jauría ladrando sin parar. Todos y cada uno de los troncos llevan la marca de su dueño grabada con hacha o con barrena, lo bastante profunda como para que no se borre durante el porte, pero no tanto como para lastimar la madera, y se requiere un considerable ingenio para inventar marcas nuevas y sencillas, siendo tantos los propietarios. Poseen un alfabeto propio, legible únicamente para los expertos. Uno de mis acompañantes leyó, de su libro de notas, algunas de sus propias marcas, entre las cuales había cruces, franjas, patas de cuervo, círculos, etc. Cuando los troncos han superado el reto de innumerables rápidos y desniveles, cada uno individualmente, con más o menos rozamientos y golpes, habiéndose mezclado los pertenecientes a diversos dueños —dado que

[1]. Deshielo, Lluvia, Correntada y Viento (N. del T.).

todos tienen que utilizar la misma corriente—, son reunidos en las cabeceras de los lagos, rodeados por una barrera de troncos flotantes para impedir que se dispersen con el viento, y de esa forma son remolcados todos, como un rebaño de ovejas, a través del lago, donde no hay corriente, mediante un cabrestante o un torno como el que veíamos a veces instalado en una isla o una saliente de tierra, y, si las circunstancias lo permiten, con ayuda de velas y remos. A pesar de todo, a veces los vientos y las corrientes los dispersan en pocas horas sobre una extensión de muchas millas de lago y los arrojan a riberas distantes, donde el conductor solo puede recoger dos o tres por vez y retornar con ellos a la «avenida»; y antes de que haya acabado de pasar por entero su rebaño por el Ambejijis o el Pamadumcook habrá realizado muchas acampadas, mojado e incómodo, en la orilla. Tiene que ser capaz de navegar sobre un tronco como si fuera una canoa y ser tan indiferente al frío y la humedad como una rata almizclera. Utiliza unas pocas herramientas eficaces: una palanca de seis o siete pies de largo, por lo general de dura madera de arce y con un pincho fuertemente encajado en la punta, y una picana con una punta de hierro sujeta con un tornillo. Los chicos de la costa aprenden a caminar sobre los troncos flotantes como los de la ciudad a andar por la acera. En ocasiones los troncos son lanzados sobre las rocas en posiciones tales que resultan irrecuperables, como no sea por una creciente que llegue a su altura, o se entreveran en los rápidos y los saltos de agua, acumulándose hasta formar grandes amontonamientos que el conductor debe deshacer con riesgo de su vida. Tal es el negocio de la madera, que depende de muchos accidentes, como la prematura congelación del río, de que las cuadrillas puedan formarse en tiempo, de que en la primavera el deshielo sea suficiente para impulsar los troncos, y muchos otros.[2]

[2]. Nota de Thoreau: «Una corriente uniforme o pareja es preferible a una que aumente y disminuya; pues, al aumentar rápidamente, el nivel del agua en el medio del río es considerablemente más elevado que en las orillas, tanto como para ser

Cito a Michaux[3] en «La tala en el Kennebec», por entonces origen de la mejor madera de pino blanco exportada a Inglaterra: «Las personas dedicadas a esta rama de la industria son generalmente emigrantes de New Hampshire... En verano se juntan en pequeñas partidas y recorren estas vastas soledades en todas direcciones para determinar los lugares en los que abundan los pinos. Después de cortar la hierba y transformarla en heno para la alimentación del ganado que emplearán en su trabajo, regresan a casa. A comienzos del invierno vuelven a introducirse en el bosque, se establecen en chozas cubiertas con la corteza del abedul o de cedro blanco; y aunque el frío es tan intenso que a veces el mercurio permanece de 40 a 50 grados (F)[4] por debajo del punto de congelación, ellos perseveran en su tarea, con indeclinable valor». Según Springer[5], la cuadrilla está formada por hacheros, pontoneros —los que abren sendas en el bosque—, voceador y cargador, guía y cocinero. «Una vez talados, los árboles son convertidos en troncos de entre catorce y dieciocho pies de longitud, y, por medio del ganado, que es manejado con gran destreza, arrastrados hasta el río, donde, después de ser estampados con la marca de propiedad, son empujados a su helado lecho. En primavera, cuando el hielo cede, flotan en la corriente... Los troncos que no han sido arrastrados el primer año», añade Michaux, «son atacados por unos grandes gusanos, que hacen agujeros de unos cuatro milímetros de diámetro, en todas direcciones; pero si se les quita la corteza, durarán treinta años

percibido claramente por el ojo del espectador en las márgenes, presentando el aspecto de un camino de peaje. La madera, en consecuencia, seguramente se inclinará siempre del centro del canal hacia cualquiera de las riberas». Springer.

[3]. André Michaux (1747-1802/03?). Botánico, explorador, coleccionista de plantas francés, enviado por el Rey y la Reina de Francia en 1875 a recogerlas.

[4]. De 40 a 50 grados F equivalen a entre 4,5 y 10 grados centígrados (N. del T.).

[5]. John S.Springer (1811-1852), autor de *Forest Life and Forest Trees*, 1851, una obra temprana sobre los bosques de Maine.

en buenas condiciones». En aquella serena mañana de domingo, el Ambejijis me impresionó como el lago más hermoso que hubiéramos visto. Se dice que es uno de los más profundos. Desde su superficie, tuvimos la mejor visión posible del Joe Merry, el Double Top y el Ktaadn. La cumbre de este último tenía un aspecto singularmente plano, como el de una meseta o una corta calzada, en la que un semidiós pudiera descender una tarde a dar un par de vueltas para bajar la comida. Remamos una milla y media para aproximarnos a la cabecera del lago, y, abriéndonos paso por un campo de calas, desembarcamos para preparar el desayuno al costado de una gran roca que McCauslin ya conocía. El desayuno consistió en té con pan de centeno y cerdo, y salmón frito, y lo comimos con unos perfectos tenedores hechos de ramas de aliso, que crecía allí, y en trozos de corteza de abedul por platos. El té era negro, sin leche para aclararlo ni azúcar para endulzarlo, y nuestras tazas fueron dos cazos de lata. Esta bebida es tan indispensable para el leñador como para cualquier vieja chismosa, y sin duda les resulta muy reconfortante. En aquel lugar hubo un campamento de leñadores que McCauslin recordaba, ahora cubierto de mala hierba y arbustos. En mitad de un denso monte bajo descubrimos sobre una roca en un pequeño sendero, un ladrillo, limpio, rojo y cuadrado como de fábrica, traído hasta tan lejos para el apisonado. Más tarde algunos de nosotros lamentamos no habérnoslo llevado a la cima de la montaña para dejarlo allí como marca de nuestro paso. Habría sido en verdad una sencilla muestra de la civilización. McCauslin contó que a veces se encontraban en aquella desolación y todavía en buen estado, unas grandes cruces de madera, hechas de roble, instaladas por los primeros misioneros católicos llegados por el Kennebec.

En las siguientes nueve millas, que fueron el recorrido de nuestra jornada y que tardamos el resto del día en cubrir, remamos a través de varios lagos pequeños, superamos con pértigas numerosos rápidos y «avenidas» y realizamos cuatro portes. Daré nombres y

distancias, en beneficio de turistas futuros. Primero, una vez que salimos del lago Ambejijis, tuvimos un cuarto de milla de rápidos hasta el porte de noventa varas en torno a la catarata del Ambejijis; luego una milla y media por el lago Passamagamet, que es estrecho y semejante a un río, hasta los saltos que llevan su nombre, con el río Ambejijis entrando por la derecha; después, dos millas por el lago Katepskonegan hasta el porteadero de noventa varas que rodea el salto del mismo nombre, que significa «lugar de cargar», con el Passamagamet entrando por la izquierda; seguidamente, tres millas por el lago Pockwockomus, un leve ensanchamento del río, hasta un porte de cuarenta varas en torno al salto de igual nombre, con el flujo del Katepskonegan entrando por la izquierda; a continuación, tres cuartos de milla por el lago Aboljacarmegus, similar al precedente, hasta el porte de cuarenta varas alrededor de la catarata que lleva su nombre; luego, media milla de aguas rápidas hacia las aguas mansas del Sowadnehunk, y el Aboljacknagesic.

Este es a grandes rasgos el orden de los nombres según se asciende por el río: primero el lago, o, si no hay expansión, el agua mansa; después el salto o catarata; luego la corriente que desemboca en más arriba en el lago o río, todos del mismo nombre. Primero entramos en el lago Passamagamet, luego en el salto del Passamagamet, después en el río Passamagamet, que vierte en aquel. Este orden y la identidad de nombres, como se comprenderá, es bastante lógico, puesto que las aguas mansas o el lago es siempre, o al menos parcialmente, producto de la corriente que desagua en él más arriba; y abajo el primer salto, que es la salida del lago y donde esa agua tributaria cae por primera vez, lleva también, naturalmente, el mismo nombre.

En el porteadero en torno al salto del Ambejijis observé en la orilla una barrica de carne de cerdo con una abertura de ocho o nueve pulgadas cuadradas abierta en el costado afirmada contra una roca lisa vertical; pero los osos, sin voltearla ni volcarla, habían roído un agujero del lado opuesto, que lucía exactamente como un

enorme madriguera de ratas, lo bastante grande para introducir por él la cabeza; y en el fondo del barril quedaban todavía, destrozadas y baboseadas, unas pocas tajadas de cerdo. Es habitual que los leñadores abandonen las provisiones que no pueden acarrear fácilmente y que los que llegan después no tengan escrúpulos en servirse, ya que por lo común son propiedad, no de un individuo, sino de una empresa que puede permitirse obrar con generosidad. Me referiré con detalle a cómo superamos algunos de aquellos porteaderos y rápidos, para que el lector pueda hacerse idea de la vida del botero. En el salto de Ambejijis, por ejemplo, encontramos abierta a través del bosque la senda más agreste imaginable; al principio en cuesta arriba, formando una pendiente de casi cuarenta y cinco grados, sobre una sucesión interminable de piedras y troncos. El porte se realizó del siguiente modo. Primero acarreamos el equipaje y lo depositamos en la orilla al extremo opuesto; regresando luego al *batteau*, lo arrastramos tirando de la amarra pendiente arriba y hacia adelante, con frecuentes descansos, por más de la mitad del trayecto. Pero era una forma torpe de actuar, pues así no tardaríamos en dejar la embarcación inservible. Por lo común, tres hombres marchan llevando sobre las cabezas y los hombros un *batteau* dado vuelta que pesa de trescientas a quinientas o seiscientas libras, con el más alto de los tres debajo de la parte media y uno en cada extremo, o si no, dos en la proa. No pueden intervenir más al mismo tiempo. Pero la tarea requiere cierta práctica, así como fuerza, y en cualquier caso resulta laboriosa y físicamente agotadora. Éramos, en conjunto, un grupo inepto, y pudimos prestar poca ayuda a nuestros boteros. Al final nuestros dos hombres se echaron a hombros el *batteau* y, mientras dos de nosotros lo sujetábamos para impedir que se sacudiera y les dañase los hombros, sobre los que se habían colocado los sombreros doblados, recorrieron valerosamente la distancia restante, con dos o tres descansos. De la misma manera afrontaron los portes siguientes. Con ese peso abrumador tuvieron que trepar y andar a tropezones sobre árboles caídos y de

rocas resbaladizas de todos los tamaños por sendas en las que los que iban a los costados debían apartarse permanentemente, tal era su estrechez. Pero fuimos afortunados al no haber tenido que empezar por abrirlas nosotros mismos. Antes de echar la embarcación al agua raspamos el fondo con nuestras navajas para que quedase nuevamente liso allí donde había rozado contra las rocas y aminorar la fricción.

Para evitar las dificultades del porte, nuestros hombres resolvieron «sobrevolar» los saltos del Passamagamet; de modo que mientras el resto marchaba por tierra con el equipaje, yo permanecí en el *batteau*, para ayudar en el proceso. Pronto estuvimos en medio de los rápidos —que eran más veloces y tumultuosos que cualesquiera por los que hubiéramos navegado— y habíamos girado hacia un costado de la corriente para ejecutar la maniobra con éxito, cuando los boteros, que confiaban en su habilidad y deseaban ardientemente hacer algo más que lo de costumbre —en mi honor, supuse—, echaron una nueva mirada a los rápidos, o más bien los saltos; y, respondiendo a la pregunta de uno de ellos, el otro respondió que se inclinaba por intentarlo. Así, pues, volvimos al centro de la corriente y empezamos a luchar con ella. Yo me senté en el medio de la embarcación para equilibrarla, desplazándome ligeramente a derecha o izquierda ante el rozamiento con una roca. Con un movimiento incierto y oscilante avanzamos azarosamente, hasta que la proa fue literal y bruscamente levantada dos pies más arriba que la popa; y entonces, cuando todo dependía de su empleo, la pértiga del que iba a proa se partió en dos; pero antes de que tuviera tiempo de hacerse con la de reemplazo, que le alcancé, él se había valido del fragmento de la rota sobre la roca; fue así que nos elevamos apenas lo preciso para pasar; y el Tío George exclamó que aquello no se había hecho nunca antes; y que él no lo habría intentado sin saber a quién tenía en la proa, ni tampoco estando en la proa él, consciente de no ser quien ocupaba la popa. En aquel punto había un porteadero abierto a través del bosque, y nues-

tros boteros no habían sabido nunca de un *batteau* que trepase por los saltos. Hasta donde recuerdo había allí, en el peor lugar del río Penobscot, una caída en perpendicular de al menos dos o tres pies. Nunca admiraré lo suficiente la destreza y la frialdad con las que ellos llevaron a cabo aquella hazaña, sin hablarse en momento alguno. El de proa, sin mirar hacia atrás, pero sabiendo exactamente lo que está haciendo el otro, actúa como si trabajase solo. Ora sondando en vano en busca del fondo en quince pies de agua, mientras la embarcación retrocede varias varas, solo mantenida derecha gracias a una notable habilidad y a un gran esfuerzo; o bien, mientras el de popa aguanta obstinadamente su posición, como una tortuga, saltando él de un costado a otro con una agilidad y una destreza fantásticas, escrutando los rápidos y las rocas con un millar de ojos; o, habiendo encontrado donde afirmarla, con un vigoroso impulso hace que su pértiga se arquee y vibre, y tiemble toda la nave, ganándole unos pies al río. Para aumentar el riesgo, en cualquier momento las pértigas pueden quedar atrapadas entre las rocas y serles arrancadas de las manos, dejándoles a merced de los rápidos: como si las rocas estuvieran al acecho, como otros tantos caimanes, para atraparlas entre los dientes y arrebatárselas antes de recibir un eficaz empujón contra el paladar. La pértiga se mantiene cerca del *batteau,* y hace que la proa rebase y esquive los bordes afilados de las rocas a pesar de los rápidos. Únicamente la longitud y la ligereza, así como el poco calado del *batteau* les permite avanzar. El hombre de proa debe elegir el curso con rapidez; no hay tiempo para vacilaciones. Con frecuencia la barca es impulsada entre rocas que tocan ambas bordas, y las aguas a ambos lados son un impetuoso remolino. Media milla más adelante, dos de nosotros probamos a manejar las pértigas en un moderado rápido; y apenas estábamos superando la última dificultad cuando una malhadada roca trastocó nuestros cálculos; y mientras el *batteau* giraba sin remedio en medio del remolino, fuimos obligados a poner las pértigas en manos más idóneas.

Katepskonegan es uno de los lagos menos profundos y más llenos de hierbajos, y da la impresión de que allí podría abundar el lucio. El salto del mismo nombre, donde nos detuvimos a comer, es considerable y muy pintoresco. Allí el Tío George había visto pescar truchas a montones; pero no habrían de subir hasta nuestros anzuelos a tales horas. Por la mitad de este porteadero, tan alejado en la zona despoblada de Maine en dirección al interior de la región, encontramos un llamativo gran anuncio de unos dos pies de largo, hecho a mano, de un cierto Oak Hall, en torno al tronco de un pino que había sido despojado de la corteza y al cual estaba firmemente pegado por la resina. Esto debería ser registrado entre las ventajas de ese modo de anunciar: que así, posiblemente, hasta los osos y los lobos, alces, venados, nutrias y castores, por no mencionar a los indios, pueden enterarse de dónde pueden vestirse a la última moda, o, por lo menos, recuperar algunas de sus propias prendas perdidas. Bautizamos la ruta con el nombre de Oak Hall.

La mañana fue tan serena y plácida en aquella impetuosa corriente de los bosques como tenemos tendencia a imaginar que lo es generalmente un domingo de verano en Massachusetts. Nos sobresaltaba ocasionalmente el chillido de un águila de cabeza blanca deslizándose sobre la superficie delante de nuestro *batteau;* o de los pigargos a quienes impone tributo. Sobre las riberas aparecían, a intervalos, pequeños prados de unos pocos acres en los que ondeaba la hierba, llamando la atención de nuestros boteros, que lamentaban no hallarse más cerca de sus bases y calculaban cuántos haces podrían haber juntado. A veces dos o tres hombres pasan el verano solos cortando la hierba en esos prados para vendérsela a los leñadores en invierno, ya que el precio que obtendrán será más alto allí que en cualquier mercado del Estado. En una pequeña isla cubierta de esa clase de forraje, o hierba cortada, y en la cual pusimos pie para consultar acerca de nuestro curso posterior, notamos la huella reciente de un alce, un hoyo grande, redondeado, en el

blando suelo mojado, que ponía de manifiesto el gran tamaño y peso del animal que la había dejado. A los alces les gusta el agua, y acuden a esos prados isleños nadando de isla en isla con la misma facilidad con la que en tierra se abren camino por la espesura. De vez en cuando pasábamos por lo que McCauslin llamaba un *pokelogan*, palabra india que designa lo que los conductores de troncos tendrían razones para llamar un atasca-troncos, una estrecha entrante que no lleva a ninguna parte. Aquel que entra, como ha entrado tiene que salir. Éstas, y los frecuentes desvíos que vuelven nuevamente al río, pondrían en no pocos aprietos al viajero inexperto.

El pasaje de tránsito en torno de la cascada de Pockwockomus era sumamente abrupto y pedregoso: había que alzar el *batteau* cinco o seis pies directamente desde el agua hasta una roca, y devolverlo en una margen similar. Las rocas en este sitio estaban cubiertas de incisiones hechas por los clavos de las botas de los madereros al tambalearse bajo el peso de sus *batteaux*; y se veía su superficie, sobre la que los habían apoyado, bastante lisas por el desgaste causado por el uso. En nuestro caso, no habiendo cubierto sino la mitad del camino acostumbrado para ese tramo, lanzamos nuestra barca en la tersa ola que empezaba a curvarse para la caída, preparados para luchar con el rápido más violento que habíamos de afrontar. El resto de la partida continuó avanzando por el restante tramo de porteadero, en tanto yo me quedaba con los barqueros para ayudar en la maniobra. Uno tenía que sujetar la embarcación mientras los otros la abordaban, para evitar que se fuera hacia la cascada. Cuando habíamos avanzado por los rápidos lo más posible, manteniéndonos cerca de la margen, Tom cogió la amarra y saltó a una roca apenas visible en el agua, pero perdió pie, a pesar de los clavos de sus botas, y se vio instantáneamente en medio de los rápidos; pero por suerte se recuperó y, alcanzando otra roca, me pasó la amarra a mí, que había estado siguiéndolo, y volvió a ocupar su puesto en la proa. Saltando de roca en roca por el agua poco pro-

funda, cerca de la orilla, e intentándolo de cuando en cuando con la cuerda alrededor de una roca erguida, yo retenía la barca mientras uno volvía a poner en acción su pértiga, tras lo cual los tres la impulsábamos hacia arriba ante cualquier rápido. Eso era «combar». Cuando un grupo de nosotros andaba por un sitio como aquel, generalmente tomábamos la precaución de sacar lo más valioso del equipaje, por temor a que se anegase.

Mientras remontábamos durante media milla un veloz rápido más allá de los saltos del Aboljacarmegus, algunos del grupo identificaron a ambos lados sus marcas en los enormes troncos que yacían apilados y secos en lo alto de las rocas, es probable que sobrevivientes de un atasco que hubiera tenido lugar allí con la Gran Correntada de primavera. Acaso muchos de ellos, si duraran lo suficiente, tendrían que esperar por otra gran correntada para poder ser sacados de allí. Fue bastante singular haberse encontrado con unas posesiones que nunca habían visto, y en un sitio donde ellos no habían estado jamás, retenidas de aquel modo por las correntadas y las rocas cuando iban camino de llegar a sus manos. Tengo para mí que ha de ser allí donde yacen todas mis posesiones, tiradas sobre las rocas en algún distante e inexplorado río y esperando una insólita correntada que las recupere. ¡Oh, dioses, dáos prisa en resolver el atasco con vuestros vientos y lluvias!

La última media milla nos llevó a las tranquilas aguas del lago Sowadnehunk, llamado así por el río del mismo nombre —que significa «que corre entre montañas»—, un importante tributario que entra en él una milla más arriba. Habiendo recorrido ese día quince millas, decidimos acampar, a unas veinte de la represa, en la desembocadura del arroyo Murch y del Aboljacknagesic, corrientes montañosas que se ensanchan desde el Ktaadn, y a más o menos una docena de millas de su cima.

McCauslin nos había dicho que allí debíamos encontrar truchas en abundancia; por eso, mientras unos preparaban el campamento,

los demás nos dedicamos a la pesca. Habiendo cogido unas varas de abedul que algunos indios o cazadores blancos habían abandonado en la costa, y usando como cebo cerdo, y también trucha en cuanto pescamos algunas, lanzamos nuestras líneas en la desembocadura del Aboljacknagesic, una corriente clara, rápida y poco profunda procedente de Ktaadn. Al instante un cardumen de chanquetes (*leucisci pulchelli*), carpas plateadas, salmónidos y peces de todo tipo, grandes y pequeños, que rondaban por allí, cayeron en nuestros cebos y uno tras otro fueron arrojados entre los arbustos. Sin tardanza les tocó el turno a sus primos, las truchas verdaderas, y de forma alternada fueron tragando el anzuelo la trucha moteada y la carpa plateada a la misma velocidad con que lo echábamos al agua; y los mejores ejemplares de ambas especies que yo hubiera visto, el más grande con un peso de tres libras, fueron lanzados a la ribera, aunque al principio en vano, porque volvían retorciéndose al agua, ya que nosotros permanecíamos en la barca; pero pronto pusimos remedio al asunto, pues uno que había perdido el anzuelo se instaló en la orilla para echarles mano mientras caían como una verdadera lluvia a su alrededor, a veces mojados y resbalosos, dándole en pleno rostro y en el pecho mientras tenía los brazos abiertos para recibirlos. Aunque vivos aun, antes de que su tinte se desvaneciese refulgían como las más lozanas de las flores producidas por ríos primitivos; y el receptor, con ellos a sus pies, apenas podía creer que aquellas joyas hubieran nadado tanto tiempo en aguas del Aboljacknagesic, un tiempo inmemorial; ¡brillantes flores fluviales, vistas únicamente por los indios, dotadas de belleza, solo el Señor sabe por qué, para nadar en ellas! Debido a esto pude entender mejor la verdad de la mitología, las fábulas de Proteo y todos aquellos hermosos monstruos marinos: cómo toda historia, en realidad, sometida a manipulación terrenal, es mera historia; pero aplicada a lo divino es siempre mitología.

Pero interviene la ronca voz de Tío George, a cargo de la sartén, para llevarse lo cobrado, y después la cosa puede durar hasta la

mañana. La grasa de cerdo crepita y clama por pescado. Afortunadamente para la raza tonta, y para esta particular generación tonta de truchas, se hizo finalmente de noche, profundizada incluso más por la ladera oscura del Ktaadn, que, como una sombra inmutable, se alzaba desde la orilla oriental. Lescarbot[6], escribiendo en 1609, nos cuenta que el Sieur Champdoré[7], quien, con alguien de la gente del Sieur de Monts, ascendió unas cincuenta leguas por el St. John en 1608, encontró tal abundancia de peces «*qu'en mettant la chaudière sur le feu ils en avoient pris suffisamment pour eux dîsner avant que l'eau fust chaude*». Sus descendientes aquí no son menos numerosos. De modo que acompañamos a Tom al bosque para cortar ramas de cedro para nuestro lecho. Según él se adelantaba con el hacha y podaba las ramas menores del cedro de hoja lisa, el *arbor-vitæ* de los huertos, nosotros las íbamos recogiendo y volvíamos con ellas a la barca, hasta que ésta se llenó. Preparamos nuestro lecho con el mismo cuidado y la misma destreza con que se hace una techumbre; comenzando por los pies y colocando el extremo de la rama de cedro hacia arriba, avanzamos hacia la cabecera, poco a poco, cubriendo sucesivamente las puntas, para obtener un lecho mullido y nivelado. Para nosotros seis, medía unos diez pies de largo por seis de ancho. Esta vez nos tendimos bajo la tienda, que habíamos montado con la mayor prudencia en relación con el viento y las llamas, con la habitual hoguera ardiendo al frente. Cenamos sobre un gran tronco que alguna correntada había arrojado allí. Esa noche hubo infusión de *arbor-vitæ*, o té de cedro, que el leñador utiliza cuando fallan otras hierbas,

«A quart of arbor-vitæ
To make him strong and mighty».

[6]. Marc Lescarbot (1570?-1642?), abogado, escritor, historiador francés, visitó Acadia en 1606-7, y publicó la «*Histoire de la Nouvelle-France*» en 1609.

[7]. Pierre Champdoré, pionero poblador francés en Port Royal, Nova Scotia.

Pero yo no tuve ganas de repetir el experimento. Sabía demasiado a medicina para mi gusto. Había allí un esqueleto de alce, cuyos huesos algunos cazadores indios habían dejado limpios allí mismo.

Por la noche soñé con la pesca de la trucha; y cuando por fin desperté, me pareció una fábula que aquel pez pintado nadase allí tan cerca de mi lecho y hubiera subido hasta nuestros anzuelos la noche anterior, y dudé si no lo había soñado todo. De modo que me levanté antes del amanecer para comprobar su verosimilitud, mientras mis compañeros continuaban durmiendo. Allí estaba el Ktaadn destacando claramente y sin nubes su perfil a la luz de la luna; y el murmullo de los rápidos era el único sonido que turbaba la quietud reinante. De pie en la orilla, lancé una vez más mi anzuelo al agua, y descubrí que el sueño era real y la fábula verdadera. La trucha moteada y la carpa plateada, como peces voladores, cruzaban velozmente el aire nocturnal describiendo unos arcos brillantes contra la oscura ladera del Ktaadn, hasta que la luz lunar, ya convertida en diurna, trajo la satisfacción a mi mente, y a la de mis compañeros, que se habían unido a mí.

El Ktaadn – Parte 5

A las seis de la mañana, habiendo cargado con nuestras mochilas y una buena cantidad de trucha ya aliñada, y subido a lo alto de árboles jóvenes, para que quedasen fuera del alcance de los osos, el equipaje y las provisiones que queríamos dejar atrás, partimos hacia la cumbre de la montaña, distante, según dijo Tío George que calculaban los barqueros, unas cuatro millas, pero que yo estimé, y así resultó, en más cerca de catorce. Él nunca había estado más cerca de la montaña que entonces, y no había en absoluto señales de una presencia humana para guiarnos en lo sucesivo en esa dirección. Comenzamos subiendo algunas varas por el Aboljacknagesic, amarramos nuestro *batteau* a un árbol y avanzamos por el lado norte, a través de tierras quemadas ahora parcialmente cubiertas de álamos jóvenes y otros arbustos; pero, cruzando de nuevo el río por una parte donde su anchura era de aproximadamente cincuenta o sesenta pies, pisando sobre un entrevero de tronco y rocas —y se puede cruzar de esa manera por casi cualquier sitio— nos encaminamos de inmediato hacia el pico más alto, una milla o más de campo abierto en una ascensión muy gradual. Allí me tocaba, como montañero más veterano, ponerme al frente. De modo que, escudriñando la ladera boscosa de la montaña, que se extendía delante nuestro unas siete u ocho millas, resolvimos poner rumbo directamente a la base del pico más alto, dejando a nuestra izquierda una extensa rampa por la que, según he sabido más tarde, ascendieron algunos de nuestros predecesores. Esa ruta nos conduciría paralelamente a una mancha oscura en la arboleda, reveladora del lecho de un torrente, y por un breve ramal

montañoso que se extendía hacia el sur desde la montaña principal, desde cuya cima pelada podíamos otear el territorio y trepar directamente al pico, que entonces tendríamos prácticamente a mano. Visto desde ese punto, una despojada elevación al extremo del campo abierto, el Ktaadn ofrecía un aspecto diferente al de cualquier montaña que yo haya visto, con una mayor proporción de pura roca surgiendo abruptamente de la espesura; y nos quedamos mirando en lo alto aquella barrera azulada como si fuera el fragmento de un muro que en la antigüedad hubiera limitado la tierra en tal dirección. Colocamos la brújula para indicar un rumbo nordeste, que era la ubicación de la base sur del pico más alto, y no tardamos en estar metidos en el bosque.

Pronto empezamos a encontrarnos con rastros de osos y alces, amén de los de conejo que estaban por doquier. Las huellas de alce, más o menos recientes, cubrían literalmente cada vara cuadrada de las laderas de la montaña; y es probable que estos animales sean actualmente más numerosos que nunca, siendo, como son, empujados desde todas partes hacia la zona por los asentamientos. La huella de un alce adulto es como la de una vaca, o más grande, y la del joven como la de un ternero. A veces nos descubríamos transitando por sendas desdibujadas producidas por el paso de esos animales, semejantes a las que las vacas originan en el bosque, aunque mucho más desdibujadas, más bien pasajes que sendas holladas, que permiten vistas imperfectas a través del espeso monte bajo; y por todas partes el ramaje aparece comido, cortado tan limpiamente como con cuchillo. La corteza de los árboles estaba pelada por ellos, hasta una altura de ocho o nueve pies, en forma de largas tiras de una pulgada de anchura que mostraban aun la marca de sus dientes. No esperábamos menos que tropezar en cualquier momento con un rebaño, y nuestro Nimrod[1] llevaba el hierro dispuesto; pero no nos apartamos de nues-

[1]. «Pues era un robusto cazador ante Yavé y de ahí se dijo: 'Como Nimrod, robusto cazador ante Yavé'». Génesis 10:9.

tro camino para buscarlos, ya que, aunque numerosos, son tan cautelosos que el cazador inexperto podría deambular un largo tiempo por la espesura antes de ver uno. En ocasiones resulta peligroso encontrarlos, pues en lugar de eludir al cazador lo embestirán furiosamente y lo pisotearán hasta matarlo, a menos que tenga la suerte de ponerse a cubierto detrás de un árbol. Los mayores son tan grandes como un caballo y a veces pesan mil libras; y se dice que a paso ordinario son capaces de pasar por encima de una verja de cinco pies. Se los describe como animales sumamente torpes, con largas patas y cuerpo corto, lo cual les da un aspecto ridículo cuando van a toda carrera, aunque se desplazan con gran rapidez. Nos pareció un misterio que fueran capaces de abrirse paso por aquella espesura, algo que exigía toda nuestra agilidad para avanzar, trepando, encorvándonos y dando rodeos, alternativamente. Según se afirma, echan hacia el lomo sus largos cuernos ramificados, que por lo general miden cinco o seis pies, y progresan fácilmente gracias al peso de su cuerpo. Nuestros barqueros dijeron, pero no sé hasta qué punto es verosímil, que dichos cuernos corren el peligro de ser roídos por las alimañas mientras el animal duerme. La carne del alce, que se parece más a la de vaca que a la de venado, es corriente en el mercado de Bangor.

Habíamos recorrido de esta suerte siete u ocho millas por el bosque hasta más o menos el mediodía, con frecuentes pausas para que se refrescaran los fatigados, y atravesado una considerable corriente de montaña que según conjeturamos debió ser el arroyo Murch, en cuya desembocadura habíamos acampado. No habíamos visto ni una vez en todo ese tiempo la cumbre, subiendo muy gradualmente; y los boteros empezaban un tanto a desesperar, temiendo que estuviésemos dejando la montaña a un lado, pues no tenían total confianza en la brújula, entonces McCauslin trepó a un árbol, desde cuya copa pudo ver el pico y quedó claro que no nos habíamos desviado de la línea recta, ya que la aguja de la brújula seguía alineada apuntando a la cumbre. En la margen de un fresco arroyuelo de monta-

ña, en pleno bosque, donde el agua empezaba a compartir la pureza y transparencia del aire, nos detuvimos a cocinar algunos de nuestros pescados, que habíamos traído tan lejos con el fin de conservar la provisión de pan y de cerdo, en cuyo uso nos habíamos puesto ahorrativos. No tardamos en tener ardiendo una hoguera y nos colocamos en torno a ella, bajo la fronda húmeda y sombría de abetos y abedules, cada cual con un palo aguzado de tres o cuatro pies de longitud en el que había ensartado su trucha, o su carpa, previamente cortada y salada; con los palos formando radios hacia el centro como los de una rueda, y con cada uno de nosotros arrimando su pescado a lo mejor del fuego, no siempre con la preocupación por los derechos del vecino. Así nos deleitamos, bebiendo entretanto en el arroyo, hasta que al menos una de las mochilas quedó bastante más liviana y retomamos nuestro orden de marcha.

Finalmente alcanzamos una elevación lo bastante despejada como para brindar una vista de la cumbre, todavía distante y azul, casi como si retrocediera ante nosotros. Por delante veíamos precipitarse un agitado torrente, que resultó ser el mismo que habíamos atravesado, saliendo literalmente de las nubes. Pero pronto perdimos ese atisbo de nuestro paradero y nos hundimos nuevamente en el bosque. Lo formaban básicamente el abedul amarillo, la picea, el abeto blanco, y el serbal —o tronco redondo, como lo llama la gente de Maine—. Constituía la peor forma de viajar, en ocasiones era como si viajase con nosotros un macizo muy denso de matorral de robles. Abundaban los arándanos y una variada infrutescencia. Los primeros estaban distribuídos a lo largo de toda nuestra ruta; y en algunos lugares las plantas lucían abrumadas por el peso de la fruta, más fresca que nunca. Estábamos a 7 de septiembre. Tales sitios permitían un agradable ágape y servían de cebo para hacer avanzar a la gente. Cuando alguien se rezagaba, el grito de «¡arándanos!» era de gran eficacia para recuperarlo. Incluso a aquella altura encontramos, asentado sobre una gran roca plana, uno de los espacios de cuatro o cinco varas cuadradas utilizados en invierno por los alces para hollar

la nieve. Por fin, temiendo que si manteníamos el rumbo hacia la cumbre no hallaríamos agua cerca de nuestro lugar de acampada, nos fuimos desviando gradualmente hacia el oeste hasta que, a las cuatro, dimos otra vez con el torrente que he mencionado antes, y allí, a la vista de la cima, el fatigado grupo decidió pasar la noche.

Mientras mis compañeros buscaban un sitio adecuado a dicho fin, yo aproveché la escasa luz diurna que quedaba para escalar a solas la montaña. Nos encontrábamos en un barranco estrecho y profundo, inclinado hacia las nubes en un ángulo de cerca de cuarenta y cinco grados, y encerrado entre paredes de roca, que al comienzo estaban cubiertas de árboles bajos, después por impenetrables macizos de flacos abedules y piceas, y por musgo, pero al final aparecían despojadas de toda vegetación, excepto líquenes, y casi permanentemente envueltas en nubes. Siguiendo hacia arriba el curso del torrente que lo ocupaba —y quiero enfatizar esta palabra, arriba—, fui izándome por superficies perpendiculares de veinte o treinta pies asido a las raíces de abetos y abedules, y recorriendo a continuación en un plano horizontal una vara o dos por la estrecha corriente, ya que esta ocupaba todo el paso, para ascender más tarde por unos enormes escalones, como si se tratase de una escalera de gigantes por la que bajara un río; así pronto dejé atrás los árboles y me detuve en los sucesivos peldaños a mirar el territorio a mis espaldas. Sin ningún afluente, el torrente tenía entre quince y treinta pies de anchura, que no disminuía según yo avanzaba, y se precipitaba con fuerza y rugiendo, con un caudal copioso, por encima y entre las moles de roca desnuda, al parecer desde las propias nubes, como si una tromba acabara de estallar sobre la montaña. Apartándome por último, empecé a abrirme camino, apenas menos arduo que el de Satanás por el Caos[2], hacia el pico más próximo, aunque no el más alto. Inicialmente

[2]. En *El paraíso perdido*, de John Milton(1608-674), Satanás pasa a través del Caos, el lugar entre el cielo y la tierra.

en cuatro patas por encima de las copas de añosas piceas negras (*Abies nigra*), viejas como el diluvio, de entre dos y diez o doce pies de altura, con la copa chata y extendida y el follaje azul quemado por la helada, como si por siglos hubieran dejado de crecer hacia arriba contra el cielo gris, el frío sólido. Anduve unas cuantas varas erguido sobre las copas de esos árboles, cubiertas de musgo y arándanos de montaña. Daba la impresión de que con el curso del tiempo aquella vegetación hubiera rellenado los intervalos entre las enormes rocas, y el viento helado hubiese nivelado todo de manera uniforme. Allí la ley de la vegetación lo tenía difícil. Aparentemente había un cinturón semejante rodeando prácticamente la montaña, aunque tal vez en ninguna otra parte de una forma tan notable. En cierto momento, asomándome a través, vi diez huellas de nueve pulgadas de diámetro al nivel del suelo en una zona oscura y cavernosa, y observé en el tallo de la picea sobre cuya copa me encontraba, una especie de tosco trabajo de cestería. Esas zonas eran guaridas de oso, que estos estaban incluso ocupando en aquel momento. Tal el tipo de huerto por encima del cual anduve durante un octavo de milla, a riesgo, eso sí, de pisotear algunas de las plantas al no ver conducto alguno a través de ellas; ciertamente el territorio más traicionero y poroso que haya transitado nunca.

> «... *nigh foundered on he fares,*
> *Treading de crude consistency, half on foot,*
> *Half flying*».[3]

Pero nada podía sobrepasar la resistencia de las ramas —ni una sola cedió bajo mi peso—, pues habían crecido lentamente. Tras haberme caído, levantado, rodado, saltado y caminado alternativamente por aquella dura región, llegué a la ladera de una coli-

[3]. *El paraíso perdido*, libro II.

na, o más bien montaña, donde los rebaños que pastaban eran de rocas, grises y silenciosas rumiando piedra al atardecer. Me miraron con pétreos ojos grises, sin un balido o un mugido. Aquello me llevó al borde de una nube, y limitó mi andadura esa noche. Pero cuando emprendí la vuelta había visto a mis pies el territorio de Maine, ondulante, rico, opulento.

A mi retorno mis compañeros habían escogido un lugar de asentamiento al borde del torrente y se hallaban descansando en el suelo; uno estaba en la lista de enfermos, envuelto en una manta, sobre una húmeda plataforma de roca. El escenario era bastante salvaje y deprimente; tan escabroso que tardaron mucho en encontrar un espacio abierto y llano para la tienda. No podíamos acampar a mayor altura, por falta de materia combustible; y aquí los árboles parecían tan verdes y llenos de savia que casi dudábamos de que fueran a tolerar los efectos del fuego; pero finalmente este se impuso y ardió también allí, como buen ciudadano del mundo. Incluso a aquella altura tropezamos frecuentemente con el rastro de alces, así como de osos. Como en el lugar no había ningún roble, hicimos nuestra cama con picea, cuya hoja es menos mullida; pero en todo caso las hojas eran arrancadas del árbol vivo. Ubicado en la vecindad de aquellos árboles silvestres y del torrente, fue acaso un sitio incluso más expuesto y desolado para pasar la noche de lo que hubiera sido la cima. Unos vientos más fuertes y enérgicos estuvieron toda la noche recorriendo veloces y sonoros el barranco, avivando de vez en cuando el fuego y dispersando las ascuas. Era como si estuviésemos yaciendo en el lecho mismo de un temprano torbellino. A medianoche, uno de mis compañeros, sobresaltado en su sueño por el súbito incendio de un abeto cuyas verdes ramas había resecado el calor, saltó del lecho dando un grito, creyendo que se había prendido fuego el mundo, y despertó al campamento entero.

Por la mañana, luego de engañar el apetito con un poco de cerdo crudo, una rebanada de pan de centeno y un cazo de nube o

lluvia condensada, partimos todos a emprender aguas arriba el ascenso que antes he descrito; esta vez escogimos la margen derecha, el pico más alto, que no era al que yo me había aproximado entonces. Pero pronto mis compañeros se perdieron de vista a mi retaguardia detrás de una cresta que seguía dando la impresión de estar siempre retrocediendo delante mío, y yo escalé en solitario durante una milla o más unas enormes rocas, no del todo afirmadas, todavía bordeando en dirección a las nubes: porque aunque el día era despejado en otras partes, la cima estaba oculta por la bruma. La montaña parecía un vasto amontonamiento de rocas sueltas, como si una vez hubieran llovido y yacieran en las laderas según habían caído, sin hallarse en ninguna parte bien afirmadas, sino apoyadas las unas en las otras, inestables todas, con cavidades entre ellas pero sin apenas base o una plataforma más llana. Eran la materia en bruto de un planeta, dejada caer desde una cantera invisible, y que la inmensa química de la naturaleza no tardaría en convertir, o degradar, para formar las verdes y sonrientes llanuras y valles de la tierra. Aquel era un extremo inacabado del planeta, semejante al caso del lignito, donde se ve el carbón en proceso de formación.

Finalmente nos introdujimos en el borde de la nube que parecía estar eternamente en movimiento sobre la cumbre pero que nunca terminaba por desaparecer, pues era regenerada por aquel aire puro tan pronto como empezaba a disiparse; y cuando, un cuarto de milla más lejos, alcancé la cima de la cadena montañosa —quienes la han visto con tiempo despejado afirman que tiene cinco millas de longitud e incluye mil acres de terreno llano—, me hallé inmerso del todo en las filas hostiles de las nubes y con todos los objetos oscurecidos por ellas. En un momento dado el viento me quitaba la yarda de soleada claridad en cuyo interior me encontraba, y en otro lo único que conseguía llevarse era una difusa luz grisácea; la línea nubosa subía y bajaba según la intensidad del viento. Por momentos parecía que la cumbre quedaría despejada al rato, sonriendo al

sol; pero lo que se ganaba por un lado se perdía por otro. Era como sentarse en una chimenea y esperar que el humo se disipara. De hecho, era una fábrica de nubes: aquellos eran los talleres donde se forjaban, y cuando estaban prontas, el viento las apartaba de las frías rocas desnudas. De vez en cuando, cuando las columnas ventosas chocaban conmigo, yo atisbaba a mi derecha o a mi izquierda un oscuro risco mojado, con la neblina circulando incesantemente entre él y yo. Eso me recordó las creaciones de los antiguos poetas épicos y dramáticos, Atlas, Vulcano, los Cíclopes y Prometeo.[4] Así era el Cáucaso y la roca a la que Prometeo fue amarrado.[5] Sin duda Esquilo[6] había visitado un escenario como este. Era vasto, titánico[7], un sitio jamás habitado por el hombre. Una parte de la belleza, incluso una parte vital, parece escapar por el endeble enrejado de las costillas de quien la contempla mientras asciende. Se encuentra más solo de lo que es posible imaginar. Se produce en él un menoscabo de la función mental básica y de la adecuada capacidad de comprensión, con respecto a las del habitante de la llanura. Su raciocinio es disperso y poco claro, más enrarecido y tenue, como el aire. La inmensa, titánica, inhumana naturaleza lo ha cogido en desventaja, lo ha pillado solo y lo despoja de parte de su facultad divina. No le sonríe como en la llanura. Parece decirle con aire grave, ¿a qué has venido antes de tu tiempo? Este lugar no está preparado para tí.

[4]. Atlas, en la mitología griega, era un titán que sostenía al cielo sobre sus hombros; Vulcano, en la mitología romana, era el dios del fuego; los cíclopes, en la mitología griega, eran titanes con un solo ojo que fabricaban los rayos para Zeus; Prometeo, en la mitología griega, robó el fuego del Olimpo para entregárselo al hombre.

[5]. En la mitología griega, Prometeo fue sujetado con cadenas al monte Cáucaso, como castigo por su robo.

[6]. Esquilo (525-456 a.C) creó las primeras tragedias griegas que han sobrevivido, incluyendo *Prometeo encadenado.*

[7]. Referencia a la raza de gigantes titanes en la mitología griega.

¿No es suficiente que yo sonría en los valles? Yo no he hecho este suelo para tus pies, este aire para que lo respires, estas rocas para tus vecinos. Aquí no puedo compadecerte ni acariciarte, sino conducirte siempre de modo constante desde aquí hasta donde soy amable. ¿Por qué buscarme cuando no te he llamado, y luego quejarte porque no encuentras en mí sino una madrastra? Te congeles, te consuma el hambre o te mueras de convulsiones, no hay aquí santuario ni altar, ni acceso alguno a mis oídos.

«*Chaos and ancient Night, I come not to spy*
With purpose to explore or to disturb
The secrets of your realm, but ...
. . . . . *as my way*
Lies through your spacious empire up to light».[8]

Las cumbres montañosas están entre las partes inacabadas del globo, y resulta ligeramente insultante para los dioses escalarlas para espiar sus secretos y probar sus efectos sobre nuestra humanidad. Puede que lo hagan únicamente hombres atrevidos e insolentes. Pomola[9] siempre se irrita con aquellos que trepan hasta la cima del Ktaadn.

Según Jackson, quien, en su condición de topógrafo del Estado lo ha medido con precisión, la altitud del Ktaadn es de 5.300 pies[10] o poco más de una milla sobre el nivel del mar. Y agrega: «Es evidentemente el punto más elevado del Estado de Maine, y la montaña de granito más abrupta de Nueva Inglaterra». Las peculiaridades de la espaciosa meseta sobre la que me hallaba, así como el notable abismo semicircular o cuenca del lado del este, quedaban

[8]. *El paraíso perdido*, libro II.

[9]. En la mitología romana, ninfa encargada de los frutos comestibles (N. del T.).

[10]. La altura real del pico Baxter en Katahdin es de 5.268 pies.

ocultas por la bruma. Por el deseo de contar con un equipo completo, yo había llevado hasta arriba todas mis cosas, sin saber que iba a tener que efectuar en solitario el descenso hacia el río y posiblemente a la zona poblada del Estado, y por otra ruta. Pero al final, temiendo que mis compañeros estuvieran ansiosos por alcanzar el río antes de la noche, y sabiendo que las nubes podían permanecer en la montaña durante días, me vi forzado a descender. De vez en cuando, mientras bajaba, el viento abría hacia el Este un resquicio, a través del cual se veían brillar al sol unos bosques sin límites, lagos y corrientes de agua, de los que algunos desembocaban en el East Branch. En aquella dirección se veían también nuevas montañas. Ocasionalmente alguna avecilla de la familia de los gorriones revoloteaba alejándose de mí, incapaz de controlar su rumbo, como un fragmento de roca gris llevado por el viento.

Encontré a mis compañeros donde los había dejado, en la ladera del pico, recolectando los arándanos que llenaban cada grieta entre las rocas, así como otras bayas, todas las cuales sabían más intensamente cuanto más en lo alto crecían, lo que no las hacía menos agradables a nuestro paladar. Cuando el territorio esté asentado y estén construídas las carreteras, es posible que estos frutos sean un artículo de comercio. Desde la altura, precisamente al borde de las nubes, se dominaba, hacia el oeste y hacia el sur, una extensión de cien kilómetros. Aquel era el Estado de Maine, que habíamos visto en el mapa, aunque no muy parecido: una floresta inconmensurable para recibir la luz del sol, ese del que oímos hablar en Massachusetts. Ningún claro, ninguna casa. No parecía que un solitario viajero hubiera cortado allí madera ni para hacerse un bastón. Incontables lagos: en el sureste el Moosehead, cuarenta millas de longitud por diez de ancho, como una deslumbrante fuente de plata al extremo de una mesa; al sur el Millinocket con su centenar de islas; y un centenar más sin nombre; y también montañas, la mayor parte de cuyos nombres solo conocen los indios. El

bosque lucía como una vasta extensión de tupido césped, y el efecto de aquellos lagos en medio de la misma ha sido apropiadamente comparado, por alguien que ha visitado el lugar, al de «un espejo roto en mil pedazos, desparramado alocadamente sobre el césped, que reflejara el intenso brillo solar». Una vez despejado, iba a ser una enorme granja para alguien. Según *La Gaceta* impresa antes de que se resolviese la cuestión de los límites, solo el área del condado de Penobscot, en el que estábamos, era más grande que todo el Estado de Vermont, con sus catorce condados; y aquel era únicamente parte de las tierras salvajes de Maine. Pero entonces nos interesaban los límites naturales, no los políticos. Nos hallábamos a ochenta millas, a vuelo de pájaro, de Bangor, o a ciento quince, según el ritmo al que habíamos corrido, caminado y remado. Tuvimos que consolarnos con la reflexión de que aquel panorama era probablemente tan bueno como desde la cima y nada más; ¿y qué era una montaña, sin nubes y brumas a su servicio? Como nosotros, ni Bailey ni Jackson habían logrado una vista clara desde la cumbre.

Iniciando nuestro retorno al río, todavía a una hora temprana del día, resolvimos seguir el curso del torrente que suponíamos era el arroyo Murch, mientras no nos apartase demasiado de nuestro rumbo. Así pues, anduvimos unas cuatro millas por el propio torrente, cruzándolo continuamente de una margen a otra, brincando de roca en roca y saltando con la corriente por caídas de siete u ocho pies, o resbalando a veces de espaldas sobre una delgada capa de agua. El barranco había sido escenario en primavera de una extraordinaria correntada, acompañada al parecer de un deslizamiento desde la montaña. Debe haberse llenado, con el alud de rocas y agua, hasta no menos de veinte pies por encima del nivel actual del torrente. En un espacio de una o dos varas a ambos lados de su curso, los árboles estaban descortezados y astillados hasta la copa, los abedules doblados, retorcidos y a veces reducidos a manojos de ramas, como las escobas de los establos; algunos, de un pie de diá-

metro, se veían quebrados, y grupos enteros de árboles habían sido aplastados por el peso de las rocas apiladas sobre ellos. En un sitio vimos una de dos o tres pies de diámetro alojada a casi veinte pies de altura, en el vértice donde se bifurcaban las ramas de un árbol. A lo largo de las cuatro millas no vimos sino un riachuelo que desembocase en el torrente, y el volumen de agua no pareció aumentar por ello. Viajamos, pues, con gran rapidez debido al ímpetu del descenso, y nos volvimos notablemente expertos en brincar de roca en roca, puesto que brincar debíamos y así lo hicimos, hubiera o no entre ellas la distancia adecuada. Era un espectáculo placentero para el que iba delante cuando daba media vuelta y miraba hacia la parte superior del barranco, emparedado por las rocas y la verde floresta, el ver, a intervalos de una o dos varas, a un montañero de camisa roja o casaca verde contra el blanco del torrente, brincando por el estrecho conducto con la mochila a la espalda, o haciendo una pausa sobre una roca apropiada en medio del torrente para reparar un desgarrón en su ropa o soltar el cazo que llevaba sujeto al cinturón para poder recoger un poco de agua que beber. En un lugar nos sobresaltamos al descubrir, en un breve espacio arenoso a la orilla del agua, la huella fresca del pie de un hombre, y por un momento comprendimos cómo se sintió Robinson Crusoe[11] en una situación semejante; pero finalmente recordamos que durante el ascenso habíamos pasado por allí, aunque no habríamos podido ubicar el lugar exacto, y que uno de nosotros se había acercado a la orilla para beber. El aire fresco arriba, y el baño continuo de nuestros cuerpos en agua de montaña —alternando baño de pies, de asiento, ducha y zambullida— convirtieron el trayecto en algo sumamente refrescante, y apenas nos habíamos alejado un par de millas del torrente cuando hasta la última hilacha de nuestra ropa es-

[11]. Personaje central de la novela de Daniel Defoe (1660-1731), que encuentra una huella tras haber permanecido perdido y a solas durante muchos años.

tuvo seca como antes, debido tal vez a una peculiar cualidad de la atmósfera. Después, albergando dudas sobre nuestro rumbo, Tom dejó la mochila al pie de la picea más elevada que encontró y trepó por el tronco pelado, unos veinte pies, para luego atravesar la verde torre, fuera de nuestra vista, hasta tener en la mano las ramas de la copa.[12] McCauslin, cuando era un muchacho, había marchado por la floresta con una patrulla del ejército a las órdenes del general Fulano de Tal, y con un compañero habían realizado toda la tarea de reconocimiento y espionaje. La orden del general era a menudo, «Derribar la copa de ese árbol», y no había en los bosques de Maine ningún árbol lo bastante alto como para no quedarse sin la copa en esas circunstancias. Me han contado la historia de dos hombres que una vez se perdieron en el bosque, más cercano a los asentamientos que este, y treparon al pino más alto que encontraron —de unos seis pies de diámetro en la base—, desde cuya copa descubrieron un solitario calvero y su humo. Estando a aquella altura, de casi doscientos pies desde el suelo, uno de ellos se mareó y se desmayó en brazos de su compañero, quien como pudo tuvo que emprender el descenso con él desmayándose y reviviendo a intervalos. A Tom le gritamos, ¿a qué distancia está la cumbre? ¿Dónde las tierras quemadas? Lo segundo él podía únicamente conjeturarlo; pero divisó un pequeño prado y una laguna que se hallaban probablemente en nuestra dirección, y hacia allí nos encaminamos. Al llegar a este

[12]. Nota de Thoreau: «La picea o abeto falso», dice Springer en '51, «es habitualmente seleccionada por las superiores facilidades que ofrece a quien trepa. Para alcanzar las primeras ramas de este árbol, que se hallan a entre veinte y cuarenta pies del suelo, se practica una cuña al pie de un árbol más pequeño y se lo apoya contra el primero, de modo que subiendo por el segundo se alcanza la copa del abeto. Cuando se desea una posición más elevada, se apoya el abeto contra el tronco de un pino alto, por el que se asciende a una altura que dobla la del bosque que lo rodea». Para indicar la dirección de los pinos, el hombre derriba una rama, y otro en el suelo toma la dirección.

prado solitario descubrimos huellas frescas de alce a la orilla de la laguna y el agua aun revuelta como si los animales hubieran huído ante nuestra proximidad. Algo más adelante, en un denso matorral, nos pareció que todavía seguíamos su rastro. Era un prado pequeño, de unos pocos acres, en la ladera de la montaña, oculto por la floresta, y puede que no hubiera sido visto nunca por un hombre blanco; un lugar donde cabía suponer que los alces pudieran pastar y bañarse, y descansar tranquilamente. Siguiendo por aquella ruta, pronto llegamos a campo abierto, que descendía en pendiente a lo largo de varias millas hacia el Penobscot.

El Ktaadn – Parte 6

Tal vez cuando me di cuenta más plenamente de que se trataba de la prístina, agreste y eternamente indómita naturaleza, o como quiera que los hombres la llamen, haya sido durante el descenso por aquella parte de la montaña. Pasábamos «tierra quemada», incendiada tal vez por el rayo, aunque no se veían señales recientes de ello, apenas algún tocón calcinado, sino que parecía un pastizal natural para los alces y los ciervos, sumamente agreste y desolado, cruzado ocasionalmente por franjas de árboles madereros y nacientes sauces bajos, con diseminadas manchas de arándanos. Me descubrí atravesándolo con naturalidad, como si fuera un pastizal desaprovechado, o solo parcialmente utilizado por el hombre; pero cuando me puse a pensar en qué hombre, hermano o hermana o pariente de nuestra raza lo creó y lo reclamó como suyo, esperé que en cualquier momento el propietario se levantase y objetara mi pasaje por allí. Es difícil concebir una región no habitada por el hombre. Estamos acostumbrados a dar por sentada su presencia y su influencia en todas partes. Y en cambio no hemos visto la naturaleza en estado puro, si no la hemos visto así, vasta, pavorosa e inhumana, aun en medio de las ciudades. Aquí la naturaleza era algo salvaje e imponente, aunque hermoso. Yo observaba con reverencia el suelo que pisaba, para ver lo que los Poderes habían hecho allí, la forma y la materia de su obra. Esta era la Tierra de la que nos han hablado, salida del Caos y la Vieja Noche. No un jardín de alguien, sino el globo en su estado prístino. Ni césped, ni pastizal,

ni prado, ni bosque, ni herbazal, ni tierra arable, ni páramo. Era la superficie recién creada y natural del planeta Tierra, tal como fue hecha para siempre: nosotros decimos que para ser la morada del hombre, que la Naturaleza creó, y el hombre puede usarla si puede. No había que relacionar al hombre con ella. Era la Materia, vasta, aterradora, no la Madre Tierra de la que se nos habla, no para que él la pise, o sea enterrado en su seno —no, sería incluso un exceso de familiaridad dejar que sus huesos yacieran allí—, residencia, ésta, de la Necesidad y el Destino. Se sentía la presencia de una fuerza cuyo objeto no era ser amable para el hombre. Era un lugar para los ritos del paganismo y la superstición, para ser habitado por hombres más íntimamente emparentados que nosotros con las rocas y los animales salvajes. Caminábamos por él con cierta reverencia, deteniéndonos, de tanto en tanto, a recoger los arándanos que allí crecían, con su gusto sabroso y picante. Quizás en Concord, donde se alzan nuestros pinos y yacen las hojas sobre el suelo del bosque, hubo una vez cosechadores y los agricultores plantaban cereales; pero en este lugar ni siquiera la superficie había recibido la marca del hombre, sino que era un ejemplo de cómo Dios consideró adecuado hacer este mundo. ¡Qué significa entrar a un museo y ver miles de objetos particulares, comparado con contemplar la superficie de un astro, la materia pura en su origen! Me quedo observando con asombro mi propio cuerpo: esta materia que me contiene y se ha vuelto tan ajena a mí. No temo a los espíritus, los fantasmas de los cuales soy uno —eso podría pasarle a mi cuerpo—, pero temo a los cuerpos, me hace temblar el encontrarme con ellos. ¿Quién es este titán que me posee? ¡Menudo misterio! ¡Piénsese en nuestra existencia en la naturaleza —ser diariamente testigo de la materia, entrar en contacto con ella—, las rocas, los árboles, el viento en nuestras mejillas! ¡La sólida tierra! ¡El mundo real! ¡El sentido común! ¡Contacto! ¡Contacto! ¿Quiénes somos? ¿Dónde estamos?

Antes de mucho reconocimos algunas rocas y otros elementos del paisaje que habíamos impreso adrede en la memoria, y, apretan-

do el paso, hacia las dos llegamos al *batteau*[1]. Habíamos esperado una comida de trucha, pero en aquella claridad solar deslumbrante los peces tardaban en morder el anzuelo, por lo que nos vimos forzados a sacar provecho del pan de centeno y el cerdo, que apenas quedaba. Entretanto, deliberamos sobre si debíamos ir río arriba una milla más, hasta el claro de Gibson, en el Sowadnehunk, donde había una cabaña de troncos desierta, para conseguir una barrena de media pulgada para reparar una de nuestras picanas. Había bastantes piceas jóvenes alrededor y disponíamos de un pincho sobrante, pero de nada con que agujerear. Pero como no era seguro que allí encontrásemos herramientas abandonadas, reparamos lo mejor posible la pértiga rota para el viaje de bajada, en el cual apenas tendríamos que usarla. Además, no teníamos ganas de perder tiempo en tal expedición, por temor a que levantase el viento antes de que llegáramos a los lagos mayores y nos detuviese; porque un viento moderado produce en tales aguas un verdadero mar, en el que un *batteau* no dura ni un minuto; y en una ocasión McCauslin había sufrido un retraso de una semana en la cabecera del North Twin, que solo tiene cuatro millas de un extremo al otro. Estábamos casi sin provisiones, y mal preparados a este respecto para lo que posiblemente resultara un viaje de una semana rodeando la costa, y teniendo que vadear innumerables corrientes de agua y abrirnos paso por una floresta sin senderos en caso de que nuestra embarcación sufriera cualquier accidente.

Fue con pesar que volvimos la espalda al Chesuncook, por el que McCauslin había antiguamente navegado, y a los lagos del Allegash. Quedaban aun rápidos más extensos y porteaderos más largos; entre estos últimos, el de Rippogenus, que él describió como el más difícil, de tres millas. La longitud total del Penobscot es de

[1]. *Nota de Thoreau:* Los osos no habían tocado ninguna de nuestras posesiones. A veces hacen pedazos un *batteau*, por el alquitrán con el que están embadurnados.

doscientas setenta y cinco millas, y todavía nos hallamos a casi cien de su origen. Hodge, el ayudante del geólogo estatal, pasó por este río en 1837, por un porteadero de solo una milla y tres cuartos cruzó al Allegash, y por éste bajó hasta entrar en el St. John, y por el Madawaska hasta el porteadero conocido como el Grand Portage pasó al San Lorenzo. El suyo es el único relato que conozco de una expedición a través de Canadá en esa dirección. Describe así su primera visión de este río, la cual, por comparar pequeños hechos con hechos grandiosos, es semejante a la primera visión del Pacífico por parte de Balboa desde las montañas del itsmo de Darién.[2] «La primera vez que tuvimos a la vista el San Lorenzo», dice, «desde la cima de una alta colina, la visión fue para mí sumamente asombrosa, y mucho más interesante por haber estado enclaustrado en el bosque los dos meses anteriores. Directamente ante nosotros yacía el anchuroso río, de nueve o diez millas de orilla a orilla, cuya superficie interrumpían algunas islas y escollos, así como dos embarcaciones ancladas cerca de la margen. El sol se estaba poniendo detrás de estas y doraba toda la escena con sus rayos de despedida».

Esa misma tarde, después de las cuatro, iniciamos el viaje de regreso, que iba a requerir poco o ningún empleo de la pértiga. Para salvar los rápidos los barqueros utilizan, en lugar de pértiga, unos remos de pala ancha con los que guían la embarcación. Aunque nos deslizamos velozmente, y a menudo sin problemas hacia abajo, allí por donde nos había costado no escaso esfuerzo ascender, a nuestro viaje le esperaba un peligro mucho mayor: pues si en un momento dado chocábamos de lleno contra una de los miles de rocas que nos rodeaban, la barca se inundaría al instante. Cuando se inunda una embarcación en esas circunstancias, el botero generalmente no encuentra dificultades inmediatas para mantenerlo a flote, ya

[2]. Llamado actualmente el Istmo de Panamá. Vasco Núñez de Balboa (1475-1519) lo cruzó en 1513 y descubrió el Océano Pacífico.

que la corriente los mantiene a él y a su carga durante un buen trecho; y pudiendo flotar, solo tiene que irse arrimando gradualmente a la orilla. El mayor peligro es el de verse pillado en un remolino detrás de una roca más grande, donde el agua va corriente arriba más velozmente que en cualquier otra parte, y empezar a dar vueltas y vueltas bajo la superficie hasta ahogarse. McCauslin señaló unas rocas que habían sido escenario de un accidente fatal de esa clase. A veces el cuerpo no aparece durante varias horas. Él mismo había realizado una vez el circuito, siendo las piernas lo único suyo que veían sus compañeros; pero por suerte fue devuelto por el río a tiempo para recobrar la respiración[3]. Para salvar los rápidos, el barquero tiene que resolver este problema: escoger un curso tortuoso y seguro por entre un millar de rocas hundidas esparcidas a lo largo de un cuarto de milla, al mismo tiempo que avanza a un ritmo constante de quince millas a la hora. Detenerse no puede; la única cuestión es por dónde ir. El hombre de proa escoge el rumbo con todas las miradas clavadas en él, golpeando enérgicamente el agua con su remo y dirigiendo la embarcación a pura fuerza. El hombre de popa sigue fielmente al de proa.

Pronto estuvimos ante los saltos del Aboljacarmegus. Ansiosos por evitar el retraso —así como el trabajo— del porte, nuestros barqueros avanzaron primero en labor de reconocimiento y terminaron dejando que el *batteau* bajara por la cascada, llevando por tierra únicamente el equipaje. Saltando de roca en roca hasta casi el medio de la corriente, nos aprestamos a recibir la barca y dejarla superar el primer salto, de unos seis o siete pies en perpendicular. Los boteros se colocan al borde de un saliente de roca, donde la caída es quizá de nueve o diez pies, metidos en uno o dos pies de

[3]. *Nota de Thoreau*: lo siguiente proviene de un periódico. «El día 11, en Rappogenes Falls, se ahogó el Sr. John Delantee, de Orono, Me., mientras conducía troncos. Era ciudadano de Orono y tenía veintiséis años. Sus compañeros encontraron el cadáver, lo envolvieron en corteza de árbol y lo enterraron en el bosque solemne».

aguas rápidas, uno a cada lado de la barca, y la dejan deslizarse suavemente hasta que la proa se levanta diez o doce pies en el aire; entonces, dejándola caer de plano, mientras uno coge la amarra el otro se mete dentro de un salto, y cuando su compañero lo sigue ambos son llevados vertiginosamente por los rápidos hasta un nuevo salto, o hasta aguas tranquilas. En muy pocos minutos han llevado a cabo un pasaje que para el inexperto resultaría tan insensato como intentar el descenso por el mismísimo Niágara. Parecería que para navegar con seguridad por unas cataratas como las del Niágara se necesitaría únicamente una cierta familiaridad con el lugar y un grado algo mayor de habilidad. En cualquier caso, yo no perdería la fe en unos hombres tan serenos, tan contenidos, tan fértiles en recursos como son ellos en los rápidos sobre meseta rocosa, hasta verlos efectivamente superar las cataratas. Cabía pensar que estas eran cataratas, y que las cataratas no se cruzan impunemente andando, como si fueran un charco de lodo. Existía realmente el riesgo de que perdieran su sublimidad al perder el poder de hacernos daño. La familiaridad produce desdén. El botero hace una pausa, si acaso, sobre una plaforma bajo un saledizo de roca al pie de la catarata, parado en una caleta de agua estancada de dos pies de profundidad, y se oye su voz ronca a través de la cortina de agua dando calmosamente instrucciones sobre cómo botar la embarcación esta vez.

Una vez realizado el porteadero de las cataratas de Pockwockomus, los remos pronto nos llevaron a Katepskonegan, o porteadero de Oak Hall, donde resolvimos acampar a medio camino, dejando que el *batteau* fuera portado por la mañana sobre hombros frescos. Uno de los hombros de cada botero exhibía una marca roja del tamaño de una mano, provocada por el *batteau* en esta expedición; y al cabo de un prolongado servicio ese hombro, siendo el que hacía todo el trabajo, era perceptiblemente más bajo que el otro. Un esfuerzo semejante no tarda en desgastar el físico más resistente. Los conductores de troncos están acostumbrados a trabajar con el agua fría

en primavera, y raramente están secos; y si uno cae del todo al agua no es habitual que se cambie hasta la noche, si es que lo hace. El que adopta esa precaución recibe un sobrenombre especial, o es aislado. Nadie que no sea casi anfibio puede llevar esa vida. McCauslin contó sobriamente —y en todo caso constituye una buena historia— que había visto en un atasco a seis hombre sumergirse a la vez totalmente en el agua, para usar el hombro como palanca. Si el tronco no se movía, tenían que sacar la cabeza para respirar. El conductor de troncos trabaja mientras pueda ver, del amanecer al ocaso, y por la noche no tiene tiempo para cenar y secarse la ropa adecuadamente antes de caer dormido en su lecho de roble. Esa noche nosotros dormimos en el mismo lecho preparado por una partida semejante, tendiendo nuestra tienda sobre los palos que todavía estaban de pie, pero reemplazando las hojas húmedas y amarillentas por otras frescas.

Por la mañana llevamos la barca y la echamos al agua, dándonos prisa por si el viento aumentaba. Los boteros la desplazaron por el Passamagamet, y poco después por los saltos del Ambejijis, mientras nosotros efectuábamos el rodeo a pie con el equipaje. Con lo que nos quedaba de cerdo tuvimos un rápido desayuno en la cabecera del lago Ambejijis, y poco después volvíamos a remar por su serena superficie, bajo un cielo agradable, con la montaña al nordeste, ahora libre de nubes. Turnándonos a los remos, dejamos atrás rápidamente, a seis millas por hora, la caleta llamada Deep Cove, sin que el viento alcanzara a molestarnos, y arribamos a la represa a mediodía. Los boteros pasaron en el *batteau* por una de las compuertas para troncos, en la que la caída es de diez pies hasta la base, y nos recogieron abajo. Ahí estaba el rápido más extenso de todo el viaje, y tal vez el recorrerlo fue una tarea tan peligrosa y ardua como la que más. A una velocidad que calculamos a veces en quince millas por hora, si chocábamos con una roca nos partía a lo largo en un instante. Por momentos éramos como un cebo flotante en movimiento para atraer a algún monstruo

fluvial, entre los remolinos, y en otros nos lanzábamos hacia un lado de la corriente o hacia el opuesto, deslizándonos veloz y suavemente prácticamente hacia la destrucción, o golpeábamos enérgicamente el agua con el remo corto, acudiendo a todas nuestras fuerzas para evitar las rocas mediante desvíos a derecha o a izquierda. Imagino que fue como navegar por los rápidos del Saute de St. Marie, en la salida del lago Superior, y nuestros boteros expusieron una destreza no menor a la de los indios. Pronto atravesamos esa milla, y nos hallamos flotando en el lago Quakish.

Después de semejante viaje, las aguas revueltas y furiosas, que una vez habían parecido terribles y no cosa de juego, se nos presentaban como domadas y carentes de brío; habían sido desafiadas y acosadas en sus cauces, azuzadas y golpeadas con la puya de la pértiga y el remo corto para someterlas, atravesadas con impunidad, y despojadas de todo su potencia y su peligro, y a partir de entonces los ríos más caudalosos e impetuosos no parecían sino juguetes. Comencé por fin a entender la familiaridad de los boteros con los rápidos y su desdén por ellos. «Esos muchachos de Fowler», decía la Sra. de McCauslin, «son para el agua unos perfectos patos». Según ella, habían ido en un *batteau* a Lincoln, distante treinta o cuarenta millas, a buscar a un médico, de noche, estando tan oscuro que no veían a una vara por delante, y el río estaba tan crecido que era prácticamente un rápido continuo, por lo que el médico exclamó, cuando lo llevaron de regreso en pleno día, «Pero, Tom, ¿cómo veías para guiar la barca?» «No es que guiáramos... solo la aguantábamos derecha». A pesar de lo cual no tuvieron ningún accidente. Es verdad que los rápidos más difíciles se hallan más arriba.

Cuando alcanzamos el Millinocket frente a la casa de Tom y estábamos aguardando que su gente nos cruzase, pues habíamos dejado el *batteau* más allá de Grand Falls, descubrimos dos canoas, con dos hombres cada una, que aparecieron por el río desde la laguna llamada Shad Pond, una manteniéndose del lado opuesto de una pequeña isla que teníamos delante, la otra aproximándose a donde

nos encontrábamos, y desde ambas examinando cuidadosamente las orillas en busca de ratas almizcleras. La segunda resultó estar ocupada por Louis Neptune y su compañero, ahora por fin de camino hacia Chesuncook a la caza de alces; pero iban tan disfrazados que nos costó reconocerlos. A cierta distancia habrían podido ser tomados por cuáqueros; con sus sombreros de ala ancha y sus sobretodos con amplia capa, por pícaros de Bangor tratando de instalarse en esta Silvania; o, más de cerca, por personajes elegantes la mañana siguiente a una juerga. Cara a cara, estos indios en sus bosques nativos parecían los tipos siniestros y desaseados que uno encuentra recolectando cordeles y papel por las calles de una ciudad. Existe, de hecho, una notable e inesperada semejanza entre el salvaje degradado y las clases bajas de una gran ciudad. El uno no es más hijo de la naturaleza que el otro. En el proceso de la degradación la distinción entre razas se pierde muy pronto. Al principio, y al ver unas perdices en manos de uno del grupo, Neptune se mostró insistente en saber qué nosotros «matar», pero un marcado disgusto por nuestra parte excluía toda posibilidad de una respuesta. Pensamos que antes los indios poseían un cierto honor. Pero «Mí estado enfermo. Oh, mí no bien ahora. Hacemos negocio, después mí irse». En realidad se habían retrasado tanto debido a una borrachera en las Cinco Islas, de cuyos efectos aun no se habían recuperado. Llevaban en las canoas algunas ratas almizcleras jóvenes que sacaban con azada de la ribera, no por las pieles, sino para comer, pues en las expediciones este mamífero constituye su principal alimento. De modo que prosiguieron remontando el Millinocket y nosotros continuamos por la margen del Penobscot, tras recuperar energías con un trago de la cerveza de Tom, a quien dejamos en su casa.

Ésta es la vida que ha de llevar aquí un hombre, al borde de las tierras salvajes, en la corriente del indio río Millinocket, en un mundo nuevo, en el oscuro corazón de un continente, y tendrá una flauta para tocar al anochecer haciendo eco a las estrellas, entre el aullido de los lobos; vivirá, por así decir, en una edad primitiva del mundo,

como un hombre primitivo. Pero habrá para él un día soleado, y en este siglo será mi contemporáneo; leerá acaso algunas dispersas páginas de literatura, y a veces hablará conmigo. ¿Para qué leer historia, pues, si las épocas y las generaciones lo son ahora? Él vive a tres mil años de profundidad en el tiempo, una época no descrita aun por los poetas. ¿Es que uno puede retroceder más que eso en la historia? ¡Ay! ¡Ay!, pues por allá penetra ahora mismo en la boca del Millinocket un hombre aun más antiguo y primitivo, cuya historia no se remonta siquiera a la del anterior. En una embarcación hecha de corteza cosida con raíces de picea, con remos de carpe, se va abriendo camino. Me resulta borroso y difuso, oscurecido por los siglos que van de la canoa de corteza al *batteau*. Él no levanta una vivienda de troncos, sino una *wigwam*[4] de pieles. No come pan caliente y pasteles, sino rata almizclera, carne de alce y grasa de oso. Se desliza por el Millinocket y lo pierdo de vista, de modo semejante a cuando vemos alejarse una nube más lejana y borrosa detrás de una más próxima y perderse en el espacio. De esa forma encara su destino el rostro rojo del hombre.

Tras haber pasado la noche, y engrasado las botas por última vez en lo de Tío George, cuyos perros casi lo devoran por la alegría del retorno, seguimos al día siguiente río abajo, unas ocho millas a pie y luego otras diez en un *batteau*, con un hombre para impulsarlo, hasta Mattawamkeag. Para abreviar, a mitad de esa misma noche, abandonamos nuestra calesa cruzando el inacabado puente de Oldtown, donde oímos el confuso estruendo y tintineo de un centenar de sierras, que jamás descansan, y a las seis de la mañana siguiente este miembro de la partida marchaba a todo vapor camino de Massachusetts.

[4]. Habitáculo tradicional de los pueblos indígenas de Norteamérica, consistente en un marco de palos afirmados en tierra y unidos en la parte superior, cubierto con esteras de junco o cortezas de árbol (N. del T.).

Lo más llamativo del territorio salvaje de Maine es la continuidad de la floresta, en la que hay menos intervalos abiertos o claros de lo que uno imaginaba. Aparte de las pocas tierras quemadas, los estrechos espacios en los ríos, las cimas peladas de las altas montañas, los lagos y las corrientes, la floresta es ininterrumpida. Es todavía más sombría y salvaje de lo imaginado de antemano, un terreno húmedo e intrincado, mojado y fangoso por todas partes en primavera. El aspecto del territorio es, en verdad, universalmente áspero y salvaje, si se exceptúan las vistas lejanas de los bosques desde las elevaciones, y el panorama de los lagos, que resultan en cierta medida suaves y civilizados. Los lagos son algo para lo que una persona no está preparada; se hallan sumamente altos, muy expuestos a la luz, y el bosque se reduce a una fina hilera en sus bordes, con una montaña azul aquí y allí, como amatistas engarzadas en torno a una joya de primera agua; muy anteriores, muy superiores a todos los cambios que habrán de tener lugar en sus orillas, delicados y elegantes incluso ahora, y bellos como puede que lo sean eternamente. No son estas las florestas artificiales de un rey inglés, un simple coto real. Prevalecen allí no las leyes forestales sino las de la naturaleza. Los aborígenes no han sido nunca desposeídos, ni la naturaleza deforestada.

Es un territorio lleno de árboles de hoja perenne, de plateados abedules musgosos, el suelo salpicado de insípidas pequeñas bayas rojas y marcado por rocas húmedas cubiertas de musgo; diversificado por innumerables lagos y rápidas corrientes pobladas por truchas y diversas especies de *leucisci*, con salmones, sábalos, lucios y otros peces; con bosques en los que suenan a intervalos poco comunes el canto del paro, la urraca y el pájaro carpintero, el chillido del pigargo y el águila, la risa del somorgujo y el silbo de los patos en las corrientes solitarias; de noche, el graznido de la lechuza y el aullido del lobo; un país en el que en verano pululan miríadas de moscas negras y mosquitos, más temibles que el lobo para el hombre blanco. Así es la tierra del alce, el caribú, el lobo, el castor, y el indio.

¿Quién será capaz de describir la inexpresable ternura y la vida eterna de la floresta adusta, donde la Naturaleza, aunque sea en mitad del invierno, está siempre en primavera, donde los árboles cubiertos de musgo y en decadencia no son viejos, sino que parecen gozar de una permanente juventud; y donde Natura, dichosa e inocente como un plácido infante, es demasiado feliz para hacer ruido, excepto a través de algún ceceante pájaro cantarino o un arroyuelo que tintinea?

¡Qué lugar para vivir! ¡Qué lugar donde morir y ser enterrado! ¡Allí ciertamente los hombres vivirían para siempre y se reirían de la muerte y la tumba. Allí no podrían tener los pensamientos que se asocian al cementerio aldeano, que convierten en sepultura uno de esos húmedos montículos siempre verdes!

Die and be buried who will,
I mean to live here still;
My nature grows ever more young
The primitive pines among.[5]

Mi viaje me recuerda cuán sumamente nuevo es aun este país. Basta con viajar unos días al interior y las zonas alejadas de muchos de los antiguos estados para acceder a la misma América que visitaron los escandinavos[6], y Cabot[7], y Gosnold[8],

[5]. Estos versos sin cita pertenecen a Thoreau:
Aprox.: «Que muera y sea sepultado el que quiera/ yo sigo pensando en vivir aquí; / mi condición natural se vuelve cada vez más joven / entre los pinos primitivos».

[6]. Los escandinavos (vikingos) fueron los primeros europeos que vieron Norteamérica.

[7]. John Cabot (Giovanni Cabotto) (1450/5-¿), explorador italiano que visitó Norteamérica por encargo del rey inglés Enrique VII en 1497, pero no retornó nunca de un viaje en 1498.

[8]. Bartholomew Gosnold (1572-1607), explorador-colonizador inglés, descubrió y dio nombre a Cape Cod en 1602, llamándolo Martha's Vineyard en honor a su hija.

y Smith[9], y Raleigh[10]. Si Colón fue el primero en descubrir las islas, Américo Vespucio[11] y Cabot y los puritanos, y nosotros sus descendientes, hemos descubierto únicamente las costas de América. Aunque la república ha adquirido ya una historia a nivel mundial, América es todavía inestable e inexplorada. Como los ingleses en Nueva Holanda[12], incluso ahora vivimos solamente en las costas de un continente, y apenas sabemos de dónde vienen los ríos que mantienen a flote a nuestra marina. Los propios maderos, tablas y tejas con los que están hechas nuestras casas crecieron ayer apenas en un territorio salvaje donde todavía caza en indio, y el alce circula libremente. Nueva York tiene zonas inexploradas dentro de sus propios límites; y aunque los marinos europeos están familiarizados con los sonidos del Hudson, y hace tiempo que Fulton[13] inventó en sus aguas el barco de vapor, aun se necesita un indio para guiar a sus científicos hasta su cabecera en los montes Adirondack.

¿Hemos llegado siquiera a descubrir y colonizar las costas? Que alguien recorra a pie la costa desde el Passamaquoddy hasta el Sabine[14], o hasta el Río Bravo[15], o donde quiera que esté ahora el final, si es lo suficientemente rápido para rebasarlo, siguiendo las curvas de cada caleta y de cada cabo, y moviéndose al ritmo del oleaje —con una

[9]. John Smith (1580-1631) colonizador-explorador inglés, líder de la colonia virginiana de Jamestown de 1607, exploró asimismo Nueva Inglaterra en 1614.

[10]. Sir Walter Raleigh (1552-1618), militar, cortesano, autor, organizó las expediciones de la «colonia perdida» a la isla de Roanoke, N.C.

[11]. Américo Vespucio (1454-1512), merdader/navegante florentino, escribió sobre las expediciones a América; los cartógrafos dieron su nombre al nuevo mundo.

[12]. Colonia holandesa que incluía a Nueva Amsterdam, más tarde Nueva York.

[13]. Robert Fulton (1765-1815), ingeniero/inventor estadounidense, construyó en América el primer barco de vapor que tuvo éxito.

[14]. El río Sabine, de Texas oriental y Louisiana.

[15]. El Río Grande, que constituye la frontera oriental entre Estados Unidos y México.

desolada aldea de pescadores una vez a la semana y una ciudad portuaria una vez al mes para alegrarlo, y alojándose en los faros, cuando encuentra uno— y que me cuente si le parece un país descubierto y colonizado, y no más bien una isla desolada y una tierra de nadie.

Hemos avanzado a saltos hacia el Pacífico, y dejado atrás, inexplorados, Oregón y California. Aunque se han establecido el ferrocarril y el telégrafo en las costas de Maine, el indio sigue mirando al mar por encima de ellos desde las montañas interiores. Ahí se encuentra la ciudad de Bangor, cincuenta millas aguas arriba del Penobscot, a la cabeza de la navegación para barcos mayores, principal terminal maderera del continente, con una población de doce mil personas, como una estrella al margen de la noche, talando todavía los bosques de los cuales está construída, ya floreciente con los lujos y refinamientos de Europa, y enviando sus barcos a España, a Inglaterra y a las Indias Occidentales a por provisiones, y sin embargo solo unos pocos hacheros han ido «río arriba», a internarse en el paraje inhóspito que la alimenta. Todavía se encuentran el oso y el ciervo dentro de sus límites; y el alce, al nadar por el Penobscot, se ve envuelto entre las embarcaciones y atrapado por marineros extranjeros en su bahía. Doce millas atrás, doce millas de ferrocarril, están Orono y la Indian Island, el hogar de la tribu penobscot, y luego empiezan el *batteau* y la canoa, y la carretera militar; y sesenta millas arriba el territorio está virtualmente sin explorar y sin mapa topográfico, y allí continúa ondeando la floresta virgen del Nuevo Mundo.

SOBRE LAS NOTAS AL PIE

La información para las notas relativas a «Ktaadn» provienen de numerosa fuentes, pero las más útiles han sido el «Epílogo» de Joseph J. Moldenhauer en *The Maine Woods* (Princeton University Press), y el comentario de William Howarth en *Walking with Thoreau: A Literary Guide to the Mountains of New England.*

El Chesuncook – Parte 1

A las 5 p.m. del 13 de septiembre de 1853 partí de Boston, en el barco de vapor para Bangor, por el curso exterior. Era una noche cálida y apacible —probablemente más cálida en el agua que en tierra—, y el mar estaba tan sereno como un pequeño lago en verano, apenas ondulado. Los pasajeros estuvieron cantando en cubierta, como si fuese un salón, hasta las diez. Nos cruzamos con una nave que estaba en las últimas en una roca a poca distancia de las islas, y algunos pensamos que era la «nave embelesada» que marchaba

> «*on her side so low*
> *That she drank water, and her keel ploughed air*»[1]

sin tener en cuenta que no había viento y que sus mástiles lucían desnudos. De repente hemos dejado atrás las islas y estamos frente a Nahant. Contemplamos, aparentemente intactos, los elementos distintivos del paisaje que vieron los descubridores. Después vemos las luces de Cape Ann, y luego pasamos cerca de una flotilla anclada de pescadores de caballa, con aspecto aldeano, probablemente de Gloucester. Nos saludan a gritos desde las humildes cubiertas; pero yo interpreto sus «buenas tardes» como «no me lleve por delante, caballero». De la maravilla de las profundidades

[1]. *Tragedy of Charles, Duke of Byron*, de George Chapman (1559?-1634), dramaturgo, traductor, poeta inglés: «*a tal punto ladeada / que bebía agua, y su quilla surcaba el aire*».

descendemos a un sueño más profundo todavía. ¡Y luego el absurdo de ser despertado en la noche por alguien que aspira al trabajo de lustrarle a uno las botas! Es algo más inevitable que el mareo, y puede que a veces tenga que ver con él. Es como el chapuzón que te dan cuando cruzas la línea por primera vez. Yo confiaba en que esas antiguas costumbres estuvieran abolidas. Lo mismo podrían insistir en ennegrecerle a uno el rostro. He oído que un hombre se quejó de que durante la noche alguien le había robado las botas; y cuando las encontró, quiso saber qué les habían hecho —se las habían estropeado—, él nunca les ponía aquello; y el ennegrecedor escapó a duras penas de tener que pagar los perjuicios.

Ansioso por salir del vientre de la ballena, me levanté temprano y me uní a unos viejos lobos de mar que fumaban, bajo la tenue luz, en una parte protegida de la cubierta. Estábamos entrando en el río. Ellos por supuesto lo sabían todo acerca de él. Yo me sentía orgulloso de haber sobrellevado tan bien el viaje y no haber claudicado lo más mínimo. Estuvimos charlando y observamos por una portilla las primeras señales del amanecer; pero el día parecía retrasarse. Preguntamos la hora; ninguno de mis compañeros tenía un cronómetro. Al final pasó corriendo un príncipe africano proclamando «¡Las doce, caballeros!», y apagó la luz. Estaba asomando la luna. Así pues, me escabullí para meterme de nuevo en las entrañas del monstruo.

La primera tierra que tocamos es la isla Monhegan, antes del amanecer, y luego las islas de St. George, al ver dos o tres luces. Whitehead, con sus rocas desnudas y su fúnebre campana, resulta interesante. Lo siguiente que recuerdo que atrajo mi atención fueron las colinas de Camden, y después las que rodean Frankfort. Arribamos a Bangor a eso de mediodía.

A mi llegada, el que iba a ser mi acompañante[2], había ido río arriba a comprometer a un indio, Joe Aitteon, hijo del gobernador, a

[2]. George A. Thatcher, primo de Thoreau.

que fuera con nosotros al lago Chesuncook. Joe había guiado a dos hombres blancos a una cacería de alce en la misma dirección un año antes. Llegó por tren[3] a Bangor esa noche con su canoa y un compañero, Sabattis Solomon, quien iba a abandonar Bangor el lunes siguiente con el padre de Joe, vía el Penobscot, y a reunirse con Joe en la cacería del alce en Chesuncook cuando terminase de ocuparse de nosotros. Cenaron en casa de mi amigo y se alojaron en su granero, diciendo que peor lo pasarían en el bosque. Solo hicieron ladrar un poco a Watch cuando vinieron a la puerta en la noche a buscar agua, pues a él no le gustan los indios.

A la mañana siguiente Joe y su canoa salieron en la diligencia para el lago Moosehead, distante sesenta y pico de millas, una hora antes de que nosotros partiésemos en un camión abierto. Llevábamos pan de centeno, cerdo, carne ahumada, té, azúcar, etc., aparentemente como para un regimiento; el ver todo aquello junto me recordó con qué mezquinos medios nos habíamos mantenido hasta entonces. Marchamos en dirección noroeste por Avenue Road, que es bastante recta y muy buena, hacia el lago Moosehead, atravesando más de una docena de prósperas poblaciones, prácticamente cada una con su colegio secundario, no obstante ninguna figura en mi *General Atlas*, publicado, ¡ay! en 1824; tan por delante de su época van, ¡o tan por detrás! La Tierra debe haber pesado considerablemente menos entonces, sobre los hombros del General Atlas.[4]

Llovió todo ese día y hasta la mitad de la mañana siguiente, ocultando casi completamente el paisaje; pero apenas habíamos salido de las calles de Bangor cuando empecé a sentirme lleno de júbilo ante la vista del abeto silvestre y las copas de las piceas y de

[3]. La línea entre Bangor y Old Town, del *Bangor & Piscataquis Canal & RR*, fue completada en 1836; fue la segunda vía férrea instalada en Nueva Inglaterra.

[4]. En la mitología griega, un titán que sostenía los cielos sobre los hombros (¡juego de palabras!).

las demás plantas primitivas de hoja perenne que asomaban en el horizonte a través de la bruma. Era como la vista y el olor de un pastel para un niño de escuela. Aquel que viaja y sigue un camino trillado se fija sobre todo los cercados. En los alrededores de Bangor los postes, debido a la escarcha que los afloja con el suelo fangoso, no estaban hundidos en la tierra, sino ensamblados a una viga horizontal transversal colocada sobre el terreno. De allí en adelante, la mayoría de las cercas fueron de troncos, con ocasionalmente una tipo Virginia[5], o bien de raíles inclinados sobre estacas atravesadas; y estas estuvieron zigzagueando o jugando a la pídola a lo largo de todo el camino hasta el lago, siempre por delante nuestro. Una vez fuera del valle del Penobscot el territorio se volvió inesperadamente llano, o formado por ondulaciones muy suaves y uniformes, durante veinte o treinta millas, sin superar nunca el nivel general, pero permitiendo, se dice, una excelente perspectiva en tiempo despejado, con frecuentes vistas del Ktaadn, carreteras rectas y extensas colinas. Las casas estaban alejadas entre sí y eran por lo general pequeñas y de una planta, pero sólidas. Había muy poca tierra cultivada, aunque la floresta no asomaba a menudo al borde de la ruta. Los tocones nos llegaban con frecuencia a la altura de la cabeza, prueba de la intensidad de las nevadas. Las blancas capas de heno extendidas en los campos sobre pequeñas pilas de guisantes o cereales debido a la lluvia, fueron para mí una novedad. Vimos grandes bandadas de palomas, y varias veces estuvimos a escasas varas de alguna perdiz en la carretera. Mi acompañante dijo que saliendo de Bangor, él y su hijo le habían disparado desde el sulky a sesenta perdices. El serbal estaba ahora muy bonito, lo mismo que el árbol del caminante o viburno, con sus maduras bayas púrpura. El cardo canadiense, una planta no autóctona, fue la especie silvestre dominante en todo el camino hasta el lago: numerosos lugares al borde

[5]. Cerca de rieles cruzados apoyados entre sí, formando un dibujo en zigzag.

de la carretera, y campos no hace mucho despejados, aparecen densamente poblados por ella como si se tratase de un cultivo, excluyendo cualquier otra cosa. También había campos enteros llenos de helechos, ahora amarillentos y agostados, que en zonas más viejas quedan confinados a los suelos húmedos. Había muy pocas flores, incluso para lo tardío de la estación. Se dio el caso de que —excepto el *aster accuminatus*— no vi ninguna planta del género aster en floración a lo largo de cincuenta millas de carretera, con lo abundantes que eran entonces en Massachusetts, ni tampoco de vara de oro silvestre hasta estar a menos de veinte millas de Monson, donde vi una de nervadura triple. Había en cambio numerosos ranúnculos tardíos, así como dos adelfillas, *erechtita* y *epilobium*, comunes allí donde ha habido una quemazón, y finalmente la siempreviva nacarada. Noté ocasionalmente abrevaderos muy largos para el suministro de agua en la carretera, y mi acompañante dijo que el Estado asignaba anualmente tres dólares a un individuo en cada distrito escolar para que proporcionase y mantuviera un adecuado abrevadero junto a la carretera para uso de los viajeros, una muestra de inteligencia tan refrescante como la propia agua. La Legislatura no se reunía en vano. Era un acto típicamente oriental, que hizo que deseara estar todavía más alejado del oeste: otra ley de Maine que ojalá podamos tener en Massachusetts. Aquel estado está desterrando de sus carreteras los despachos de bebidas y promoviendo en cambio las fuentes de agua mineral.

El territorio empezó a ser decididamente montañoso en Garland, Sangerville, y en adelante, a veinticinco o treinta millas de Bangor. En Sangerville, donde nos detuvimos a media tarde para secarnos y entrar en calor, el posadero nos dijo que allí donde lo encontrábamos nosotros él había encontrado una tierra salvaje. En una bifurcación de la carretera entre Abbot y Monson, a unas veinte millas del lago Moosehead, vi un cartel coronado por un par de cuernos de alce, de cuatro o cinco pies de extensión, con la palabra «Monson» pintada

en una de las astas y el nombre de otro pueblo en la opuesta. A veces las usan como percheros de adorno, junto con cuernos de ciervo, en los vestíbulos de las casas; pero, después de la experiencia que voy a relatar, confío en que tendré una excusa mejor para matar a un alce que la de poder colgar mi sombrero de sus cuernos. Llegamos al anochecer a Monson, a cincuenta millas de Bangor y a trece del lago.

A las cuatro de la siguiente mañana, en la oscuridad, y todavía con lluvia, reanudamos nuestro viaje. Cerca del colegio secundario de la ciudad han erigido una estructura semejante a una horca donde los alumnos puedan hacer ejercicios. Se me ocurrió que bien podrían ahorcar en ella a todo aquel que necesitase de esos ejercicios en un país tan joven, donde no hay nada que le impida realizar una vida al aire libre. El territorio que rodea el sur del lago es bastante montañoso, y la carretera empezaba a sentir sus efectos. Hay una colina cuya ascensión requiere, según los cálculos, veinticinco minutos. En muchos lugares la carretera estaba en ese estado que denominan reparada, acabada de moldear en su forma semicilíndrica con excavadora y niveladora, con todas las desigualdades más blandas en el medio, como un lomo de puerco con las cerdas para arriba, y se esperaba que Jehu[6] se mantuviese a horcajadas sobre la espina dorsal. Mirando al horizonte a cada lado de la esfera desnuda era atroz ver las cunetas, una vasta oquedad, como la que hay entre Saturno y su anillo. En una taberna de por allí el mozo de cuadra saludó a nuestra cabalgadura como a una vieja conocida, aunque no recordaba al conductor. Declaró que había atendido a aquella pequeña yegua por poco tiempo, uno o dos años antes, en la Mount Kineo House, y que le parecía que el animal no estaba en tan buen estado como entonces. Cada cual a lo suyo. Yo no tengo relación con ningún caballo en el mundo, ni siquiera con el que me pateó.

[6]. «... el modo de conducir parece el de Jehú, hijo de Nimsi, pues conduce impetuosamente.» 2 Reyes 9:20.

Ya habíamos creído ver desde lo alto de una colina el lago Moosehead, donde una extensa niebla cubría las distantes llanuras, pero estábamos equivocados. No fue hasta que estuvimos a un par de millas de su extremo sur que tuvimos la primera visión del mismo: una sábana de agua de aspecto adecuadamente natural, salpicada de pequeñas islas llanas cubiertas de enmarañadas piceas y otros árboles silvestres, vista por sobre el incipiente puerto de Greenville, con montañas a cada lado y a lo lejos al norte, y con la chimenea de un buque de vapor elevándose por encima de un tejado. Un par de cuernos de alce adornaban un rincón de la taberna en la que dejamos nuestra cabalgadura, y a pocas varas de distancia estaba la pequeña embarcación de vapor Moosehead,[7] del capitán King. No había pueblo ni camino de verano más allá en aquella dirección, solo uno de invierno, solo transitable cuando la nieve cubre sus desigualdades, desde Greenville hacia el lado oriental del lago hasta Lily Bay, a unas doce millas.

Allí conocí por vez primera a Joe. Había viajado todo el camino fuera de la diligencia, el día anterior, bajo la lluvia, cediendo su lugar a las señoras, y estaba muy mojado. Como aun llovía, preguntó si íbamos a «ir p'alante». Era un indio apuesto, de veinticuatro años, aparentemente sin mezcla racial, bajo y fornido, con un rostro amplio y el cutis rojizo, y los ojos, a mi juicio, más estrechos y más levantados que los nuestros en los extremos, en correspondncia con los rasgos atribuídos a su raza. Además de la ropa interior, vestía una camisa de franela roja, pantalones de lana y un negro sombrero Kossuth[8], el atuendo corriente del leñador y, en buena medida, del indio de Penobscot. Cuando, más tarde, tuvo ocasión de quitarse las medias y los zapatos, me sorprendí ante la pequeñez de sus pies.

[7]. Construído en 1836, fue el primer vapor que surcó el lago Moosehead.

[8]. Sombrero de ala ancha popularizado en Estados Unidos en los primeros años de 1850.

Había trabajado mucho como leñador, y parecía sentirse identificado con los del oficio. Era el único del grupo que poseía una chaqueta de caucho.[9] La franja superior de su canoa se había desgastado casi completamente por efecto del roce en la diligencia.

A las ocho en punto, el vapor, asustando a los alces con su campana y su sirena, nos convocó a embarcar. Era una pequeña embarcación bien equipada —comandada por un caballeresco capitán— que disponía de abundantes salvavidas y de un bote metálico de salvamento, así como de comidas a bordo, si se deseaba. La utilizan principalmente los leñadores para el transporte de sus botes, sus provisiones y de ellos mismos, pero también sirve a cazadores y turistas. Guarecido allí cerca había otro vapor, llamado Amphitrite; pero, aparentemente, su casco estaba más gastado que su nombre.[10] También había atracados dos o tres grandes veleros. Esos comienzos de una actividad comercial en un lago de un territorio sin desarrollar resultan muy interesantes: unos grandes pájaros blancos venidos a hacer compañía a las gaviotas. Los pasajeros eran pocos y no había ni una mujer entre ellos: un franciscano indio con su canoa y sus pieles de alce, dos exploradores madereros, tres hombres que desembarcaron en Sandbar Island, un caballero que vive en Deer Island, a once millas del punto de partida, y es asimismo dueño de Sugar Island, entre la cual y la anterior circula el vapor; esos, creo, eran todos, aparte de nosotros. En el salón había una especie de instrumento musical, querubín o serafín, para aplacar las olas irritadas; y allí, muy adecuadamente, estaba clavado con tachuelas el mapa de las tierras públicas de Maine y Massachusetts, copia del cual tenía yo en el bolsillo.

La fuerte lluvia nos confinó un rato en el salón, donde yo departí con el propietario de Sugar Island sobre el estado del mundo en

[9]. Hecho de caucho (*India Rubber*: «*India*» por provenir de las Indias Occidentales; «rubber» [*rub*=borrar] por su utilización primaria como goma de borrar).

[10]. *amphi-* : prefijo que significa *por ambos lados*; *trite*: adjetivo, *gastado por el uso* (N. del T.).

tiempos del Viejo Testamento[11]. Pero al final, dejando el tema igual a como lo encontramos, él me contó que había vivido veinte o treinta años por los alrededores de aquel lago, y no obstante llevaba veintiuno sin haber estado en la cabecera del mismo. Los exploradores tenían a bordo una hermosa canoa nueva de abedul[12], mayor que la nuestra, en la cual habían venido por el Piscataquis desde Howland, y habían realizado ya varias pescas de trucha. Se dirigían a los alrededores de los lagos Eagle y Chamberlain, o a la cabecera del St. John, y nos ofrecieron hacernos compañía hasta donde íbamos nosotros. Tanto de ida como de vuelta el lago estuvo este día más agitado de lo que yo había encontrado el océano, y Joe hizo notar que le iba a inundar la canoa. Frente a Lily Bay tiene una docena de millas de ancho, pero contiene numerosas islas. El panorama no es meramente salvaje, sino variado e interesante; se veían montañas, lejanas o cercanas, hacia todos los puntos cardinales excepto el noroeste, con sus cumbres en aquel momento perdidas entre las nubes; pero la nota distintiva principal y exclusiva del lago es el Monte Kineo. Después de dejar a pie del mismo a Greenville, que es el núcleo de un pueblo de ocho o diez años de antigüedad, no se ven, a lo largo de unas cuarenta millas de lago, más de tres o cuatro casas, de las cuales tres son tabernas en las que el vapor realiza paradas, y la costa es bosque virgen sin interrupción. Parecían predominar la picea, el abeto, el abedul y el arce. Era fácil distinguir desde gran distancia los árboles de madera dura de los de blanda o «malcriados», como los llaman, siendo aquellos lisos, de copa redondeada y de color verde claro, con aspecto de vegetación ornamental y cultivada.

El Monte Kineo, al que se aproximó el vapor, está en una península de cuello estrecho que se encuentra a medio camino del

[11]. Ángeles bíblicos.

[12]. Canoa de madera con casco de corteza de abedul, como los fabricados por los indios norteamericanos.

lago sobre la margen oriental. El famoso precipicio está sobre el lado oriental o terrestre de aquella, y es tan alto y perpendicular que se puede saltar al agua desde arriba, a muchos pies, lo cual genera algunos infundios. ¡Un hombre en cubierta nos dijo que un ancla se había hundido noventa brazas[13] antes de alcanzar el fondo! Es probable que antes de mucho se descubra que una vez una doncella india saltó desde allí por amor, pues el verdadero amor no podría nunca haber hallado un camino más a propósito. Pasamos bastante cerca de la roca, puesto que es una costa muy peligrosa, y pude observar en ella la marca de una crecida de cuatro o cinco pies. El franciscano indio esperaba recoger allí a su hijo, pero este no estaba en el amarradero. La aguda vista del padre, sin embargo, detectó a lo lejos una canoa con el chico al pie de la montaña, donde nadie más la veía. «¿Dónde está la canoa?», preguntó el capitán, «Yo no la veo»; pero de todos modos se mantuvo a la espera, y al poco rato apareció.

Llegamos a la cabecera del lago alrededor de mediodía. En el interín, el tiempo se había despejado, aunque las montañas seguían aun coronadas por nubes. Visto desde ese punto, el Monte Kineo y otros dos montes asociados que se extienden hacia el nordeste, sugerían un muy fuerte parentezco, como si hubieran sido vaciados con un mismo molde. Allí el vapor se aproximó a un extenso embarcadero que se proyectaba desde la espesura situada al norte, construído con algunos de sus árboles, e hizo sonar la sirena, por más que no se veía ninguna cabaña ni mortal alguno. La costa era ahora bastante baja, con rocas planas, y sobre ella pendían unos ejemplares de fresno, de *arbor-vitæ*, etc, a los que al principio parecíamos no importarles un pito. No había un solo taxista que gritase «¡Taxi!» o nos indujera a alojarnos en el Hotel Estados Unidos. Por fin un tal Sr. Hinckley, que posee un campamento al otro extremo del porteadero, se presentó con un furgón tirado por un buey y un

[13]. Aproximadamente 150 metros (N. del T.).

caballo sobre un rústico carril de troncos a través del bosque. Lo siguiente fue el porte de nuestra canoa y equipaje por el porteadero desde el lago, una de las cabeceras del Kennebec, al río Penobscot. Aquella vía entre el lago y el río ocupaba el centro de un calvero de dos o tres varas de ancho, y era perfectamente recta en su trayectoria por el bosque. La recorrimos andando, mientras que nuestro equipaje era acarreado detrás. Mi compañero se adelantó para estar atento a las perdices, y yo fui más atrás, observando las plantas.

Para alguien venido del sur era un lugar botánicamente interesante en el que empezar; pues muchas plantas que son bastante raras, así como una o dos que no se encuentran en absoluto en la zona oriental de Massachusetts, crecían de forma abundante entre los «rieles»: el té de Labrador, el laurel, el arándano canadiense (que aun tenía frutos y florecía por segunda vez), la clintonia y la *Linnæa borealis*, recientemente bautizada como *moxon* por un leñador, las madreselvas trepadoras, las lilas, las campánulas de grandes flores, etc., y me pareció que la aster dentada, la *diploppapus umbellatus*, la vara de oro silvestre, la campanilla roja y muchas otras que florecían conspicuamente a la orilla del lago y en el «carril», tenían allí un aspecto particularmente silvestre y primitivo. Las piceas y los abetos agolpados a cada lado para darnos la bienvenida, el *arbor-vitæ*, con sus hojas cambiantes, nos inducían a apresurarnos, y la vista del abedul nos dio impulso para hacerlo. A veces una conífera recién caída aparecía atravesada en el camino con su rica carga de piñas, con aspecto, aun así, de estar más llena de vida que nuestros árboles en las más favorables condiciones. Uno no esperaba encontrar árboles tan «acicalados» en el bosque virgen, pero es evidente que allí estos incluso se preocupan por su aspecto cada mañana. Fue a través de tal jardín que entramos en aquella región salvaje.

Hubo una pendiente muy leve hacia el lago —el terreno parecía, y acaso fuera, parcialmente, una ciénaga—, y al final un gradual descenso hacia el Penobscot, que me sorprendió encontrar allí

como una vasta corriente de entre doce y quince varas de ancho,[14] que discurría de oeste a este, o perpendicular al lago, y a no más de dos millas y media del mismo. La distancia es casi el doble en el Mapa de las Tierras Públicas y en el Mapa de Maine, de Colton, y la corriente del Russel aparece demasiado abajo. Jackson pone el lago Moosehead a novecientos sesenta pies sobre el nivel de la marea en el puerto de Portland. Es más alto que el Chesuncook, pues los leñadores consideran al Penobscot, en el punto donde nosotros lo encontramos, veinticinco pies más bajo que el Moosehead; aunque se dice que ocho millas arriba es el más alto, de manera que se puede hacer que el agua discurra en cualquiera de los dos sentidos, y que el río baja considerablemente entre ese lugar y el Chesuncook. El porteador lo señaló a unas ciento cuarenta millas más allá de Bangor por el río, o doscientas desde el océano, y cincuenta y cinco millas más abajo de lo de Hilton, en la carretera canadiense, el primer sitio despejado en lo alto, a cuatro millas y media de las fuentes del Penobscot.

En el extremo norte del porteadero, en medio de un calvero de sesenta acres o más, había un campamento maderero erigido según lo habitual, con el agregado de una cosa más parecida a una vivienda, para alojamiento de la familia del porteador y de leñadores de paso. El lecho de marchitas ramas de abedul olía muy bien, aunque estaba en verdad muy sucio. Había también un almacén sobre la margen del río, donde se guardaban bajo llave productos porcinos, harina, hierros, *batteaux* y canoas de casco de abedul.

Procedimos seguidamente a tomar nuestra comida, que siempre resultaba ser té, y a calafatear canoas, para lo cual había permanentemente una gran olla de hierro en la orilla del río. Esto último lo hicimos en compañía de los exploradores. Tanto los indios como los blancos consumen una mezcla de resina sólida y grasa, me refie-

[14]. Una vara equivale a 16,5 pies, Thoreau estima la anchura del río entre 198 y 247,5 pies.

ro para calafatear, no para comer. Joe tomó del fuego una pequeña tea y sopló sobre su canoa la mezcla —el calor y la llama—, con lo cual la derritió y la extendió. De vez en cuando apoyaba la boca contra un punto sospechoso y sorbía para ver si por allí pasaba el aire; y en un sitio en el que nos detuvimos, colocó la canoa apoyada sobre de unas estacas cruzadas y vertió agua en su interior. Yo contemplaba de cerca sus movimientos y escuchaba atentamente sus observaciones, pues habíamos empleado a un indio sobre todo para tener oportunidad de estudiar sus métodos. Una vez, durante aquella operación, lo oí renegar moderadamente porque su cuchillo tenía menos filo que una azada, un gesto producto de su relación con los blancos; y comentar, «Deberíamos tomar el té antes de salir; vamos a tener hambre antes de matar a ese alce.»

El Chesuncook – Parte 2

A media tarde embarcamos en el río Penobscot. Nuestra canoa medía diecinueve pies y medio de longitud y la mitad en su parte más ancha, con catorce pulgadas de profundidad por dentro, los dos extremos iguales, y estaba pintada de verde, cosa que Joe pensaba que afectaba el recubrimiento y originaba filtraciones. Creo que la nuestra era de tamaño mediano. La de los exploradores era mucho más grande, aunque probablemente no mucho más larga. Nosotros íbamos tres con el equipaje, con un peso total de entre quinientas cincuenta y seiscientas libras. Llevábamos dos sólidos aunque delgados remos de madera de arce. Joe colocó corteza de abedul en el fondo para que nos sentásemos, y unas tablillas de cedro apoyadas contra los travesaños para protegernos la espalda, mientras que él iba sentado sobre una en la popa. El equipaje ocupaba el medio de la canoa, o sea la parte más ancha. Nosotros también remábamos por turnos en la proa, ya fuera con las piernas estiradas, o acuclillados, o de rodillas; pero yo no encontraba soportable ninguna de esas posturas, que me recordaban las quejas de los antiguos misioneros jesuítas[1] sobre la tortura que significaba un largo confinamiento en posición forzada en una canoa, durante sus extensos viajes desde Quebec al país del lago Hurón; pero después, sentado en las tablillas, o de pie, no experimenté más inconvenientes.

[1]. Los Misioneros jesuítas comenzaron a explorar las vías de agua del interior de Norteamérica en 1626. El Lago Superior fue bautizado por ellos.

Tuvimos calma chicha durante un par de millas. Debido a la lluvia, el río había aumentado alrededor de dos pies, y los leñadores esperaban que hubiera una crecida suficiente para traer los troncos dejados en primavera. Las márgenes a lo largo del río tenían entre siete y ocho pies de altura y estaban densamente cubiertas de picea o abeto falso, blanco y negro —el cual me parece que es el más común en la zona—, abeto, *arbor-vitæ*[2], abedul de canoa, abedul amarillo, abedul negro, arce duro, arce de monte, algunos arces rojos, hayas y serbales, álamo dentudo, numerosos olmos de aspecto cultivado, ahora amarronados, y al principio también alguna planta de cicuta. No habíamos llegado muy lejos cuando me sorprendió ver sobre la ribera lo que parecía ser un acampamiento de indios cubierto de lirio cárdeno, y dirigiéndome a los compañeros exclamé, «¡Campamento!». Tardé en descubrir que se trataba de un arce rojo, cuyo aspecto había modificado la helada. Las márgenes siguientes estaban también densamente cubiertas de alisos moteados, mimbreras rojas, sauce cabruno y otras especies semejantes. Quedaban aun algunas hojas amarillas de nenúfar, semi-hundidas en el agua de las orillas, y espaciadamente alguna blanca. Allí donde el agua era poco profunda, así como en la orilla, se veían numerosas huellas recientes de alces, y los tallos de los nenúfares recientemente mordisqueados por ellos.

Tras haber remado unas dos millas nos separamos de los exploradores y doblamos hacia el Lobster, que entra por la derecha, desde el sudeste. Este río tiene seis u ocho varas de ancho y parecía discurrir casi paralelamente al Penobscot. Joe dijo que se llamaba así por las pequeñas langostas de agua dulce que se encuentran en él. Es el Matahumkeag de los mapas. Mi compañero deseaba buscar señales de alces y se proponía, si valía la pena, acampar en aquella

[2]. También conocido como cedro blanco oriental, falso cedro blanco, o árbol de la vida; usado por los indios como té.

dirección, puesto que el indio lo aconsejaba. Debido a la crecida del Penobscot, el agua subió en el Lobster un par de millas, casi hasta la laguna del mismo nombre. Los montes Spencer, al este del extremo norte del lago Moosehead, eran ahora plenamente visibles ante nosotros. El martín pescador volaba delante nuestro, se veía y oía al pájaro carpintero, y tuvimos aves trepadoras y paros al alcance de la mano. Joe dijo que en su idioma al paro lo llaman *kecunnilessu*. No respondo de la pronunciación de lo que posiblemente nunca había sido deletreado antes, pero lo repetí con él hasta que me dijo que estaba bien. Pasamos cerca de una becada que permanecía perfectamente inmóvil en la orilla, con las plumas infladas, como si estuviera enferma. Joe dijo que a esa la llamaban *nipsquecochussos*. El martín pescador era el *skuscumonsuck*; el oso, *wassus*; el puma, *lunxus*; el serbal, *upahsis*. Este último era muy abundante y hermoso. A lo largo del Lobster no fueron tan frescas las huellas de alce, excepto una milla más adelante, en un pequeño arroyo, donde un gran tronco marcado «W-cruz —guirnalda— pata de cuervo»[3] se había atascado en primavera. Vimos en la orilla un par de cuernos de alce, y le pregunté a Joe si alguno habría mudado los mismos; pero él señaló que estaban unidos a una cabeza, y yo sabía que ellos no mudan la cabeza sino una vez en la vida.

Tras ascender alrededor de milla y media hasta acercarnos al lago Lobster, retornamos al Penobscot. Antes de llegar a la boca del Lobster encontramos aguas rápidas, y el río se expandió hasta una anchura de veinte o treinta varas. Allí las huellas de alce eran bastante numerosas y frescas. Notamos en muchísimos lugares unas sendas estrechas y sumamente trilladas por las que ellos habían bajado hasta el río, y donde habían resbalado sobre la margen empinada y lodosa. Sus huellas estaban cerca del borde de la corriente

[3]. Como se ha descrito en Ktaadn, las marcas indican el propietario del tronco, que se espera que en primavera flote corriente abajo hasta los aserraderos.

—siendo distinguibles de otras las de los muy jóvenes—, o donde las aguas eran apenas profundas; los agujeros producidos por las patas en el fondo blando permanecían largo tiempo visibles. Eran particularmente abundantes donde había un pequeño brazo fluvial, o *pokelogan*, como se los llama, flanqueado por una franja de prado, o separado del río por una mínima península cubierta de hierbas silvestres, en el cual los animales se habían metido y habían ambulado comiendo hojas de plantas acuáticas. En uno de esos lugares detectamos los restos dejados por uno de ellos. En un sitio donde desembarcamos para recoger un pato de estío que mi compañero había derribado de un disparo, Joe peló un abedul para usar la corteza como cuerno de caza. Luego preguntó si no íbamos a cobrar el otro pato, pues su aguda mirada le había hecho ver otro que caía en los matorrales un poco más allá, y mi compañero fue a por él. Acto seguido empecé a notar las bayas de un rojo brillante del arbusto de arándano, que alcanza hasta ocho o diez pies de altura, mezcladas con los alisos y los cornejos a lo largo de la orilla. Había menos bosque puro que al principio.

Tras bajar una milla y tres cuartos por la boca del Lobster, alcanzamos, a eso de la puesta del sol, una pequeña isla en la cabecera de lo que Joe llamó el Remanso del Moosehorn (el Moosehorn, en el cual Joe iba a cazar esa noche, venía unas tres millas más abajo), en cuyo extremo superior decidimos acampar. En un lugar del extremo inferior yacían los restos de un alce muerto un mes o más antes. Terminamos apresuradamente de preparar el campamento y de acomodar allí nuestro equipaje, para que todo estuviese listo cuando regresáramos de la cacería del alce. Aunque yo no había venido a cazar y sentía cierto reparo sobre acompañar a los cazadores, deseaba ver un alce de cerca y no me disgustaba aprender cómo actuaba el indio para matar uno. Iba como reportero o capellán de los cazadores, y se ha sabido de capellanes que también han ido armados. Después de despejar un espacio entre los apretados ejemplares de piceas y abetos,

cubrimos el suelo húmedo con un entramado de ramas de abeto, y, mientras Joe preparaba su cuerno de caza y calafateaba la canoa —pues esto había de hacerse cada vez que nos deteníamos lo suficiente como para hacer una hoguera, y era la tarea principal que él asumía en tales casos—, acopiamos combustible para la noche, grandes troncos mojados y en proceso de descomposición que se habían atascado en la cabecera de la isla, porque nuestra hacha era demasiado pequeña para poder derribar uno un árbol; pero no encendimos fuego, por si un alce llegaba a olfatearlo. Joe instaló un par de estacas ahorquilladas y preparó media docena de varas, dispuesto a extender sobre aquello una de nuestras mantas en caso de que lloviese por la noche, precaución que en cambio fue omitida la noche siguiente. Además desplumamos los patos para el desayuno.

Mientras estábamos ocupados de esta guisa a la media luz del crepúsculo, escuchamos débilmente, desde un lugar lejano por la corriente, lo que parecieron dos hachazos, resonando sordamente en la lúgubre soledad. Estamos acostumbrados a comparar muchos sonidos oídos a la distancia en la floresta con el golpe de un hacha, porque en esas circunstancias se parecen y porque es el que por lo común oímos allí. Cuando le dijimos esto a Joe, él exclamó, «¡Apuesto a que es un alce! ¡Ellos hacen ese ruido!». Tales sonidos nos afectaban curiosamente, y por su misma semejanza con uno ya conocido —pese a que probablemente su origen fuera tan diferente— aumentaban la impresión de soledad y aislamiento.

A la luz de las estrellas nos internamos en el río, que fue como una balsa durante tres millas, o sea hasta el Moosehorn; Joe nos dijo que teníamos que ir en total silencio, y él mismo no hacía ruido alguno con el remo corto mientras impulsaba la canoa con eficaces movimientos. Todavía era de noche, cosa que convenía al plan —ya que si hay viento el alce nos olfatea—, y Joe estaba plenamente confiado en conseguir alguno. La luna llena de otoño acababa de salir, y sus rayos horizontales empezaron a iluminar la floresta a nuestra derecha, mien-

tras nos deslizábamos en las sombras de ese mismo lado, contra una leve brisa. Las elevadas copas aguzadas de piceas y abedules se veían muy negras contra el cielo y más definidas que de día, flanqueando muy cerca cada lado aquella ancha avenida; y la belleza de la escena, mientras la luna se alzaba sobre el bosque, no resulta fácil de describir. Un murciélago voló sobre nuestras cabezas, y espaciadamente oíamos algunas débiles notas de aves, quizás del pájaro mirto entre ellos, o la súbita zambullida de una *musquash*[4], o veíamos una cruzando la corriente ante nosotros, u oíamos el sonido de un riachuelo que, aumentado su volumen por la lluvia reciente, se volcaba en el río. Alrededor de una milla isla abajo, cuando la soledad parecía hacerse por momentos más completa, vimos de pronto la luz y oímos el crepitar de una hoguera sobre el terraplén de la orilla, y descubrimos el campamento de dos exploradores; y a ellos que de pie, con sus camisas rojas, conversaban en alta voz sobre las aventuras y ganancias del día. En ese momento hablaban de un trato en el cual, según entendí, alguien había sacado veinticinco dólares. Pasamos sin ruido y sin hablar cerca de la base del terraplén, a menos de un par de varas de ellos; y Joe, con su cuerno de caza, se puso a imitar el llamado del alce, hasta que le señalamos que aquellos dos podrían disparar sobre nosotros. Fue la última vez que los vimos y nunca supimos si nos habían detectado o sospechado nuestra presencia.

A menudo he deseado haber estado con ellos. Son parejas que buscan madera por un sector determinado, subiendo colinas y con frecuencia se encaraman a un árbol alto para investigar; individuos que, entre otras cosas, exploran las corrientes por las cuales habrán de ser conducidos los troncos; que pasan cinco o seis semanas en el bosque, solos los dos, a cien millas o más de cualquier población, deambulando y durmiendo en el suelo allí donde los encuentre la noche; que dependen principalmente de las provisiones que acarrean

[4]. Nombre en idioma algonquín de la rata almizclera.

consigo, aunque no rechazan la caza que puedan encontrar, y que después, en otoño, regresan a informar a sus empleadores, determinando la cantidad de equipos que harán falta el siguiente invierno. Un explorador con experiencia saca por ese trabajo tres o cuatro dólares diarios. Es una vida solitaria y aventurera, que mucho se aproxima, tal vez, a la del trampero del Oeste. Trabajan siempre con un arma, así como con un hacha, se dejan crecer la barba y viven sin vecinos, no en una llanura, sino en lo profundo del territorio salvaje.

Aquel descubrimiento explicaba los sonidos que habíamos oído, y excluía por el momento la posibilidad de ver alces. Al final, cuando hubimos dejado bien lejos a los exploradores, Joe abandonó el remo corto, sacó su cuerno de caza —recto, de unas quince pulgadas de longitud y tres o cuatro de ancho en la boca, atado alrededor con tiras de la misma corteza—, y poniéndose de pie imitó el llamado del alce, tras lo cual escuchó atentamente durante varios minutos. Le preguntamos qué clase de sonido esperaba oír. Respondió que pensaba que si un alce lo oía, lo sabríamos; lo oiríamos venir desde media milla; se acercaría al agua, quizá se metería en ella, y mi compañero debía esperar hasta verlo bien y luego apuntarle precisamente detrás del codillo.

El alce se aventura por la noche a salir a la margen del río para comer y beber. En una etapa más temprana de la estación los cazadores no utilizan un cuerno para llamarlos, sino que se acercan sigilosamente a ellos mientras están comiendo a la orilla de la corriente, y a menudo la primera señal que reciben de la presencia de un animal es el sonido del agua que le cae del hocico. Un indio a quien oí imitar la voz del alce, y también la del caribú y la del ciervo, empleando un cuerno mucho más largo que el de Joe, me contó que al primero se lo podía oír a veces a ocho o diez millas; sonaba como una especie de bramido, más nítido y sonoro que el mugido del ganado —el del caribú es una suerte de bufido—, y el del ciervo pequeño se parece al de un cordero.

Finalmente llegamos al Moosehorn, donde los indios cargadores nos dijeron que la noche anterior habían matado un alce. El Moosehorn es una corriente muy sinuosa, de solo una o dos varas de ancho, pero comparativamente profunda, que entra por la derecha, llamada con razón *moosehorn* o cornamenta de alce, sea por sus meandros o por sus habitantes. Lo flanqueaban esporádicamente estrechos prados entre la corriente y la interminable floresta, sitios aptos para que los alces se alimentaran y a los que acudir ante los llamados. Continuamos avanzando por él durante media milla como si discurriésemos por un canal estrecho y sinuoso, donde los altos ejemplares de abeto, picea y *arbor-vitæ* descollaban a ambos lados a la luz de la luna, formando un elevado borde de vegetación semejante a los chapiteles de una Venecia forestal. En dos lugares vimos en la orilla unos pequeños montones de heno —preparados para ser usados en invierno por los leñadores— que allí resultaban algo bastante extraño. Pensamos que algún día esta corriente podría ser un arroyo serpenteando a través de bien recortados prados en las posesiones de algún caballero; y visto entonces a la luz de la luna, excluída la floresta que ahora lo encierra, ¡qué poco cambiado parecería!

Una y otra vez Joe llamó al alce, situando la canoa cerca de un punto favorable del prado al que pudieran acudir, pero escuchó en vano esperando oír a alguno que viniese a la carrera por el bosque, y llegó a la conclusión de que la cacería en la zona había sido excesiva. Vimos varias veces lo que nuestra imaginación tomó por un alce gigante, asomando los cuernos al borde de la floresta; pero esa noche era solo la floresta, y no sus habitantes. De modo que al final dimos la vuelta. Había en ese momento un poco de niebla sobre el agua, aunque en lo alto la noche era hermosa y clara. Pocos sonidos quebraban la quietud del bosque. Varias veces oímos ulular a un gran buho, muy cerca, y le dijimos a Joe que el ave llamaría al alce por él, pues producía un sonido bastante parecido al del cuerno; pero Joe contestó que el alce había oído aquel sonido un millar de veces, y

sabía a qué atenerse; y todavía con más frecuencia nos sobresaltó la zambullida de una rata almizclera. En una ocasión en que Joe había vuelto a llamar, oímos, llegando como un débil eco, o como si viniese desde lejos arrastrándose a través de pasillos recubiertos de musgo, un sonido sordo, seco, presuroso, consistente en el fondo, si bien sofocado a medias bajo el efecto de la lujuriosa floresta, semejante al de una puerta cerrada de golpe en alguna remota entrada de la húmeda y enmarañada espesura. Si no hubiésemos estado allí, ningún mortal lo habría oído. Cuando, en un susurro, le preguntamos a Joe qué era, él nos dijo, «Árbol caer». Hay algo singularmente grandioso e impresionante en el ruido de un árbol que cae en una noche perfectamente en calma como esa, como si los agentes que lo derribasen no necesitaran ser provocados, sino que actuasen con una fuerza sutil, deliberada y consciente, como una boa constrictora, y más eficazmente entonces que incluso en un día ventoso. Si existe una diferencia tal, acaso sea porque los árboles cargados con el rocío de la noche son más pesados que de día.

Alcanzado el campamento a eso de las diez, encendimos nuestra hoguera y nos pusimos a dormir. Cada cual tenía su manta sobre la que yacía sobre ramas de abeto, con las piernas hacia el fuego pero nada por encima de la cabeza. Valía la pena acostarse en un territorio en el que podíamos permitirnos grandes hogueras como aquella; uno que era parte integral, y radiante, de nuestro planeta. Primero habíamos arrimado rodando un gran tronco, de unas dieciocho pulgadas de grosor y diez pies de largo, para servir de base al fuego y que durase toda la noche, y después le habíamos apilado leña encima, sin importar cuán verde o húmeda estuviese, hasta una altura de tres o cuatro pies. De hecho, esa noche quemamos tanta leña como la que, economizando y con una estufa hermética, le habría durado todo el invierno a una familia pobre de cualquiera de nuestras ciudades. Resultaba muy agradable, así como independiente, aquello de dormir al aire libre, y el fuego mantenía nuestras extremidades bastan-

te calientes. Los misioneros jesuítas solían decir que en sus viajes con los indios en Canadá, descansaban en un lecho que nunca había sido sacudido desde la creación, al menos por terremotos. Es sorprendente la impunidad y comodidad con las que alguien que siempre ha dormido en un lecho tibio en un apartamento cerrado, y ha evitado esforzadamente las corrientes de aire, puede echarse en el suelo sin protección, envolverse en una manta, y dormir delante de una hoguera en una glacial noche de otoño, tras un prolongado temporal de lluvias, y valorar e incluso disfrutar el aire fresco.

Yo permanecí un rato despierto, contemplando las chispas que ascendían por entre los abetos, y, a veces, su descenso sobre mi manta convertidas en rescoldos a medio apagar. Eran tan interesantes como los fuegos de artificio, elevándose en sucesivas e interminables oleadas, cada una después de una explosión y siguiendo un curso ansioso y serpenteante, algunas hasta cinco o seis varas por encima de la copa de los árboles, antes de extinguirse. Nosotros no sospechamos cuánto han escondido nuestras chimeneas; y actualmente las estufas herméticas han venido a ocultar todo lo demás. En el transcurso de la noche me levanté un par de veces a echar nuevos troncos al fuego, haciendo que mis compañeros enrollaran las piernas.

Al despertarnos por la mañana (sábado 17 de septiembre), una helada considerable había blanqueado las hojas. Oímos el sonido de la ardilla roja[5], el de algunos pájaros que piaban débilmente, y también el de los patos en el agua que rodeaba la isla. Llevé a cabo un inventario botánico de la vegetación del entorno y encontré que el arbusto preponderante era la cicuta rastrera o tejo americano. Desayunamos con té, pan de centeno y pato.

Antes de que el rocío se hubiera disipado por completo marchamos nuevamente por el río, y pronto dejamos atrás la desembocadura del Moosehorn. Esas veinte millas del Penobscot, entre los lagos Moosehead y Chesuncook, son relativamente suaves, y en

[5]. *Chickaree* es una ardilla roja, mientras que *chickadee* es un pequeño pájaro.

gran parte aguas mansas, pero de vez en cuando el río es poco profundo y rápido, con piedras o lechos de grava, y se puede atravesar. No hay una extensión grande de agua, ni apertura en el bosque, y el prado es un mero ribete ocasional. No existen colinas próximas al río ni a la vista, excepto un par de montañas distantes que se ven desde pocos lugares. Los terraplenes tienen entre seis y diez pies de altura, pero una o dos veces se elevan suavemente hasta el terreno más alto. En muchos lugares la vegetación sobre el terraplén de la orilla no era sino una delgada faja, que dejaba pasar la luz proveniente de alguna hondonada con alisos o algún prado situado atrás. Los matorrales y árboles más visibles a lo largo de la costa eran la mimbrera, con su fruto blancuzco, el viburno (*viburnum alnifolium*), el serbal, el arándano, el ciruelo virginiano, ahora maduro, el cerezo silvestre y el viburno pelado. Siguiendo el ejemplo de Joe, comí el fruto de este último, y también el del otro viburno, pero los encontré bastante insípidos y poco apetecibles. Examiné muy de cerca la vegetación mientras nos deslizábamos próximos a la orilla, y a menudo pedí que Joe hiciera una pausa para yo poder arrancar una planta y ver por comparación qué había de primitivo en mi río nativo. El manrrubio, la madreselva y la sensitiva crecían cerca de la orilla, bajo los sauces y los alisos, y la hierba velluda en las islas como sobre el río Assabet, en Concord. La época era demasiado tardía para las flores, excepto para las áster, la vara de oro silvestre, etc. En varios lugares notamos al costado de río, entre la vegetación, leves vestigios de un campamento como el que nos preparábamos a instalar, en el que unos leñadores o cazadores habían pasado la noche, y a veces unos pasos marcados en la orilla lodosa o arcillosa frente al mismo.

Nos detuvimos a pescar truchas en la desembocadura de un pequeño río llamado Ragmuff, que entra por el oeste, a unas dos millas del Moosehorn. Allí los restos de un antiguo campamento de leñadores, y un pequeño espacio que había sido antiguamente despejado y quemado, estaban ahora densamente cubiertos de cerezas y

frambuesas. Mientras nosotros intentábamos pescar, Joe, a la manera india, salió por su cuenta a remontar el Ragmuff, y cuando estuvimos listos para partir se hallaba fuera de nuestro alcance. De modo que nos vimos forzados a encender una hoguera y cenar allí mismo para no perder tiempo. Unas oscuras aves rojizas, con hembras grises (tal vez pinzones) y pájaros del mirto en su atuendo estival, brincaron a ocho o diez pies de nosotros y nuestro humo. Tal vez olieran la fritura de cerdo. Unos y otros piaban las notas que yo había oído en el bosque. Su presencia sugería que los escasos pájaros que se encuentran en aquel territorio mantienen mejores relaciones con el leñador que los del huerto con el granjero. Desde entonces he encontrado que allí el arrendajo canadiense, y las perdices, la negra y la común, se muestran igualmente mansos, como si aun no hubieran aprendido del todo a desconfiar del hombre. El paro, que se encuentra a gusto tanto en el bosque como en nuestros parques arbolados, conserva aun un notable grado de confianza en los sitios poblados.

Joe regresó por fin, al cabo de hora y media, y dijo que había remontado dos millas de la corriente explorando y había visto un alce, aunque, al no tener consigo el arma, no le había disparado. No le hicimos reproches, pero resolvimos estar atentos a Joe la próxima vez. No obstante, tal vez había sido un simple descuido, pues en lo sucesivo no tuvimos ningún motivo de queja a su respecto. Al proseguir por la corriente, me sorprendió oírlo silbar «Oh, Susana», y otros aires por el estilo, mientras su remo corto nos impulsaba animosamente. Una vez dijo, «Sí, señoor». Su palabra más frecuente era «seguro». Remaba, como siempre, únicamente de un lado, utilizando el costado de la embarcación como punto de apoyo para impelerla. Le pregunté cómo iban sujetas las cuadernas a las bordas laterales. «No lo sé. Nunca me he fijado», fue la respuesta. Hablando con él sobre el hecho de subsistir por entero a base de los productos del bosque, caza, peces, bayas, etc., aludí a que sus ancestros así lo hacían; pero él contestó que según a él lo habían criado, no podría hacerlo. «Sí», dijo, «así es como viven, como salvajes, como

los osos. ¡Válgame Dios! Yo no iría al bosque sin provisiones, pan de centeno, cerdo, y demás». Había traído una gran cantidad de pan, que tenía a mano para la caza. Pero pese a ser hijo de un gobernador, no había aprendido a leer.

En cierto lugar más abajo, del lado del este, donde la margen del río quedaba más alta y estaba más seca que lo habitual, alzándose suavemente desde la orilla hasta una discreta elevación, alguien había talado los árboles en una extensión de veinte o treinta acres y los había puesto a secar con el fin de quemarlos. Esa fue la única señal de preparación para una vivienda que encontramos entre el Moosehead y el Chesuncook, pero todavía no había allí ninguna, ni tampoco habitantes. El pionero escoge así el lugar para su casa, que acaso se constituya en el germen de un pueblo.

Mis ojos estaban permanentemente en los árboles, distinguiendo entre el abeto negro y blanco, y el plateado. Avanzando por un estrecho canal a través de una floresta interminable, la visión que aun conservo en la memoria es la de las pequeñas y afiladas copas oscuras de los altos árboles de las diversas clases de abeto, la del estilo pagoda de los *arbor-vitæ* agrupados a cada lado, entremezclados con varios de madera dura. Algunos de los *arbor-vitæ* tenían al menos sesenta pies de altura. Los de madera dura, ocasionalmente agrupados solos, eran para mí menos silvestres. Los imaginé como adorno en unos solares con granjas al fondo. El abedul, la haya y el olmo son sajones y normandos; en cambio la picea y el abeto, y los pinos en general, son indios. Los tenues grabados que adornan los anuarios no dan idea alguna de lo que es una corriente de agua en un territorio salvaje como este. Los esbozos que aparecen en los *Reports on the Geology of Maine*[6] son mucho mejores. En cierto lugar vimos un pequeño monte de esbeltos pinos blancos jóvenes, el úni-

[6]. Dr. Charles T. Jackson (1805-1880), geólogo, médico, químico, profesor en Harvard y cuñado de R. W. Emerson. Thoreau poseía al menos tres de los informes de Jackson. El Monte Jackson, en New Hampshire lleva su nombre.

co conjunto de pinos que vi en aquel viaje. Ocasionalmente, no obstante, había uno plenamente desarrollado, elevado y recto, pero defectuoso, lo que los leñadores llaman árbol *konchus*, cosa que determinan con el hacha, o por los nudos. No me enteré de si esa palabra era india o inglesa. A mí me recordó el griego (caracola o concha), y me entretuve imaginando que podría referirse al sonido que esos árboles producen al ser golpeados. Todos los demás pinos habían sido talados y retirados.

¡Qué lejos llegan los hombres en busca de materiales para sus casas! Los habitantes de las ciudades más civilizadas, en todas las épocas, siempre han enviado gente a los lejanos bosques primitivos, más allá de los límites de su civilización, donde viven el alce y el oso, a por madera de pino para su uso ordinario. Y, por su parte, el salvaje no ha tardado en obtener de las ciudades puntas de flecha y hachas de hierro, así como armas con las que recalcar su salvajismo.

Las macizas y nítidas copas de los abetos, semejantes a planas y afiladas puntas de lanza, negras contra el cielo, daban al bosque un aspecto peculiar, oscuro y sombrío. Las copas de la picea poseen un contorno similar, aunque más irregular, y sus troncos, abajo, son igualmente escasos en hojas. Los abetos eran con una cierta mayor frecuencia pirámides regulares y densas. Ese universal aguzamiento ascendente de las plantas de hoja perenne del bosque, me sorprendió. La tendencia es hacia unas copas esbeltas y aguzadas, que se angostan hacia la base. No únicamente la picea y el abeto, sino incluso el *arbor-vitæ* y el pino blanco, a diferencia del alerce, de extenso crecimiento posterior, y del cual no vi ninguno, todos se aguzan hacia arriba, alzando una densa masa de conos en punta de lanza hacia la luz y el aire, en cualquier caso mientras sus ramas crecen como pueden desordenadamente; al modo en que los indios elevan la bola sobre las cabezas de la multitud en su desesperada partida.[7] En eso se parecen a las hojas de hierba, como también

[7]. Lacrosse: juego de los indios norteamericanos.

hasta cierto punto a las palmas. La cicuta es generalmente una pirámide estilo tienda desde el suelo hasta la cima.

Luego de pasar por unos extensos remolinos y al lado de una gran isla, llegamos a una interesante zona del río llamada los Bajíos del Pine, a unas seis millas después del Ragmuff, donde el río se expandía hasta las treinta varas de anchura y contenía numerosas islas, con olmos y abedules, ahora amarilleando, a lo largo de la costa; y tuvimos nuestra primera visión del Ktaadn.

El Chesuncook – Parte 3

Allí, a eso de las dos, entramos por un pequeño afluente de tres o cuatro varas de ancho que se incorpora por la derecha desde el sur, llamado el arroyo Pine, en busca de vestigios de alces. No habíamos avanzado sino unas varas cuando vimos unas huellas muy recientes junto a la orilla, donde el lodo parecía recién levantado por sus patas, y Joe declaró que habían pasado por allí muy poco antes. Pronto llegamos, sobre la margen oriental, donde el Pine formaba un ángulo, a un pequeño prado, en su mayor parte densamente cubierto de alisos. Mientras pasábamos junto a la orilla, puede que bastante más silenciosamente de lo habitual, en función de la frescura de las huellas —el plan era acampar en aquel sitio, si las perspectivas eran buenas—, oí un leve crujido de ramas en la zona de los alisos, y puse sobre aviso a Joe; con lo cual él empezó rápidamente a dar marcha atrás con la canoa; y habíamos retrocedido una docena de varas cuando de pronto divisamos a dos alces parados al borde de la parte abierta del prado que acabábamos de dejar atrás, a no más de seis o siete varas, que nos miraban desde los alisos. Con sus largas orejas y su mirada medio inquisitiva, medio temerosa, me hicieron pensar en unos grandes conejos asustados; eran los verdaderos moradores naturales de la floresta (comprendí enseguida), ocupantes de un espacio que en ese momento descubrí por primera vez que no había sido llenado para mí —se dice que su nombre significa hombres, los-que-comen-del-bosque— revestidos de una especie de gris de Vermont, o artesanal. Nuestro

Nimrod[1], debido al movimiento retrógrado, era ahora el que estaba más lejos de los animales; pero advertido de la proximidad de estos, se puso apresuradamente de pie y, mientras nosotros nos agachábamos, le disparó por sobre nuestras cabezas una descarga al más cercano, que era al único que veía, aunque sin saber de qué criatura se trataba; con lo cual el animal atravesó precipitadamente el prado y trepó a un alto terraplén del lado nordeste, con tal rapidez que solo dejó en mi mente una borrosa impresión de sus formas. En el mismo instante, el otro, joven pero alto como un caballo, saltó al agua, plenamente visible, y allí se detuvo un momento, encogido de miedo, o así lo pareció debido a lo desproporcionadamente bajo de sus ancas, y emitió dos o tres agudos berridos. Recuerdo claramente haber visto al mayor detenerse un instante en lo alto del terraplén, mirar hacia su joven congénere, y volver a alejarse a la carrera. La segunda descarga fue dirigida apuntando al animal joven, y cuando esperábamos verlo caer, también él, tras un instante de duda, salió del agua y se lanzó ansiosamente hacia el terraplén, aunque en dirección distinta a la del primero. Todo esto ocurrió en segundos, y nuestro cazador, que nunca antes había visto un alce, no supo si eran ciervos —pues los había visto parcialmente metidos en el agua—, ni si le había disparado dos veces al mismo. Por la forma en que huyeron los animales, y por el hecho de que él no estaba habituado a disparar de pie sobre una canoa, colegí que nunca volveríamos a verlos. El indio dijo que eran una hembra y su becerro de uno o tal vez dos años, que es el tiempo durante el que estos suelen estar en compañía de su madre; pero yo, por mi parte, no había notado mucha diferencia de tamaño. Solo había dos o tres varas por el prado hasta la base del terraplén, el cual, como todos los alrededores, estaba densamente arbolado; pero me sorprendió notar que,

[1]. «...pues era un robusto cazador ante Yavé; y de ahí se dijo: «Como Nemrod, robusto cazador ante Yavé.» Génesis, 10:9.

tan pronto como el alce hubo traspuesto la línea del bosque, dejaron de escucharse pasos sobre el suave y húmedo musgo que alfombra aquella floresta, y que mucho antes de que desembarcásemos reinara un profundo silencio. «Si haber herido alces, mí seguro recuperar».

Desembarcamos todos enseguida. Mi compañero recargó su arma; el indio amarró la canoa, se quitó el sombrero, se ajustó la pretina, cogió el hacha, y partió. Más tarde me contó, como al pasar, que estando a dos o tres varas de distancia, antes de que tocásemos tierra, había visto una gota de sangre en el terraplén de la orilla. Trepó rápidamente al mismo y se internó en el bosque con un peculiar modo de andar, elástico, silencioso y furtivo, mirando el suelo a derecha e izquierda y siguiendo las débiles huellas del alce herido, señalando de vez en cuando en silencio una solitaria gota de sangre sobre las bonitas y brillantes hojas de la *clintonia borealis* que cubría el suelo en todas partes, o una rama de helecho rota recientemente, masticando todo el tiempo alguna hoja, o si no, resina de picea. Yo lo seguía, más atento a sus movimientos que al rastro del alce. Después de seguir el mismo alrededor de cuarenta varas en dirección prácticamente recta, sorteando árboles caídos y esquivando los que no lo estaban, él terminó perdiéndolo, pues allí había huellas de muchos otros alces; retrocediendo hasta donde había visto la última gota de sangre, volvió el rastrear un poco y a perder el rastro otra vez —y demasiado pronto, a mi juicio, para un buen cazador—, abandonó por completo. También rastreó unos pocos pasos del animal joven, pero al no ver sangre, no tardó en renunciar a la búsqueda.

Mientras rastreaba el alce, yo observé en Joe una cierta reticencia o moderación. No comunicó varias observaciones de interés que había efectuado, cosa que un hombre blanco hubiera hecho, si bien aquellas pudieran haber trascendido más tarde. En otra oportunidad, al oirse un leve crujido de ramas, él bajó de la canoa para hacer un reconocimiento, y sus pasos se hicieron ligeros y gráciles, avanzando furtivamente por entre las matas con el menor ruido

posible, de un modo que ningún hombre blanco podría imitar, encontrando cada vez, por así decir, un sitio para cada pie.

Tras media hora de seguimiento del rastro del alce reanudamos nuestro viaje por el Pine, y pronto, al llegar a una zona de bajío y aguas muy rápidas, sacamos el equipaje y procedimos a acarrearlo por tierra, mientras Joe continuaba él solo con la canoa. Estábamos terminando la travesía y yo iba absorto en las plantas —admirando las hojas del *aster microphillus*, de diez pulgadas de ancho, y arrancando semillas de *orchis*—, cuando Joe exclamó desde el agua que había matado un alce. Había encontrado a la hembra muerta, aunque bastante caliente, en medio de la corriente, siendo esta tan poco profunda que el animal yacía en ella con apenas un tercio de su cuerpo por encima de la superficie. Hacía casi una hora que había recibido el disparo, y estaba hinchada de agua. Había corrido un centenar de varas y buscado de nuevo la corriente cortando por una ligera curva. Sin duda un cazador experto la hubiera rastreado enseguida hasta aquel lugar. Me sorprendió su gran tamaño, como el de un caballo, pero Joe dijo que no era una hembra grande. Mi compañero salió nuevamente en busca del becerro. Yo agarré a la hembra por las orejas mientras Joe empujaba la canoa por la corriente hacia una ribera favorable, y así logramos, si bien con cierta dificultad, porque su hocico se atascaba con frecuencia en el fondo, arrastrarla hasta aguas menos profundas aun. Era de un color negro amarronado, o quizás de un oscuro gris acero, en el lomo y los flancos, pero más clara por debajo y delante. Con la cuerda que servía de amarra a la canoa y con la ayuda de Joe la medí cuidadosamente, empezando por las distancias mayores y haciendo un nudo cada vez. Como se necesitaba la amarra, esa noche, con el mismo cuidado, reduje a largos y fracciones de mi paraguas las mediciones efectuadas, comenzando por las menores y desatando los nudos según avanzaba en la tarea; y cuando arribamos al día siguiente a Chesuncook y encontré allí una regla de dos pies, reduje las tomadas antes a pies y pulgadas; y además, me

hice una regla igual con una fina tira angosta de serbal que podía doblarse a voluntad en secciones de seis pulgadas[2]. Me tomé tanto trabajo porque no quería verme obligado a decir simplemente que el alce era muy grande. De las varias dimensiones que obtuve mencionaré solo dos. La distancia entre las puntas de las pezuñas de la pata delantera hasta lo alto del lomo entre las paletillas, era de siete pies y cinco pulgadas. Apenas puedo creer en mis propias mediciones, pues eso es alrededor de dos pies más que la altura de un caballo alto. [De hecho, ahora estoy convencido de que esa medición fue incorrecta, pero puedo garantizar que las demás que se dan aquí son correctas, habiéndolas ratificado en una más reciente visita a los bosques]. El largo máximo fue de ocho pies y dos pulgadas. Otro alce hembra, que he medido en aquellos bosques con una cinta métrica en una ocasión posterior, dio exactamente seis pies desde la punta de un casco hasta la paletilla, y ocho pies de longitud, estando tendida.

Cuando más tarde pregunté a un indio cuánto más alto era el macho, él respondió, «Diez pulgadas», y me hizo observar la altura de un poste atravesado sobre el fuego, a más de cuatro pies del suelo, para darme una idea de la altura del pecho. Otro indio, en Oldtown, me dijo que tenían nueve pies de altura hasta lo alto de la cruz, y que uno pesado por él llegó a las ochocientas libras. La longitud de las proyecciones espinales de entre las paletillas es muy grande. Un cazador blanco, la mayor autoridad a la que pude acudir de entre los cazadores, me dijo que el macho no era dieciocho pulgadas más alto que la hembra; admitió, no obstante, que en algunos casos medía nueve pies hasta la cruz y pesaba mil libras. Solamente el macho tiene cuernos, que se alzan un par de pies por encima de la cerviz, y se despliegan tres o cuatro, y a veces seis pies, ¡con lo cual el animal alcanza a veces hasta once pies de altura! De acuerdo con ese cálculo, el alce sería tan alto, aunque puede que no tan grande, como el

[2]. Es decir, 6 divisiones de 15 cm. en una regla de 90 cm (N. del T.).

voluminoso alce irlandés, *megaceros hibernicus*[3], de un período anterior, del cual dice Mantell que «excedía con mucho en magnitud a cualquier especie viviente», y cuya altura, «desde el suelo hasta el extremo superior de las astas superaba los diez pies». Joe dijo que, aunque el alce cambia anualmente la cornamenta, cada nueva asta tiene una punta adicional; pero yo he notado que a veces tienen más de un lado que del otro. Me impresionó la delicadeza y sensibilidad de las pezuñas, hendidas muy arriba y con posibilidad de apoyar una mitad mucho más atrás que la otra, lo cual es probable que otorgase al animal mayor estabilidad sobre el suelo irregular y los resbaladizos troncos cubiertos de musgo de la floresta primitiva. Eran muy diferentes de los rígidos y maltratados cascos de nuestros caballos y bueyes. La callosa parte descubierta de la pata delantera tenía unas seis pulgadas de longitud, y las dos porciones podían separarse cuatro pulgadas en las extremidades.

El aspecto del alce es singularmente grotesco y poco elegante. ¿Por qué tiene que ser tan alto por delante? ¿Para qué una cabeza tan alargada? ¿Por qué no tiene una cola digna de ese nombre, que en mi examen me pasó del todo desapercibida? Los naturalistas dicen que tiene pulgada y media de longitud. A mí me hizo pensar enseguida en el *camelopard*[4], alto por delante y bajo atrás, lo que no es de extrañar, ya que, como este último, está conformado para alimentarse de árboles. Con ese propósito, el labio superior sobresale dos pulgadas del inferior. Tal la clase de individuo que se encontraba allí en su elemento; porque, que yo sepa, esa no ha sido nunca la residencia, sino el coto de caza del indio. Quizá el alce se extinga algún día; ¡pero qué natural resultará entonces, cuando solo exista como reliquia fósil, e invisible como tal, que el poeta o el

[3]. Animal europeo que se extinguió tiempo después de la última glaciación y medía diez pies de alto, con cornamenta de nueve de ancho.

[4]. Jirafa (con cabeza de camello y manchas como de leopardo). En heráldica, el camelopardo tiene también cuernos.

escultor inventen un animal fabuloso, con una cornamenta similar, ramificada y frondosa, una suerte de alga o musgo de hueso, como habitante de un bosque como este!

Allí precisamente, en la cabecera de los rápidos susurrantes, Joe procedió en ese momento a desollar el alce ante mis ojos con una navaja de bolsillo; y fue un asunto trágico el ver aquel cuerpo tibio y palpitante rasgado con un cuchillo, ver la leche aun caliente de la ubre desgarrada, y el horrendo cuerpo enrojecido del animal muerto apareciendo desde el interior de su hermosa vestidura, hecha para ocultarlo. La bala había atravesado la paletilla en diagonal, se había alojado bajo la piel, del lado opuesto, y estaba parcialmente aplastada. Mi compañero la guarda para mostrársela a sus nietos. Tiene las patas de otro alce que mató después, desolladas y rellenas, listas para ponerles una gruesa suela de cuero y convertirlas en botas. Joe dijo que si un alce se para delante de uno no se le debe disparar, sino avanzar hacia él, pues el animal girará lentamente y presentará un blanco perfecto. Su tarea continuó en el lecho de aquel estrecho, agitado y pedregoso arroyo, entre dos elevados muros de piceas y abetos, una mera hendidura en el bosque abierta por la corriente. Joe había terminado de quitar el cuero y lo llevó a rastras hasta la orilla, manifestando que pesaba cien libras, aunque es probable que cincuenta se hubiera aproximado más a la verdad. Cortó una considerable masa de carne para llevarla consigo y puso otra en la orilla, con el cuero, junto con la lengua y el hocico, para que estuvieran allí toda la noche, o hasta que regresáramos. Me sorprendió que pensara dejar la carne así expuesta al costado del cadaver del animal, como algo natural, sin miedo a que alguna criatura lo tocase; pero así fue. Algo semejante difícilmente habría ocurrido en la margen de uno de nuestros ríos de la zona oriental de Massachusetts; pero supongo que allí son menos los pequeños animales salvajes que merodean. No obstante, fueron dos las veces en que, durante esta excursión, llegué a atisbar algo así como un ratón gigante.

La corriente estaba tan retirada y las huellas de alce eran tan frescas que mis compañeros, empeñados todavía en cazar, decidieron avanzar más allá y acampar, para después salir de cacería nocturna. Media milla más arriba, en un sitio en el que al pasar vi el áster púrpura y el avellano picudo, Joe, al oir un leve crujido entre los alisos, y viendo algo negro a unas dos varas de distancia, saltó y susurró, «¡oso!», pero antes de que el cazador hubiera descargado su arma, se corrigió diciendo, «¡castor!»... «¡erizo!». La bala mató a un erizo de más de dos pies y ocho pulgadas de longitud. Las púas de la parte trasera del lomo estaban dispuestas en forma de rayos y aplanadas, como si el animal se hubiera tendido sobre esa parte, pero de ahí hasta la cola eran erectas y largas. Al examinar de cerca las puntas, se veía que eran finamente barbadas y con forma de punzón, es decir, algo cóncavas, para hacerlas eficaces. Al cabo de alrededor de una milla de aguas tranquilas, preparamos el campamento sobre la margen derecha, precisamente al pie de un salto considerable. Pocos hachazos se dieron esa noche, por temor a asustar al alce. Cenamos carne de alce fría. Sabía a carne tierna de vacuno, tal vez más sabrosa, por momentos como de ternera.

Después de cenar, ya con luna, salimos río arriba en busca de caza, «porteando» primero el salto. Componíamos un cuadro pintoresco, marchando en fila india por la orilla, trepando por encima de rocas y troncos, con Joe, que cerraba la marcha, haciendo girar la canoa en sus manos como si fuera una pluma en los lugares donde era difícil pasar sin calcular el espacio. Pasado el salto, botamos nuevamente la canoa, pero después de media milla de aguas tranquilas, aptas para la caza, la corriente se volvió rápida otra vez, y nos vimos obligados a marchar por la margen, mientras Joe se esforzaba por manenerse de pie en la embarcación, aunque le seguía siendo muy difícil escoger su camino entre las rocas en plena noche. Los demás, andando por la margen, nos encontramos con lo peor, un perfecto caos de árboles caídos y empujados por la corriente, y de matorrales

proyectados sobre el agua, además de dar cada dos por tres con un pequeño tributario en una especie de trabazón de alisos. De modo que, hallándonos del lado de las sombras, fuimos tropezando en la oscuridad, asustando eficazmente a todos los alces y osos que pudiera haber por los alrededores. Por fin nos detuvimos, y Joe se adelantó para realizar un reconocimiento; luego nos informó que hasta donde había llegado, cosa de media milla, seguía siendo un rápido contínuo, sin perspectivas de mejoramiento, como si bajara de una montaña. Así que regresamos, dirigiéndonos al campamento por aguas tranquilas. Era una espléndida noche iluminada por la luna, y yo, más soñoliento según se hacía más tarde —y porque no tenía nada que hacer—, encontraba difícil saber dónde me hallaba. Aquella corriente era mucho menos frecuentada que la principal, ya que por estos lares ya no se efectuaban operaciones madereras. Tenía solo tres o cuatro varas de ancho, pero las piceas y los abetos a través de los cuales corría parecían, por contraste, más altos. Encontrándome en aquel estado como de ensueño, que la luz de la luna realzaba, no discernía claramente la orilla, y la mayor parte del tiempo me parecía estar flotando por espacios ornamentales —pues asociaba las copas de las piceas con esa clase de escenas—; muy alto sobre un Broadway, y por debajo o entre sus cumbres pensé que veía una interminable sucesión de pórticos y columnas, cornisas y fachadas, galerías e iglesias. No era simplemente que lo imaginara, sino que la visión correspondía a mi estado de modorra. Varias veces me quedé dormido, soñando aun con aquella arquitectura y en la nobleza que moraba detrás y podría surgir de allí; pero de repente me despertaba y me volvía a la realidad el sonido del cuerno de abedul de Joe llamando al alce en medio de todo aquel silencio, y me aprestaba a oír a un alce furioso que viniera ruidosamente a la carrera por el bosque, y a verlo irrumpir en la pequeña franja de prado que teníamos a un lado.

Pero, en más de un sentido, yo ya estaba harto de la cacería de alce. No había venido al bosque con ese propósito ni lo había previs-

to, aunque había estado dispuesto de buen grado a enterarme de cómo actuaba el indio; pero un alce muerto bastaba, o sobraba, lo mismo que si hubieran sido una docena. La tragedia de la tarde, y mi cuota de parte en ella, al comprometer su inocencia destruyó el placer de mi aventura. Es verdad que estuve muy cerca de convertirme en un cazador y perdí la oportunidad; a la vista de lo cual, creo que podría pasar satisfactoriamente un año en el bosque, pescando y cazando únicamente lo bastante como para subsistir. Eso se parecería a vivir como un filósofo de los frutos de la tierra que uno hubiera cultivado, cosa que también me atrae. Pero lo de cazar al alce meramente por la satisfacción de matarlo —ni siquiera por el cuero—, sin realizar ningún esfuerzo especial ni correr riesgo alguno, se parece demasiado a entrar por la noche al potrero de un vecino y ponerse a disparar contra sus caballos. Estos son caballos de Dios, pobres criaturas tímidas que se ponen a correr en cuanto olfatean al hombre, por más que midan, efectivamente, nueve pies de altura. Joe nos contó de unos cazadores que uno o dos años antes habían matado a tiros por la noche a varios bueyes en determinada zona de los boques de Maine, confundiéndolos con alces. Y lo mismo podría ocurrirle a cualquier clase de cazador; ¿y cuál es la diferencia de la caza, excepto el nombre? Habiendo matado a uno y a los bueyes propios, ambos criaturas de Dios, en el primer caso se le quita el cuero —ya que ese es el trofeo ordinario, y porque además consta que puede ser vendido para fabricar mocasines—, se rebana un filete del pernil y se deja el enorme cadáver que apeste. No es nada mejor, cuando menos, que colaborar en un matadero.

La experiencia de esa tarde me sugirió cuán poco dignos, o bastos, suelen ser los motivos que llevan a los hombres al bosque. Los exploradores y leñadores son todos jornaleros, a un tanto por día de trabajo, y como tales no tienen más amor por la naturaleza virgen que el de los aserradores por el bosque. Los demás hombres blancos o indios que vienen aquí son en su mayoría cazadores, cuyo

objetivo es matar cuantos alces y otros animales salvajes les sea posible. Pero, ¿es que no podría alguien pasar unas semanas o unos años en la soledad de este vasto territorio virgen ocupado en otras actividades, perfectamente gratas, inocentes y nobles? Por uno que llega con un lápiz de dibujo o a cantar, hay mil que vienen con un hacha o un rifle. ¡Qué uso tosco e imperfecto hacen, indios y cazadores, de la naturaleza! No es de extrañar que su raza sea tan pronto exterminada. Yo, que ya sentía —y me duró después varias semanas—, que aquella parte de mi experiencia en el bosque me había vuelto más duro, me recordé a mí mismo que la existencia ha de ser vivida con la ternura y la delicadeza con que se arranca una flor.

Con estos pensamientos, cuando llegamos al lugar de acampada resolví dejar que mis compañeros continuaran la cacería del alce por el arroyo, mientras yo preparaba el campamento, aunque ellos me pidieron que no cortara mucha leña ni hiciera una hoguera muy grande, por temor a que les ahuyentara la caza. Cuando partieron, siendo casi las nueve de esa noche brillantemente iluminada por la luna, encendí un fuego en medio de unos húmedos troncos de abeto en lo alto del terraplén cubierto de musgo, y sentado sobre un asiento de ramas, oyendo el ruido de los saltos de agua, examiné a la luz de la hoguera los especímenes botánicos que había recogido por la tarde, y escribí algunas de las reflexiones que he expuesto antes; y me puse a caminar por la orilla y a mirar la corriente, donde todo el espacio por encima de los saltos estaba iluminado por una suave luz. Mientras permanecía sentado ante el fuego, sin muros a mi alrededor, recordé cuán lejos se extendía en todas direcciones el territorio salvaje antes de que apareciesen campos despejados o cultivados, y me pregunté si algún alce o algún oso estaría observando la luz de mi hoguera; pues la naturaleza me miraba con desaprobación, por la alevosa muerte del alce.

Es curioso que sean tan escasos los que vienen al bosque a ver cómo vive y se desarrolla el pino, alzando hacia la luz los brazos de

follaje perenne; a ver el perfecto resultado final, su triunfo. La mayoría se contenta con verlo bajo la forma de numerosos tablones llevados al mercado, ¡y considera que ése es el verdadero triunfo! Pero el pino no es más madera que lo que pueda serlo el hombre, y el ser convertido en tablas y casas no es su verdadero y más elevado uso, a menos que la utilidad más real del hombre sea la de ser cortado en pedazos y convertido en abono. Hay una ley superior que afecta a nuestra relación con los pinos lo mismo que con los hombres. Un pino talado, un pino muerto, no es más un pino, en el sentido en que el cadáver de un ser humano no es más un hombre. ¿Puede acaso decirse de quien ha descubierto solo algunas de las utilidades de la barba y el aceite de ballena, que ha descubierto la verdadera utilidad de la ballena? ¿Puede decirse de quien mata al elefante por el marfil, que ha «visto» al elefante? Esos son usos míseros e incidentales; como si una raza más fuerte fuera a matarnos para convertir nuestros huesos en botones y flautas; pues todo puede tener un uso digno o indigno. Toda criatura está mejor viva que muerta, ya se trate de hombres, alces o pinos, y quien lo comprenda debidamente preferirá preservar su existencia, más que destruirla.

¿Es entonces el leñador el amigo y amante del pino, el que está más cerca de él y mejor comprende su naturaleza? ¿Es al curtidor que lo ha descortezado, o al que le ha extraído la trementina, a quien la posteridad convertirá en la fábula de haber acabado por convertirse en pino? ¡No! ¡no! es al poeta: es él quien realmente hace mejor uso del pino. El que no lo acaricia con un hacha, ni le hace cosquillas con una sierra, ni lo mima con una garlopa; el que sabe, sin hacerle un corte, si su corazón suena a hueco; el que no ha comprado el derecho de tala al municipio en el que se encuentra. Todos los pinos se estremecen y lanzan un suspiro cuando ese hombre pisa el suelo de la floresta. No, es el poeta quien los ama como a su propia sombra en el aire y los deja en pie. Yo he estado en el almacén de maderas, en la carpintería, en la curtiembre, en la fábri-

ca de negro de humo[5] y en el lugar del propio bosque donde extraen la trementina de pinos, abetos y otros árboles; pero cuando a la distancia vi con atención las copas de los pinos que ondulaban y reflejaban la luz en lo alto, por encima de todo el resto de la floresta, me di cuenta de que no es en los sitios que he mencionado donde se hace el mejor uso del pino. No son los huesos, el cuero ni el sebo de aquel hombre lo que yo más aprecio. Es el alma del árbol, no su espíritu de trementina[6], con el cual simpatizo y que cicatriza mis heridas cortantes. Es tan inmortal como la mía, y tal vez vaya a un cielo igualmente elevado, donde seguirá descollando sobre mí.[7]

Los cazadores no tardaron en regresar, sin haber divisado un alce, pero, siguiendo mis sugerencias, cargaron una cuarta parte del animal muerto, el cual, junto con nosotros, resultó un peso considerable para la canoa.

[5]. Polvo recogido de los humos de materias resinosas (N. del T.).

[6]. *spirit* = espíritu, alma; vapor muy sutil que exhalan los líquidos alcohólicos (N. del T.).

[7]. Esta frase fue suprimida cuando «Chesuncook» apareció en las ediciones de junio, julio y agosto de 1858 de *The Atlantic Monthly*, probablemente porque su director, James Russell Lowell, la consideró blasfema.

El Chesuncook – Parte 4

Tras desayunar carne de alce, retornamos por el Pine en dirección al lago Chesuncook, distante alrededor de cinco millas. Al cabo de media milla vimos tumbado en el agua el cadáver del alce. Algo más abajo de la desembocadura del Pine estaban los rápidos más importantes entre los dos lagos, llamados los Saltos del Pine, donde unas grandes rocas alisadas por la corriente permitían fácilmente el paso. Joe continuó solo mientras nosotros marchábamos por el porteadero, mi compañero recogiendo resina de las piceas para sus amigos a la vuelta, yo buscando flores. Cerca del lago, al cual nos íbamos aproximando con tanta expectación como si hubiera sido una universidad —pues no es a menudo que el curso de nuestra vida da lugar a tales expansiones—, encontramos islas, y una ribera llana y herbosa con árboles dispersos, abedules blancos y amarillos inclinados sobre el agua, y arces, muchos de los blancos de esta última especie destruídos, al parecer, por las inundaciones. Abundaba la hierba autóctona; y había asimismo algunas reses, cuyos movimientos oíamos, aunque no las vimos, y en primera instanciapensamos que serían unos alces pastando.

Al entrar en el lago, donde la corriente fluye hacia el sudeste, y durante cierto tiempo antes, tuvimos una vista de las montañas en torno al Ktaadn (*Katahdinauguoh*, dice alguien que las llaman), que parecían unos enormes hongos azules agrupados como a veinte o treinta millas de distancia en dirección sudeste, con las cimas ocultas por nubes. Joe se refirió a algunas de ellas como los montes

Souadneunk. Ese es el nombre de un río de la zona, que otro indio nos dijo que significaba «que corre entre montañas». Aunque algunas cumbres más bajas quedaron más tarde al descubierto, no tuvimos una vista más completa del Ktaadn mientras estuvimos en el bosque. La zona despejada hacia la que nos dirigíamos se hallaba a la derecha de la desembocadura del río, y se llegaba allí rodeando un bajío donde la profundidad del agua era escasa hasta una buena distancia de la orilla. El lago Chesuncook se extiende hacia el nordeste y el sudeste, sin ninguna isla, y se le atribuyen dieciocho millas de longitud por tres de ancho. Nosotros habíamos ingresado por el ángulo noroeste, y desde las proximidades de la ribera solo podíamos verlo parcialmente. Las principales montañas visibles allí desde tierra eran las ya mencionadas, entre el sudeste y el este, y algunas cumbres un poco al oeste del norte, pero en general el horizonte al norte y al noroeste alrededor del St. John y la frontera británica[1] era relativamente plano.

El calvero de Ansell Smith, la más antigua y principal zona despejada en torno al lago, parecía un atracadero idóneo para *bateaux*[2] y canoas; había allí siete u ocho de los primeros, una pequeña chalana para heno, y un cabrestante de arrastre sobre una plataforma flotante, ahora en tierra y seca, lista para ser botada y anclada para remolcar balsas. Era un atracadero de tipo muy primitivo, donde las embarcaciones eran subidas por entre los tocones; un sitio, pensé, como aquel en el que fue botado el Argos.[3] Había otras cinco cabañas con un pequeño espacio despejado cada una al otro lado del

[1]. El Dominio de Canadá se formó en 1867, de modo que la frontera era todavía británica cuando Thoreau estuvo en Maine.

[2]. Thoreau emplea aquí por primera vez en el texto la grafía francesa, *bateaux*, plural de *bateau*. Hasta entonces ha escrito esas palabras con una doble «t» (N. del T.).

[3]. En la mitología griega, embarcación empleada por Jasón para ir en búsqueda del vellocino de oro.

lago, todas en este extremo y visibles desde este punto. Uno de los Smith me dijo que, si bien la familia solo llevaba allí unos meses, cuatro años antes, cuando ellos vinieron a vivir y construyeron la casa actual, había ya una reducida zona despejada.

Yo estaba interesado en ver cómo vivía un pionero en este lado del país. Su vida es en ciertos aspectos más aventurera que la de su hermano en el Oeste; pues él se enfrenta al invierno tanto como al territorio salvaje, y transcurre un intervalo de tiempo mayor al menos entre su llegada y la del ejército que ha de seguirlo. Aquí la inmigración es una marea que puede bajar cuando haya barrido con los pinos; allá no es una marea sino una inundación, y las carreteras y otras mejoras vienen pronto a continuación.

Al aproximarnos a la cabaña de troncos, a una docena de varas desde el lago y a considerable altura con respecto al mismo, vimos que los extremos sobresalientes de los troncos solapándose de forma irregular varios pies en las esquinas le daban un aspecto muy cálido y pintoresco, muy lejos de la mezquindad de la chilla. Era un edificio bajo muy espacioso, de unos ochenta pies de longitud, con numerosos y amplios aposentos. Las paredes estaban adecuadamente emparejadas con barro entre los troncos, que eran grandes y redondos excepto en los lados superior e inferior, e igualmente visibles por dentro y por fuera, las sucesivas caras reducidas gradualmente hacia arriba y armonizadas entre ellas con el hacha, como los tubos pánicos.[4] Probablemente los musicales dioses forestales no los habían dejado de lado todavía; jamás lo hacen hasta que han sido rajados o descortezados. Era un estilo de arquitectura que sospecho que nunca describió Vitrubio,[5] aunque es posible que estuviese

[4]. Así llamados por asociación los tubos paralelos de la flauta de Pan, de la mitología griega.

[5]. Marcus Vitruvius Pollio (c.70 a.C-c.25 a.C), arquitecto e ingeniero romano al servicio de Julio César y Augusto, escribió sobre arquitectura romana.

sugerido en la biografía de Orfeo;[6] nada de vuestras columnas acanaladas o estriadas, tan erróneamente alabadas —es decir, por las multitudes— y no sostienen sino una fachada lateral o las pretensiones del constructor; y en cuanto a «ornamentación», uno de esos términos que con mucha propiedad utilizan los arquitectos para describir sus firuletes, estaban los líquenes, el musgo y los surcos de la corteza, acerca de los cuales nadie se preocupaba. Por supuesto, nosotros dejamos atrás en los bosques la pintura más bella y las mejores tablas cuando arrancamos la corteza y nos envenenamos en las ciudades con plomo blanco[7]. Nos quedamos con la mitad de los despojos de la floresta. Como bellos, que me den los árboles con su corteza. Aquella casa estaba diseñada y construída con la libertad de pincelada del hacha del silvicultor experto, sin más compás o escuadra que los que emplea la naturaleza. En los espacios donde los troncos eran interrumpidos por una ventana o una puerta, es decir, donde no iban traslapados alternativamente, estaban asegurados unos sobre otros por pernos muy largos encajados en diagonal a cada lado allí donde pudo haber una rama, y luego cortados tan a ras arriba y abajo como para que no sobresaliesen del tronco, como si se abrazaran mutuamente. Estos troncos eran postes, tachuelas, tablas, listones, enlucido y clavos, todo en uno. Donde el ciudadano utiliza una mera astilla o una tabla, el pionero emplea el tronco entero de un árbol. La casa tenía grandes chimeneas de piedra y estaba techada con corteza de picea. Las ventanas eran importadas, a excepción del marco. Un ala era campamento ordinario de leñadores para los huéspedes, con el habitual piso de abeto y los bancos de tronco. Así, pues, la casa venía a ser una versión

[6]. En la mitología griega, músico cuya música poseía poderes sobrenaturales.

[7]. *White-lead*: veneno que resulta de la combinación de un metal (plomo) y una sal (carbonato), antíguamente utilizado en la fabricación de pinturas y en la cerámica (N. del T.).

ligeramente modificada del tronco hueco que el oso habita todavía, un hueco hecho con troncos apilados, con revestimiento de corteza, como su modelo original.

El sótano era una construcción aparte, semejante a un depósito de hielo, y hacía sus veces en aquella estación; allí guardamos la carne del alce. Era un depósito para patatas con un tejado fijo. Cada estructura y cada costumbre eran allí tan primarias que uno podía enseguida relacionarla con su origen; en cambio nuestros edificios por lo general no sugieren su origen ni su propósito. Había un vasto —y cualquier granjero diría que hermoso— granero, parte de cuyos tablones habían sido serrados con un tronzador; y el foso serrino, con su gran pila de polvo, permanecía delante de la casa. Las largas tejas de madera divididas sobre parte del granero estaban colocadas con la base hacia el viento, lo que sugería la clase de tiempo que tienen allí. Se dice que el establo de Grant en Caribou Lake era todavía más grande, el mayor refugio para bovinos en aquellos bosques, de cincuenta por cien pies. ¡Cabe imaginar semejante monstruo alzando su mole gris por encima de las copas de los árboles en aquella floresta primitiva! El hombre fabrica numerosos repositorios de hierba seca y forraje como ese para sus animales domésticos, al igual que las ardillas y muchas otras criaturas salvajes lo hacen para ellas.

Había también una herrería, donde evidentemente se realizaban muchos trabajos. Herraban a los bueyes y los caballos empleados en operaciones madereras, y toda la obra de hierro de los trineos se reparaba o fabricaba allí. El martes siguiente vi en Moosehead cómo por vía terrestre cargaban un *bateau* con el peso de unas mil trescientas barras de hierro para la herrería. Lo cual me hizo pensar en cuán primitivo y honorable era el oficio de Vulcano.[8] Ignoro si entre los dioses hubo algún carpintero o sastre. El herrero parece haber precedido a esos y a cualquier otro trabajador manual

[8]. Dios del Fuego en la mitología romana.

en Chesuncook, lo mismo que en el Olimpo[9], y su familia es la más ampliamente diseminada, se llame John o Ansell.

La propiedad de Smith abarcaba dos millas por la margen del lago y media milla hacia el interior. Era un espacio despejado de alrededor de cien acres. En aquel terreno ese año había obtenido setenta toneladas de forraje, y veinte más en otro, todas utilizadas en las actividades madereras. El granero estaba repleto de forraje prensado y contenía una máquina para ese fin. Había una amplia huerta llena de tubérculos comestibles, nabos, remolachas, patatas, zanahorias, etc., todos de gran tamaño. Dijeron que allí eran tan apreciados como en Nueva York. Yo sugerí un grosellero para hacer compota, sobre todo visto que no tenían plantados manzanos, y les indiqué con qué facilidad podrían obtenerlo.

Había junto a la puerta la habitual hacha de mango largo —tres pies y medio: mi nueva regla de serbal estaba siempre en uso—, y un gran perro lanudo cuyo hocico, dijeron, estaba lleno de púas de puercoespín. Doy fe de que parecía muy templado. El suyo es el destino habitual de los perros pioneros, ya que deben afrontar la parte más dura de la batalla por su raza y representar sin proponérselo el papel de Arnold Wilkelried.[10] Si invitase a venir consigo a uno de sus amigos del pueblo proponiéndole carne de alce y una libertad ilimitada, este último podría con buen motivo preguntar, «¿Qué es eso que llevas clavado en el hocico?» Cuando una o dos generaciones han agotado los dardos de sus enemigos, sus sucesores llevan una vida relativamente fácil. Nosotros debemos a nuestros padres bendiciones análogas. Muchos ancianos reciben una pensión únicamente, a mi parecer, como compensación por haber

[9]. En la mitología griega, morada de los dioses.

[10]. Héroe suizo de la batalla de Sempach (1386), de quien se dice que se arrojó contra los austriacos atrayendo hacia él la mayor cantidad posible de lanzas enemigas y creando de ese modo una brecha en sus líneas que permitió a la Confederación Suiza ganar la batalla.

estado vivos hace mucho. Sin duda nuestros perros de ciudad hablan, resoplando, sobre los tiempos en que sus hocicos eran puestos a prueba. No sé cómo allá conseguían cazar un gato, pues son tan remilgados como mi tía en cuanto a meterse en una canoa. Me asombra que ella no corriese a subirse a un árbol por el camino, pero puede que estuviese apabullada por la propia abundancia de oportunidades.

Veinte o treinta leñadores, yanquis y canadienses, iban y venían —Aleck entre ellos—, y de vez en cuando aparecía un indio. En invierno hay a veces un centenar de hombres alojados aquí al mismo tiempo. La noticia más interesante que circuló entre ellos pareció ser que cuatro caballos pertenecientes a Smith, tasados en setecientos dólares, habían sido vistos pasar por un lejano lugar del bosque la semana anterior.

En el fondo de todo aquello estaba el pino blanco. Era una guerra contra los pinos, la única verdadera guerra del Aroostook o el Penobscot.[11] Estoy seguro de que en los tiempos homéricos[12] se vivieron cosas semejantes, pues los hombres siempre han pensado más en comer que en luchar; entonces, como ahora, pensaban principalmente en «pan caliente y rosquillas»; y el comercio de pieles y de la madera es una vieja historia en Asia y en Europa. Dudo que los hombres hayan hecho nunca del heroísmo una profesión. Incluso en tiempos de Aquiles[13] les complacía tener un granero importante, y acaso heno prensado, y el mejor entre los hombres era aquel que poseía el equipo más valioso.

Habíamos proyectado subir esa tarde por el Caucomgomoc, cuya desembocadura distaba un par de millas, hasta el lago del mismo nombre, unas diez más allá; pero unos indios conocidos de Joe, que

[11]. Alude a disputas fronterizas entre Maine y Gran Bretaña.

[12]. Período de la historia griega descrito en las obras de Homero, alrededor del 1400 a.C.

[13]. Héroe de las leyendas griegas que luchó en la Guerra de Troya.

estaban fabricando canoas, vinieron con noticias tan desalentadoras sobre los alces —últimamente habían sido cazados en gran número en la zona—, que mis compañeros resolvieron no ir. Joe pasó ese domingo y la noche con sus conocidos. Los leñadores me dijeron que en la región abundaban los alces, pero no el caribú ni el ciervo. Un hombre de Oldtown había matado diez o doce en el curso de un año, tan cerca de la casa que se habían oído todos los disparos. Por mí, podría haberse llamado Hércules,[14] aunque entonces yo habría esperado más bien oir el ruido de su maza golpeando; pero sin duda el hombre se mantiene al día con los avances de la época y ahora emplea un rifle de Sharpe: probablemente todo su armamento sea fabricado y reparado en la herrería de Smith. En el espacio de dos años habían matado un alce y herido a otro a la vista de la casa. No sé si Smith ha conseguido aún un poeta que se ocupe del ganado, el cual, debido a la prematura ruptura del hielo, se ve forzado a pasar el verano en el bosque, pero yo sugeriría ese oficio a aquellos de mis conocidos que gustan de escribir versos y salir a disparar tiros.

Después de la cena, en la que para mí el mayor deleite fue la compota de manzanas, aunque nuestra carne de alce fuera lo más apreciado por los leñadores, crucé el calvero para introducirme en la floresta, hacia el sur, regresando por la ribera. Como postre, me serví una gran porción del bosque del Chesuncook y bebí un gran trago de sus aguas con todos mis sentidos alerta. El bosque estaba tan lleno de vida vegetal como el liquen en la humedad, y contenía numerosas plantas interesantes; pero a menos que sean el pino blanco, las tratan aquí con tan poco respeto como al moho, y en el otro caso se apresuran a cortarlo. La ribera era de piedras de pizarra en bruto, planas y a menudo gruesas, con el oleaje rompiendo contra ellas. Las rocas y los descoloridos troncos a la deriva, que se metían

[14]. En la mitología griega, hijo de Zeus a quien se le encomendó la ejecución de 12 tareas imposibles.

un poco en la enmarañada arboleda, ponían en evidencia un ascenso y descenso del nivel de las aguas del orden de los seis u ocho pies, motivado en parte por el dique a la salida. Se decía que en invierno la nieve alcanzaba allí tres pies de profundidad, y en ocasiones cuatro o cinco, con respecto al nivel del suelo: que el hielo en el lago llegaba a los dos pies netos de espesor, y a los cuatro incluyendo la nieve helada. En las embarcaciones ya se había formado hielo.

Ese domingo por la noche nos alojamos allí en un confortable dormitorio, al parecer el mejor; y lo único inusual que apunté —pues todavía sigo tomando notas, como un espía en el campamento— fue el crujido de las delgadas tablas del suelo cuando alguno de nuestros vecinos se agitaba durmiendo

Tales los rudimentarios inicios de una ciudad. Se hablaba de la practicabilidad de una ruta de invierno al porteadero de Moosehead, que no costaría mucho y los vincularía al vapor, la diligencia y todo el ajetreado mundo. Yo tenía dudas de que el lago fuera entonces el mismo, de si conservaría su forma y su identidad cuando las riberas fueran despejadas y colonizadas; como si aquellos lagos y corrientes de que hablan los exploradores no esperasen nunca el advenimiento del ciudadano.

La visión de una de estas casas de frontera, construidas con aquellos grandes troncos, y cuyos habitantes han resistido estoicamente muchos veranos e inviernos en una tierra salvaje, me recuerda a fuertes famosos, como los de Ticonderoga o Crown Point, que han soportado memorables sitios. Son sobre todo cuarteles de invierno, y en aquella época éste en particular tenía un aspecto parcialmente desierto, como si el asedio se hubiera levantado un poco, con los bancos de nieve derritiéndose delante, y su guarnición se hubiera reducido en consecuencia. Su alimento diario son para mí raciones: «víveres», le llaman; una Biblia y un sobretodo grueso son municiones de guerra, y un hombre solo visto en las inmediaciones es un centinela de servicio. Uno espera que le pida la contraseña, y

tal vez ser tomado por un Ethan Allen[15], venido a demandar la rendición del fuerte en nombre del Congreso Continental. La vida aquí es una especie de servicio de armas. La expedición de Arnold[16] es una experiencia diaria para estos colonos. Pueden probar haber estado afuera casi en todo momento; y creo que toda la primera generación suya merece más una pensión que cualquiera de los que fueron a la guerra de México.

[15]. Ethan Allen (1738-1789) dirigió conjuntamente con Benedict Arnold una expedición que capturó el Fuerte Ticonderoga, primera victoria colonial de la revolución norteamericana.

[16]. Benedict Arnold (1741-1801) condujo en 1775 una expedición militar de 1.150 hombres en *bateaux* y en canoas de corteza de abedul por el territorio inexplorado de Maine hasta Quebec; con las provisiones estropeadas, la nieve, la lluvia, el barro, el sarampión, la inanición y las deserciones, solo 650 llegaron a destino, donde murieron 100 y 400 fueron capturados.

El Chesuncook – Parte 5

Temprano a la mañana siguiente partimos de regreso por el Penobscot, mi acompañante con la intención de recorrer unas veinticinco millas más allá del porteadero de Moosehead hasta un campamento próximo a la bifurcación y buscar allí alces. Nuestro anfitrión nos dio algo por el cuarto de alce que habíamos llevado y que le venía muy bien. Dos exploradores venidos del lago Chamberlain partieron al mismo tiempo que nosotros. En el bosque han de usarse camisas de franela rojas, aunque más no sea por el hermoso contraste que ese color hace con el verde de la vegetación y con el agua. Eso pensé cuando vi las siluetas de los exploradores en su canoa de abedul atravesando los rápidos delante nuestro, distantes contra la floresta. Es también el color del topógrafo, distinguible bajo todas las circunstancias. Nos detuvimos a comer junto al Ragmuff, como antes. Esta vez fue mi compañero el que anduvo corriente arriba buscando alces, mientras Joe dormía en la ribera para que estuviésemos tranquilos con respecto a él; y yo aproveché la oportunidad para estudiar las plantas y bañarme. Poco después de partir nuevamente, mientras Joe iba a la canoa a traer la sartén, que habíamos dejado, juntamos un par de cuartos de galón de bayas de viburno para una compota.

Me sorprendió que Joe me preguntase a qué distancia quedaba el Moosehorn. Él conocía perfectamente dicha corriente, pero había notado mi curiosidad sobre las distancias y que yo poseía varios mapas. Joe, y los indios en general con quienes he hablado, son incapaces de describir con precisión dimensiones o distancias se-

gún nuestros patrones de medición. Él podía, si acaso, calcular a qué hora llegaríamos, pero no a qué distancia estaba. Vimos algunos patos de la Florida, tadornas y patos negros, pero en esta estación no eran allí tan numerosos como en nuestros ríos de Massachusetts. Asustamos a la misma familia de patos, a la ida y al regreso. También oímos la nota de un pigargo, hasta cierto punto semejante a la de un pájaro carpintero, y poco después lo vi posado casi en lo más alto de un pino blanco seco, con el fondo de la isla donde habíamos acampado primero, mientras poco más abajo, en un bajío arenoso, una bandada de blancas pezpítaras gorjeaban y brincaban sobre la carcasa de un alce. Durante muchas millas fuimos forzando al pigargo, mediante gritos y silbidos, a pasar de un árbol a otro. Como íbamos río arriba, es obvio que tuvimos que trabajar mucho más duro que antes, y utilizamos con frecuencia la pértiga. A veces remábamos los tres a un tiempo, de pie, pese a lo pequeña que era la canoa y a la pesada carga que llevaba. A unas seis millas del Moosehead empezamos a ver las montañas al este del extremo norte del lago, y a las cuatro llegamos al porteadero.

Los indios seguían acampados allí. Eran tres, incluído el indio franciscano que había venido con nosotros en el vapor. Uno de los otros se llamaba Sabattis. Joe y el franciscano eran claramente indios, los otros dos, parecían mestizos; pero a la vista, la diferencia se reducía a los rasgos y la tez. Allí cocinamos para la cena la lengua del alce. El labio superior, que es considerado la parte más selecta y cuya preparación requiere mucho trabajo, lo dejamos hirviendo en Chesuncook. Hicimos asimismo la compota de bayas de viburno (*Viburnum opulus*), endulzándola con azúcar. Los leñadores las cocinan a veces con melaza. También fueron usadas en la expedición de Arnold.[1] Esta compota nos resultó muy agradable, después de haber estado limitados a pan de centeno, cerdo y carne de alce, y, a

[1]. Véase nota 15 del capítulo anterior.

pesar de las semillas, los tres la declaramos igual a la de arándano, aunque puede que en eso hubiera influído nuestro particular apetito. Valdría la pena cultivar ese arbusto, tanto por su belleza como por su valor comestible. Más adelante lo vi en un huerto, en Bangor. Joe me dijo que ellos a las bayas las llaman *ebeemenar*.

Mientras cenábamos, Joe comenzó a curar la piel del alce, sobre la que yo me había sentado durante buena parte del viaje, y a la que él ya le había quitado la mayor parte del pelo con su navaja en el Caucomgomoc. Hincó en la ribera dos fuertes palos ahorquillados de siete u ocho pies de altura y a otro tanto de separación, y tras hacer unos cortes de ocho o diez pulgadas, igualmente distanciados, cerca del borde, en los costados del cuero, los atravesó con varas, y luego, colocando una de las varas sobre las estacas ahorquilladas, ató fuertemente la otra abajo. Los dos extremos fueron también atados con corteza de cedro, su hilo habitual, a los palos erectos, a través de pequeños orificios hechos a breves intervalos. El cuero, así estirado e inclinado un poco hacia el norte para exponer al sol el lado de la carne, medía ocho pies por seis. Donde quedaba aun carne adherida, Joe la tajaba con enérgicos golpes de navaja para abrirla al sol. La piel parecía ahora en cierto modo con manchas y lastimada por el disparo fallado. En muchos lugares de acampada en estos bosques pueden verse viejos armazones en los que se han estirado pieles de animales.

Por una u otra razón se descartó la ida a la bifurcación del Penobscot, y decidimos parar allí, con el propósito de que mi compañero intentara cazar de noche por el río. Los indios nos invitaron a compartir su alojamiento, pero mi compañero se inclinaba por ir al campamento maderero sobre el porteadero. Ese campamento estaba cerca, era sucio y olía muy mal, así que, si no armábamos el nuestro, preferí aceptar la oferta de los indios; porque aunque estos últimos eran también sucios, estaban mucho más al aire libre, y su compañía era mucho más agradable, e incluso más cortés, que la de los leñadores. El asunto más interesante del que se hablaba en el

campamento de los leñadores era cuál de los hombres podría «manejar» a otro en el porteadero; y la mayoría no poseía cualidades que uno no fuese capaz de descubrir. De modo que fuimos al campamento de los indios, o *wigwam*.

Hacía bastante viento, y en consecuencia Joe decidió cazar después de medianoche, si el viento menguaba, cosa que los otros indios no creían, pues venía del sur. Los dos de sangre mezclada, sin embargo, salieron río arriba al anochecer en busca del alce antes de que llegásemos a su campamento. Era este un somero emplazamiento provisional, estilo cobertizo, que llevaba allí varias semanas, abierto hacia el fuego por el lado oeste. Si el viento cambiaba, podían hacerlo girar. La cubierta, constituída en parte por una vieja vela y en parte por corteza de abedul, era bastante imperfecta, pero estaba asegurada con ataduras y llegaba hasta el suelo por los costados. En la parte trasera del recinto había un gran tronco utilizado como cabecera, y extendidas por el suelo se veían dos o tres pieles de alce, con el pelo hacia arriba. Varias prendas de vestuario aparecían remetidas en los costados y las esquinas, o colgando del techo. Estaban ahumando carne de alce en una cesta semejante a la representada por With en «Collectio peregrinationun» de De Bry[2], publicado en 1588, llamada por los nativos brasileños *boucan* (origen de «bucanero») y en la cual con frecuencia se veían trozos de carne humana ahumándose con el resto. Se alzaba delante del campamento sobre la acostumbrada gran hoguera en forma de cuadrado oblongo. Dos fuertes estacas bifurcadas separadas cuatro o cinco pies entre sí, y a cinco de altura, eran clavadas en el suelo a cada extremo, y luego se tendían de un lado a otro dos varas de diez pies de longitud sobre el fuego, y se colocaban atravesadas sobre estas otras más pequeñas, a un pie de distancia entre ellas. De estas últimas se colgaban grandes tiras delgadas de carne de alce para ahumar y secar, dejando un espacio despejado

[2]. Theodor de Bry (1528-1598), grabador y editor flamenco.

sobre el centro de la hoguera. Colgando en un extremo estaba el corazón entero, negro como una bala de cañón de treinta y dos libras. Según dijeron, curar aquella carne, que podía durarles un año o más, llevaba tres o cuatro días. Trozos desechados, en diversas etapas de descomposición, aparecían esparcidos por el suelo, y algunos también en el fuego, medio sepultados y chisporroteando entre cenizas, negros y sucios como un zapato viejo. De estos últimos creí al principio que los hubieran tirado, pero después supe que los estaban cociendo. También tenían un tremendo fragmento de costillar asándose ante el fuego, empalado en una estaca vertical. Había una piel de alce estirada y secándose en un aparejo semejante al nuestro, y cerca de esta una pila considerable de pieles ya curadas. Habían matado veintidós alces en el curso de dos meses, pero como solo podían aprovechar muy poca carne, abandonaban los cadáveres. Visto en su totalidad, el espectáculo era más o menos tan salvaje como el que pudiera haberse visto en cualquier época remota, y yo me sentí de golpe situado trescientos años atrás. Afuera, sobre un tocón, listas para usar, había numerosas antorchas de corteza de abedul, con la forma recta de un cuerno de hojalata.

Por miedo a la suciedad extendimos nuestras mantas sobre las pieles, evitando tocarlas por ningún sitio. Al principio solo estaban allí el indio franciscano y Joe, y estuvimos tendidos de espaldas hablando con ellos hasta medianoche. Eran muy sociables, y cuando no estaban hablando con nosotros, mantenían una sostenida charla en su propio lenguaje. En el momento en que oscureció oímos a un pajarito que, según Joe, cantaba a cierta hora de la noche, creía que a las diez. También oímos a los lagartos y a las ranas, así como a los leñadores cantando en su campamento, distante un cuarto de milla. Yo conté que había visto en viejos libros imágenes de carne humana secándose en unas cestas como aquella; seguidamente ellos repitieron una vieja tradición acerca de los mohawk comiendo carne humana, las partes que preferían, etc., y también so-

bre una batalla con los mohawks cerca del Moosehead, en la cual murieron muchos de estos últimos; pero descubrí que era poco lo que sabían de la historia de su raza y que los cuentos sobre sus antepasados o cualesquiera otros los mantenían interesados. Al principio casi termino asado, pues me tumbé hacia un lado del campamento y sentía el calor reflejado no solo desde la corteza de abedul arriba, sino desde el costado; y de nuevo recordé el sufrimiento de los misioneros jesuítas, y los extremos de calor y de frío que se decía que los indios eran capaces de soportar. Estuve largo rato luchando entre el deseo de permanecer hablando con ellos y el impulso de salir corriendo a echarme sobre la hierba fresca; y cuando estaba a punto de hacer esto último, Joe, oyéndome refunfuñar, o porque él mismo estaba incómodo, se levantó a dispersar parcialmente el fuego. Imagino que esa es la actitud propia del indio, defenderse.

Mientras estaba tumbado escuchando a los indios, me entretuve tratando de adivinar de qué hablaban, ya fuera por los gestos o por algún nombre propio que mencionasen. No puede haber prueba más evidente de que son una raza distinta y comparativamente aborigen, que escuchar ese lenguaje indio inalterado, que el hombre blanco no sabe hablar ni entiende. Podemos sospechar cambios y deterioro con respecto a casi cualquier otro particular, excepto en el lenguaje que nos resulta tan ininteligible. Eso me cogió por sorpresa, pese a mi experiencia en idiomas ajenos, y me convenció de que el lenguaje indio no era una invención de historiadores y poetas. Era un sonido pura y originalmente americano, tanto como el chillido de la *chickaree*[3], y yo era incapaz de entender una sola sílaba; pero Paugus[4], de haber estado allí, lo hubiera hecho. Aquellos in-

[3]. *chickaree*: ardilla roja (Tamiasciurus douglasí) del oeste de Estados Unidos de América (N. del T.).

[4]. Jefe indio pequot muerto el 8 de mayo de 1725 cerca de Fryberg, Maine, por una compañía de soldados de Dunstable, Massachusetts, que había viajado a Maine a matar indios.

dios *abenaki* contaban chismes, reían y bromeaban en la lengua en la que está escrita la Biblia India, de Eliot[5], el lenguaje que se ha hablado en Nueva Inglaterra desde quién sabe cuánto tiempo.

Eran los sonidos que salían de los *wigwams* de este país antes de que Colón hubiera nacido; no se han extinguido aun; y con excepciones notablemente escasas, el idioma de sus antepasados es todavía suficiente para ellos. Esa noche sentí que me encontraba, es decir, yacía, tan cerca del hombre primitivo de América como cualquiera de sus descubridores haya estado nunca.

En mitad de la conversación, Joe se dirigió de pronto a mí para preguntar la longitud del lago Moosehead.

Mientras nosotros permanecíamos tumbados, Joe estaba fabricando y probando su cuerno de caza a fin de estar listo para salir después de medianoche. También el indio franciscano se entretenía haciéndolo sonar, o mas bien llamando a través del mismo, ya que el sonido proviene de la voz y no de soplar. Este indio parecía ser un negociante en pieles de alce. Compró la de mi compañero por dos dólares y un cuarto, sin curtir. Joe dijo que valía dos dólares y medio en Oldtown. Se la usa principalmente para mocasines. Uno o dos de aquellos indios los llevaban. Me dijeron que, por una reciente ley de Maine, no se permite a los extranjeros matar allí alces en ninguna estación; los norteamericanos blancos solo pueden hacerlo en una estación determinada, pero los indios de Maine en cualquiera. En consecuencia, el indio franciscano le pidió a mi compañero un *wighiggin* o contrato que poder mostrar. Vivía cerca de Sorel. Descubrí que sabía escribir muy bien su nombre, Tahmunt Swaseen. Un tal Ellis, un anciano blanco de Guilford, ciudad por la que pasamos, no lejos del extremo sur del Moosehead, era el más famoso cazador de alces de la región. Indios y blancos hablaban de él con igual respeto.

[5]. John Eliot (1604-1690), puritano de Massachusetts que publicó en Norteamérica (1663) la primera Biblia en lengua algonquina.

Tahmunt dijo que allí había más alces que en el condado de Adirondack, en Nueva York, donde él había cazado; que tres años atrás había por los alrededores una gran cantidad de ellos, y que actualmente eran muy numerosos en el bosque, pero no se asomaban al agua. Era inútil pretender cazarlos a medianoche: no iban a salir. Le pregunté a Sabattis, cuando vino, si el alce nunca lo atacaba. Respondió que no hay que dispararle muchas veces para que no se enfurezca. «Yo le disparo una vez y le doy en el lugar preciso, y por la mañana lo busco. No irá muy lejos. Pero si uno sigue disparando, se vuelve loco. Una vez le disparé cinco balas, todas al corazón, y no hizo el menor caso; se puso más furioso». Le pregunté si no lo cazaban con perros. Él dijo que lo hacían en invierno, pero jamás en verano, pues entonces era inútil: ellos saldrían a toda carrera e irían a parar a cien millas.

Otro indio dijo que el alce, cuando se ha asustado, corre el día entero. Un perro puede colgar de sus fauces y será llevado hasta darlo contra un árbol y dejarlo caer. Son incapaces de correr sobre «un espejo», aunque pueden hacerlo sobre cuatro pies de nieve; el caribú sí puede correr sobre el hielo. Generalmente se encuentran dos o tres alces juntos. En el agua se cubren enteramente, excepto el hocico, para evitar las moscas. Este indio era propietario de una cornamenta de lo que llamaba «el alce negro de las tierras bajas». Su extensión era de tres o cuatro pies. El «alce rojo» era de otra clase, que «corre en las montañas», y tenía cuernos de seis pies de extensión. Era en lo que se distinguían. Los dos pueden mover los cuernos. Las anchas hojas planas están cubiertas de pelo y son tan blandas, cuando el animal está vivo, que se las puede hender con un cuchillo. Los indios interpretan como buena o mala señal el que el alce gire la cornamenta hacia uno u otro lado. Los cuernos de caribú del indio habían sido roídos por los ratones en su *wigwam*, pero él creía que ni los cuernos del caribú ni los del alce eran roídos mientras la criatura estaba viva, como algunos afirman. Un indio a quien conocí en Oldtown después que a este, y que había llevado a Maine un oso y otros animales para

allí exhibirlos, me dijo que treinta años antes no había en Maine tantos alces como ahora; también afirmó que el alce es muy fácil de domesticar, y que vuelve cuando se le ha dado de comer una vez, lo mismo que el ciervo, pero no el caribú. Los indios de la vecindad están así de familiarizados con el alce, con el que han vivido en relación durante generaciones, como nosotros con el buey. El Padre Rasles[6], en su Diccionario de la Lengua Abenaki, da no solo una palabra para el alce macho (*aianbê*) y otra para la hembra (*hèrar*), sino incluso para el hueso que está en medio del corazón del alce (!), y para la pata trasera izquierda.

No había allí arriba rastros del pequeño ciervo; son más comunes alrededor de los asentamientos. Hace dos años uno entró corriendo en la ciudad de Bangor y saltó por una vidriera de costoso cristal cilindrado, dio después contra un espejo en el que creyó reconocer a otro de su especie, y volvió a salir, saltando por sobre las cabezas de la multitud, hasta que fue capturado. De esto los habitantes de la ciudad hablan como del ciervo que anduvo de compras. El indio que he mencionado en segundo lugar habló del *lunxus* o diablo indio (que yo supongo sería el puma, y no el *gulo luscus*)[7], como del único animal al que se debe temer en Maine; capaz de seguir a un hombre, y sin que lo asuste el fuego. Dijo también que los castores estaban empezando otra vez a ser bastante numerosos allá donde él iba, pero que sus pieles valían ahora tan poco que no resultaba rentable cazarlos.

[6]. Sabastien Rasles (1657?-1724), misionero jesuíta francés llegado a Maine en 1689, muerto en una incursión británica contra una aldea india, creador de un diccionario francés/abenaki que fue publicado en 1833. «El diccionario del lenguaje abenaki constituye una muy concentrada y confiable historia natural de ese pueblo... Para lo que tienen una palabra, tienen una cosa que se corresponde». Diario de Thoreau, marzo 4 de 1858.

[7]. El glotón.

Yo había puesto a secar sobre el fuego, junto con la carne del alce, sus orejas, que medían diez pulgadas de largo y que quería conservar; pero Sabattis me dijo que debía desollarlas y curarlas, pues si no se les caería todo el pelo. Comentó que con la piel de las orejas se hacen estuches para tabaco, cosiendo las dos juntas por el lado interno. Le pregunté cómo conseguía el fuego, y él sacó una cajita cilíndrica de cerillas. Tenía también piedras y acero, algo de yesca, aunque no seca, creo que de abeto amarillo. «Pero suponga que vuelca, y todo eso y la pólvora se mojan». «Entonces», dijo él, «esperamos hasta llegar adonde haya un fuego». Yo saqué del bolsillo un frasquito que contenía cerillas, con tapón a toda prueba, y le comenté que, aunque volcásemos, seguiéramos teniendo cerillas secas; ante lo cual se quedó mirándome, sin decir palabra.

Estuvimos largo rato despiertos conversando, y ellos, en particular Tahmunt, nos dijeron el significado de muchos de los nombres indios de los lagos y corrientes fluviales de los alrededores. Yo pregunté el nombre indio del lago Moosehead. Joe contestó que era *Sebamook*, nombre que Tahmunt pronunció como *Sebemook*; cuando quise saber qué significaba, ambos respondieron que lago Moosehead. Al final captaron lo que yo quería decir y empezaron a repetir alternadamente la palabra entre ellos, como haría un filólogo —comparando de vez en cuando sus percepciones en lenguaje indio—; pues existía una leve diferencia entre sus respectivos dialectos; y por último Tahmunt dijo, «¡Ah!, ya sé» —y se irguió parcialmente en el cuero de alce—, «como aquí es un lugar y allí otro lugar», señalando distintas partes del cuero, «y usted toma agua de allí y llena este, y ahí queda: eso es *sebamook*». Yo entendí que significaba un embalse de agua permanente, con el río que, entrando por un lado y saliendo otra vez cerca del mismo sitio, dejaba una bahía o golfo permanente. Otro indio dijo que significaba Lago de la Bahía Grande, y que *Sebago* y *Sebec*, nombres de otros lagos, eran palabras de la misma familia, con el sentido de gran extensión de

agua. Joe dijo que *seboois* quería decir río pequeño. Yo observé su incapacidad, a la que he aludido con frecuencia, para expresar una idea abstracta. Concebida la idea, aunque de forma confusa, tanteaban en vano buscando las palabras con las que expresarla. Tahmunt creía que los blancos llamaban Moosehead al lago porque el Monte Kineo, que lo domina, tiene la forma de una cabeza de alce, y que el río Moose se llamaba así «porque la montaña apunta a través del lago directamente a su boca». John Josselyn[8], escribiendo allá por 1673, dice, «A doce millas de Casco Bay[9], y vadeable por hombres y caballos, hay un lago que los indios llaman *Sebug*. Sobre el borde del mismo, en un extremo, se halla la famosa roca en forma de alce, etérea, llamada Moose Rock». Jocelyn parece haber confundido el Sebamook con el Sebago, que está más cerca pero no tiene ninguna roca «etérea» en sus orillas.

Consigno más definiciones por si sirven de algo: en parte porque difieren a veces de las corrientemente admitidas. Ellos no las habían analizado nunca hasta entonces. Tras una larga deliberación y de repetir mucho la palabra, pues daba mucho trabajo, Tahmunt dijo que *Chesuncook* significaba «lugar donde desembocan muchas corrientes» (¿?), y pasó a enumerarlas: Penobscot, Umbazookskus, Cusabesex, Red Brook, etc. «*Caucomgomoc*: ¿eso qué significa?» «¿Qué son esos grandes pájaros blancos?», preguntó. «Gaviotas», dije yo. «¡Ah!, Lago de Gaviotas». *Pammadumcook*, creía Joe, quería decir lago con fondo o lecho de grava. *Kenduskeag*, concluyó finalmente Tahmunt, luego de preguntar si las canoas lo remontaban, pues él no estaba muy familiarizado con ello, quería decir algo así: «Usted remonta el Penobscot hasta llegar al *Kenduskeag*, y pasa de largo, no gira allí. Eso es *Kenduskeag*».(¿?) Pero otro indio, que conocía mejor

[8]. John Josselyn (1638-1675), naturalista y autor inglés, escribió sobre la historia natural de Maine en *New-England Rarities* (1672) y *An Account of Two Voyages to New-England* (1674).

[9]. Bahía en la costa de Maine, donde se halla Portland (N. del T.).

el río, nos dijo después que significaba río de la anguila pequeña. *Mattawamkeag* era un lugar donde confluyen dos ríos. (¿?). *Penobscot*, río rocoso o pedregoso. Un autor dice que ese fue «originalmente el nombre de solo un tramo del canal principal, desde la cabecera de la marisma hasta una corta distancia más arriba de Oldtown».

Un indio muy inteligente a quien conocí más tarde, yerno de Neptuno, nos dio asimismo estas definiciones: *Umbazookskus*, río del prado; *Millinocket*, lugar de islas; *Aboljacarmegus*, salto de comisa suave (y agua quieta); *Aboljacarmeguscook*, la corriente que desemboca (esta última es la palabra que citó cuando pregunté por *Aboljacknagesik*, que no reconoció); *Mattahumkeag*, laguna del arroyo arenoso; *piscataquis*, ramal de un río.

Pregunté a nuestros anfitriones qué significaba *Musketaquid*, el nombre indio de Concord, en Massachusetts; pero ellos lo cambiaron por *Musketicook*, y lo repitieron, y Tahmunt dijo que quería decir Río Sin Vida, lo que probablemente es cierto. *Cook* es, al parecer, río, y tal vez *quid* se refiera al lugar o terreno. Cuando pregunté por el significado de los nombres de dos de nuestras colinas, me respondieron que correspondían a otro idioma. Como Tahmunt comerciaba en Quebec, mi compañero quiso saber el significado, tan controvertido, de esa palabra. Él no lo sabía, pero se puso a hacer conjeturas. Preguntó cómo se llamaban esos grandes barcos que llevaban soldados. «Buques de guerra», respondimos. «Bueno», dijo él, «cuando los buques ingleses remontaron el río, no pudieron avanzar, por lo estrecho del mismo; tuvieron que volver atrás, en inglés *go-back*, o sea Que-bec». Cuento esto para dar una idea del valor de su autoridad en los demás casos.

Ya tarde en la noche volvieron los otros dos indios de la caza del alce, en la que no tuvieron éxito, avivaron el fuego, encendieron las pipas, fumaron un rato, bebieron algo fuerte, comieron carne de alce y, buscándose el sitio posible, se acostaron sobre las pieles de alce; y así pasamos la noche, lado a lado, dos hombres blancos y cuatro indios.

El Chesuncook – Parte 6

Cuando desperté por la mañana estaba lloviznando. Uno de los indios se hallaba acostado fuera, envuelto en su manta, del lado opuesto del fuego, por falta de espacio. Joe había omitido despertar a mi compañero, y este no había salido de caza esa noche. Tahmunt estaba fabricando un travesaño para su canoa con un cuchillo de extrañas formas[1], como las que desde entonces les he visto usar a otros indios. La hoja era delgada, de unos tres cuartos de pulgada de ancho y ocho o nueve pulgadas de longitud, pero con la parte plana curvada como un anzuelo, lo cual según él era mejor para el afeitado. Como los indios muy al norte y al noroeste los usan del mismo tipo, sospecho que estaba hecho de acuerdo a un modelo aborigen, aunque algunos artesanos blancos utilizan uno similar. Para desayunar, los indios cocieron una hogaza de pan en una araña[2] colocada de canto delante del fuego; y mientras mi compañero preparaba un té, yo pesqué una docena de peces de buen tamaño en el Penobscot, dos clases de carpas y una trucha. Después que hubimos desayunado, uno de los que habían dormido con nosotros, que también había desayunado, se acercó, y ante nuestra invitación, tomó una taza de té y al final, asiendo la

[1]. Thoreau describe un cuchillo que al parecer proviene de las herramientas indias hechas de dientes de castor, y fabricadas por los indios de Maine con hoja de metal alrededor del 1700; es una herramienta esencial para la construcción de canoas de corteza.

[2]. Sartén de hierro con tapa y tres patas; se colocaba tapada sobre carbones ardientes y se le añadían otros sobre la tapa.

bandeja común, la dejó limpia con la lengua. Nada comparable con un individuo blanco, un leñador, que se pasaba llenándose la panza con la carne de alce de los indios y era por eso blanco de la crítica de sus compañeros. Al parecer creía que lo cortés era «comerlo todo». Suele decirse que el hombre blanco al final supera al indio en su propio terreno, y en este caso resultó cierto. No puedo dar razón de su actividad durante las horas de oscuridad, pero lo vi otra vez dedicado a lo mismo en cuanto hubo luz, aunque estaba a un cuarto de milla de su lugar de trabajo.

La lluvia nos impidió continuar por más tiempo en el bosque; de modo que, cediendo parte de nuestras provisiones y utensilios a los indios, nos despedimos de ellos. Como era día del vapor, partí de inmediato hacia el lago.

Fui andando solo por el porteadero y esperé en la cabecera del lago. Ante mi proximidad, un águila, u otra ave voluminosa, abandonó volando y chillando su atalaya en la ribera. Tras alcanzar la orilla, estuve una hora sin tener ante mí ser humano alguno y con todo el amplio panorama a mi disposición. Creí oír el sonido del vapor antes de tenerlo a la vista en la amplitud del lago. Cuando llegó, divisé durante el desembarco a uno de nuestros compañeros de descanso nocturno, que había estado de cacería la noche previa, ahora muy acicalado con camisa blanca y unos pantalones negros de calidad, un verdadero dandi indio, venido evidentemente al porteadero para exhibirse ante cualquiera llegado de la costa norte del lago Moosehead, al igual que los dandis de Nueva York se dan una vuelta por Broadway y se paran en los escalones de un hotel.

A medio camino por el lago subimos a bordo, con su *batteau*, a dos hombres de mediana edad y aspecto viril que habían pasado seis meses explorando el territorio hasta la frontera con Canadá, y se habían dejado crecer la barba. Traían la piel de un castor que habían cazado recientemente extendida sobre un aro oval, aunque el pelaje no era bueno en esa estación. Hablé con uno de ellos, comentándole que yo había recorrido una gran distancia hasta allí

en parte para ver dónde crecía el pino blanco, el material proveniente del este del cual están construidas nuestras casas, pero que tanto en esa como en una excursión anterior a otra zona de Maine había encontrado que era una especie escasa; y le pregunté dónde debía buscarlo. Con una sonrisa, él respondió que difícilmente podía informarme. No obstante, dijo haber hallado el suficiente para emplear dos equipos el próximo invierno en un lugar donde se pensaba que no quedaba ninguno. El que actualmente era tenido por el «rey» de los árboles no merecía atención veinte años atrás, cuando él se inciaba en el negocio; pero ahora se hacía muy buen negocio con la que antes se consideraba una madera inferior. El explorador acostumbraba entonces a hacer sucesivos cortes cada vez a mayor altura en un árbol para comprobar si era compacto, y si descubría una zona podrida del tamaño de su brazo, lo abandonaba; pero ahora talaban ese árbol, lo serraban alrededor de la parte podrida y hacían de él las mejores tablas, pues en ese caso nunca salían débiles.

Alguien relacionado con las actividades madereras en Bangor me contó que el mayor de los pinos pertenecientes a su firma, talado el invierno anterior, «midió» en el bosque cuatro mil quinientos pies de madera, y su valor en el área de recepción de troncos de Bangor en Oldtown fue de noventa dólares. Solo para aquel árbol abrieron una trocha de tres millas y media. Él pensaba que la principal localización del pino blanco que bajaba por el Penobscot actualmente estaba en la cabecera del East Banch y en el Allegash, en los alrededores del río Webster y los lagos Eagle y Chamberlain. Se ha robado mucha madera de las tierras públicas. (Por favor, ¿qué clase de guardia forestal tenemos?). Me han contado de un hombre que, habiendo descubierto unos árboles particularmente hermosos justo al borde de las tierras públicas, y no atreviéndose a utilizar un cómplice, los taló él solo, y mediante tacos y aparejos, sin animales, los transportó al río, y fue así que se salió con la suya sin ayuda alguna. Seguramente el robar pinos de ese modo no es algo tan bajo como robar palos de gallinero.

Esa noche llegamos a Monson, y al día siguiente marchamos para Bangor, siempre bajo la lluvia, variando un poco nuestra ruta. Algunas de las tabernas de esta carretera, especialmente sucias, estaban evidentemente en transición entre el campamento y la vivienda.

A la mañana siguiente fuimos a Oldtown. En la costa, un indio esbelto, que reconoció a mi compañero, prorrumpió en manifestaciones de alegría, como un francés. Un sacerdote católico cruzó a la isla en el mismo *batteau* que nosotros. Las viviendas indias son de madera, en su mayoría de una planta, y dispuestas en hileras sucesivas en el extremo sur de la isla, con unas pocas independientes. Yo conté unas cuarenta, sin incluir la iglesia y la que mi compañero llamó casa comunal. Esta última, que supongo es su ayuntamiento, era de madera y con tejas planas y delgadas, como el resto. Había varias construcciones de dos plantas, bastante cuidadas, con jardín cercado, y al menos una tenía persianas verdes. Esparcidas por los alrededores había pieles de alce estiradas, puestas a secar. No se veían caminos de carros ni senderos para caballos, sino veredas para caminantes; había muy poca tierra cultivada, y sí abundancia de malas hierbas, autóctonas y naturalizadas; más hierbajos introducidos que vegetales útiles, ya que se dice que el indio cultiva más bien los vicios que las virtudes del hombre blanco. No obstante, aquella aldea estaba más limpia de lo esperado, mucho más que algunas irlandesas que llevo vistas. Los niños no lucían especialmente andrajosos ni sucios. Los varones nos saludaban con el arco en la mano y la flecha preparada y gritaban, «¡Venga un céntimo!». En realidad, actualmente el indio apenas maneja el arco; pero la curiosidad del hombre blanco es insaciable, y desde siempre lo ha atraído el ser testigo de la destreza del indio en el uso del arma. Ese elástico trozo de madera con su flecha emplumada, que seguramente el contacto con la civilización ha hecho inútil como arma, hace las veces de escudo de armas del salvaje. ¡Ay, por la raza de los cazadores! El hombre blanco se llevó la caza y en su lugar les

dejó un céntimo. Vi a una india lavando al borde del agua. Instalada en una roca, sumergía la ropa en la corriente, la tendía sobre la piedra y la golpeaba con una especie de garrote corto. En el cementerio, repleto de sepulturas y plagado de hierba inútil, noté una inscripción en idioma indio pintada en una lápida de madera. En la isla había una gran cruz de ese material.

Dado que mi compañero lo conocía, visitamos al Gobernador Neptuno, que vivía en una casa pequeña, una de las más humildes de todas. La personalidad de un hombre público se pone de manifiesto cuando se habla de él, por lo que paso a exponer los detalles de nuestra visita. Estaba en la cama. Cuando entramos en la habitación, que era la mitad de la casa, estaba sentado a un lado del lecho. Había un reloj colgado en un rincón. Él vestía una levita negra y unos pantalones sumamente gastados, también negros, camisa blanca de algodón, calcetines, un pañuelo rojo de seda alrededor del cuello, y un sombrero de paja. Su cabello negro estaba solo ligeramente encanecido. Tenía las mejillas muy anchas, y sus rasgos eran decidida y agradablemente distintos de cualquiera de los grupos de advenedizos norteamericanos que yo haya visto. No era más oscuro que muchos ancianos blancos. Me dijo que tenía ochenta y nueve años; pero ese otoño iba a acudir a la caza del alce lo mismo que el año anterior. Es probable que quienes cazaran fuesen sus acompañantes. Vimos por allí a varias indias que trataban de pasar desapercibidas. Una se sentó en la cama junto a él para ayudarlo a contar sus historias. Eran todas notablemente corpulentas, con el rostro terso, redondo, al parecer llenas de buen humor. Ciertamente nuestro muy criticado clima no les había resecado la materia adiposa.[3] Mientras estuvimos allí —pues nos quedamos un buen rato— una de ellas fue a Oldtown, regresó, y se puso a cortar un vestido sobre otra cama. El Gobernador dijo que «recordaba cuan-

[3]. Tejido corporal que acumula grasas.

do los alces eran mucho más grandes; que no solían estar en el bosque, sino que salían del agua, como todos los de su clase. El alce fue una vez ballena. Lejos, por el Merrimack, una ballena se arrimó a la costa en una bahía de aguas poco profundas. El mar se retiró y la abandonó, y ella subió a tierra convertida en alce. Lo que hizo ver que era una ballena fue que al principio, antes de que empezara a correr y meterse en la maleza, no tenía tripas, sino...», y en ese momento la india que estaba sentada en el lecho a su lado como ayudante del Gobernador y había estado introduciendo una palabra de vez en cuando y confirmando la historia, me preguntó cómo llamábamos a esa cosa blanda que encontramos a lo largo de la costa. «Medusa», sugerí. «Sí», dijo ella, «no tripas, sino medusa».

Puede que haya algo de verdad en lo que él dijo acerca de que antiguamente el alce era más grande. Pues el experto John Josselyn, médico que pasó muchos años en este mismo distrito de Maine en el siglo diecisiete, dice que las puntas de los cuernos del alce «se encuentra a veces que abarcan dos brazas» —e insiste en decirnos que una braza son seis pies—, «y [mide], desde el dedo de la pata delantera derecha hasta el punto más alto de la paletilla, doce pies, dos medidas que han sido tomadas por algunos de mis lectores escépticos por monstruosas mentiras»; y añade, «Existe una cierta trascendencia en toda criatura, que son los indelebles caracteres de Dios, y que revelan a Dios». Es este un dilema más difícil de captar que el plantedo por el cráneo del joven buey de Bechuana,[4] aparentemente otro de las *transcendentia* en la colección de Thomas Steel, Upper Brook Street, Londres, «el largo total de cuyos cuernos, de punta a punta, siguiendo la curvatura, es de trece pies cinco pulgadas; la distancia (recta) entre las puntas de los cuernos, ocho pies ocho pulgadas y media». No obstante, el tamaño tanto del alce como

[4]. Bechuana: de Bechuanalandia, antiguo territorio británico, hoy Botswana, país independiente en el sur de África (N. del T.).

el del puma es generalmente subestimado o sobrestimado, y yo me inclinaría a sumarme a la estimación más frecuente, parte de la cual he restado de la de Josselyn.

Pero sobre todo hablamos con el yerno del Gobernador, un indio muy sensato; y el Gobernador, siendo tan anciano y tan sordo, permitió ser dejado de lado mientras formulábamos preguntas acerca de él. El yerno dijo que había entre ellos dos partidos políticos: uno a favor de las escuelas y el otro opuesto, o más bien sin querer resistirse al cura, que era contrario a ellas. El primero había ganado las elecciones y enviado a su representante a la asamblea legislativa. Neptuno, Aitteon y él mismo estaban a favor de las escuelas. Dijo él: «Si los indios se educasen, conservarían su dinero». Cuando le preguntamos dónde estaba el padre de Joe, Aitteon, supo que, aunque estaría por salir de caza, debía estar en Lincoln, pues un mensajero acababa de ir a verlo para que firmase unos papeles. Le pregunté a Neptuno si todavía tenían algunos perros de la antigua raza. «Sí». «Pero ese», dije yo, señalando a uno que terminaba de entrar, «es un perro yanqui». Él asintió. Yo comenté que no parecía bueno. «¡Oh, sí», y contó, con mucho entusiasmo, cómo el año anterior el perro había cazado y mantenido asido del cogote a un lobo. Un cachorro negro muy pequeño entró corriendo en la habitación y se detuvo a los pies del Gobernador, que estaba sentado, en calcetines, con las piernas colgando de la cama. El Gobernador se frotó las manos y lo desafió a trepar al lecho, entrando con gusto en el juego. Nada más que resulte significativo sucedió, que yo sepa, en aquella entrevista. Era la primera vez que visitaba a un gobernador, pero como no le pedí ningún puesto, puedo hablar de ello con total libertad.

Un indio que estaba fabricando una canoa detrás de la casa levantó complacido la vista de su trabajo —porque conocía a mi compañero— y dijo que su nombre era Old John Pennyweight. Yo había oído hablar de él mucho tiempo antes, y le pregunté por uno de sus contemporáneos, Joe Fourpence-ha'penny; pero ¡ay! este está

fuera de circulación.[5] Realicé un concienzudo estudio de la fabricación de canoas, y pensé que me gustaría servir como aprendiz del oficio durante una temporada, ir al bosque a por corteza con mi «patrón», construir allí la canoa y regresar finalmente en ella.

Mientras el *batteau* venía a por nosotros, recogí en la orilla varias puntas de flecha y un cincel de piedra roto, que resultaron ser una novedad mayor para los indios que para mí. Después, en Old Fort Hill, en la curva del Penobscot, a tres millas de Bangor, y mientras buscaba el emplazamiento de un poblado indio que se cree existió en las inmediaciones, encontré entre las cenizas de sus hogueras más puntas de flecha y dos pequeños fragmentos oscuros y desmenuzados de cerámica india. Los indios de la isla parecían vivir bastante felices y ser bien tratados por los habitantes de Oldtown.

Visitamos el aserradero de Veazie, poco más abajo de la isla, donde había dieciséis grupos de sierras de hojas múltiples, varias tronzadoras, aparte de las sierras circulares. De un lado, mediante energía hidráulica, izaban los troncos sobre un plano inclinado; por el otro salían los maderos, los tablones, tablas y madera serrada, y se daba forma a los cabrios. Allí los árboles eran literalmente pelados y descuartizados. En la elaboración de los cabrios utilizan para los pernos los tres pies inferiores de madera dura de árboles jóvenes, cuyo otro extremo es torcido y nudoso; pasan dichos pernos a través de agujeros practicados en las esquinas y los costados de los cabrios para hacerlos más resistentes. En otro recinto estaban fabricando listones para cercas como las que se ven por todas partes en Nueva Inglaterra, utilizando para ello retales de madera: y es posible que haya visto la procedencia de la cerca detrás de la que vivo en casa. Me sorprendió ver a un chico recolectando las largas tiras sobrantes de madera en cuanto era serrada, para meterlas en

[5]. Los dos nombres citados tienen que ver con dinero (*penny*=peniques): lo que permite el juego de palabras con «circular» (N. del T.).

una tolva en la que las molía debajo del aserradero para deshacerse del desecho; de no ser así este se acumularía en vastos montones a un lado del edificio, aumentando el riesgo de incendio, o, en caso de flotar en el río, obstruirlo. Así pues, aquello no es únicamente aserradero, sino también molienda. Seguramente los vecinos de Oldtown, Stillwater y Bangor no sufren de escasez de materia inflamable. Algunos viven exclusivamente de recoger la madera que flota y venderla en invierno por cuerdas.[6] En un lugar vi el sitio donde un irlandés, que mantiene con ese fin a una cuadrilla y un hombre, había cubierto un gran tramo de la costa con pilas de leña regularmene espaciadas; me han dicho que en un año la ha vendido por valor de mil doscientos dólares. Otro, que vivía junto a la ribera, me contó que había conseguido en el río todo el material para sus cobertizos y cercas; y me percaté de que en aquel vecindario se usaban frecuentemente tales desechos de madera en lugar de arena para rellenar depresiones del terreno, por resultar al parecer más económico que la tierra.

Logré mi primera visión clara del Ktaadn en esta excursión, desde una colina a unas dos millas al noroeste de Bangor, adonde había ido con tal fin. Después de aquello, estuve pronto para regresar a Massachusetts.

Humboldt[7] ha escrito un interesante capítulo sobre el bosque primitivo, pero todavía nadie me ha comentado la diferencia entre el bosque virgen que una vez ocupó nuestros distritos más antiguos, y el domesticado que hoy día encuentro. Es una diferencia a la que valdría la pena prestar atención. El hombre civilizado no solamente despeja permanentemente el terreno en grandes áreas y cultiva los campos abiertos, sino que somete y cultiva hasta cierto punto la propia floresta. Casi por su mera presencia modifica como

[6]. Cuerda: medida de la leña para el fuego, equivalente a 3,60 m^2 (N. del T.).

[7]. Barón Alexander von Humboldt (1769-1859), explorador, naturalista, escritor, estadista alemán, que exploró en Latinoamérica y en Asia.

ninguna otra criatura la naturaleza de los árboles. Se han introducido el sol y el aire, y acaso el fuego, y el grano crece donde está el bosque. Este ha perdido su aspecto salvaje, húmedo y enmarañado, los incontables árboles caídos y en descomposición ya no están, y en consecuencia tampoco aquel rico manto de musgo que vivía de ellos. La tierra es relativamente desnuda, lisa y seca. Los lugares más primitivos que nos han dejado son las ciénagas, en las que el abeto falso todavía crece enredado con usnea. La superficie del suelo en los bosques de Maine es por todos lados mullida y saturada de humedad. Yo he notado que las plantas que cubren allí el suelo de la floresta son las que entre nosotros comúnmente aparecen solo en las ciénagas —la *Clintonia borealis*, las orquídeas *Orchis*, la madreselva, y otras—; y la estrella que prevalece es la *Aster acuminatus*, que crece en el bosque sombrío y húmedo. Son asimismo estrellas comunes la *Cordifolius* y la *Macrophyllus*, carentes casi o por entero de color, y a veces sin pétalos. No vi ninguno de los suaves, extendidos pinos blancos de segundo desarrollo, con la corteza lisa, que dan cuenta de la intervención del leñador, pues incluso los pinos blancos jóvenes eran todos árboles altos y esbeltos con corteza rugosa.

Los bosques de Maine difieren esencialmente de los nuestros. Allí a uno nunca se le recuerda que la espesura por la que se está abriendo paso es, después de todo, el lote familiar de bosque de algún aldeano, los tercios[8] de alguna viuda, de donde sus antepasados han extraído materia combustible durante generaciones, minuciosamente descritos en un registro de viejas escrituras, del cual el propietario ha conseguido también un plano, y donde, si se busca, se pueden encontrar cada cuarenta varas antiguas marcas de límites. Es verdad que el mapa puede informarnos que nos hallamos en tierra otorgada por el Estado a determinada institución, o en la

[8]. Porción de tierra de labrantío que se planta un año y se deja descansar el siguiente (N. del T.).

adquirida por Bingham[9]; pero esos nombres no nos impresionan, pues no vemos nada que nos recuerde a la institución ni a Bingham. ¿Qué eran las «florestas» de Inglaterra comparadas con estas? Un escritor relata, acerca de la Isla de Wight, que en la época de Carlos II «había en la isla unos bosques tan completos y extensos, que se dice que en muchas partes una ardilla podría haber viajado muchas leguas por las copas de los árboles». Si no fuera por los ríos, aquí una ardilla podría recorrer todo el ancho del país.

Todavía no hemos tenido un informe adecuado acerca de un bosque de pinos primitivo. He notado que en un atlas físico publicado recientemente y de uso en las escuelas, el territorio boscoso de Norteamérica se limita casi exclusivamente a los valles del Ohio y alguno de los Grandes Lagos, y que no están representados los grandes bosques de pinos del globo. En nuestras inmediaciones, por ejemplo, se muestra a New Brunswick y Maine tan desnudos como Groenlandia. Puede que a los niños de Greenville, al pie del lago Moosehead, quienes seguramente no se asustan de una lechuza, los manden al valle del Ohio para hacerse una idea de qué es la floresta; pero allí no sabrían qué hacer con el alce, el oso, el caribú, el castor, etc. ¿Vamos a dejar que un inglés nos informe de que «en Norteamérica, tanto en los Estados Unidos como en Canadá, se encuentran los más extensos pinares del mundo»? La mayor parte de New Brunswick, la mitad septentrional de Maine y las zonas adyacentes de Canadá, por no mencionar el nordeste de Nueva York y otras extensiones más apartadas, siguen estando cubiertas por un bosque prácticamente ininterrumpido de pinos.

Pero tal vez muy pronto Maine se encuentre en la situación de Massachusetts. Buena parte de su territorio está ya tan despojado y sin atractivo como una porción considerable de nuestra zona, y sus aldeas no están en general tan bien resguardadas del sol como las

[9]. William Bingham (1752-1804), acaudalado banquero de Filadelfia, compró la propiedad Bingham de Massachusetts, consistente en dos millones de acres en Maine.

nuestras. Parecemos creer que la tierra debe pasar por la ordalía del pastoreo ovino antes de ser habitable para el hombre. Considérese Nahant[10], el centro turístico de todos los elegantes de Boston, cuya península vi aunque vagamente cuando pasé cerca en vapor y creía que se mantenía tal como era cuando fue descubierta. John Smith la describió en 1614 como «las Mattahunt, dos agradables islas de arboledas, huertas y maizales»; y otros nos dicen que una vez fue abundantemente boscosa, y que hasta proveyó la madera para construir los muelles de Boston. Ahora es difícil hacer crecer allí un árbol, y el visitante se va con la visión de las feas cercas del señor Tudor, de una vara de alto, cuyo fin es el de proteger unos pocos perales. ¿A qué estamos llegando en nuestras ciudades de Middlesex?[11]: por lo que veo, a un simple y conspicuo ayuntamiento o templo, y un desnudo mástil de bandera, tan deshojado como inútil. En lo sucesivo nos veremos obligados a importar la madera para este último, o a ensamblar los palos que tengamos; y nuestras ideas de la libertad son igualmente pobres. ¡Cuántas hileras de sauces podados cada tres años para servir de combustible o polvo, y todos los pinos y robles de buen tamaño, u otras especies forestales, talados desde que hay memoria del hombre! Como si se permitiese a los especuladores exportar las nubes del cielo, o las estrellas del firmamento, una a una. Para nutrirnos quedaremos reducidos a roer la propia corteza de la tierra.

Se ha descendido incluso a la caza menor. Según me entero, ¡han inventado una máquina para desmenuzar arándanos y convertirlos en combustible!: unas plantas que, solo por los frutos, valen con exceso lo que todos los perales del estado. (Puedo dar a quien

[10]. Nahant, Mass., 14 millas al norte de Boston, formada por una península sobre el Atlántico; en tiempos de Thoreau era el balneario vacacional de la elite de Boston.

[11]. Ciudades del condado de Middlesex, Mass., incluída la ciudad natal de Thoreau, Concord.

quiera una lista de las tres mejores clases de las mismas). A este paso, nos veremos obligados cuando menos a dejarnos crecer la barba, aunque solo sea para ocultar la desnudez de la tierra y adquirir un aspecto nemoroso. El granjero habla a veces de «limpiar», simplemente como si la tierra desnuda luciera mejor que vestida, que la que viste sus galas naturales; como si los setos vivos silvestres, que tal vez a sus hijos les importen más que toda la granja, fueran basura. Conozco a uno que merecería llamarse el Aborreceárboles, y acaso dejárselo como nuevo apellido a sus hijos. Cabría pensar que algún oráculo le advirtió que lo mataría la caída de un árbol y que en consecuencia está resuelto a anticiparse a ellos. Los periodistas creen que nunca alabarán demasiado tales «avances» en la agricultura; es un tema seguro, como el de la devoción; pero en cuanto a la belleza de una de esas «granjas modelo», me encantaría ver una nueva mantequera y a un hombre manejándola. Son, por lo común, sitios donde simplemente alguien está haciendo dinero, puede que falso. La virtud de hacer crecer dos hojas de hierba donde antes crecía solo una no empieza a ser sobrehumana.

En todo caso, fue un alivio retornar a nuestro paisaje, suave pero aun así variado. Como residencia permanente, me pareció que no había comparación entre este y el territorio virgen, aun siendo este último necesario como recurso y respaldo, la materia prima de toda nuestra civilización. La selva es simple, casi hasta la aridez. El campo parcialmente cultivado es el que principalmente ha inspirado, y continuará inspirando, las creaciones de los poetas, de las que forman el grueso de cualquier literatura. Nuestros bosques son selváticos, y sus habitantes leñadores y rústicos, es decir, aquellos son *selvaggia*[12], y los habitantes son *salvages*[13]. Un hombre civilizado, en el sentido corriente del término, con sus ideas y asociaciones, debe

[12]. Adjetivo italiano = salvaje.

[13]. El autor propone un juego de palabras. *Salvage*, en inglés, alude a fragmento de una nave que ha naufragado o a una porción de su contenido (N. del T.).

al final sufrir allí, como una planta cultivada que aferra sus fibras en torno a una tosca y consistente masa de turba. Allá en el extremo norte, los *voyageurs*[14] se ven forzados a bailar y actuar para tener trabajo. Quizá nuestros bosques y campos —en las ciudades mejor provistas de bosque, donde no tenemos necesidad de pelearnos por los arándanos—, con las ciénagas primitivas esparcidas entre ellas pero sin prevalecer sobre las mismas, equivalgan a la perfección en materia de parques, arboledas, jardines, pérgolas, senderos, miradores y paisajes. Son la consecuencia natural del arte y refinamiento que poseemos como pueblo: el espacio comunal que cada aldea tiene, su verdadero paraíso, en comparación con el cual todos los parques y jardines, elaborada, intencionada y ricamente construidos, son míseras imitaciones. O más bien diría que así eran nuestras arboledas hace veinte años. Por lo común, el del poeta no es el sendero de un leñador, sino el de un residente del bosque. El leñador y el pionero lo precedieron, como Juan el Bautista[15]; puede que hayan comido la miel silvestre, pero también las langostas; se han desecho de la madera podrida y del esponjoso musgo que se alimenta de ella, y han erigido hogares y humanizado para él la naturaleza.

Pero existen espíritus de una cultura aun más irrestricta, para los que no hay sencillez estéril. No existen únicamente los majestuosos pinos, sino flores frágiles, como las orquídeas, habitualmente descritas como demasiado delicadas para cultivar y que obtienen su alimento de la más grosera masa de turba. Son las que nos recuerdan que no únicamente por la energía, sino por la belleza, el poeta debe de vez en cuando recorrer la vereda del leñador y la

[14]. En Canadá, una persona que transporta mercancías y hombres en una embarcación para las compañías peleteras; o cualquier leñador o botero de las regiones salvajes (N. del T.).

[15]. Juan el Bautista, considerado por los cristianos precursor de Jesús, fue al desierto, comió langostas y miel.

senda del indio, para beber en una nueva y más tonificante fuente de las Musas, en los distantes recesos de la selva.

Antiguamente, los reyes de Inglaterra tenían sus zonas de bosque como «repositorio de piezas de caza», para cazarlas por deporte o como alimento, y en ocasiones destruyeron aldeas enteras para crearlas o extenderlas; y yo creo que los impulsaba un auténtico instinto. ¿Por qué nosotros, que hemos renunciado a la autoridad del rey y poseemos nuestras propias tierras, donde no hay necesidad de destruir aldea alguna, no habríamos de tener nuestros cotos de caza vedados, en los que el oso y la pantera, e incluso alguno de la especie cazadora pueda seguir existiendo, y no ser «civilizado de la faz de la tierra»? ¿Por qué no tener nuestras florestas, no meramente ya para conservar las piezas de caza del rey, sino para preservar también al propio rey, el amo de la creación, no por frívolo deporte ni como alimento, sino para inspiración y por nuestra verdadera re-creación? ¿O será que nosotros, como los villanos, las arrancaremos todas, saqueando nuestro propio territorio nacional?

El Allegash y el East Branch – Parte 1

Partí para mi tercera excursión al Maine el 20 de julio de 1857 con un compañero[1], arribando a Bangor al día siguiente, a mediodía. Apenas habíamos abandonado el vapor cuando nos cruzamos en la calle con Molly Molasses.[2] Mientras ella viva, se puede considerar que los indios penobscot existen como tribu. A la mañana siguiente, un pariente mío[3] que está bien relacionado con ellos y que me había acompañado en mis dos excursiones previas a los bosques de Maine, me llevó en su vehículo a Oldtown para ayudarme a conseguir un indio para esta expedición.

El transbordador de Indian Island.

Nos cruzaron a Indian Island en un *batteau*. El chico del barquero tenía la llave, pero el padre, que era herrero, tras una breve vacilación, cortó la cadena con un escoplo sobre una piedra. Nos dijo que casi todos los indios se habían ido al litoral y a Massachusetts, en parte por el sarampión, que había brotado en Oldtown y al que tenían mucho miedo, y que era dudoso que encontrásemos uno apto en la isla. Pero el viejo jefe Neptuno estaba todavía allí. El primer hombre que vimos en la isla fue un indio llamado Joseph Polis[4], a quien mi pariente había conocido desde niño y al que ahora llamó familiar-

[1]. Edward Hoar, amigo de Thoreau en Concord.

[2]. Molly Molasses (1775-1867), india penobscot reputada como poderosa curandera.

[3]. George A. Thatcher, primo de Thoreau.

[4]. Joseph Polis (1809-1884), líder tribal penobscot.

mente «Joe». Estaba en su patio preparando una piel de ciervo. La tenía extendida sobre un tronco inclinado, y la rascaba con un palo que sostenía con ambas manos. Era robusto, de una altura tal vez algo por encima de la media, con un rostro amplio y, como dicen algunos, rasgos y cutis perfectamente indios. Su casa tenía dos plantas, era blanca y con persianas, la de mejor aspecto que yo haya visto en el lugar y tan buena como cualquiera que pueda verse en una calle de una aldea de Nueva Inglaterra. La rodeaban un huerto y unos árboles frutales, y unos delgados tallos de maíz aislados sobesalían entre las leguminosas. Le preguntamos si conocía algún buen indio que quisiera internarse en el bosque con nosotros, es decir, ir a los lagos Allegash por el Moosehead y regresar por el East Branch del Penobscot, o desviarnos según quisiéramos. A lo cual él respondió, con ese curioso aire de distanciamiento que el hombre blanco le atribuye siempre al indio, «Gustar ir yo mismo; querer conseguir alce»; y continuó rascando la piel. Su hermano había estado en el bosque con mi pariente apenas uno o dos años antes, y ahora el indio quiso saber qué le había hecho aquel para que no regresara, ya que no lo había visto ni había sabido de él desde entonces.

Finalmente volvimos de nuevo al tema más interesante. El barquero nos había dicho que todos los mejores indios se habían ido menos Polis, que pertenecía a la aristocracia. Con seguridad sería el mejor que pudiésemos conseguir, pero en caso de ir querría una remuneración importante. Polis pidió de entrada dos dólares al día, pero accedió a ir por uno y medio, más cincuenta céntimos semanales por su canoa. Vendría con ella esa noche en el tren de las siete, podíamos contar con él. Nos consideramos afortunados por asegurarnos los servicios de aquel hombre, considerado perticularmente equilibrado y confiable.

Pasé la tarde con mi compañero, que había permanecido en Bangor, preparando nuestra expedición, comprando provisiones, pan de centeno, cerdo, café, azúcar, etc. y algunas prendas de caucho.

Al principio habíamos pensado en explorar el St. John desde su fuente a la desembocadura, o si no, remontar el Penobscot por el East Branch hasta los lagos Chesuncook y Moosehead. Finalmente nos inclinamos por esta útima ruta, solo que revertiendo el orden, yendo vía el Moosehead y retornando por el Penobscot: de otro modo todo el camino habría sido corriente arriba y habría consumido el doble de tiempo. Por la noche llegó el indio en el tren[5] y yo fui por delante indicando el camino hasta la casa de mi amigo mientras él me seguía, a lo largo de los tres cuartos de milla, con la canoa sobre la cabeza. Yo no sabía la ruta exacta, pero me guiaba por la situación de la casa, como hago en Boston, e intenté entablar conversación, pero como él bufaba bajo el peso de la canoa, ya que no contaba con el aparato que se usa normalmente con ese fin, pero sobre todo siendo un indio, habría dado lo mismo que hubiese estado todo el rato golpeando el fondo de la embarcación. En respuesta a las diversas observaciones que formulé con vistas a romper el hielo, él se limitó a gruñir vagamente una o dos veces desde debajo de la canoa, como para hacerme saber que estaba allí.

A la mañana siguiente (julio 23) vino a buscarnos a primera hora la diligencia, cuando el indio había desayunado con nosotros y colocado ya el equipaje en la canoa para ver cómo iba a ir. Mi compañero y yo teniamos cada uno una gran mochila tan llena como era posible, y llevábamos dos sacos grandes de caucho[6] que contenían nuestras provisiones y utensilios. En cuanto al indio, todo su equipaje, además del hacha y el arma, era una manta que llevaba suelta en la mano. Pero se había provisto de tabaco y de una pipa nueva para la excursión. La canoa fue bien amarrada diagonalmente a la parte superior de la diligencia, con trozos de alfombra encajados

[5]. La línea de tren *Bangor & Piscataquis Canal & R*, entre Bangor y Old Town, completada en 1836, fue la segunda en Nueva Inglaterra.

[6]. Hecho con el látex de plantas tropicales.

bajo el borde para impedir el roce. El complaciente conductor parecía tan habituado a transportar tanto canoas como sombrereras.[7]

En Bangor House[8] recogimos a cuatro hombres que iban de cacería, uno de ellos como cocinero. Tenían un can, un perro mestizo de mediano tamaño[9] que corría al lado de la diligencia, y cuyo dueño se asomaba de vez en cuando por la ventanilla y le silbaba; pero cuando habíamos recorrido unas tres millas, el perro de pronto desapareció, y dos de los hombres bajaron a buscarlo, mientras la diligencia llena de pasajeros aguardaba. Yo sugerí que el animal había tomado el camino de retorno a Bangor House. Finalmente uno de los hombres regresó, mientras el otro continuaba. El grupo entero de cazadores manifestó su intención de quedarse allí hasta encontrar al perro; pero el muy amable cochero estuvo dispuesto a esperar un poco más. Era evidente que no tenía ganas de perder a tantos pasajeros, que habrían optado al día siguiente por un transporte particular, o tal vez la otra línea de diligencias. Tres eran las millas que habíamos avanzado, de un viaje de más de sesenta que debía ocupar aquel día, y se anunciaba un temporal de lluvia. Mientras estábamos allí aguardando hablamos del tema de los perros y sus instintos, hasta que no dio para más, y el panorama de los suburbios de Bangor permanece aun claramente impreso en mi memoria. Al cabo de una hora entera el hombre retornó, con el perro atado con una cuerda. Lo había alcanzado mientras el animal entraba en Bangor House. Lo pusieron atado sobre el techo de la diligencia, pero al encontrarse allí mojado y con frío varias veces saltó y lo vimos colgando del pescuezo. En aquel perro confiaban para detener con él a los osos. Ya lo había hecho con uno en algún lugar de

[7]. Cajas redondas de cartón o madera delgada que se usaba a veces como equipaje liviano, ampliamente utilizadas en EE.UU. entre 1825 y 1850.

[8]. Bangor House se inauguró en 1834, y entre sus huéspedes han estado Teddy Roosevelt, Ulysses Grant, John Phillip Souza y Bette Davis.

[9]. Perro de caza.

New Hampshire, y yo doy fe de que detuvo una diligencia en Maine. Probablemente aquel grupo de cuatro no pagó nada por el viaje del perro ni por su escapada, mientras que el nuestro, de tres, pagó dos dólares, y cuatro más por la liviana canoa que se mantuvo inmóvil sobre el techo.

No tardó en comenzar a llover y el tiempo se fue haciendo cada vez más tormentoso a medida que avanzaba el día. Era la tercera vez que yo recorría aquella ruta, y cada una bajo una lluvia que duró todo el día. Por lo tanto vimos muy poco de la región. La diligencia fue completa todo el camino, y yo me ocupé de observar a nuestros compañeros de viaje. Quien hubiera mirado el interior de este vehículo habría pensado que estábamos preparados para resistir el acoso de una banda de atracadores, pues había cuatro o cinco armas de fuego en el asiento delantero, incluída la del indio, y una o dos en el trasero, cada cual tiernamente acunada en brazos de su dueño. Al parecer aquella partida de cazadores iba en nuestra dirección, aunque mucho más lejos por el Allegash y el St. John, para subir desde allí por otra corriente y cruzar hasta el Ristigouche[10] y la Bahía de Chaleur, donde permanecerían seis semanas. Tenían canoas, hachas y provisiones, depositadas a cierta distancia junto al camino. Llevaban harina e iban a tener pan fresco diariamente. El líder era un hombre agraciado de aproximadamente treinta años, más bien alto, pero no visiblemente robusto, de discurso caballeresco y arreglo personal impecable, como el que uno esperaría encontrar en Broadway. De hecho, en el sentido popular del término, era el hombre de aspecto más «presumido» del coche, o que hayamos visto por el camino. Su tez era llamativamente blanca, como si hubiera vivido siempre a la sombra, y con su semblante de intelectual y sus modales reposados podía haber pasado por un estudiante de teología que hubiese visto algo de mundo. Quedé sorprendido al descubrir, hablando con él en el curso del viaje

[10]. Río canadiense de Quebec y New Brunswick, discurre hacia el nordeste.

—pues su arma no estaba muy a la vista— que era efectivamente un cazador, y más aun cuando supe que probablemente fuera el principal cazador blanco de Maine, y conocido en toda la ruta. Había cazado también en algunos de los estados más al sur y al oeste. Después oí hablar de él como de alguien capaz de soportar muchos rigores y fatigas sin mostrar sus efectos; y no solo sabía usar armas, sino fabricarlas, ya que era armero. En la primavera había salvado a un cochero y a dos pasajeros de ahogarse en las aguas de reflujo del Piscataquis, en Foxcroft, sobre esta misma ruta, habiendo nadado hasta la orilla en el agua helada y fabricado una armadía para sacarlos de allí —aunque los caballos se ahogaron— con gran riesgo para él mismo, mientras el único otro hombre que sabía nadar se retiraba hacia la casa más cercana para evitar helarse. Ahora podía viajar gratis por esa ruta. Conocía a nuestro asistente, y subrayó que contábamos con un buen indio, buen cazador; añadió que se decía que valía 6.000 dólares. El indio también lo conocía a él, y me dijo, «el gran cazador». Este último me dijo que practicaba un tipo de caza inmóvil o al acecho, nuevo o infrecuente por aquellos lares, y que el caribú, por ejemplo, comía una y otra vez en el mismo prado, al que volvía por el mismo camino, donde él lo esperaba.

El indio iba sentado en el asiento delantero, sin hablar con nadie, con una expresión impasible en el rostro, como si apenas atendiese a lo que ocurría. De nuevo me impresionó la peculiar vaguedad de sus respuestas cuando le dirigían la palabra en el coche, o en las tabernas. En tales ocasiones nunca decía realmente algo. Simplemente se revolvía, como un animal salvaje, y pasivamente farfullaba una respuesta insignificante. Su respuesta, en tales casos, no era nunca el resultado de una energía mental positiva, sino vaga como una bocanada de humo que sugería ausencia de responsabilidad, y si uno la consideraba descubría que no le había sacado nada. Esto era lo opuesto al convencional palabrerío y agudeza del hombre blanco, e igualmente eficaz. La mayoría no saca

más que eso del indio, y en consecuencia lo declara estólido. Me llamó la atención ver el estilo estúpido e impertinente con que un pasajero de Maine se dirigió a él como si fuera un niño, cosa que únicamente hizo que sus ojos refulgieran un poco. Un canadiense achispado le preguntó en una taberna, alargando las vocales al hablar, si fumaba, a lo cual él contestó con un indefinido «sí». «¿Me dejaría un rato su pipa?», preguntó el otro. Él replicó, mirando directamente a la cabeza del hombre y con una expresión en la cara especialmente ajena a todo interés por quienes lo rodeaban, «No tener pipa»; aunque yo lo había visto esa mañana meterse en el bolsillo una nueva, y una provisión de tabaco.

Nuestra pequeña canoa, tan cuidada y resistente, suscitó una opinión favorable de los sabelotodo presentes entre los desocupados de taberna a lo largo del camino. Junto al borde de la carretera, cerca de las ruedas, descubrí una espléndida orquídea orlada de púrpura con una inflorescencia tan grande como la de la adelfa, para arrancar la cual yo de buen grado habría detenido el coche, aunque como no se sabe que una orquídea haya detenido jamás a un oso, como el mestizo del techo, es probable que el conductor lo hubiera considerado una pérdida de tiempo.

Cuando llegamos al lago, a eso de las ocho y media de la tarde, seguía lloviendo constantemente y más fuerte que antes; y en aquella favorable atmósfera fresca asomaban los lagartos, y las ranas resonaban por todo el lago, como ocurre en primavera entre nosotros. Era como si las estaciones hubieran retrocedido dos o tres meses, o hubiera yo llegado a la sede de la primavera perpetua.

Habíamos esperado ir inmediatamente al lago, y después de remar dos o tres millas, acampar en una de sus islas; pero teniendo en cuenta la persistente lluvia, decidimos pasar la noche en una de las tabernas, si bien yo, por mi parte, habría preferido el aire libre.

A eso de las cuatro de la mañana siguiente (julio 24), y aunque estaba bastante nuboso, acompañados en la penumbra por el

dueño hasta la orilla del agua, lanzamos nuestra canoa desde una roca al lago Moosehead. Cuando estuve allí cuatro años antes teníamos una canoa bastante pequeña para tres personas, y yo había pensado que esta vez conseguiría una más grande, pero la actual era aun más pequeña que la otra. Según mis mediciones, tenía dieciocho pies y cuarto de longitud por dos pies y seis pulgadas y media de ancho en el medio, con un pie de profundidad en el interior, y juzgué que su peso no estaría lejos de las ochenta libras. El indio la había construido personalmente hacía poco, y su pequeñez estaba en parte compensada por el hecho de ser nueva, estanca y sólida, hecha con corteza y costillas muy gruesas. Nuestro equipaje pesaba alrededor de ciento sesenta y seis libras, de modo que la canoa llevaba unas seiscientas en total, o sea el peso de cuatro hombres. La parte principal del equipaje iba situada, como siempre, en la mitad de la zona más ancha, en tanto que nosotros nos acomodábamos en los estrechos espacios que quedaban por delante y por detrás del mismo, donde no había sitio para estirar las piernas, y los artículos sueltos los remetíamos en los extremos. La canoa quedaba así tan apretada como una canasta de la compra, y posiblemente habría volcado sin desparramar nada de su contenido. El indio iba sentado en un travesaño en la popa, pero nosotros íbamos tumbados sobre el fondo, con una tablilla o astilla detrás de la espalda para protegernos la espalda del travesaño, y por lo general uno de nosotros remaba con el indio. Él anticipó que no necesitaríamos una pértiga hasta que llegásemos al río Umbazookskus, teniendo hasta allí aguas mansas o corriente abajo, y que estaba preparado para convertir su manta en una vela colocada en la parte delantera si el viento lo permitía, pero nunca la usó. Como había llovido más o menos los cuatro días previos, pensamos que podíamos contar con un poco de buen tiempo. El viento era al principio del sudoeste.

Remando por el lado oriental del lago en la quietud de la mañana, pronto vimos en la costa rocosa unos gansos, llamados por el

indio *shecorways* y algunos andarrios o *naramekechus*; también oímos y vimos somorgujos, *medawisla*, de los que dijo que anunciaban viento. Daba gusto oir el sonido regular de los remos, como si fueran nuestras aletas, y darse cuenta de que por fin estábamos adecuadamente embarcados. Los que nos habíamos sentido extraños como pasajeros de diligencia e inquilinos de tabernas, estábamos de pronto allí aclimatados y recompensados con la libertad de los lagos y los bosques. Habiendo dejado atrás las pequeñas islas rocosas situadas en un espacio de dos o tres millas en la cabecera del lago, deliberamos brevemente sobre el curso a seguir y nos inclinamos por la margen occidental, por estar a sotavento; ya que de otro modo, si levantara el viento, nos sería imposible alcanzar el monte Kineo[11], que se encuentra aproximadamente a medio camino por el lago sobre el lado Este, pero en su parte más estrecha, donde probablemente podríamos volver a cruzar si tomábamos el lado oeste. El viento es el principal obstáculo para cruzar los lagos, especialmente en una canoa tan pequeña. El indio hizo notar varias veces que no le gustaba cruzar los lagos «en canoa chica», pero, no obstante, «como decimos nosotros, a él le daba igual». Algunas veces tomaba un curso recto por el medio del lago entre las islas Sugar y Deer, donde no había viento.

Medido sobre el mapa, el lago Moosehead tiene doce millas en su parte más ancha y treinta de longitud en línea recta, pero en realidad es más largo. El capitán del vapor calculó treinta y ocho millas navegando. Nosotros probablemente hicimos alrededor de cuarenta. El indio dijo que se llamaba *Mspame* «porque agua larga». El monte Squaw se alzaba oscuro a nuestra izquierda, cerca de la desembocadura del Kennebec y lo que el indio llamó Spencer Bay Mountain[12] al este; y ya veíamos el Monte Kineo por delante hacia el norte.

[11]. Península que se introduce en el lago Moosehead, con un acantilado de 700 pies.

[12]. Montaña de la Bahía de Spencer (N. del T.).

Remando cerca de la costa tan temprano por la mañana, oíamos con frecuencia el «pio-pio» del papamoscas, así como al avefría y al martín pescador. Al recordarnos el indio que no podía trabajar sin comer, nos detuvimos para desayunar en la ribera, al sudoeste de la Deer Island, en un lugar donde crecía en abundancia la *mimulus ringens*. Desembarcamos los sacos, y el indio hizo un fuego debajo de un gran tronco descolorido, usando corteza de pino blanco arrancada de un tocón —aunque dijo que era mejor la de cicuta— y avivándolo con corteza de abedul. Nuestra mesa fue un gran trozo de corteza de abedul recién arrancada y con el lado interior hacia arriba, y el desayuno consistió en pan de centeno, carne frita de cerdo y café solo, bien azucarado, en el que no echamos en falta la leche.

Mientras estábamos desayunando, un cardumen de doce negros budiones, a medio crecer, se acercaron remando a menos de tres o cuatro varas, para nada alarmados; y anduvieron merodeando durante todo el tiempo que estuvimos allí, ora apiñados dentro de un círculo de dieciocho pulgadas de diámetro, ora alejándose formando una larga fila, muy hábilmente. Pero exhibían una cierta relación con el gran lago Moosehead en cuyo seno flotaban, y yo sentí que se encontraban bajo su protección.

Mirando hacia el norte desde aquel lugar parecía que estuviéramos entrando en una gran bahía, y no sabíamos si nos veríamos forzados a desviarnos de nuestro rumbo y a mantenernos por fuera de una punta que veíamos, o si habríamos de encontrar un pasaje entre aquella y la tierra firme. Consulté mi mapa y utilicé mi anteojo, y lo mismo hizo el indio, pero no pudimos encontrar exactamente el lugar en el mapa, ni detectar fisura alguna en la costa. Cuando le pregunté al indio por la ruta, él respondió «no sé», cosa que me pareció sorprendente, dado que él había dicho que estaba familiarizado con el lago; pero parece que nunca había estado de este lado. Era un día de perros, neblinoso, y ya habíamos entrado en una bahía más pequeña del mismo tipo y golpeado el fondo, al vernos obligados a pasar por encima de una pequeña barra, entre una isla y la

costa, con apenas anchura y profundidad para que flotara la canoa; y el indio había observado, «Mucho fácil puente makum aquí», pero ahora parecía que, de persistir, hallaríamos adecuado refugio en dicha bahía. En un momento, no obstante, aunque no nos habíamos movido, la neblina se disipó un tanto y dejó ver hacia el norte una entrante en la costa, quedando en claro que la punta era una parte de Deer Island, y que nuestro curso estaba al oeste de la misma. Donde había parecido haber una ribera continua, incluso mirando con el anteojo, se veía ahora a simple vista que una parte quedaba mucho más lejos que la otra, traslapada visualmente debido a la mayor densidad de la niebla sobre esta última, en tanto que la isla o parte de isla más próxima era comparativamente pelada y verde. La línea de separación era muy visible, y el indio de inmediato comentó, «creo que estar todos yendo allí... Creo allí haber sitio para mi canoa». Esa era su forma corriente de expresarse en lugar de decir nosotros. Nunca se dirigía a nosotros por nuestros nombres, aunque tenía curiosidad por saber su ortografía y su significado, mientras que nosotros lo llamábamos a él Polis. Ya había colegido muy precisamente nuestras edades, y dijo que él tenía cuarenta y ocho.

Después del desayuno vacié en el lago las sobras de cerdo, creando lo que los marineros llaman una «mancha», y viendo cuánto se expandía y cómo alisaba la agitada superficie. El indio miró aquello un momento y dijo, «Eso hacer difícil remada; retiene canoa. Eso decir anciano».

Volvimos apresuradamente a cargar la canoa, dejando los platos sueltos en la proa para que estuvieran a mano cuando los necesitásemos, y partimos nuevamente. La ribera occidental, cerca de la cual remábamos, se elevó paulatinamente hasta una altura considerable, densamente cubierta en todas partes por el bosque, en el que había una gran proporción de madera dura, para alegría y alivio de abedules y piceas.

El indio dijo que el líquen que veíamos colgando de los árboles se llamaba *chorchorque*. Le preguntamos los nombres de varios

pajarillos que oímos esa mañana. Dijo que el tordo, que era muy común y cuya nota él imitaba, se llamaba *adelungquamooktum*; pero en ocasiones no fue capaz de decir el nombre de algún pequeño pájaro que yo oía y veía, aunque decía, «Yo decir todos los pájaros por aquí... este país; no poder decir canto de pequeño, pero yo verlos, tonce decir».

Le comenté que me gustaría ir a su escuela para aprender su idioma, viviendo en el interín en la isla india; ¿podría ser? «¡Oh, sí!», replicó, «muchos hacer». Pregunté qué tiempo pensaba él que llevaría. Dijo que una semana. Le dije que durante el presente viaje le diría todo lo que supiera, y que él a su vez me dijese todo cuanto supiera, a lo cual accedió de buena gana.

Los pájaros cantaban igual que en nuestros bosques —el papamoscas, la condolita, etc.— pero no vimos ningún pájaro azul en toda la jornada, y varios en Bangor me dijeron que allí no los había. El Monte Kineo, por lo general visible, aunque en ocasiones oculto ante nosotros por las islas o la tierra firme, tenía un banco estable de nubes que escondía la cima, y todas las cumbres de las montañas alrededor del lago aparecían cortadas a la misma altura. Varias clases de palmípedos, como tadornas y otros, eran sumamente comunes, y se deslizaban por la superficie ante nosotros con la rapidez del trote de un caballo. Pronto se perdían de vista.

El indio quiso saber el significado de varias palabras. Me fijé en que rara vez podía pronunciar la letra *r*, usando en su lugar la *l*, así como a veces la *r* por la *l*; como en *amol* por amor, *lápido* por rápido, *loca* por roca, etc. No obstante, hacía vibrar perfectamente la r después de pronunciarla yo, como ejercicio fonético.

Generalmente agregaba la sílaba *um* a las palabras siempre que podía. Una vez asistí a una charla dada en inglés por parte de un *chippewa*[13] que hizo reír sin querer a la audiencia poniendo *m*

[13]. Tribu india del Medio Oeste septentrinal que habla un lenguaje algonquino relacionado con el de los penobscot.

después de la palabra *too*,[14] término que usaba continuamente y sin necesidad, acentuando y prolongando el sonido de la *m* con un *ar* como si le hiciera falta introducir bastante de su lengua vernácula para aliviar sus órganos, en compensación por tener que distorsionar la mandíbula y poner la lengua en toda clase de posiciones, según se veía obligado a hacer —se quejaba—, cuando hablaba en inglés. Había una influencia grande del acento indio resonando en su inglés, del «tang» de la cuerda del arco al disparar la flecha, y yo no dudo de que a él la palabra le parecía la que mejor pronunciaba. Era un sonido montaraz y estimulante, como el del viento entre los pinos o el retumbo de las olas en la costa.

Pregunté por el significado de la palabra *Musketicook*, nombre indio del río Concord. El indio la pronunció doblando la *e* y acentuando la segunda sílaba con un peculiar sonido gutural; y dijo que significaba «agua quieta», lo cual es, y en esa definición coincidió exactamente con el indio franciscano con quien hablé en 1853.

[14]. La doble *o* de la palabra *too* se pronuncia en español como una *u* alargada (N. del T.).

El Allegash y el East Branch – Parte 2

En un punto de tierra firme a unas millas de la isla de Sandbar, donde desembarcamos para estirar las piernas y observar la vegetación avanzando unos pasos hacia el interior, descubrí brasas todavía ardientes bajo las cenizas, allí donde alguien había desayunado, y un lecho de ramas preparado para la próxima noche. Supe por eso no solo que quienes fueran se habían ido hacía poco, sino que pensaban volver; y por la anchura de la cama, que eran más de uno. Una persona podría haber estado a menos de seis pies de aquellos indicios y no verlos. Allí crecían el avellano picudo —el único que vi durante el viaje—, la *diervilla*, la ruda de siete pies de alto, muy abundante en todas las riberas del lago y los ríos, y la *cornus stolonifera* o mimbre rojo, cuya corteza, dijo el indio, era buena para ahumar y se llamaba *maquoxigill*, «tabaco de antes de que los blancos vinieran a esta región, tabaco indio».

El indio era siempre muy cuidadoso al aproximarse a la costa, haciendo que la canoa girase y se balanceara suavemente de lado para evitar que se dañara contra las rocas; y era aun más exigente en cuanto a que, estando en la costa, no debíamos meternos en ella hasta que flotase libremente, y entonces no hacerlo bruscamente, para no forzar las costuras o hacer un agujero en el fondo. Decía que nos avisaría cuándo saltar.

Poco después de abandonar aquel punto pasamos por la desembocadura del Kennebec, donde vimos y oímos la caída del agua

en la presa, pues incluso el lago Moosehead está represado. Después de dejar atrás la Deer Island vimos, lejos al este y al parecer casi detenido, el pequeño vapor de Greenville. A veces apenas podíamos distinguirlo de una isla dotada de algunos árboles. En aquel sitio estábamos expuestos al viento proveniente de todo el ancho del lago, y corríamos un pequeño riesgo de que se inundara la canoa. Mientras yo tenía la mirada fija en el sitio en donde había saltado un gran pez, embarcamos un par de galones de agua, que me dejaron sorpresivamente mojado; pero pronto alcanzamos la orilla en la Sand-bar Island, que tiene solo unos pocos pies de ancho, y subimos la canoa al terraplén, ahorrando así una distancia considerable. Uno de nosotros desembarcó primero en un lugar más protegido, y dando la vuelta aferró la canoa por la proa para que no se dañase chocando contra la costa.

De nuevo cruzamos una amplia bahía frente a la desembocadura del río Moose, antes de alcanzar el angosto estrecho en Monte Kineo, efectuar lo que los *voyageurs*[1] llaman una «travesía» y encontrar aguas bastante turbulentas. Un poco de viento en estos vastos lagos origina olas capaces de inundar una canoa. Mirando desde una orilla a sotavento, a una milla de distancia, la superficie puede parecer apenas agitada, casi en calma, o, en caso de verse algunas crestas blancas, dar la impresión de estar casi a nivel con el resto del lago; pero cuando se está allí lejos puede uno encontrar un verdadero mar en movimiento y en poco tiempo, de forma imprevista, una ola trepará con suavidad por el costado de la canoa y de pronto le empapará el regazo, como un monstruo que lo cubriese deliberadamente con su baba antes de tragárselo; o bien golpeará violentamente la canoa y se precipitará a su interior. Lo mismo puede ocurrir cuando el viento aumenta de repente, habiendo estado perfec-

[1]. Traficantes francocanadientes de pieles que viajaban por lo que actualmente es la frontera entre EEUU y Canadá en grandes canoas de corteza de abedul, en los siglos dieciocho y diecinueve.

tamente en calma diez minutos antes; de manera que nada pueda salvarnos, a menos que seamos capaces de nadar hasta la costa, puesto que es imposible volver a subir a una canoa cuando está boca abajo. Dado que uno va sentado en el fondo, un poco de agua, aunque el peligro no sea inminente, es una gran molestia, además de mojar las provisiones. De haber viento, rara vez cruzábamos una bahía en línea recta, de una punta a la otra, sino que describíamos una ligera curva más o menos paralela a la costa, para poder arrimarnos cuanto antes a la misma si el viento aumentaba.

Cuando el viento es de popa, y no demasiado intenso, el indio hace una vela de abanico con su manta. Así se desliza fácilmente rozando apenas la superficie y cubre toda la longitud del lago en un día. Para mantener equilibrada la canoa, el indio remaba de un lado con su remo corto, o canalete, y uno de nosotros del opuesto, y cuando él quería cambiar decía, «al otro lao». En respuesta a nuestras preguntas, afirmó que nunca había volcado una canoa, aunque puede que hubiera sido volcado por otras.

¡Imaginemos nuestra canoa, pequeña cáscara de huevo, zarandeada por aquel gran lago, una simple mota negra para el águila que planeara sobre ella!

Mi compañero llevaba el anzuelo a rastras para pescar alguna trucha, pero como el indio le advirtió que un pez grande, que allí los había, podría volcar la canoa, él convino en pasarle rápidamente la línea en la proa si picaba alguno. Aparte de truchas, he sabido que en ese lago hay pescado blanco, bacalao de agua dulce, etc.

Mientras cruzábamos aquella bahía, donde el Monte Kineo se alzaba oscuro ante nosotros a menos de dos o tres millas, el indio repitió la leyenda de que este monte fue antiguamente un alce hembra: de cómo un poderoso cazador indio, cuyo nombre he olvidado, consiguió con gran dificultad matar a aquella reina de la tribu de los alces, mientras a su becerro le daban muerte en algún lugar entre las islas del río Penobscot; y de cómo, a sus ojos, aquella montaña

conservaba la forma del alce en posición reclinada, con el perfil de su cabeza formando el lado escarpado. Contó aquello con parsimonia, pese a no dar para mucho, y con visible buena fe, y nos preguntó cómo pensábamos que el cazador podía haber matado a un alce de semejante tamaño, que cómo podríamos nosotros hacerlo. A lo que hubo sugerencias, como la de una descarga de artillería desde un barco de guerra, etc. Cuando un indio cuenta una historia de este tipo piensa que merece extensos comentarios, pero como no se le ocurren, suple esa deficiencia empleando un tono lento, prolongando y arrastrando las vocales, así como una expresión de mudo asombro que espera resulte contagiosa.

Nos acercamos nuevamente a tierra por aguas bastante agitadas, y después nos dirigimos directamente a través del lago, en su parte más estrecha, al lado oriental; y habiendo remado cerca de veinte millas, no tardamos en quedar a sotavento de la montaña, a eso de una milla al norte de Kineo House. Era cerca del medio día.

Decidimos detenernos para pasar allí la tarde y la noche, y estuvimos media hora buscando por la costa, hacia el norte, un lugar apto para acampar. Sacamos todo el equipaje en un sitio, pero en vano, pues el suelo era demasiado pedregoso y desigual, y mientras seguíamos buscando tuvimos nuestro primer encuentro con la mosca del alce. Finalmente, media milla más al norte, entrando media docena de varas en el denso bosque de piceas y abetos de la ladera de la montaña, hallamos un lugar casi tan oscuro como un sótano pero lo suficientemente despejado y a nivel, donde acostarnos tras haber cortado algunas matas. Necesitábamos solo un espacio de siete pies por seis para el lecho, con el fuego delante, a cuatro o cinco pies, sin que importara lo precario que fuese; pero no siempre era fácil hallarlo en aquellos bosques. El indio despejó primero con el hacha una senda desde la costa hasta allí, y luego nosotros transportamos todo el equipaje, montamos la tienda, y armamos el lecho, con objeto de estar preparados para el mal tiempo, que en ese momento amenaza-

ba, y para pasar la noche. Él juntó una brazada de ramas de abeto y las partió diciendo que así era mejor para el lecho, en parte, pensé yo, porque eran las más largas y así se podían recolectar más aprisa. Había estado lloviendo más o menos durante cuatro o cinco días, y el bosque estaba incluso más húmedo que de costumbre, pero el indio consiguió madera seca para el fuego de la parte de abajo de una planta seca de cicuta, cosa que, dijo, podía hacer siempre.

Ese mediodía su mente estaba ocupada en una cuestión legal, y yo lo remití a mi compañero, que era abogado. Parece que últimamente había estado comprando tierra (creo que eran cien acres), pero que probablemente estuviera afectada por un contencioso, ya que otra persona afirmaba haber comprado allí la hierba para ese año. Él quería saber a quién pertenecía la hierba, y se le dijo que si el otro podía probar que la había comprado antes de que él, Polis, adquiriese el terreno, aquel podía llevársela, lo hubiera este sabido o no. A lo cual él solo comentó, «¡Curioso!». Volvió varias veces sobre el asunto, sentado contra un árbol, como si se propusiera que no tuviésemos otro tema de allí por delante; pero como él no avanzaba, sino que después de cada explicación se limitaba a volver a manifestar su asombro ante los procedimientos del hombre blanco, dejamos morir el tema.

El indio dijo que poseía cincuenta acres de hierba, patatas, etc., en algún lugar más allá de Oldtown, amén de algunas alrededor de su casa; que encargaba buena parte de las tareas de roturación y demás, y que prefería contratar a hombres blancos en vez de indios, porque los primeros «son constantes y saben hacerlo».

Después de comer, y teniendo en cuenta la dificultad de trepar sobre las rocas y los árboles caídos, retornamos hacia el sur en la canoa, siguiendo la costa, y empezamos a subir a la montaña por el borde del precipicio. Pero un súbito chaparrón que se desató en ese momento hizo que el indio se arrastrase debajo de la canoa, mientras nosotros, protegidos por los abrigos impermeables, nos

disponíamos a investigar la flora. De modo que lo enviamos a que se refugiase en el campamento, con instrucciones de venir a buscarnos con la canoa antes de la noche. Había llovido un poco por la mañana y confiábamos en que el chaparrón fuera el último, como así fue; pero la maleza nos empapó los pies y las piernas. Al abrirse un poco las nubes disfrutamos, mientras ascendíamos, del glorioso paisaje natural del vasto lago, con su superficie oscilante y las numerosas islas cubiertas de bosque, que se extendían hasta más allá de nuestra vista, tanto hacia el norte como hacia el sur, así como la ilimitada floresta que se alejaba ondulante desde sus orillas en todas direcciones, densa como un campo de centeno y envolviendo sucesivas montañas anónimas; pero sobre todo, mirando hacia el oeste por encima de una gran isla, se veía una parte muy lejana del lago, aunque entonces no sospechamos que fuera el Moosehead: al principio una simple línea blanca quebrada vista por entre las copas de las islas arboladas, pero que cuando estuvimos más alto se desplegó para convertirse en un lago. Era un perfecto lago forestal. Más allá vimos lo que parece llamarse en el mapa Bald Mountain, a unas veinticinco millas de distancia, cerca de las fuentes del Penobscot. Pero aquello no pasó de efímero deslumbramiento, pues la lluvia no había cesado por completo.

Hacia el sur, el cielo estaba enteramente cubierto, las montañas coronaban las nubes, y el lago lucía un aspecto sombrío y tormentoso, aunque desde su superficie, un poco al norte de Sugar Island, distante seis u ocho millas, subía reflejado hacia nosotros a través del aire empañado un luminoso matiz azulado, proveniente de un distante cielo no visible de otra latitud, más lejana. Probablemente tuvieran entonces un cielo despejado en Greenville, el extremo sur del lago. De pie sobre una montaña en mitad de un lago, ¿dónde buscaríamos las primeras señales de proximidad del buen tiempo? No en el cielo, al parecer, sino en el lago.

Otra vez confundimos, vista a través de la llovizna, una isleta rocosa en la que había algunos simples troncos o tocones más altos,

con el vapor con sus humeantes chimeneas, pero como al cabo de media hora no había cambiado de posición, nos dimos cuenta del error. A tal punto la obra del hombre se asemeja a la obra de la naturaleza. Un alce podría confundir a un vapor con una isla flotante, y no asustarse hasta oírlo resoplar o pitar.

Si quisiera ver una montaña u otro escenario en las mejores condiciones, iría hacia allí con mal tiempo, de forma de estar en el lugar para cuando aclarase; es entonces cuando nos hallamos del mejor de los humores, y la naturaleza nos resulta más lozana e inspiradora. No hay serenidad más gratificadora que la que se goza después que se ha estado llorando.

Jackson[2], en su *Informe sobre la geología de Maine* (1838), dice de esta montaña: «El cuarzo, cuya variedad es el pedernal, aparece en diversas partes del Estado, allí donde el basalto ha actuado sobre la pizarra silicoide. La mayor masa de esta piedra que se conoce en el mundo es la del Monte Kineo, sobre el lago Moosehead, que parece estar compuesto totalmente de ella, y se alza setecientos pies sobre el nivel del lago. He visto esta variedad de cuarzo en todas partes de Nueva Inglaterra bajo la forma de puntas de flecha, hachas, escoplos, etc., de los indios, objetos probablemente fabricados por los habitantes originarios de la región con la piedra de esa montaña». Yo mismo encontré cientos de puntas de flecha hechas del mismo material. Éste, que tiene generalmente el color de la pizarra, con motas blancas, deviene uniformemente blanco cuando se lo expone a la luz y el aire, y se quiebra con una fractura concoidea, produciendo un desigual borde cortante. He notado unas piezas concoides de más de un pie de diámetro. Recogí un delgado fragmento cuyo borde era tan afilado que lo usé como cuchillo romo, y por ver de qué podía servirme corté con él una rama de álamo tem-

[2]. Dr. Charles T. Jackson (1805-1880), geólogo, médico, químico, profesor en Harvard y cuñado de R.W. Emerson. Thoreau poseía al menos tres de los *Informes de Jackson*. El Monte Jackson, en New Hampshire, lleva su nombre.

blón de una pulgada de grosor, luego de doblarla y hacer numerosas incisiones; pero entre tanto me hice unos feos cortes en los dedos.

Desde lo alto del precipicio que forma los costados sur y este de esta península montañosa, al que se adjudican quinientos o seiscientos pies y constituye su rasgo más notable, estuvimos observando, y probablemente hubiéramos podido saltar al agua, o a los árboles aparentemente enanos que ocupan el estrecho istmo que lo une con la tierra firme. Es un lugar peligroso para poner a prueba el control de los nervios. Hodge[3] dice que estos acantilados descienden «perpendicularmente noventa pies» bajo la superficie del agua.

Las plantas que más atrajeron nuestra atención en esta montaña fueron la violeta de la hierba (*potentilla tridentata*), abundante y florecida incluso en la base misma, junto al agua, pese a estar usualmente confinada en nuestras latitudes a la cima de las montañas; muy bonitas campánulas colgando sobre el precipicio; la baya del oso; el arándano canadiense (*vaccinium canadense*), similar al *v. Pennsylvanicum*, el más temprano de los nuestros, pero completamente brotado y con el tallo y las hojas aterciopeladas; no lo he visto en Massachusetts; la madreselva diervilla trífida; la *microstylis ophioglossoides*, una planta orquidácea nueva para nosotros; el acebo salvaje (*nemophantes canadensis*); la gran orquídea de hoja redonda (*platanthera orbiculata*), ya no florecida; la *spiranthes cernua* en lo más alto; y el pequeño helecho, *woodsia ilvensis*, que crece en penachos, ahora con frutos. También he recogido en este punto la orquídea *liparis lilifolia*. Habiendo explorado las maravillas de la montaña, y con el tiempo totalmente despejado, iniciamos el descenso. Encontramos al indio bufando y jadeante a un tercio del camino de ascenso, creyendo que debía estar cerca de la cima y diciendo que se

[3]. James T. Hodge (1816-1871). Geólogo, graduado en 1836 en Harvard, trabajó en los relevamientos de Maine, Pennsilvania, New Hampshire y Ohio; estuvo en Harvard con Thoreau.

había quedado sin aliento. Yo pensé que la superstición tenía algo que ver con su fatiga. Tal vez él creyese que estaba trepando por la espalda de un alce descomunal. Declaró que nunca había subido al Kineo. Al llegar a la canoa vimos que mientras estábamos en la montaña él había pescado una trucha de casi tres libras, a una profundidad de veinticinco o treinta pies.

Cuando arribamos al campamento, sacamos del agua la canoa y la tumbamos boca abajo, con un tronco encima para que no fuera a volar. El indio cortó unos grandes leños de madera dura mojada y podrida para hacer brasa y mantener el fuego toda la noche. Freímos la trucha para cenar. Nuestra tienda era de una tela fina de algodón y bastante pequeña; formaba con el suelo un prisma triangular cerrado por detrás, de seis pies de longitud y siete de ancho, de modo que apenas si podíamos estar de pie en el medio. Montarla requería dos estacas bifurcadas, una cumbrera pulida y una docena o más de pinzas. Protegía del rocío y el viento, así como de la lluvia normal, y nos servía bastante bien. Nos reclinábamos dentro hasta la hora de dormir, cada uno con su equipaje por almohada, o en caso contrario nos sentábamos alrededor del fuego, después de haber tendido nuestra ropa mojada para que se secase durante la noche.

Al anochecer, allí sentados contemplando el bosque oscurecido, el indio oyó un sonido, producido según él por una culebra. A mi requerimiento, lo imitó, repitiendo dos o tres veces un tenue silbido, fiit, fiit, semejante al de los lagartos, aunque no tan fuerte. En respuesta a mis preguntas, dijo que nunca las había visto produciéndolo, pero que yendo al lugar de donde proviene se encuentra la culebra. En otra ocasión dijo que era anuncio de lluvia. Cuando yo escogí aquel lugar para acampar, él había comentado que allí había culebras, que las veía. Pero no hacen nada, dije yo. «¡Oh, no!», respondió, «como usted dice, a mí me da igual».

Se acostó en la tienda sobre el costado derecho porque, según dijo, era parcialmente sordo de un oído y necesitaba descansar con el

oído bueno hacia arriba. Allí acostados, me preguntó si alguna vez había escuchado «cantar al indio», y yo le pedí que nos obsequiara con una canción. Él asintió con mucho gusto, y echado de espaldas, envuelto en la manta, inició en su propio lenguaje un canto lento, algo nasal pero musical, que probablemente le fuera enseñado antaño a su tribu por los misioneros católicos. Lo tradujo después para nosotros, frase por frase, queriendo ver si éramos capaces de recordarlas. Resultó ser un sencillo ejercicio o himno religioso, cuyo meollo era que hay un solo Dios que rige en todo el mundo. Esto era machacado (o cantado) de forma muy tenue, con lo que algunas estrofas prácticamente no tenían sentido, conservando simplemente la idea. Después nos dijo que nos cantaría una canción latina; pero no percibimos en esta latín alguno, y sí únicamente un par de palabras griegas: puede que el resto haya sido un latín con pronunciación india.

Aquel canto me retrotrajo al período del descubrimiento de América, a San Salvador[4] y a los incas[5], cuando los europeos se encontraron con la sencilla fe del indio. Había en ella, realmente, una hermosa simplicidad; nada de oscuro y salvaje, solo una afabilidad infantil. Se expresaban principalmente sentimientos de humildad y reverancia.

El bosque húmedo y denso en el que nos hallábamos era de abetos y piceas, y, exceptuando nuestro fuego, totalmente oscuro; y cuando me despertaba por la noche oía, o un búho en la floresta a nuestra espalda, o un somorgujo en la distancia sobre el lago. Al levantarme poco después de medianoche a reunir las ascuas mientras mis compañeros dormían profundamente, observé, parte en el fuego que había dejado de arder, un anillo de luz perfectamente elíptico de unas cinco pulgadas en su diámetro menor, seis o siete en el más

[4]. Lugar del primer desembarco de Colón en 1492.

[5]. Los incas de Suramérica, conquistados por Pizarro en 1531.

largo, y con un espesor de entre un octavo y un cuarto de pulgada. Era tan plenamente brillante como el fuego, pero no rojizo o escarlata como un carbón encendido, sino como una pasiva luz blanca, como la de las luciérnagas. Vi enseguida que debía tratarse de madera fosforescente, de la que a menudo había oído hablar pero sin tener nunca oportunidad de verla. Colocando un dedo sobre ella, con cierto resquemor, descubrí que era un fragmento seco de madera de arce (*hacer striatum*) que el indio había cortado oblicuamente la noche anterior. Utilizando mi cuchillo descubrí que la luz procedía de la porción de la savia inmediatamente por debajo de la corteza, y por eso presentaba en el extremo un anillo regular que, verdaderamente, parecía elevado sobre el nivel de la madera, y cuando separé la corteza e hice una incisión en la savia, se puso incandescente todo el leño. Me sorprendió encontrar la madera bastante dura y al parecer en buen estado, aunque probablemente la descomposición había empezado en la savia; extraje con el cuchillo varios trozos triangulares pequeños, y poniéndolos en el hueco de mi mano los llevé al campamento, desperté a mis compañeros y se los mostré. Los fragmentos me iluminaban la palma de la mano, mostrando las líneas y arrugas, y parecían exactamente carbones de una hoguera llevados a una blanca incandescencia, por lo que enseguida comprendí cómo, probablemente, los malabaristas indios impresionaban a sus gentes y a los viajeros fingiendo llevarse a la boca carbones encendidos.

Noté también que parte de un tronco podrido, de madera blanda y temblona, de una pulgada de grosor y seis de longitud, que estaba a cuatro o cinco pies del fuego, brillaba con la misma luminosidad.

Omití determinar si nuestro fuego tenía algun relación con aquello, pero no cabe duda de que la lluvia de los días previos sí lo había tenido.

Me interesó sobremanera aquel fenómeno, que ya me hacía sentir recompensado por el viaje. Difícilmente me hubiera emocionado más si hubiera tomado forma de letras o de un rostro humano.

Si me hubiera encontrado con tal anillo de luz yendo solo y a tientas por aquel bosque, lejos de cualquier fuego, me habría sentido aun más sorprendido. No habría creído en la existencia de semejante luz brillando para mí en la oscuridad.

Al día siguiente el indio me dijo el nombre que ellos le daban a esa luz, —*artoosoqu'*—, y ante mi interrogante acerca del fuego fatuo y fenómenos similares, dijo que sus «gentes» veían a veces pasar fuegos a diversas alturas, incluso a la altura de los árboles, y haciendo ruido. Tras lo cual quedé preparado para enterarme de los más asombrosos e inimaginables fenómenos presenciados por «sus gentes», que pasan fuera a todas horas y en todas las estaciones, en escenarios tan poco frecuentados por el hombre blanco. La naturaleza debe haberles hecho mil revelaciones que todavía son un secreto para nosotros.

No lamenté no haber presenciado aquello antes, puesto que lo había visto ahora en condiciones tan favorables. Me hallaba mentalmente preparado para ver algo maravilloso, y aquel fue un fenómeno adecuado a mis circunstancias y expectativas, que me predisponían a ver otros semejantes. Estaba exultante como «un pagano amamantado en un credo»[6] nunca perimido en absoluto, sino completamente nuevo, y adecuado a la ocasión. Dejé de lado la ciencia y disfruté de aquella luz como si hubiera sido una criatura como yo. Comprendí su excelencia, y me alegró mucho que fuera tan barato. Una explicación científica habría estado allí completamente fuera de lugar. Eso es para el pálido día. La ciencia con sus contestaciones me habría hecho dormir; fue la oportunidad de ser ignorante lo que aproveché. Aquello me sugirió que había algo que ver si uno tenía ojos. Hizo de mí un individuo más creyente que antes. Comprendí que el bosque no carecía de inquilinos, sino que siempre estaba repleto de espíritus honrados como el mío —no era un re-

[6]. William Wordsworth (1770-1850), poeta romántico inglés. La cita es de «The World is Too Much with Us».

cinto vacío en el cual se dejara que la química operase por sí misma, sino una casa habitada—, y durante unos momentos gocé mi camaradería con ellos. El llamado sabio va tratando de persuadirse de que no existe allí más entidad que él y sus trampas, pero es mucho más fácil creer la verdad. Sugerí, también, que la misma experiencia siempre da lugar a la misma clase de creencia o religión. Una revelación le ha sido hecha al indio, otra al hombre blanco. Tengo mucho que aprender del indio, nada del misionero. No estoy seguro sino de que lo único que me induciría a enseñar al indio mi religión sería su promesa de enseñarme a mí la suya. Hacía bastante tiempo que escuchaba cosas irrelevantes; finalmente ahora me sentía contento por haber conocido la luz que habita en la madera descompuesta. ¿Adónde se ha ido tanta sabiduría? Se evapora por completo, pues carece de profundidad.

Guardé los pequeños fragmentos y volví a mojarlos la noche siguiente, pero no emitieron luz.

El Allegash y el East Branch – Parte 3

Sabado 25 de julio.

Esa mañana de sábado, durante el desayuno, el indio, evidentemente curioso por saber qué se esperaba de él al día siguiente y si íbamos a continuar o no, me preguntó cómo pasaba yo el domingo allá donde vivía. Le dije que habitualmente me sentaba a leer en mi estudio, etc., por la mañana, y salía a caminar por la tarde. Ante lo cual él sacudió la cabeza y dijo, «ejem... eso es mucho malo». «¿Cómo lo pasa usted?», le pregunté. Él dijo que cuando estaba en casa no hacía ningún trabajo, que iba a la iglesia en Oldtown; en resumen, actuaba como le habían enseñado los blancos. Esto condujo a una discusión en la que me hallé en minoría. Él manifestó que era protestante, y me preguntó si yo lo era. De entrada no supe qué contestar, aun cuando pensaba que, sin faltar a la verdad, podía responder que lo era.

Cuando estábamos lavando los platos en el lago hubo numerosos peces que se acercaron a nosotros a comer las partículas de grasa.

Esa mañana el tiempo parecía más estable, y partimos temprano con objeto de concluir nuestro viaje por el lago antes de que levantase el viento. Poco después de salir, el indio dirigió nuestra atención hacia el llamado Porteadero del Nordeste[1], que vimos cla-

[1]. Brazo nordeste del lago Moosehead, y punto más cercano al West Branch o ramal occidental del Penobscot; actualmente sede de viviendas vacacionales y una estación de gasolina con tienda y cabañas.

ramente, a unas trece millas de distancia en esa dirección según la medición en el mapa, aunque se lo calcule mucho más allá. Este porteadero es una tosca vía ferroviaria de madera que se extiende por aproximadamente dos millas al norte y al sur, en una línea perfectamente recta, desde el lago hasta el Penobscot, sobre un tramo bajo, con un espacio despejado de tres o cuatro varas de ancho; pero aun siendo bajo, supera allí las elevaciones del terreno. Aquella brecha aparecía en el horizonte como una brillante claridad o punto de luz extendido al borde del lago, de altura inapreciable, cuyo espesor habría quedado tapado por el de un cabello situado a una buena distancia del ojo. No habríamos imaginado que fuera visible si el indio no hubiera llamado nuestra atención a su respecto. Era una clase de luz inusual por la que guiarse —una luz diurna entrevista en el paisaje boscoso—, aunque visible desde lejos como la de un faro corriente por la noche.

Cruzando una amplia bahía profunda abierta hacia el este al norte del Kineo, dejamos a nuestra izquierda una isla y nos mantuvimos por la margen oriental del lago. Cualquier dirección llevaba a un cierto río Tomhegan o *Socatarian*, en el cual el indio había cazado y al cual me apetecía ir. El segundo de los nombres, sin embargo, me sonaba espurio, demasiado parecido a «sectario», como alterado por algún misionero; pero sabiendo que los indios eran muy tolerantes, creo que debí haberme inclinado por el de Tomhegan.

Después atravesamos la espaciosa bahía que, como ya no podíamos observar las particuladades de la ribera, nos dejaba amplio margen para conversar. El indio dijo que ganaba dinero cazando, principalmente remontando el West Branch del Penobscot y hacia la cabecera del St. John; lo había hecho allí de niño, y conocía la región al dedillo. Sus presas habían sido el castor, la nutria, la marta negra, la marta cibelina, el alce, etc. El lince canadiense abundaba incluso en las tierras quemadas. En el bosque, para comer, recurre a perdices, patos, tasajo de alce, erizos, etc. También eran buenos los

somorgujos, solo que «bien adobados». Nos contó con pormenores la ocasión en que había pasado hambre, siendo apenas un muchacho, cuando, mientras cazaba con dos indios adultos en la zona norte de Maine, los sorprendió el invierno y se vieron obligados a abandonar la canoa debido al hielo.

Señalando al interior de la bahía, dijo que era el camino hacia diversos lagos que él conocía. Lo que se veía eran unas impresionantes montañas con vastas laderas boscosas frecuentadas por los osos; allí donde, al no morar el hombre, imaginamos que existe otro poder. Mi imaginación hasta personificaba las laderas, como si por su misma extensión fueran a detenernos y forzarnos a acampar nuevamente en ellas antes de la noche. Algún invisible glotón parecería caer de los árboles a roerle el corazón al solitario cazador que pisara aquellos bosques; y no en ellos. El indio dijo haber estado allí varias veces.

Le pregunté cómo se orientaba en el bosque. «¡Oh!», dijo, «poder decir bastantes formas». Y ante mi insistencia, «A veces mirar costado de montaña» —y miró hacia una del lado de la costa este—, «grande diferencia entre norte y sur, ver dónde el sol brilló más. Lo mismo árboles... las ramas grandes inclinar hacia el sur. A veces mirar locas» (rocas). Le pregunté qué veía en las rocas, pero no me describió nada en particular, respondiendo con vaguedad, en un tono misterioso o alargando las vocales, «Locas peladas en costa lago: gran diferencia entre lados norte, sur, este y oeste poder decir sobre qué brilló sol». «Suponga», dije yo, «que lo llevo en una noche oscura hasta el medio del bosque, y allí le hago dar vueltas rápidamente sobre sí mismo veinte veces, ¿sería capaz de encaminarse directamente a Oldtown?» «¡Oh, sí!», dijo, «haber hecho mucho cosa igual. Mí cuenta. Hace años encontrar viejo cazador blanco en Millinocket; muy bueno cazador. Decía que poder ir a cualquier parte en el bosque. Querer cazar conmigo ese día, así que empezar. Perseguimos alce toda la mañana, dando vueltas, hasta mitad de tarde, cuando matamos. Entonces yo decir a él que vaya directa-

mente a campamento. No ir dando vueltas y vueltas, sino recto. Él dice, no puedo hacer eso, no sé dónde estoy. ¿Dónde creer que está el campamento?, yo pregunto. Él señala. Entonces me río de él. Tomo delantera y salgo justo para lado opuesto, cruzo muchas veces huellas nuestras, derecho a campamento». «¿Cómo lo hace?», pregunté. «¡Oh!, no poder decir a usted», replicó, «gran diferencia entre yo y hombre blanco».

Daba la impresión de que las fuentes de información eran tan diversas que él no prestaba a ninguna una atención precisa, consciente, y que por lo tanto no podía fácilmente referirse a una cuando era interrogado, sino que encontraba el camino de manera muy semejante a como lo hace un animal. Tal vez lo que comúnmente llamamos instinto animal, sea en ese caso simplemente un sentido aguzado y educado. A menudo, cuando un indio dice «no sé» con respecto a la ruta que ha de seguir, no expresa con esas palabras lo mismo que querría decir un hombre blanco, pues su instinto indio puede todavía decirle tanto como sepa el hombre blanco más seguro de sí. El indio no lleva las cosas en la cabeza ni recuerda exactamente la ruta, como el hombre blanco, pero confía en sí mismo en el momento. Como no ha experimentado la necesidad de la otra forma de conocimiento, etiquetado y ordenado, no lo ha adquirido.

El cazador blanco con quien hablé en la diligencia conocía algunos de los recursos del indio. Contó que él se guiaba por el viento, o por las ramas de la cicuta, que eran más largas del lado sur; también que a veces, cuando sabía que había cerca un lago, disparando su arma y escuchando para oír la dirección y la distancia del eco desde el mismo.

El curso que seguíamos en este lago, y en otros después, rara vez era recto, sino una sucesión de curvas entre un punto y otro, desviándonos bastante hacia el interior de cada bahía; y esto no simplemente debido al viento, sino a que el indio, mirando hacia el medio del lago, decía que era difícil navegar por allí, y más fácil

mantenerse próximo a la ribera, ya que de ese modo se desplazaba en etapas sucesivas y comprobaba cómo iba avanzando.

Lo que sigue a continuación bastará como ejemplo de una experiencia habitual en el cruce de lagos en canoa. A medida que transcurría la mañana el viento fue aumentando. La última bahía que atravesamos antes de alcanzar el desolado embarcadero en el porteadero del nordeste estaba dos o tres millas o más, y el viento soplaba del sudoeste. Tras navegar un tercio del trayecto, las olas habían crecido de tal modo que de vez en cuando bañaban el interior de la canoa, y vimos que hacia adelante estaba cada vez peor. De entrada podríamos haber girado, pero no queríamos. Habría sido inútil seguir la curva de la costa, no solo porque la distancia habría sido mucho mayor, sino porque allí las olas eran todavía más grandes, debido al empuje del viento. En cualquier caso habría sido arriesgado alterar el curso en ese momento, porque las olas nos hubieran golpeado en situación de ventaja. No hay que recibirlas en ángulo recto, porque entonces el agua baña ambos costados: hay que procurar que formen un ángulo de cuarenta y cinco grados con el costado que las recibe. Por lo cual el indio se puso de pie en la canoa y puso en juego toda su destreza y su energía durante una milla o dos, mientras yo remaba derecho para darme más margen en la conducción. Durante más de una milla no permitió él que una sola ola golpease la canoa como quisiera, dirigiéndola a un lado u otro de manera que siempre estuviera sobre o cerca de la cresta de la ola cuando esta rompía agotando toda su fuerza, y nosotros simplemente descansáramos con ella. Finalmente, yo salté al extremo del embarcadero, que no estaba muy resguardado y contra el cual las olas se estrellaban violentamente, para aligerar la canoa y sujetarla al desembarcar; aunque en el momento de saltar le entraron dos o tres galones de agua. Le comenté al indio, «Lo ha hecho muy bien», a lo que él replicó: «Pocos lo hacen. Grandes olas muchas; cuando yo cuidaba de una, otra venir rápido».

Mientras el indio iba a buscar corteza de cedro, etc., para el transporte de la canoa, preparamos la cena en la ribera, de este lado del porteadero, en medio de una llovizna.

Él preparó la canoa de esta forma: tomó una tablilla de madera de cedro de dieciocho pulgadas de longitud por cuatro o cinco de ancho, redondeada en un extremo para que las esquinas no molestaran, y la ató al travesaño central de la canoa con corteza de cedro, pasándola por dos agujeros practicados a cada lado, por la mitad, cerca del borde. Cuando levantaba la canoa su cabeza, con el fondo hacia arriba, la tabla, con el extremo redondeado para arriba, distribuía el peso sobre hombros y cabeza, mientras que una faja de corteza de cedro, atada al travesaño a cada lado de la tabla, pasaba alrededor de su pecho, y otra más larga, por fuera de la anterior, alrededor de la frente; también una mano en cada falca lateral servía para dirigir la canoa e impedir que se balanceara. De esta forma la llevaba sobre los hombros, la cabeza, el pecho, la frente y ambas manos, como si toda la parte superior de su cuerpo fuera una mano para asirla y sostenerla. Si alguien conoce un método mejor, me encantaría escucharle. En el caso, un cedro proporcionó todo lo necesario, como lo había hecho con la carpintería de la canoa. Uno de los remos descansaba sobre los travesaños en la proa. Yo me puse la canoa sobre la cabeza y encontré que podía llevarla con facilidad, aunque las tiras no estaban ajustadas para mis hombros; pero dejé que la llevara él para no establecer un precedente, aunque él dijo que si yo llevaba la canoa él lo haría con el resto del equipaje, excepto el de mi compañero. La tablilla permaneció todo el viaje atada al travesaño, estaba siempre a mano para los portes, y servía también para proteger la espalda de un pasajero.

Tuvimos que recorrer dos veces aquel porteadero, debido al volumen de nuestra carga. Pero los portes fueron un agradable cambio de rutina, y cuando volvíamos con las manos vacías aprovechamos la oportunidad para recoger las plantas raras que habíamos visto.

Llegamos al Penobscot a eso de las cuatro y allí encontramos a unos indios franciscanos acampados sobre la ribera, en el mismo sitio donde yo había acampado con cuatro indios cuatro años antes. Estaban fabricando una canoa y, como aquella vez, secando carne de alce. La carne parecía muy adecuada para hacer, por lo menos, un caldo negro. Nuestro indio dijo que no era bueno. El campamento estaba cubierto de corteza de picea. Habían conseguido un alce joven, sorprendido en el río quince días antes, y lo tenían encerrado en una especie de jaula de troncos apilados con forma de mazorca de maíz, de siete u ocho pies de altura. El animal era bastante manso y estaba cubierto de moscas del alce. Metidos entre los troncos sobresalían por todas partes gran cantidad de ramas de cerezo silvestre (*C. stolonifera*), de arce rojo, y también de sauce y de álamo temblón, cuyas hojas él mordisqueaba. Producía de entrada la impresión de hallarse en una enramada, más que en un redil.

Nuestro indio dijo que para coser canoas él usaba raíces de picea negra, que obtenía en las altiplanicies o en las montañas. El indio franciscano creía que la raíz blanca podía ser mejor. Pero el primero dijo, «No buena, romper, no poder cortarla»; también que era difícil conseguirla, muy hundida en la tierra, mientras que la negra estaba cerca de la superficie, en terreno más alto, además de ser más resistente. Señaló que la picea blanca era *subekoodark*, la negra, *skusk*. Yo le dije que creía poder fabricar una canoa, pero el manifestó grandes dudas al respecto; pensaba que, en todo caso, mi trabajo no sería «prolijo» la primera vez. Un indio de Greeville me había dicho que la corteza de invierno, o sea, la extraída antes de que la savia fluya en mayo, era más dura y mucho mejor que la del verano.

Una vez cargada la canoa, remamos por el Penobscot, el cual, como comentó el indio e incluso yo percibí, recordando su aspecto anterior, estaba insólitamente florido. Al poco rato vimos junto a la ribera una resplandeciente lila amarilla (*lilium canadense*), que procedí a arrancar. Tenía seis pies de alto, y doce flores en dos verticilos,

formando una pirámide, tal como las he visto en Concord. Después vimos muchas más igualmente altas por este río, y todavía más numerosas en el East Branch, y, en este último, una que pensé se aproximaba aun más a la *lilium superbum*. El indio me preguntó para qué la queríamos, y yo dije que sus «laíces» (raíces) eran buenas para la sopa, es decir, cocinada con carne, para espesarla, en lugar de harina. Ellos las juntan en otoño. Excavando un poco encontré a bastante profundidad una masa de bulbos, de dos pulgadas de diámetro, cuyo aspecto, e incluso su sabor, se parecía al del cereal verde en la espiga.

Cuando llevábamos unas tres millas por el Penobscot, vimos a través de las copas de los árboles que del oeste venía una tormenta de lluvia, y buscamos un lugar con madera seca donde acampar sobre la margen occidental, no lejos de donde desemboca una corriente que Joe Aiton, en el 53, denominó Lobster Stream, proveniente de la laguna del mismo nombre. Pero nuestro indio actual no admitió ese nombre, ni tampoco el de *Matahumkeag*, que está en el mapa, sino que llamó al lago *Beskabekuk*.

Voy a describir, de una vez por todas, la rutina de la acampada. Generalmente, para que se mantuviese atento, le decíamos al indio que nos detendríamos en el primer sitio adecuado. Avistada una playa firme, llana y despejada donde desembarcar, libre de lodo y de rocas que pudieran dañar la canoa, uno de nosotros sube corriendo a la ribera a comprobar si entre los árboles hay suficiente espacio libre y nivelado para el campamento, o si se puede despejar fácilmente, prefiriendo un lugar fresco al mismo tiempo, debido a los insectos. A veces remábamos una milla o más antes de encontrar uno satisfactorio, pues donde la ribera era apropiada solía ser demasiado empinada, o bien excesivamente baja y cubierta de hierba, y por lo tanto criadero de mosquitos. A continuación descargamos el equipaje y arrastramos la canoa, en ocasiones colocándola boca abajo como medida de protección. El indio abre a cuchillo un

sendero hasta el lugar escogido, que por lo general está a menos de dos o tres varas del agua, y los demás trasladamos el equipaje. Uno de nosotros, tal vez, recoge corteza de abedul, siempre a mano, y madera seca, y enciende un fuego a cinco o seis pies por delante del sitio donde pensamos acostarnos. Por lo común no importa de qué lado, porque en la época hay poco o ningún viento en un bosque tan denso; y después trae del río un recipiente con agua y saca de los diferentes paquetes la carne de cerdo, el pan, el café, etc.

Entre tanto otro, que tiene el hacha, derriba el arce seco u otro árbol de madera dura más próximo y corta varios troncos grandes para que duren toda la noche, más una rama gruesa de madera verde que tenga un nudo o una horqueta, la cual se coloca inclinada hacia el fuego para colgar allí la tetera, así como dos bifurcadas y una pértiga para la tienda.

Un tercer hombre monta la tienda, corta con el cuchillo una docena o más de pinchos, generalmente de madera dura, para sujetarla, y luego recoge una brazada o dos de ramas de abeto —llamado *sediak* en el diccionario de Rasle[2]—, de *arbor-vitæ*, picea o cicuta, la que quede a mano, y prepara la cama empezando por cualquiera de los dos extremos y colocando las ramas de menor a mayor en hileras regulares, cubriendo la punta cortada; pero rellenando primero los huecos, si los hay, con un material más grueso. Wrangel dice que sus guías en Siberia primero esparcían en el suelo una cantidad de broza, y después colocaban encima ramas de cedro.

Por lo común, para cuando está preparada la cama, o antes de quince o veinte minutos, el agua hierve, la carne de cerdo está frita y la cena está pronta. Comemos sentados en el suelo, o sobre un tocón, si lo hay, en torno a un gran trozo de corteza de abedul que hace las veces de mesa, cada cual sosteniendo un cazo en una mano y un pedazo de pan o de cerdo frito en la otra, ahuyentando con

[2]. Ver nota 5 anterior.

frecuencia los mosquitos con un movimiento del brazo, o bien metiendo la cabeza en el humo.

Seguidamente, los que fuman encienden la pipa y los que tienen mosquitero se lo ponen; nosotros nos apresuramos a examinar y secar nuestras plantas, nos untamos la cara y las manos y nos vamos a acostar... con los mosquitos.

Aunque no se tenga nada que hacer sino mirar el paisaje, es raro que se disponga de tiempo, apenas el suficiente para examinar una planta, antes de que la noche o la modorra se le echen a uno encima.

Tal la experiencia ordinaria, pero esa noche habíamos acampado más temprano pensando en la lluvia, y teníamos más tiempo.

Descubrimos que nuestro campamento de esa noche estaba sobre una antigua ruta de suministros, actualmente menos visible que de costumbre, que corría paralelamente al río. Lo que allí llaman ruta no revela señales de surco o rastro de ruedas, porque no se usan; tampoco, en verdad, de caminantes, ya que solo son utilizadas en invierno, cuando la nieve tiene varios pies de altura. Es únicamente algo que se ve borrosamente atravesando el bosque, y para detectarlo hace falta un ojo experimentado.

Apenas habíamos montado la tienda cuando la tormenta de lluvia se desató sobre nosotros, que nos precipitamos a guarecernos bajo aquella, llevando a rastras nuestros sacos, expectantes por ver qué protección iba a ofrecernos esta vez el delgado techo de algodón. Aunque la violencia de la lluvia traspasó la tela bajo la forma de una fina ducha que antes de empaparse y encogerla llegó a humedecernos un poco, conseguimos permanecer bastante secos, solo se echó a perder una caja de cerillas que había quedado fuera, y antes de darnos cuenta la lluvia terminó, y únicamente quedamos prisioneros de los árboles que goteaban.

Como queríamos comprobar qué clase de peces había allí en el río, lanzamos nuestras líneas por encima de la maleza mojada de la ribera, pero una y otra vez se arrastraron en vano por la rápida co-

rriente. Por lo tanto, dejando al indio, cogimos la canoa antes del anochecer y nos dejamos llevar unas varas por el río para pescar en un arroyo de aguas mansas que desembocaba del lado opuesto. Por este, probablemente nunca surcado por una canoa, avanzamos un par de varas. Pero aunque tal vez hubiera allí algunos peces pequeños, mayormente alevines, no tardamos en ser disuadidos por los mosquitos. Estando allí oímos que el indio disparaba su arma dos veces, en tan rápida sucesión que pensamos que sería de dos cañones, aunque después vimos que era solo de uno. Su propósito había sido limpiarla y secarla después de la lluvia, tras lo cual la cargó con bala, puesto que se hallaba en territorio donde esperaba encontrar caza voluminosa. Aquel repentino, sonoramente estrepitoso sonido por los silenciosos pasillos de la floresta, me afectó como un insulto a la naturaleza, o en todo caso como una descortesía, como si uno fuera a disparar un arma de fuego en un salón o en un templo. No obstante, el ruido no se oyó muy lejos, excepto a lo largo del río, ya que fue rápidamente sofocado o absorbido por los árboles húmedos y el suelo musgoso.

El indio hizo un pequeño fuego atenuado con hojas mojadas en la parte de atrás del campamento, para que el humo circulase y ahuyentara a los mosquitos; pero cuando estábamos por dormirnos, el fuego se avivó de golpe, y estuvo cerca de incendiar la tienda. Los mosquitos nos molestaron bastante en aquel campamento.

El Allegash y el East Branch – Parte 4

Domingo, 26 de julio.

El canto del gorrión de pecho blanco, un sonido muy estimulante aunque casi como la vibración de un alambre, fue el primero que se oyó por la mañana, y con él resonó todo el bosque. Era el pájaro predominante en la zona norte de Maine. En aquella estación la floresta estaba por lo general plagada de ellos, y eran proporcionalmente numerosos y musicales en torno a Bangor. Wilson[1] no sabía dónde se reproducen, y dice, «La nota única de su canto es una especie de golpe corto y seco». Aunque normalmente no se los ve, su canto simple, *aah, ti-ti-ti, ti-ti-ti, ti-ti-ti*, tan agudo y penetrante, resultaba tan perceptible para el oído como podría serlo para el ojo la trayectoria luminosa de un disparo efectuado en lo más oscuro de la floresta. Creo que habitualmente lo emiten mientras vuelan. En primavera los oigo solo durante pocos días cuando atraviesan Concord, y en otoño los veo yendo nuevamente hacia el sur, pero entonces no cantan. Por lo común nos despertaba muy temprano su animado son. ¡Qué tiempo glorioso deben pasar en aquel entorno natural, lejos del género humano y del día de las elecciones!

Le dije al indio que esta mañana (domingo) iríamos a la iglesia en Chesuncook, a unas quince millas. El tiempo por fin se había estabilizado. Algunas golondrinas revoloteaban sobre el agua, oía-

[1]. Alexander Wilson (1766-1813), padre de la ornitología estadounidense, *American Ornithology,* 9 vols. 1808-1814.

mos a los gorriones de pecho blanco en la costa, el canto del paro y creo que el de la candolita, y grandes moscas del alce nos perseguían en medio del río.

El indio pensaba que en domingo se debe descansar. Dijo, «Nosotros venir aquí buscando cosas, mirar por todos lados; pero llegar domingo, cerrar todo eso, y después lunes mirar otra vez». Habló de un indio conocido suyo que había estado con unos pastores en Ktaadn y le había contado cómo actuaban. Cosa que describió en tono grave y solemne. «Cada mañana y cada noche hacer larga oración, y en cada comida. Viene domingo, no hacer, no ir a lados ese día... estar quietos... rezar todo el día... primero uno después otro, igual que en iglesia. ¡Oh, hombres muy buenos!». «Un día, yendo por río, ellos encontrar cuerpo de hombre en el agua, ahogado mucho tiempo, ya en pedazos. Van directo a costa... parar allí, no ir más allá ese día... tener reunión, dar sermón y rezar igual que domingo. Después traer pértigas y levantar cadáver y retornar llevando cuerpo con ellos. ¡Oh, muy buena gente!».

Por la narración concluí que todos sus campamentos eran campo de reuniones, y que habían equivocado su ruta: deberían haber ido a Eastham; y que, más que ver el Ktaadn, querían una oportunidad de predicar en alguna parte. He leído acerca de una partida similar que parece haber pasado el tiempo allí cantando las canciones de Sión. Me alegré de no haber ido a aquella montaña con unos guías tan lentos.

No obstante, el indio, jugando todo el tiempo con el remo, añadió que si nosotros íbamos él debía ir con nosotros, él hombre nuestro, y él suponer que si él no tomar paga por lo que hacer en domingo, entonces no daño, pero si tomar paga, entonces mal. Pese a lo cual noté que al final, al hacer cuentas, no olvidó incluir el domingo.

Parecía un individuo muy religioso, y decía sus oraciones en alta voz, en indio, de rodillas, por la mañana y por la noche; a veces, cuando había olvidado hacerlo, volvía presuroso y las decía con

gran rapidez. En el curso del día comentaba, sin mucha originalidad, «Hombre pobre acordarse de Dios más que rico».

Pronto pasamos por la isla donde yo había acampado cuatro años antes, y reconocí el lugar exacto. Al remanso, a una o dos millas más abajo, el indio lo llamó *beska bekukskishtuk*, por el lago *Beskabekuk*, que desagua arriba. Este remanso, según él, era «siempre gran lugar para alces». Vimos la hierba aplastada allí por donde la noche anterior había salido uno, y el indio dijo que olía a un alce tan pronto como lo tenía al alcance de su vista; pero añadió que si hoy veía cinco o seis cerca de la canoa, no les dispararía. En consecuencia, siendo él el único de la partida que llevaba un arma o había venido como cazador, los alces estaban a salvo.

Poco más abajo, un búho voló pesadamente por encima del agua, y el indio, tras preguntar si yo sabía qué era, imitó muy bien el conocido graznido típico de nuestros bosques, produciendo un recio sonido gutural. Cuando pasamos por el Moosehorn, dijo que no tenía nombre. Al que Joe Aitteon había llamado Ragmuff, él lo denominó *pay tai te quick*, que quería decir «río de la tierra quemada». Nos detuvimos allí donde yo lo había hecho antes, y me bañé en dicho afluente. Era poco profundo pero frío, al parecer demasiado para el indio, que se limitó a mirar. Cuando reanudamos la marcha pasó sobre nuestras cabezas un águila de cabeza blanca. Un tramo a algunas millas más arriba del Pine, donde había varias islas, el indio dijo que era *nonglangyis*, remanso o agua mansa. Al Pine lo llamó Río Negro y dijo que su nombre indio era *Karsaootuk*. Por allí se podía ir al lago Caribou.

Porteamos parte del equipaje circunvalando los saltos de Pine Stream, mientras el indio los bajaba en la canoa. Un comerciante de Bangor nos había dicho que dos empleados suyos se habían ahogado tiempo atrás mientras atravesaban el salto en un *batteau*, y que un tercero había pasado la noche asido a una roca, siendo rescatado por la mañana. Había unas magníficas orquídeas de orla púrpura en aquel porteadero y en las orillas vecinas. Cerca del final del mismo,

medí el más grande abedul para canoa que haya visto en este viaje. Su circunsferencia era de 14 pies y medio a la altura de dos pies del suelo, pero a los cinco se dividía en tres partes. Por allí fue corriente encontrar estos árboles marcados por visibles protuberancias oscuras en espiral, con una hendidura en medio, por lo que pensé inicialmente que habrían sido alcanzados por un rayo, pero, como dijo el indio, era evidente que la causa estaba en el veteado del árbol. Él cortó del tronco de un abeto un pequeño nudo leñoso, del tamaño de una avellana, con el aspecto de un antigua ampolla balsámica llena de madera, del cual afirmó que era una buena medicina.

Tras haber embarcado y avanzado media milla, mi compañero se dio cuenta de que había dejado su cuchillo, de modo que volvimos atrás a buscarlo, remando contra la fuerte y rápida corriente. Eso nos enseñó la diferencia entre ir a favor y en contra de la misma, ya que en el tiempo que empleamos en recorrer un cuarto de milla hacia atrás, habríamos avanzado no menos de milla y media en sentido opuesto. Así pues, tocamos tierra, y mientras él y el indio iban a por el cuchillo, yo observaba a catorce o quince varas más abajo los movimientos de la espuma producida por el oleaje, que semejaba un ave acuática aproximandose a la orilla. Aparecía y desaparecía alternativamente detrás de la roca, llevada por el torbellino. Hasta aquella apariencia de vida resultaba interesante en aquel río solitario.

Inmediatamente más abajo de los saltos estaba el remanso del Chesuncook, debido al receso de las aguas del lago. Mientras remábamos lentamente por allí, el indio nos relató la historia de sus cacerías en la zona, y algo más interesante sobre él mismo. Parece que había representado a su tribu en Augusta, e incluso una vez en Washington, donde había conocido a algunos jefes occidentales. Lo habían consultado en Augusta y en tiempos de dificultades al respecto[2] había dado opinión sobre el límite oriental de Maine —la cual, según él, fue aceptada—, como determinado por las tierras altas y

[2]. Disputas fronterizas EEUU/Canadá, 1838-1842.

las corrientes. Estuvo al servicio de los topógrafos en la frontera. También había hecho una visita a Daniel Webster en Boston, en la época de su oración de Bunker Hill.[3]

Me sorprendió oírle decir que le gustó ir a Boston, Nueva York, Filadelfia, etc.; que le gustaría vivir allí. Claro que, como arrepintiéndose un poco al pensar en la triste figura que haría allí, añadió, «Supongo, si vivir en Nueva York, yo ser más pobre cazador, calculo». Comprendía muy bien su superioridad y su inferioridad con respecto a los blancos. Criticó a la gente de los Estados Unidos comparada con la de otras naciones, aunque la única idea sobre la que insistió fue en que era «muy fuerte» pero que, como algunos individuos, iba «demasiado de prisa». Merece el crédito de haberlo dicho precisamente antes del fallo general ferroviario y bancario. Tenía gran aprecio por la educación, y a menudo salía con expresiones como, «Kademia.. a-cad-e-mia... buena cosa... supongo allí usar Libro 5...[4] ¿Usted ir universidá?»

Desde el remanso se veían las siluetas de las montañas alrededor de Ktaadn. La cumbre de este último estaba oculta por una nube, pero más cerca estaban las Souneunk, bien visibles. Nos dirigimos al extremo noroeste del lago, desde donde contemplamos hacia el sur-sureste toda la extensión del Joe Merry Mountain. Cuando se ha estado confinado en el bosque, constituye un agradable cambio la travesía de un lago, no solo por la gran extensión del agua, sino también de cielo. Es una de las sorpresas que la naturaleza reserva al viajero de la floresta. Contemplar, en este caso, más de dieciocho millas de agua, tenía un efecto liberador e incluso socializante. No cabe duda de que la escasa distancia que la mirada

[3]. Daniel Webster habló en el 50 aniversario de la batalla de Bunker Hill, 17 de junio de 1825.

[4]. Volumen 5 de la serie *McGuffey Eclectic Reader,* publicado en 1844 por el educador William Holmes McGuffey (1800-1873).

puede recorrer en el bosque, así como la penumbra reinante, han de ejercer a la larga un efecto sobre sus habitantes que hará de ellos salvajes. Los lagos, además, dejan ver las montañas, y ofrecen un vasto ámbito para el pensamiento. Las propias gaviotas que veíamos como pequeñas manchas blancas posadas sobre las rocas o volando en círculo a su alrededor, me recordaban a funcionarios de aduanas. En torno a este extremo del lago, tan lejos de una carretera, había ya media docena de cabañas de troncos. Percibo que en estos bosques los más primarios asentamientos se hallan, por diversas razones, agrupados alrededor de los lagos, pero en parte, creo, debido a la proximidad de los calveros más antiguos. Son escuelas forestales ya establecidas, grandes centros que irradian luz. El agua es un pionero al que sige el colono, sacando provecho de sus ventajas.

Únicamente yo había estado antes tan lejos. Alrededor de mediodía giramos hacia el norte por una especie de amplio estuario; en su rincón nordeste encontramos el río Caucomgomoc, y después de alejarnos cosa de una milla del lago alcanzamos el Umbazookskus, que entra por la derecha en un punto en el que el río primeramente nombrado, viniendo del oeste, hace un giro hacia el sur. Nuestro proyectado curso era por el Umbazookskus, pero como el indio conocía a eso de media milla por el Caucomgomoc un buen lugar de acampada, o sea fresco y con pocos mosquitos, allí fuimos. Este último río, a juzgar por el mapa, es la principal corriente fluvial y la más extensa, y por lo tanto su nombre es el que debe prevalecer en la confluencia. De modo que prontamente cambiamos el civilizado cielo de Chesuncook por el oscuro bosque del Caucomgomoc. Al llegar al terreno de acampada del indio, sobre el lado sur, donde el terraplén de la ribera tenia una docena de pies de altura, leí en el tronco de un abeto marcado con hacha, una inscripción con carbón vegetal dejada por él. Encima de esta, el dibujo de un oso remando en una canoa: según el indio, era el que siempre había usado su familia. Aunque era tosco, no podría haber sido tomado por nada

que no fuera un oso, y el indio puso en duda mi habilidad para copiarlo. El texto de la inscripción era como sigue, *verbatum et literatim*. Intercalo el inglés de su lenguaje indio tal como él me lo dictó.

Julio 26, 1853.

Niasoseb
Solo nosotros Joseph
Polis elioi
Polis partimos
sia olta
para Oldtown
onke ni
enseguida.
Quambi

Julio 15, 1855
Niasoseb.

Él agregó debajo ahora:

1857, Julio 26
Io. Polis.

Se trataba de una de sus viviendas. Vi el sitio donde a veces él había estirado las pieles de alce sobre el soleado lado norte del río, donde había una angosta faja de hierba.

Una vez seleccionado el lugar para nuestra acampada y encendida nuestra hoguera, el indio alzó la vista y observó, «Ese árbol peligro». Era una rama seca, de más de un pie de diámetro, que surgía desde la base de un gran abedul. Aquella rama, que se elevaba a una

altura de treinta pies o más, pendía inclinada directamente sobre el sitio que habíamos elegido para nuestro lecho. Le dije al indio que probara con el hacha; pero fue incapaz de sacudirla perceptiblemente, y por lo tanto él pareció decidido a abandonar, y mi compañero manifestó su voluntad de correr el riesgo. Pero a mí me pareció que seríamos tontos si nos acostásemos debajo de ella, pues aunque la parte inferior estaba firme, la superior, por lo que sabíamos, podría estar a punto de caer, y en cualquier caso no estaríamos tranquilos si se levantaba viento por la noche. Es un accidente muy común que la caída de un árbol mate a personas acampadas en el bosque. Por consiguiente, nos trasladamos hacia el lado opuesto al fuego.

La del Caucomgomoc era, como de costumbre, una floresta húmeda y enmarañada, y lo más que uno alcanzaba a saber a su respecto era que de este lado se extendía hacia los asentamientos, y del opuesto hacia regiones por entonces menos frecuentadas. Se llevaba siempre toda esa topografía en la cabeza, y a veces parecía existir una diferencia considerable entre establecerse o situarse más cerca, o más lejos que los compañeros de los lugares poblados; y entre que se estuviera en la parte trasera o la frontal del campamento. Pero en realidad existe la misma diferencia entre nuestras posiciones donde quiera que estemos acampados, y algunos están más cerca de las frontales sobre lechos de plumas en las ciudades, que otros sobre ramas de abeto en los bosques.

El indio dijo que el Umbazookskus, siendo una corriente mansa con amplios prados, era un buen lugar para los alces, y que él venía con frecuencia a cazar allí, pasando a solas tres semanas o más fuera de Oldtown. A veces iba también a cazar a los lagos Sebois, recorriendo en la diligencia, con escopeta y municiones, hacha y manta, pan y cerdo, acaso un centenar de millas, y abandonándola en el punto más salvaje de la ruta, donde enseguida se sentía como en su casa y cada vara de camino era para él como un alojamiento de taberna. Después, tras una breve andadura por el bosque, fabricaba en un día

una canoa de corteza de picea, con pocas cuadernas, para que pesara menos, y luego de realizada con ella la caza en los lagos, retornaba con sus pieles por el mismo camino por el que había venido. He ahí al indio sacando ingeniosamente provecho de las ventajas de la civilización, sin perder nada de su cultura de selva, sino demostrando ser por ella el cazador de más éxito.

Este hombre era muy listo y rápido para aprender cualquier cosa en su trabajo. Nuestra tienda fue de un tipo nuevo para él; pero una vez que la vio montar, fue asombroso con qué rapidez encontraba y preparaba la pértiga y los palos bifurcados de sostén, cortándolos y colocándolos bien de primera, cuando estoy seguro de que la mayoría de los blancos se habrían equivocado varias veces.

El río procedía del lago Caucomgomoc, unas diez millas más arriba. Aunque sus aguas eran aquí mansas, había saltos no muy lejos de donde estábamos, y de vez en cuando veíamos pasar la espuma que provocaban. El indio dijo que Caucomgomoc significaba Lago de la Gaviota Grande. Puesto que *gomoc* significa lago, este era *Caucomgomoctook*, o río de dicho lago. Este era el *Caucomgomoctook* del Penobscot. Había otro St. John no lejos al norte. El indio encuentra los huevos de aquella gaviota, a veces veinte juntos, del tamaño de los de gallina, en las cornisas rocosas del lado oeste del río Millinocket, por ejemplo, y se los come.

Se me ocurrió observar cómo pasaba el domingo. Mientras yo y mi compañero recorríamos las inmediaciones observando los árboles y el río, él se fue a dormir. De hecho, aprovechaba todas las ocasiones de echar una siesta, fuera el día que fuera.

Dando una vuelta por el bosque de aquel campamento observé que contenía principalmente abetos, piceas negras, algunas blancas, arces rojos, abedules y, junto al río, el canoso aliso, *alnus incana.* Los nombro en orden de abundancia. El *viburnum nudum* era arbusto común, y de las plantas menores estaban el escaramujo, la gran orquídea de hoja redonda, abundante y en flor (una flor blanco verdo-

sa en forma de pequeños manojos), la *uvularia grandiflora*, cuyo tallo sabe como el pepino, la *pyrola secunda*, aparentemente la más corriente en esos bosques, por el momento sin flores, la *pyrola elliptica* y la *chiogenes hispidula*. La *clintonia borealis*, con bayas maduras, era muy abundante y perfectamente adaptada al entorno. Sus hojas, dispuestas por lo común en triángulos alrededor del tallo, eran tan magníficamente formadas y verdes, y sus bayas tan azules y lustrosas, como si se hubieran desarrollado junto al sendero favorito de un botánico.

Por las débiles líneas verde amarillentas de musgo, de dieciocho pulgadas de ancho y veinte o treinta de longitud, atravesadas por otras semejantes, pude rastrear el contorno de grandes abedules caídos hacía tiempo, desplomados y en descomposición, convertidos en suelo

Oí el canto del pechiamarillo de Maryland, de la cotovía, del martín pescador, de la curruca y del caracatey. También oí y ví ardillas rojas. Y oí a una rana-toro. El indio dijo que había oído a una víbora.

Por agreste que fuera el entorno, me resultaba difícil liberarme de las asociaciones mentales con los asentamientos. Cualquier sonido regular y monótono, al cual no prestara una atención específica, pasaba por un sonido de origen humano. A los saltos de agua que escuchaba no les faltaban sus diques y molinos en mi imaginación: y varias veces descubrí que había estado confundiendo el sonido de las ráfagas de aire por encima del bosque más allá de los ríos, por el de una hilera de vagones de tren, los coches de Quebec. Estemos donde estemos, nuestra mente, cuando actúa por su cuenta, se afana siempre en sacar conclusiones a partir de falsas premisas.

Le pedí al indio que nos fabricase un azucarero de corteza de abedul, cosa que hizo; pero la corteza se rompió en las esquinas al doblarla, y él dijo que no servía, que había una gran diferencia a este respecto entre la corteza de un abedul para canoa y la de otro, es decir, que una se quiebra más fácilmente que la otra. Usé algunas

delgadas y frágiles hojas de esa corteza, cortadas y divididas por él, en mi libro de flores, pensando que sería adecuado separar los ejemplares secos de los verdes.

Queriendo distinguir entre picea negra y picea blanca, mi compañero le pidió a Polis que le mostrase una rama del segundo, lo cual éste hizo de inmediato, junto con una del primero. En realidad, él podía distinguir entre ellas tan pronto como las veía; pero como las dos se parecían bastante, mi compañero le pidió que señalase la diferencia. El otro, con las ramas en la mano, señaló enseguida, mientras pasaba la mano sobre una y otra como si las acariciase, que la blanca era áspera (es decir, que sus agujas se alzaban casi perpendicularmente), y en cambio la negra era suave (como si fueran dobladas o peinadas hacia abajo). La diferencia era evidente, para la vista y el tacto. No obstante, si no recuerdo mal, eso no servía para distinguir entre la picea blanca y la variedad menos colorida de la negra.

Le pedí que me dejara mirar cómo conseguía un poco de raíz de picea negra y fabricaba hilo con ella. Ante lo cual, sin levantar la mirada hacia lo alto de los árboles, se puso a escarbar en el suelo, localizó al instante las raíces de la picea negra, cortó una delgada de tres o cuatro pies de longitud, del grosor de la caña de una pipa, dividió un extremo con el cuchillo y, tomando una mitad entre los dedos pulgar e índice de ambas manos, separó rápidamente todo el largo en dos mitades semicilíndricas iguales; luego me dio otra raíz y dijo, «Hacer prueba usted». Pero en mis manos, la raíz se escurrió inmediatamente de un lado, y me quedé con solo un trozo muy corto. En resumen, que aunque parecía muy fácil, descubrí que escindir aquellas raíces exigía una considerable destreza. Había que proceder hábilmente teniendo en cuenta la naturaleza de la materia que se tenía entre manos, e ir torciéndola de a poco con una u otra mano de modo de sostenerla siempre por el medio. Él quitaba a continuación la corteza de cada mitad, presionando con ambas manos con un pequeño trozo de corteza de cedro sostenida con

ambas manos contra el lado convexo mientras tiraba hacia arriba con los dientes. Los dientes de un indio son fuertes, y yo he notado que los usan a menudo cuando nosotros emplearíamos la mano. Viene siendo para ellos una mano extra. Así fue como Polis consiguió en un rato un cordel muy proporcionado, fuerte y flexible, que podía anudar, o incluso convertir en línea de pescar. Dicen que en Noruega y en Suecia se utilizan con el mismo fin las raíces de la picea noruega (*abies excelsa*). Dijo él que no hay más remedio que pagar medio dólar por la raíz de picea necesaria para una canoa preparada de aquel modo. Él había encargado la costura de la suya, si bien había hecho personalmente todo lo demás. La raíz empleada había sido de un color pizarra pálido, adquirido probablemente por estar expuesta a la intemperie, o quizá por haber sido primero hervida en agua.

El día anterior había descubierto que su canoa tenía una pequeña filtración, debida, dijo, a que al subirse a ella precipitadamente se daba lugar a que se filtrase agua por debajo del borde de las costuras horizontales del costado. Le pregunté dónde conseguiría brea para repararla, ya que ellos por lo común utilizan la comprada a los blancos en Oldtown. Contestó que podía hacer una semejante, e igualmente buena, no a base de resina de picea u otra parecida, sino de un material que ya teníamos; y quiso que yo lo adivinase. Pero fui incapaz, y él no quiso decirlo, aunque me mostró una bola ya hecha, del tamaño de un guisante y con aspecto de brea, diciendo, por último, que hay cosas que un hombre no le cuenta ni siquiera a su mujer. Puede que fuese un descubrimiento suyo. En la expedición de Arnold los pioneros usaban para sus canoas «la trementina del pino y raspadura de ubre de cerda».

Con el deseo de saber qué clase de peces había en aquel oscuro y profundo río de aguas mansas, lancé el anzuelo poco antes de anochecer y cobré varios pequeños y amarillentos que el indio rechazó de inmediato diciendo que eran peces *michigan* (es decir, blandos y hediondos) que no servían para nada. Tampoco quiso una anguila, de la que dijo que ni los indios ni los blancos de por allí las

comían jamás. Me pareció extraño, puesto que son estimadas en Massachusetts y sabiendo que él me había dicho que comía erizos, somorgujos, etc. Pero el indio dijo que algunos pequeños peces plateados, a los que yo llamaba alevines, parecidos en la forma y el tamaño al primero, eran la mejor pesca en las aguas de Penobscot, y que si yo se los lanzaba a la ribera los cocinaría para mí. Después de limpiarlos, no muy a fondo y sin quitarles la cabeza, los puso a asar sobre las ascuas.

Al regreso de una breve caminata, trajo en la mano un sarmiento de una planta trepadora y me preguntó si sabía qué era, afirmando que con ella se preparaba el mejor té de los bosques. Era la *chiogenes hispidula*, sumamente común por allí, con bayas recientes. La llamó *cowosnebagosar*, nombre que implica que crece donde se han desplomado y podrido viejos árboles. De modo que decidimos tomar esa noche un té de la misma. Sabía ligeramente a gaulteria, y los dos estuvimos de acuerdo en que era realmente mejor que el té negro que nosotros habíamos llevado. Pensamos que era todo un hallazgo y que bien podría secarse y venderse en las tiendas. Aunque yo, al menos, no soy un veterano bebedor de té y no puedo hablar con autoridad sobre el tema. Habría sido especialmente adecuado para llevarlo como bebida fría durante el día, ya que el agua de por allí está invariablemente tibia. El indio dijo que también usaban como té cierta hierba que crecía en terrenos bajos y que no encontraba allí, lo mismo que *ledum*, o té de Labrador, que después he encontrado y puesto a secar en Concord; también hojas de cicuta, sobre todo en invierno, cuando las otras plantas están cubiertas por la nieve; y varias cosas más; pero no aprobaba el *arbor-vitæ*, del que yo dije haber bebido en aquellos bosques. Podríamos haber bebido un té diferente cada noche.

Al anochecer vimos una rata almizclera, la única en este viaje, que nadaba aguas abajo por el lado opuesto de la corriente. El indio, que quería cazar una para comer, nos susurró, «Alto... yo lla-

mar»; y sentado en la orilla, empezó a producir esforzadamente con los labios un curioso chillido áspero. Me causó una gran sorpresa: pensé que por fin había penetrado en el mundo no civilizado y que aquel era ciertamente un salvaje ¡hablándole a una rata almizclera! No supe cuál me resultaba más extraño. Él parecía haber renunciado del todo a la condición humana y haberse pasado al bando de la rata. Pero la rata, hasta donde alcancé a ver, no varió su trayectoria, aunque puede que vacilara un poco, y el indio dijo que había visto el fuego; pero fue evidente que, como dijo, él estaba habituado a llamar a la rata. Un conocido mío que estuvo en el bosque cazando alces un mes más tarde, me cuenta que su acompañante indio lo había hecho repetidas veces y que cuando las tenía al alcance de su remo a la luz de la luna, las golpeaba.

El indio dijo una oración especialmente larga esa noche de domingo, como en desagravio por haber trabajado por la mañana.

El Allegash y el East Branch – Parte 5

Lunes, 27 de julio.

Habiendo cargado rápidamente la canoa, bajo la atenta mirada del indio para que quedase bien equilibrada, y después de que cada uno de nosotros comprobase, como de costumbre, que no había olvidado nada, salimos nuevamente río abajo por el Caucomgomoc, y giramos hacia el nordeste por el Umbazookskus. Este nombre, dijo el indio, significa *río con mucho pastizal.* Nos pareció una corriente con mucha hierba y agua mansa, en ese momento muy ancha debido a las lluvias, aunque —dijo él— a veces era bastante estrecho. El espacio que media entre los bosques, mayormente pradera desnuda, tenía entre cincuenta y doscientas varas, y era un lugar excelente para el alce. El río me recordó al Concord; y lo que aumentó la semejanza fue un viejo habitáculo de rata almizclera prácticamene a flote.

En el agua que cubría aquel espacio crecían juncias, totoras, una profusión de *iris versicolor* que exhibía sobre la superficie su flor, semejante a un azulado nenúfar, y más arriba numerosos grupos de un raro sauce de hoja particularmente angosta (*salix petiolaris*), que es común en nuestros prados fluviales. Aquí predominaba, y el indio dijo que la rata almizclera lo comía en grandes cantidades; y en el lugar crecía asimismo la mimbrera roja (*cornus stolonifera*), con su fruta ahora blanquecina.

Aunque era todavía de mañana temprano, vimos unos caracatey volando en círculo sobre el prado fluvial, y oímos como de costum-

bre al pepe (*muscicapa cooperi*), que es uno de los pájaros que prevalecen en estos bosques, junto con el tordo norteamericano.

No era frecuente que el bosque estuviese tan distante de la orilla, y producía bastante eco, pero cuando me puse a gritarle al indio para despertarlo, él me recordó que podía asustar al alce, al que estaba buscando y al cual todos queríamos ver. La palabra para eco era *pockadunkquaywayle.*

Un ancho cinturón de alerces secos a lo largo del distante borde del prado, contra el bosque a ambos lados, aumentaba la habitual cualidad silvestre del escenario. El indio los llamó enebros, y dijo que los había matado el reflujo provocado por la presa a la salida del lago Chesuncook, distante unas veinte millas. Al borde del agua arranqué la *asclepias incarnata,* con muy hermosas flores, de un rojo más brillante que el de nuestra variedad (la *pulcra*). Fue la única forma de ésta que ví allí.

Tras remar durante varias millas por el Umbazookskus, éste se contrajo de repente hasta no ser sino un mero arroyo, con los alerces y otros árboles muy próximos a la ribera, sin dejar espacios abiertos, y desembarcamos para conseguir una pértiga de picea negra con la que impulsarnos contra la corriente. Era la primera ocasión de usar una. La que escogimos era bastante delgada, de unos diez pies de longitud[1], con una punta apenas afilada y la corea quitada. La corriente, aunque estrecha y rápida, era aun profunda, con el fondo lodoso, como se demostró cuando me zambullí en ella. Además de las plantas que he mencionado, observé en la ribera *salix cordata* y *rostrata, ranunculus recurvatus* y *rubus triflorus* con fruta madura.

Mientras así nos ocupábamos, aparecieron ante nuestra vista dos indios en canoa rodeando los matorrales corriente abajo. Nuestro indio conocía a uno de ellos, un viejo, y entabló conversación con él en su idioma. Era de la zona opuesta a la cabecera del Moosehead.

[1]. Una vara mide 16,5 pies, 50-200 varas equivalen a 825-3300 pies.

El otro era de otra tribu. Regresaban de una cacería. Le pregunté al más joven si habían visto algún alce, a lo que respondió que no; pero yo, viendo las pieles de alce que sobresalían de un gran atado hecho con mantas situado en el centro de la canoa, añadí, «Sólo sus pieles». Siendo de otra región, pudo querer engañarme, pues está legalmente prohibido a indios y blancos cazar alces en Maine en esta estación. Pero probablemente no tuviera por qué alarmarse, porque los guardianes del alce no son muy exigentes. Yo he sabido de primera mano de uno que, preguntado por un blanco que se dirigía al bosque qué diría si este cazaba un alce, contestó, «Si me trae un cuarto del animal, creo que no tendrá problemas». Siendo su tarea, según dijo, únicamente impedir la matanza «indiscriminada» de alces para hacerse con las pieles. Supongo que la consideraría indiscriminada cuando no le reservaban un cuarto para él. Se trata de un beneficio extra del oficio.

Continuamos flanqueados por el más extenso bosque de alerces que yo hubiera visto, árboles altos y delgados, con un fantástico ramaje. Pero aunque era allí el árbol más abundante, no recuerdo haber visto ninguno después. No se encuentran allí árboles de esta especie que crezcan desordenadamente por todo el bosque, sino más bien en pequeñas agrupaciones. Lo mismo ocurre en el caso de los pinos blanco y rojo, y en el de otros árboles, para gran provecho de los madereros. Poseen un hábito social, crecen en «venas», «grupos», «macizos», o «comunidades», como las llaman los exploradores, que las distinguen de muy lejos, desde lo alto de una colina o un árbol; los pinos blancos sobresalen de la floresta circundante o, si no, forman extensas florestas propias. Me habría gustado tropezar con una gran comunidad de pinos que no hubiera sido nunca invadida por el ejército maderero.

Vimos huellas frescas de alce a lo largo de la orilla, pero el indio dijo que ellos no eran expulsados del bosque por las moscas, como es habitual en esta estación, habida cuenta la abundancia del

agua por todas partes. La corriente tenía solo de una y media a tres varas de ancho, bastantes curvas, pequeñas islas de tanto en tanto y algunos tramos muy rápidos y poco profundos. Cuando nos acercábamos a una isla, el indio nunca vacilaba sobre por qué lado pasar, como si la corriente le dijera cuál era el más corto y profundo. Era una suerte que el agua estuviera tan alta. Solo tuvimos que caminar una vez, llevando parte de la carga, en un tramo rápido y superficial, mientras él subía con la canoa sin verse obligado a salir, aunque dijo que el agua tenía mucha fuerza. Una o dos veces pasamos junto a los restos de un *batteau* desfondado alguna primavera anterior.

Mientras efectuábamos ese porte vi numerosos ejemplares espléndidos de la gran orquídea de orla púrpura, de tres pies de altura. Es notable que unas flores tan delicadas adornen aquí estos senderos salvajes.

Cuando retomamos nuestros asientos en la canoa, sentí que el indio me limpiaba la espalda, sobre la que había escupido accidentalmente. Comentó que aquello era una señal de que iba a casarme.

Al río Umbazookskus se le atribuyen diez millas de longitud. Tras haber recorrido por la parte más estrecha unas tres o cuatro millas, la siguiente apertura en el cielo fue sobre el lago del mismo nombre, en el que entramos súbitamente alrededor de las once de la mañana. Se extiende cuatro o cinco millas hacia el noroeste, con la montaña que los indios llaman Caucomgomoc a lo lejos. Fue un cambio agradable.

Este lago era muy poco profundo a bastante distancia de la ribera, y ví en el fondo piedras apiladas, como en el Assabet nuestro. La canoa chocó con una. El indio pensaba que los amontonamientos eran obra de una anguila. Joe Aitteon, en 1853, creía que las hacían los cachos. Cruzamos el extremo sudeste del lago hacia el porteadero que comunica con el Mud Pond.

El lago Unbazookskus es la cabecera del Penobscot en esa dirección, y Mud Pond la cabecera más próxima del Allegash, una

de las fuentes principales del St. John. Hodge[2], que transitó este camino hacia el St. Lawrence al servicio del Estado, calcula la longitud del porteadero en una milla y tres cuartos, y manifiesta que se ha encontrado que Mud Pond está a catorce pies por encima del lago Unbazookskus. Como se considera que el West Branch del Penobscot en el porteadero de Moosehead está a unos veinticinco pies por debajo del lago, parece que el Penobscot en la parte superior de su curso discurre por un amplio valle poco profundo, entre el Kennebec y el St. John, y por debajo de cualquiera de ellos, aunque, a juzgar por el mapa, podría esperarse que fuese el más elevado.

Mud Pond se encuentra a medio camino entre el Umbazookskus y el lago Chamberlain, en el cual desagua, y en cuya dirección íbamos. El indio dijo que aquel era el porteadero más húmedo del Estado, y como la estación lo era a su vez en alto grado, anticipábamos un pasaje muy desagradable. Como siempre, él hizo con su manta un gran paquete con el barril de cerdo, los utensilios de cocina y cosas sueltas. Nos íbamos a ver forzados a recorrer el porteadero dos veces, y nuestro método fue llevar la mitad parte del camino y a continuación volver por el resto.

En un calvero ubicado al final del porteadero, nuestro camino pasaba cerca de la puerta de una cabaña de troncos, y el indio, que entró solo, la halló ocupada por un canadiense que llevaba un año ciego, y su familia. Resultaba particularmente infortunado quedarse ciego allí, donde había tan pocos ojos para ver en su lugar. Ni siquiera podían sacarlo guiado por un perro, había que llevarlo por los rápidos tan pasivamente como un barril de harina. Fue la primera vivienda sobre el Chesuncook y la última sobre las aguas del Penobscot, y sin duda la habían erigido por estar en la ruta de los leñadores en invierno y primavera.

[2]. Véase nota 3 anterior.

Después de un leve ascenso desde el lago a través del mullido terreno del calvero del canadiense, entramos en un sendero llano muy húmedo y pedregoso, una especie de mera alcantarilla a través de la densa floresta universalmente verde, por la que fuimos saltando de roca en roca y de un lado al otro, en el vano intento de evitar el agua y el lodo. Llegamos a la conclusión de que todavía era agua del Penobscot, aunque allí no discurría en su dirección. Fue en ese porteadero donde el cazador blanco que conocí en la diligencia me dijo que había cazado dos osos pocos meses antes. Estaban directamente en el sendero y no le daban paso. Se les podría haber perdonado que no se apartasen o que simplemente guardasen la derecha como manda la ley. El cazador dijo que en esta estación se encontraban osos en las montañas y laderas en busca de bayas, y que solían mostrarse audaces; que podíamos tropezar con ellos en el Trout Stream; y añadió —y le di escaso crédito— que muchos indios dormían en las canoas, no atreviéndose a hacerlo en tierra por su causa.

Allí comienza lo que se llamó, hace treinta años, la mejor región maderera del Estado. Este mismo lugar fue descrito como «cubierto de la mayor abundancia de pino», pero ahora este me pareció, comparativamente, un árbol poco frecuente; y de hecho no se veía dónde podrían alzarse más, dada la densa proliferación del cedro, el abeto, etc. Fue entonces cuando se propuso abrir un canal aquí entre lago y lago, pero finalmente la salida se hizo más al este, en el lago Telos, como veremos.

El indio y su canoa pronto desaparecieron de nuestra vista; pero antes de mucho regresó y nos dijo que tomásemos un sendero que doblaba hacia el oeste y era mejor para caminar; y a mi sugerencia, convino en dejar una rama señalando el sitio del porteadero regular, para que no lo dejásemos atrás por error. De allí en adelante, afirmó, debíamos seguir el sendero principal, y añadió, «Ver huellas mías». Aunque yo no tenía mucha fe en que las viéramos, dado que otros habían pasado por el porteadero pocos días antes.

Doblamos en el lugar correcto, pero pronto nos vimos confundidos por una cantidad de sendas por las que los madereros habían pasado para recoger los pinos que he mencionado, y que se mezclaban con aquella por la que íbamos. No obstante, nos mantuvimos por el que consideramos el sendero principal, aunque era sinuoso, y en éste, a extensos intervalos, distinguimos un leve vestigio de pisadas. Aun cuando relativamente en desuso, fue al principio un camino mejor, o al menos más seco que el regular que habíamos abandonado. Pasaba a través de una jungla de *arbor-vitæ* de lo más lúgubre. Los grandes árboles caídos y en descomposición habían sido cortados y hechos rodar a un costado, y sus enormes troncos lindaban con ambos bordes del sendero, en tanto que otros yacían aun atravesados, con dos o tres pies de altura. Nos fue imposible discernir la huella del indio en el mullido musgo, que, como una alfombra, cubría cada roca y cada árbol caído, y también el propio suelo. Pese a lo cual yo detecté efectivamente en ocasiones la pisada de un hombre, cosa de la que me sentí orgulloso. Llevé toda mi carga de una sola vez, la pesada mochila y un gran saco impermeable que contenía nuestro pan y una manta, colgados de un remo; el total, unas sesenta libras; pero mi compañero prefirió hacer dos viajes, por breves etapas, mientras yo lo aguardaba. No podíamos estar seguros de no estar depositando cada vez nuestra carga lejos del camino verdadero.

Mientras esperaba a mi compañero, que parecía tardar bastante, tuve ocasión de efectuar observaciones sobre la floresta. Por primera vez empecé a ser seriamente acosado por la mosca negra (*simuliidae*), una mosca pequeña pero perfectamente formada, de dicho color, y de aproximadamente una décima de pulgada de largo, que primero sentí, y después vi formando enjambres a mi alrededor, sentado junto a un desvío más abierto y más dudoso de lo habitual en este oscuro sendero de floresta. Los cazadores cuentan historias sangrientas sobre ellas: de cómo se instalan formando un anillo alrededor del cuello de la víctima antes de que esta se de

cuenta, y son ahuyentadas en gran número llenas de su sangre. Pero recordando que llevaba en la mochila una toalla humedecida, preparada por una persona amable en Bangor, me apresuré a ponérmela sobre la cara y las manos, y me alegró ver que funcionaba, siempre que estuviese fría, o durante veinte minutos, no solamente contra las moscas negras sino contra todos los insectos que nos molestaban. No podían posarse sobre la parte defendida de esa manera. Estaba embebida en aceite de oliva y aceite de trementina, con un poco de aceite de menta verde y de alcanfor. Pero al final concluí que el remedio era peor que la enfermedad. Era sumamente desagradable y perjudicial tener la cara y las manos cubiertas con semejante mezcla.

Tres grandes pájaros color pizarra, del género del arrendajo (*garrulus canadensis*), revolotearon en silencio y poco a poco hacia mí y se posaron con aire inquisitivo a menos de siete u ocho pies. Eran más torpes que la urraca americana, y ni con mucho tan espléndidos. Las águilas pescadoras emitieron desde el lago sus agudas notas sibilantes, volando bajo sobre las copas de los árboles de la floresta cercana, como si estuvieran preocupadas por sus nidos.

Al cabo de algún tiempo de estar allí sentado, noté en la bifurcación del sendero un árbol que había sido marcado y la inscripción «Chamb. L.» escrita con tiza sobre el mismo. Supe que se refería al lago Chamberlain. De modo que llegué a la conclusión de que en general estábamos en el rumbo correcto, aunque como habíamos andado cerca de dos millas sin haber visto señales del Mud Pond, tuve la sospecha de que pudiéramos hallarnos en la dirección del lago Chamberlain, sin pasar por el Mud Pond. Encontré por mi mapa que este último estaría a unas cinco millas al nordeste, y entonces me orienté con el compás.

Una vez que mi compañero retornó con su saco y también se protegió el rostro y las manos con la toalla contra-insectos, seguimos adelante. La caminata empeoró rápidamente, el sendero se volvió más confuso, y por fin, luego de cruzar una zona de *calla*

palustris todavía abundantemente florecida, nos encontramos en una ciénaga más abierta y regular, menos transitable que de costumbre por la inusual humedad de la estación. A cada paso hundíamos el pie en agua y lodo, que a veces nos llegaban hasta la rodilla, y el sendero estaba casi borrado, no siendo sino el que una rata almizclera deja en lugares similares cuando aparta las juncias flotantes. En rigor, es probable que en algunas partes lo fuera. Concluímos que si el Mud Pod era tan lodoso como acuoso era su acceso, ciertamente merecía su nombre. Habría sido divertido contemplar el paso obstinado y decidido con el que entramos en aquella ciénaga, sin cambiar palabra, como resueltos a atravesarla aunque nos llegase al cuello. Cuando nos habíamos internado considerablemente en ella y encontrado una mata de hierba en la que poder depositar nuestra carga, aunque no había sitio para sentarse, mi compañero regresó a por el resto de su equipaje. Yo había pensado fijarme, cuando la atravesásemos en el porteadero, en la línea divisoria entre el Penobscot y el St. John, pero como mis pies apenas habían estado fuera del agua en todo el trayecto, que era llano y estancado, empecé a desesperar de encontrarla. Recordaba haber oído hablar mucho de las «tierras altas» que dividían las aguas del Penobscot de las del St. John, así como del St. Lawrence, en la época de la disputa sobre la frontera del nordeste,[3] y observé en mi mapa que la línea reclamada por Gran Bretaña como el límite previo a 1842 pasaba entre el lago Umbazookskus y el Mud Pond, por lo que, o la habíamos atravesado, o nos hallábamos sobre la misma. Éstas, pues, según su interpretación del tratado del 83[4], eran las «tierras altas que dividen aquellos ríos que desembocan en el St. Lawrence de aquellos que lo hacen en el Océano Atántico».

[3]. En 1839 los EEUU reclamaron toda la región septentrional de Maine y parte de lo que es actualmente Canadá, mientras que Gran Bretaña reclamaba buena parte de lo que es hoy aquella región de Maine.

[4]. Tratado de 1883, que puso fin a la Revolución Norteamericana.

Un lugar verdaderamente interesante en el que detenerse —en tal caso—, aunque no hubiese cómo sentarse. Pensé que si los propios comisionados, y el rey de Holanda con ellos, hubieran estado aquí varios días, con las mochilas al hombro, buscando la tal «tierra alta», habrían pasado un tiempo interesante, y quizás eso hubiera modificado algo sus puntos de vista sobre la cuestión. El rey de Holanda habría estado en su elemento.[5] Esas eran mis meditaciones mientras mi compañero volvía con su saco de equipaje.

Era un bosque cenagoso de cedros, a través del cual sonaba fuerte y clara la peculiar nota del gorrión de pecho blanco. Crecían allí la flor conocida como «silla (de montar) de mujer», el té de Labrador, la *kalmia glauca* y, cosa nueva para mí, el abedul bajo (*betula pumila*), un arbusto de hoja redonda, de solo dos o tres pies de altura. Pensamos en darle su nombre a la ciénaga.

Al cabo de un largo rato regresó mi compañero, y el indio con él. Este último, con buen criterio, había vuelto al campamento del canadiense, más capacitado que él para entender la mentalidad del hombre blanco, a preguntar qué camino era probable que hubiésemos tomado; el hombre le dijo acertadamente que sin duda habíamos tomado el camino por donde se llevan los suministros para el lago Chamberlain (escasos han de ser, para ser transportados por semejante ruta en esta estación). El indio se mostró muy sorprendido de que hubiéramos escogido lo que llamó un «carreo» (es decir, un camino de acarreo) en lugar de una senda de porte —que no hubiéramos seguido sus huellas—; dijo que era «extraño», y fue evidente que no valoraba mucho nuestra capacidad para manejarnos en el bosque.

Después de deliberar y de comer un bocado de pan, concluímos que tal vez ahora a nosotros dos nos quedara más cerca proseguir

[5]. Se había solicitado al rey de Holanda que mediara en la disputa, pero EE.UU. rechazó su decisión. La cuestión fue resuelta por el tratado Webster-Ashburton de 1842.

hacia el lago Chamberlain, dejando de lado Mud Pond, que regresar y partir nuevamente hacia este último lugar, aunque el indio no había recorrido nunca ese camino y no sabía nada a su respecto. En el interín, él retrocedería a terminar de cargar la canoa y el equipaje, para ir a Mud Pond, cruzarlo, e ir por su salida y el lago Chamberlain, confiando en encontrarnos antes de la noche. Era poco más de medio día. Él suponía que el agua en la que nos encontrábamos discurría de vuelta de Mud Pond, que no podía estar muy lejos hacia el este pero era inaccesible a través de la densa ciénaga de cedros.

Al reanudar la marcha, pronto experimentamos una agradable decepción cuando llegamos a un suelo más firme, y cruzamos una elevación donde el sendero se veía mejor, aunque nunca tuvimos un panorama de la floresta. Mientras descendíamos, yo, que iba en último lugar, vi numerosos especímenes de la gran orquídea de hoja redonda, de tamaño considerable; una que medí, de dos pies de altura, tenía unas hojas, aplastadas contra el suelo, como es habitual, de nueve pulgadas y media de longitud por nueve de ancho. La selva oscura y húmeda favorece a algunas de estas plantas orquidáceas, sumamente delicadas de cultivar. Vi también el grosellero de las ciénagas (*ribes lacustre*), con frutos verdes, y en todo el terreno llano en el que no había demasiada agua, el *rubus triflorus* con sus frutos. En un sitio oí la nota muy clara y penetrante de un pequeño halcón, semejante a una nota aislada producida por un gorrión de pecho blanco, solo que mucho más sonora, al tiempo que el ave pasaba raudamente por entre las copas de los árboles sobre mi cabeza. Me sorprendió que diera esa muestra de que nuestra presencia la perturbaba, puesto que parecía no poder volver a encontrar fácilmente su nido en aquella espesura. También vimos y oímos en varias ocasiones a la ardilla roja, y a menudo, como señalé antes, las escamas azuladas de las piñas de abeto dejadas por ella sobre una roca o un árbol caído. Se trata, según el indio, de la única ardilla que habita estos bosques, aparte de unas pocas listadas. Debe llevar una existencia solitaria en

la oscura floresta de hoja perenne, donde hay tan poca vida, a setenta y cinco millas de una carretera. No sé cómo podía llamar su hogar a un árbol en particular; y no obstante, subía velozmente por el tronco de uno de entre miles, como si fuera para ella un camino archiconocido. ¿Cómo es posible que un halcón la encuentre? Se me ocurrió que la ardilla debía estar contenta de vernos, aunque pareciera censurar nuestra presencia. Uno de estos sombríos bosques de abetos y piceas no está completo si no se oye salir de sus musgosos y enramados lugares ocultos su señal de alarma —su sonido puro, como el de la savia abriéndose paso por una rajadura del árbol—; como el de la cerveza de picea. Una de esas impertinentes intentó ocasionalmente alarmar al bosque por mi presencia. «¡Oh!» dije yo, «conozco muy bien a tu familia, a tus primos de Concord. Supongo que el correo es irregular por aquí, y que te gustaría saber de ellos». Pero mis insinuaciones fueron vanas, pues la ardilla se retiró por sus caminos aéreos a la copa de un cedro más alejado, y volvió a emitir su alerta.

Después nos internamos en otra ciénaga, andando a un paso necesariamente lento, peor que nunca, no solo debido al agua sino a los troncos caídos, que con frecuencia borraban del todo el sendero ya poco discernible. Los árboles caídos eran tan numerosos, que en extensos tramos la ruta transcurría por una sucesión de pequeños espacios vallados, cuyas cercas, de la altura de nuestras cabezas, habíamos de superar, con el agua a menudo hasta las rodillas, para a continuación salvar otra cerca, y después otra; y una vez, al volver atrás a por su saco, mi compañero se extravió y regresó sin él. En muchos lugares la canoa habría navegado si no fuera por los troncos caídos. En tal caso el curso sería más abierto, aunque igualmente acuoso, demasiado para que pudieran crecer árboles y sin sitio donde instalarse. Era una ciénaga musgosa, para atravesar la cual se requerían las largas patas del alce, y es muy probable que nuestro tránsito haya asustado a algunos, aunque no vimos ninguno. Estaba en condiciones de hacer eco al rugido del oso, el

aullido del lobo o el grito de la pantera; pero cuando nos internamos lo bastante en una de estas florestas sombrías, nos sorprende encontrar que, casi siempre, los habitantes más grandes estén ausentes, y solo hayan dejado a una insignificante ardilla para que nos ladre. En términos generales, en un paraje inhóspito no hay aullidos: es la imaginación del viajero la que los crea. No obstante, yo vi efectivamente un puercoespín muerto; quizás había sucumbido a las dificultades del camino. Estos sujetos hirsutos son un pequeño fruto muy aprovechable de aquella región salvaje.

Abrir una senda para los troncos en los bosques de Maine se llama «encenagarlo» y a los que lo hacen, «cenagadores». Ahora comprendía lo preciso del término. Aquel era el más absolutamente cenagoso de los caminos que hubiera visto nunca. La naturaleza ha de haber cooperado allí con el arte. Aunque supongo que dirán que el nombre responde al hecho de que la tarea principal de los que abren caminos en estos bosques es hacer que las ciénagas resulten transitables. Llegamos a un arroyo en el que el puente, hecho de troncos unidos con corteza de cedro, se había roto, y lo cruzamos como pudimos. Es probable que desembocara en Mud Pond, y tal vez el indio podría haber subido por él y habernos alcanzado allí, si lo hubiera sabido. Tal como estaba, aquel puente arruinado era la prueba principal de que nos hallábamos en algún tipo de sendero.

Después atravesamos otro terreno ligeramente elevado y yo, que llevaba zapatos, tuve ocasión de retorcer las medias, pero mi compañero, que calzaba botas, había descubierto que quitárslas no era un experimento seguro, pues podría no ser capaz de volvérselas a poner. Como él inspeccionaba tres veces el suelo, o mejor dicho el agua, nuestro avance se hacía muy lento; además de que el agua nos ablandaba los pies y hasta cierto punto los volvía ineptos para la caminata. Mientras lo esperaba, yo tenía inevitablemente la impresión de que transcurría un tiempo incalculable. Por lo tanto, al ver a través del bosque que el sol estaba bajando, y teniendo dudas acerca

de lo lejos que pudiera hallarse el lago, incluso si íbamos en la dirección correcta, así como sobre en qué parte del mundo nos encontraríamos a la caída de la noche, propuse que yo siguiera adelante a la velocidad que pudiese, dejando ramas para marcar el sendero, para encontrar el lago y al indio, de ser posible antes de la noche, y enviar a este último de regreso a cargar con el saco de mi compañero.

Tras recorrer alrededor de una milla y hallarme de nuevo en terreno bajo, oí un sonido semejante al de un búho, que pronto descubrí provenía del indio, y respondiendo al mismo no tardamos en reunirnos. Había llegado al lago después de cruzar Mud Pond y navegar a continuación por unos rápidos, para salir a cosa de milla y media de nuestro sendero. Si él no hubiese vuelto para reunirse con nosotros es probable que no lo hubiésemos encontrado esa noche, porque el sendero se bifurcaba un par de veces antes de llegar a ese punto del lago en particular. De modo que él regresó a por mi compañero y su saco, mientras yo seguía adelante. Después de vadear otra corriente en la que el puente de troncos había cedido y cuya mitad se alejaba flotando —una forma de andar en modo alguno peor que nuestro caminar ordinario, ya que el lecho era menos cenagoso—, seguimos adelante, alternando cieno y agua, hacia la orilla del lago Apmoojenegamook, adonde llegamos a tiempo para una tardía cena, en lugar de haber almorzado allí como esperábamos, habiendo salido sin comer. Fueron no menos de cinco las millas que recorrimos por aquel sendero, y como mi compañero lo había cubierto en su mayor parte más de tres veces, había caminado en total más de una docena de millas por aquel trayecto deplorable. En invierno, cuando el agua se hiela y la nieve alcanza los cuatro pies de espesor, es sin duda un recorrido tolerable. De hecho, yo no me lo habría perdido por nada. Si se quiere una receta precisa para hacer un camino como aquel, tómese una parte de Mud Pond y dilúyase con partes iguales de Umbazookskus y Apmoojenegamook; luego envíese una familia de ratas almizcleras a localizarlo, encargarse de los ribazos y desaguaderos y terminarlo a su gusto.

Habíamos salido en una punta que se extendía hacia el interior del Apmoojenegamook, o lago Chamberlain, al oeste del desaguadero de Mud Pond, donde había una costa amplia, pedregosa y cubierta de grava, con abundancia de troncos y árboles descoloridos. Nos regocijó ver esas cosas secas en aquella parte del mundo. Aunque al principio no prestamos tanta atención a lo seco como al cieno y los implementos mojados. Los tres nos metimos en el lago hasta la cintura para lavar nuestra ropa.

Era este otro lago noble, doce millas de longitud, al este y al oeste; si se añade el lago Telos, que desde que se construyó la presa[6] ha estado conectado con él por aguas mansas, serán veinte; y al parecer tiene entre milla y media y dos millas de ancho. Nos encontrábamos más o menos por la mitad de su extensión, del lado sur. Podíamos ver sobre la orilla opuesta, a unas dos millas y media de distancia, el único espacio despejado de la zona, llamado «Granja Chamberlain»[7], con dos o tres cabañas de troncos próximas entre sí. El humo de nuestra hoguera, señal convencional para cuando alguien desea cruzar, atrajo a dos hombres en canoa desde la granja. Les llevó casi media hora venir, y esta vez tuvieron que esforzarse bastante. Hasta el nombre inglés del lago sonaba a salvaje, a bosque, y me recordó a aquel Chamberlain que mató a Paugus en la pelea de Lovewell.[8]

Después de ponernos la ropa seca que teníamos y de colgar la otra en la pértiga que el indio instaló cerca del fuego, cenamos y nos echamos sobre los guijarros de la orilla, con los pies hacia el calor de la lumbre, sin montar la tienda, haciendo un lecho de hierba para cubrir la piedra menuda.

[6]. Las presas de los lagos Telos y Chamberlain fueron construídas en 1841.

[7]. Depósito maderero sobre el lago Chamberlain, construído en 1846.

[8]. Se cree que en 1725 John Chamberlain mató al jefe indio Paugus cerca del sitio actualmente ocupado por Freiburg, Maine.

Allí me molestó por primera vez el mosquito que llaman «No-se-ven» (*simulium nocivum*), especialmente en la arena al borde del agua, ya que es una especie de jején. No se ven, excepto por las alas ligeramente coloreadas. Se dice que se meten por debajo de la ropa y producen una temperatura febril, que es lo que supongo que sentí esa noche.

Nuestros insectos enemigos en esta excursión fueron, en resumen, primero y sobre todo los mosquitos, aunque solo molestan por la noche, o de día cuando se está sentado quieto en la orilla; segundo, las moscas negras (*simulium molestum*), que nos acosaban más o menos en los portes de día, según he descrito antes, y a veces en los tramos más estrechos de la corriente. Harris[9] se equivoca cuando dice que no se las ve después de junio. Tercero, la mosca del alce. Las más grandes, dijo Polis, se llaman *bososquasis*. Es una corpulenta mosca marrón, muy parecida a un tábano, de unos once dieciseisavos de pulgada de longitud, generalmente de color herrumbre por la parte de abajo, con alas sin lunares o motas. Son capaces de picar rápidamente, según Polis, pero son fáciles de evitar o matar. Cuarto, los ya mencionados «no-se-ven». De todos ellos, los mosquitos fueron los únicos que me acosaron seriamente; pero como yo disponía de repelente y de un tul, no me han hecho mayor impresión.

El indio no usaba nuestro repelente para protegerse las manos y la cara, por temor a dañarse la piel; tampoco tenía un mosquitero; por lo tanto, los insectos lo hicieron sufrir, entonces y durante todo el viaje, más que a cualquiera de nosotros. Creo que sufría más que yo cuando se ataba el pañuelo a la cara y la sepultaba en la manta; esta vez terminó por tenderse sobre la arena entre nosotros y el fuego para aprovechar el humo, el cual procuraba que entrase por

[9]. Thaddeus William Harris (1795-1856), bibliotecario de Harvard entre 1831 y 1856 (incluído el período en que Thoreau la frecuentó), escribió 120 artículos sobre entomología.

debajo de la manta y le envolviese el rostro; con igual fin encendió la pipa y echaba el humo bajo la manta.

Estando de ese modo en la costa, sin nada entre nosotros y las estrellas, le pregunté cuáles de ellas conocía o tenían nombre para él. Eran la Osa Mayor, a la que llamó por ese nombre, las Pléyades, para las que no tenía un nombre, «la estrella de la mañana» y «la estrella del norte».

En mitad de la noche, como en realidad cada vez que nos acostábamos en la orilla de un lago, oímos a la distancia la voz del somorgujo, fuerte y clara. Es un sonido muy salvaje, en total consonancia con el lugar y las circunstancias del viajero, y muy diferente del de cualquier otra ave. Es tan emocionante, que podría pasarme horas despierto escuchándola. Cuando acampa en una región tan agreste como esta, uno está preparado para escuchar sonidos de algunos de sus habitantes dando voz a su condición de ajeno a la civilización. Le pasan naturalmente por la mente imágenes de osos, lobos o panteras, y cuando el sonido se escucha por primera vez a media noche desde muy lejos, mientras se está acostado con la oreja cerca del suelo —con la floresta perfectamente silenciosa alrededor se da por sentado que es la voz de un lobo u otra bestia salvaje cualquiera, ya que a la distancia solo se oye la última parte del sonido—, la conclusión es que se trata de una manada de lobos aullándole a la luna, o, en todo caso, galopando tras un alce. Aunque pueda parecer extraño, el mugido de una vaca en la ladera de una montaña es lo que más se aproxima a mi idea de la voz de un oso; y la nota de aquel ave se le parecía. Era el sonido indefectible y característico de estos lagos. No tuvimos tanta suerte como para escuchar aullar a los lobos, aunque es una serenata que ocurre de vez en cuando. Unos amigos míos que hace un par de años remontaron el río Caucomgomoc, la escucharon mientras cazaban alces a la luz de la luna. Fue semejante a una súbita salva, como si un centenar de demonios se hubieran soltado de golpe, un sonido bastante alar-

mante, de los que ponen los pelos de punta, y tras el cual volvió a reinar el silencio. Duró apenas un momento, y se habría pensado que eran veinte lobos, cuando probablemente no fueran más de dos o tres. Lo oyeron únicamente dos veces, y dicen que fue un sonido que puso de manifiesto una condición salvaje que el entorno no había expresado antes. Yo he sabido de individuos que, mientras desollaban un alce hace poco en el bosque, fueron ahuyentados del cadaver del animal por una manada de lobos, que se lo comieron.

Este del somorgujo —no me refiero a su risa, sino a su chiflido— es un llamado alargado, por así decir, a veces singularmente humano para mi oído, *ju-ju-uuuu*, como el de quien azuza enérgicamente a los perros, deliberadamente. Yo he oído un sonido exactamente igual al respirar pesadamente por la naríz, semi dormido a las diez de la noche, lo que sugiere mi afinidad con el ave; como si, en definitiva, su lenguaje fuera un dialecto mío. Tiempo antes, cuando me mantenía despierto a medianoche en estos bosques, había prestado atención para discernir alguna palabra o sílaba de su lenguaje, pero lo que pasó fue que mi escucha fue en vano hasta que oí el grito del somorgujo. Lo he oído ocasionalmente en las lagunas de mi ciudad natal, pero allí el escenario circundante no resalta su cualidad salvaje.

Me despertó a medianoche un ave voluminosa que volaba muy bajo, probablemente un somorgujo que pasó por la costa aleteando cerca de mi cabeza. Así que, volviendo el otro lado de mi cuerpo medio vestido hacia el fuego, intenté recuperar el sueño profundo.

El Allegash y el East Branch – Parte 6

Martes, 28 de julio.

Al despertar encontramos un denso rocío depositado sobre nuestras mantas. Yo había estado despierto desde muy temprano, escuchando el estridente *ah-titi-titi-ti* del gorrión de pecho blanco, repetido a breves intervalos sin la menor variación durante media hora, como si no pudiera expresar suficientemente su felicidad. Ignoro si mis compañeros lo oían o no, pero para mí fue una especie de oficio matutino y un acontecimiento.

Era un agradable amanecer, y teníamos al sudeste una vista de las montañas. El Ktaadn aparecía algo más al sur. Una montaña de cumbre doble hacia el este del sudeste y otra parte de la misma al propio sudeste. A esta última el indio la llamó *nerlumskeechticook* y dijo que estaba en la cabecera del East Branch, y que pasaríamos cerca de ella a nuestro retorno.

Lavamos más ropa en el lago esa mañana, y con ella tendida de los árboles secos y sobre las rocas, la costa parecía el día de colada en casa. El indio, captando la idea, cogió prestado el jabón, se metió en el agua y se lavó puesta su única camisa de algodón, tras lo cual se puso los pantalones y dejó que se le secara encima.

Me fijé en que llevaba una camisa de algodón que había sido originalmente blanca, una de franela sobre ella, pero no chaleco, calzones de franela y fuertes pantalones de hilo o lona que también habían sido blancos, calcetines de lana azules, botas de cuero de

vaca y sombrero Kossuth.[1] Él no llevaba ropa de recambio, sino una chaqueta gruesa, que dejaba a su lado en la canoa; portando un hacha grande, su arma y sus municiones, así como una manta que podía servirle como vela o como morral en caso necesario, y ajustándose un cinturón del que pendía un gran cuchillo de monte, partía sin más preámbulos, dispuesto a pasar fuera todo el verano. Su aspecto revelaba una gran independencia; pocas y eficaces herramientas, y nada de prendas de caucho. Era siempre el primero en estar preparado para salir por la mañana, y si no hubiera portado algunas de nuestras pertenencias no se habría visto obligado a enrollar su manta. En lugar de un gran bulto con su ropa extra, etc., él llevaba a su regreso las grandes pieles de alce envueltas en su manta. Descubrí que su equipamiento era resultado de una larga experiencia, y que en general era difícilmente mejorable, como no fuera a través del lavado o mediante una camisa extra. Si aquí le hacía falta un botón, se encaminaba a un lugar donde hubieran estado acampados recientemente unos indios y buscaba uno, aunque creo que en vano.

Después de ablandar nuestras endurecida botas y zapatos con la grasa de cerdo, de la que disponíamos líbremente como sobrante del desayuno, atravesamos el lago temprano, navegando en diagonal en dirección noroeste unas cuatro millas hacia el desaguadero, que no apareció ante nuestra vista hasta que estuvimos cerca. El nombre indio, *Apmoojenegamook*, significa «lago que es atravesado», porque el curso habitual es a través, y no a lo largo. Es el mayor de los lagos del Allegash, y fue la primer agua del St. John sobre la que flotamos[2]. Tiene en general la forma del Chesuncook. No hay montañas o colinas altas muy cercanas. En Bangor nos habían hablado de un distrito distante muchas millas más al noroeste; nos fue indi-

[1]. Véase Nota 8 en Cap. El Chesuncook-Parte 1 (pag. 101).

[2]. El río St. John discurre hacia el norte siguiendo la frontera entre Maine y New Brunswick, entrando luego en este último estado.

cado como abarcando el terreno más alto de la zona, desde el cual, trepando a un determinado árbol, se podía obtener una idea general de la región. No pusimos en duda el consejo, pero no fuimos. Ahora no nos proponíamos ir lejos por el Allegash, sino simplemente tener un panorama de los grandes lagos que se encuentran en su fuente y luego retornar por ese camino hacia el East Branch del Penobscot. El agua ahora, por alguna razón, discurría hacia el norte, si se puede decir que fluía.

Alcanzado el medio del lago, notamos que la olas eran como de costumbre bastante altas, y el indio advirtió a mi compañero, que cabeceaba, que no debía dormirse en la canoa si no quería que volcásemos; y añadió que cuando un indio quiere dormir en una canoa se tumba a lo largo de la misma. Pero en una así de ocupada eso era imposible. En todo caso, le dijo que lo codearía si lo veía cabecear.

Un cinturón de árboles secos se alzaba alrededor de todo el lago, algunos en buena parte hundidos en el agua con otros abatidos sobre ellos, lo cual hacía que la orilla fuese en su mayor parte casi inaccesible. Es el efecto de la presa en la zona de desaguadero. Es así como quedó tapada y destruída la costa arenosa o rocosa natural, con su hilera de verdor. Fuimos costeando por el lado norte buscando la zona de desaguadero, distante un cuarto de milla de aquella ribera de aspecto salvaje, sobre la que las olas rompían violentamente; sabiendo que la misma podría fácilmente quedar oculta entre los desechos o inundada. Es notable lo poco que se habla de las importantes compuertas de un lago. No hay ningún arco triunfal sobre la modesta entrada o salida, pero en cierto punto, que no se llega a percibir, el agua fluye de un lado al otro de la ininterrumpida floresta, casi como a través de una esponja.

Alcanzamos la salida en alrededor de una hora y allí continuamos por la presa, que es una estructura realmente sólida; a eso de un cuarto de milla más allá había una segunda. El lector comprenderá que la consecuencia de este particular estilo de represar el lago

Chamberlain es hacer que las aguas de la cabecera del St. John discurran por Bangor.

Todos los lagos más grandes han sido represados elevando así en muchos pies la amplitud de su superfície; por ejemplo la del Moosehead, con su vapor, unas 40 millas en longitud; volviendo así las fuerzas de la naturaleza en contra de sí misma, para poder sacar flotando de la región el botín del que es despojada. Han agotado rápidamente la mejor y más accesible madera de pino de esas inmensas florestas, dejando luego para los osos la contemplación de las deterioradas presas, sin despejar ni cultivar las tierras, ni hacer carreteras, ni construir casas, sino abandonando la zona hecha una selva, como la encontraron. En muchos sitios solo quedan esas presas, que parecen diques de castores. ¡Piénsese en cuánto terreno han inundado, sin pedir permiso a la naturaleza! Cuando el Estado quiere dotar a una academia o universidad, le otorga una extensión de terreno boscoso: una sierra equivale a una academia, una cuadrilla, a una universidad.

La región experimenta una repentina subida de todas sus corrientes de agua y de sus lagos, siente como 10.000 alimañas diversas corroen la base de sus árboles más nobles, muchas de ellas aliándose para llevárselos a rastras, disputándose ruidosamente las raíces de los que han sobrevivido, y haciéndolos caer en el río más próximo, hasta que, derribados los mejores, se alejan ellas correteando a saquear una nueva arboleda virgen, y todo queda de nuevo en silencio. Es como cuando un ejército migratorio de ratones rodea una floresta de pinos. El hachero tala árboles por el mismo motivo que el ratón los roe: para conseguir su sustento. Me dirán que él tiene una familia más interesante que la del ratón. Así es como ocurre. Él habla de una «cucheta» de madera, de un buen lugar donde meterse, como podría hacerlo un gusano. Cuando el hachero menciona elogiosamente a un pino, generalmente nos cuenta que cortó uno tan grande que en el tocón que quedaba cabría una yunta

de bueyes; como si el pino hubiera crecido para convertirse en escabel de bueyes. Me imagino a esos pesados animales dóciles, unidos por un yugo, con los impúdicos cuernos que delatan su servidumbre, pasando sucesivamente del tocón de un pino gigante a otro por toda esta floresta, y rumiando allí, hasta que el terreno no es más que un sitio de pastoreo, y además, agotado. Como si fuera bueno para los bueyes, y penetrasen en sus narinas vapores de terebinto o alguna otra esencia medicinal. ¿O es que su elevada ubicación quiere ser meramente un símbolo del hecho de que lo pastoril viene después de lo selvático o de la vida del cazador?

El carácter de la admiración del leñador queda de manifiesto en su propia manera de expresarla. Si dijera todo lo que piensa, diría «era tan grande que lo talé y encima de su tocón podría caber una yunta de bueyes». Lo que él admira es el tronco cortado, es más el esqueleto o cadáver que el árbol mismo. Pero, señor mío, si usted no lo hubiera talado, el árbol podría haber permanecido enhiesto sobre su tocón, y mucho más cómoda y firmemente de lo que puede estarlo una yunta de bueyes. ¿Qué derecho tiene usted de celebrar las virtudes de un ser al que ha asesinado?

El angloamericano puede ciertamente talar, y arrancar de raíz toda esta ondulante floresta, y hacer un discurso sobre el tocón, y votar a Buchanan[3] sobre sus ruinas, pero no puede conversar con el espíritu del árbol que derriba, es incapaz de comprender la poesía y la mitología que retroceden ante su avance. De forma ignorante borra las tablillas mitológicas para imprimir en ellas sus folletos y sus convocatorias municipales.

Antes de haber aprendido el *abc* de la hermosa aunque mística tradición de la selva virgen que Spencer y Dante apenas habían empezado a interpretar, él la tala, acuña un chelín «pinoso» (como

[3]. James Buchanan (1791-1868), decimoquinto presidente de los Estados Unidos (1857-61).

expresión del valor del pino para él), erige un colegio regional e introduce el manual de ortografía de Webster.

Pasada la última presa, con el río veloz y poco profundo, aunque suficientemente amplio, nosotros dos bajamos y anduvimos a pie durante media milla para aliviar el peso de la canoa. Yo había adoptado la costumbre de cargar con mi mochila cuando iba a pie, así como a atarla a un travesaño cuando la llevaba en la canoa, para poder recuperarla en caso de vuelco.

Allí, y después, durante los portes, oí a la langosta de la canícula, un sonido que yo había asociado únicamente con regiones más abiertas, si no colonizadas. El área de acción de la langosta debe ser reducida en los bosques de Maine.

Ahora estábamos realmente en el río Allegash, nombre que según el indio significa corteza de cicuta. Estas aguas discurren hacia el norte durante unas cien millas, al comienzo muy débilmente, luego otras doscientas cincuenta en dirección sudeste hacia la Bahía de Fundy. Después de quizás dos millas de río, entramos en el lago Heron, que en el mapa lleva el nombre de *Pongokwahem*, ahuyentando en la entrada a cuarenta o cincuenta *shecorways*, tadornas macho, que se deslizaron sobre el agua con gran rapidez, como siempre formando una extensa línea.

Era el cuarto gran lago, que se extiende hacia el oeste y el este, como el Chesuncook y la mayoría de los largos lagos de la región, y a juzgar por el mapa ocupaba diez millas de un extremo al otro. Habíamos entrado por el lado del sureste, y por encima del lago vimos al nordeste una montaña oscura, no muy distante ni elevada, a la que el indio llamó *Montaña Picuda*, utilizada por los exploradores para divisar desde allí la madera. Había también otras tierras altas más al este. Las márgenes presentaban un estado semejante al de las del lago anterior, irregulares y antiestéticas, cargadas de árboles secos, tanto caídos como en pie, debido a la presa del Allegash. Algunos puntos bajos estaban casi anegados.

Vi sobre el agua, a una milla de distancia, algo blanco, que resultó ser una gran gaviota posada sobre una roca en medio del lago; al indio le habría gustado matarla y comérsela, pero salió volando antes de que nos acercásemos; y también una bandada de patos de verano que se encontraban con ella alrededor de la roca. Le pregunté por las garzas, puesto que el lago llevaba ese nombre, y él dijo que buscaba los nidos de garza azul en los árboles de madera dura. Me pareció haber visto un objeto de color claro moviéndose por la ribera opuesta, distante cuatro o cinco millas. Él no supo qué podría ser, a menos que se tratara de un alce, aunque nunca había visto uno blanco; pero aseguró ser capaz de distinguir a un alce «en cualquier parte despejada de la costa al otro lado del lago».

Rodeando una punta, nos hallamos cruzando una bahía durante una y media o dos millas en dirección a una gran isla situada a tres o cuatro de distancia. A mitad de camino, a eso de media milla de la costa, nos encontramos con la cachipolla, que evidentemente vuela por todo el lago. En el Moosehead yo había visto a esa misma distancia de la costa una gran libélula que venía del centro del lago, donde la anchura del mismo era de cuando menos tres o cuatro millas. Probablemente lo había cruzado. Pero finalmente, desde luego, se llega a unos lagos tan extensos que un insecto no puede atravesarlos volando; cosa que acaso sirva para distinguir un gran lago de uno pequeño.

Desembarcamos en el lado sureste de la isla, bastante elevado y densamente arbolado, con una margen rocosa, a tiempo para una comida temprana. Alguien que había acampado allí no hacía mucho, había dejado el bastidor en el que estuvo extendida una piel de alce, armazón que nuestro indio criticó severamente, por considerarla mal hecha. Había allí numerosas conchas de ástaco o langosta de agua dulce arrastradas hasta la orilla, como las que han dado nombre a algunas lagunas y ríos. Tienen por lo general cuatro o cinco pulgadas de longitud. El indio procedió de inmediato a cortar

un trozo de corteza de abedul, la apoyó contra otro árbol, atada con un tallo de bejuco y se acostó a dormir bajo su sombra.

En el Caucomgomoc nos recomendó una nueva ruta de regreso por el St. John, la misma precisamente en la que nosotros habíamos pensado primero. Incluso dijo que era más fácil y llevaría muy poco tiempo más que la otra, por el East Branch del Penobscot, aunque la vuelta fuera mucho más larga; y observando el mapa, mostró dónde deberíamos estar cada noche, pues estaba familiarizado con la ruta. Según su cálculo, siguiendo hacia el norte por el Allegash debíamos alcanzar los asentamientos franceses la noche siguiente, y cuando llegásemos a la parte principal del St. John las márgenes estarían más o menos pobladas todo el camino; como si eso fuera algo a favor. No habría más de uno o dos saltos de agua, con breves portes, e iríamos corriente abajo muy rápido, hasta cien millas al día, si el viento era favorable; y señaló dónde debíamos cambiar al Eel River para ahorrar una curva más después de Woodstock en New Brunswick, y lo mismo por el lago Schoodic y desde éste al Mattawankeag. Serían unas trescientas sesenta millas hasta Bangor por ese camino, si bien solo alrededor de ciento sesenta por el otro; en el primer caso exploraríamos dos tercios del curso del St. John a partir de sus fuentes, así como el lago Schoodic y el Mattawamkeag: y estuvimos otra vez tentados de hacer ese recorrido. Yo temía, no obstante, que las riberas del St. John estuvieran demasiado pobladas. Cuando le pregunté al indio cuál ruta nos llevaría por el territorio más virgen, dijo que la del East Branch. En parte teniendo en cuenta esto, nos decidimos por la segunda ruta, y de paso por ascender, tal vez, al Ktaadn. Hicimos de la isla el límite de nuestra excursión en esa dirección.

Para entonces habíamos visto el mayor de los lagos Allegash. La siguiente presa «estaba a unas quince millas» más al norte, por el Allegash, y hasta allí había aguas mansas. En Bangor nos habían hablado —por si nos hiciera falta recurrir a él— de un hombre que

vivía solo en dicha presa, como cuidador, una especie de ermitaño que, a falta de algo que hacer, dedicaba el tiempo a pasar una bala de una mano a la otra. Al parecer, esa suerte de juego de intercambio de un objeto plomizo de un lugar a otro era para él un símbolo del relacionamiento social.

La isla, según el mapa, quedaba a unas ciento diez millas en línea recta desde Bangor, en dirección norte-noroeste y alrededor de noventa y nueve desde Quebec en dirección este-sureste. Había otra isla visible hacia el extremo norte del lago, con un calvero en lo alto; pero más tarde supimos que no estaba habitada y había sido utilizada solo como tierra de pastoreo para el ganado que pasaba el verano en aquellos bosques, si bien nuestro informante dijo que había una choza en tierra firme cerca de donde el lago desagua. Un sitio tan insólitamente despejado en medio de la por otra parte ininterrumpida floresta, sirvió para recordarnos cuán deshabitada estaba la región. En semejante calvero uno esperaría tropezar antes con un oso que con un buey. En cualquier caso, debía ser una sorpresa para los osos cuando llegaban hasta allí. Visto de lejos o de cerca, es reconocible de inmediato como obra del hombre, pues la naturaleza jamás lo crea. Con objeto de que la luz llegue a un terreno como si fuera un lago, el hombre despeja la floresta en las laderas y los llanos, y, como un mago, esparce semillas de fina hierba, con la cual alfombra la tierra con una firme capa de césped.

Era evidente que Polis tenía más curiosidad que nosotros acerca de los escasos pobladores de aquellos bosques. Si no decíamos nada, él daba por sentado que queríamos ir directamente a la cabaña de troncos más próxima. Habiendo observado que nosotros habíamos pasado cerca de las mismas en Chesuncook, y de la del canadiense ciego en el porte de Mud Pond, sin detenernos a comunicarnos con sus moradores, aprovechó la ocasión para sugerir que lo habitual era, cuando uno se aproxima a una vivienda, dirigirse a ella para contarle a sus habitantes lo que ha visto u oído, tras lo cual ellos a su vez

cuentan lo que hayan visto; pero nosotros nos reímos, y dijimos que ya habíamos tenido bastante con las viviendas encontradas hasta el momento y que en cierto modo habíamos venido allí para evitarlas.

Entre tanto el viento aumentó, sacudió el refugio del indio y originó tal estado de las aguas que nos vimos prisioneros en la isla, con la ribera más cercana, que era la occidental, a más o menos una milla, y sacamos la canoa para impedir que se la llevara la corriente. No sabíamos si nos veríamos obligados a pasar allí el resto del día y la noche. Sea como fuere, el indio se fue nuevamente a dormir a la sombra de su improvisada tienda, mi compañero se puso a secar sus plantas, y yo empecé a pasearme en dirección oeste por la ribera, bastante pedregosa, y obstruída por unos troncos descoloridos o arrastrados por las aguas que ocupaban cuatro o cinco varas de ancho. En esta amplia ribera rocosa y llena de grava encontré *salix rostrata*, discolor y lucida, *ranunculus recurvatus*, *potentilla norvegica*, *scutellaria lateriflora*, *eupatorium purpureum*, *aster tradescanti*, *mentha canadensis*, *epilobium augustifolium*, abundante, *lycopus sinuatus*, *solidago lanceolata*, *spiroea salicifolia*, *antennaria margaritacea*, *prunella*, *rumex acetosella*, frambueso, *onoclea*, etc. Los árboles más cercanos fueron *betula papyracea* y *excelsa*, y *populus tremuloides*. Doy estos nombres porque fue el punto más al norte en el que estuve.

Nuestro indio dijo que él era médico y podía indicarme un uso medicinal para cada planta que le mostrase. Lo puso a prueba inmediatamente. Dijo que el interior de la corteza del álamo temblón (*populus tremuloides*) era bueno para la irritación ocular, y se refirió también a otras plantas, demostrando saber lo que decía. De acuerdo a su versión, había adquirido esos conocimentos en su juventud con un anciano sabio indio con quien se había relacionado, y se lamentó de que la generación actual de indios «hubiera perdido mucho».

Afirmó que el caribú era «un gran corredor», que ya no quedaba ninguno por la zona de aquel lago, aunque habían sido numerosos en otra época, y señalando el cúmulo de árboles secos conse-

cuencia de la presa, añadió, «No gustar tocones... cuando ver, asustarse».

Señalando al sureste por sobre el lago y las floresta distante, comentó, «Yo ir a Oldtown en tres días». Yo le pregunté cómo superaba las ciénagas y los árboles derribados, «Oh», dijo, «en invierno todo cubierto, ir a cualquier parte con zapatos de nieve, atravesando lagos». Preguntado sobre su itinerario, declaró, «Primero ir al Ktdaan, lado oeste, despues ir Millinocket, luego Pamadumcook, después Nickatou, después Lincoln, después Oldtown»; de lo contrario tomaba un atajo por el Piscataquis. ¡Menuda andadura para realizarla un hombre solo! ¡Nada de ciénagas de media milla, nada de bosques de una milla de espesor, meramente, como en los alrededores de las ciudades; sin hoteles, únicamente una oscura montaña o un lago por indicador de emplazamiento, y sobre un terreno en su mayor parte impracticable en verano!

Me recordó al castigo de Prometeo.[4] Era un viaje del antiguo tipo heroico por la faz inalterable de la naturaleza. Desde el Allegash, o río Hemlock, y el lago Pongoquahem, atravesando el gran Apmoojenegamook, y dejando a la izquierda el monte Nerlumskeechticook, el viajero prosigue su camino al pie de las laderas, frecuentadas por osos, de los montes Souneunk y Ktaadn, en dirección a los mares interiores de Pamadumcook y Millinocket (donde frecuentemente pueden aumentar sus reservas los huevos de gaviota), y así continúa hacia la bifurcación del Nickatou (*nia soseb* «solo nosotros Joseph» viendo lo que ve nuestra gente), siempre haciendo a un lado las copas del abeto y la picea, con su carga de pieles, lidiando día y noche, noche y día, con la maligna vegetación enmarañada, viajando a través del mohoso cementerio de árboles. O podría ir por «ese gran diente del mar», el Kineo, gran fuente de flechas y lanzas para los antiguos, cuando se usaban armas de piedra. Viendo y oyen-

[4]. Referencia a «Prometeo encadenado».

do a alces, caribús, puercoespines, linces, osos y panteras. Sitios en los que podría vivir y morir sin oir jamás hablar de los Estados Unidos, que tanto ruido hacen en el mundo... sin oir jamás hablar de América, llamada así por el nombre de un caballero europeo.

Hay un camino de leñadores llamado camino del Lago Eagle, que va del Seboois a la margen oriental de dicho lago. Puede parecer extraño que un camino a través de semejante zona agreste sea transitable, incluso en invierno, cuando la nieve alcanza un espesor de tres o cuatro pies, pero en esa estación, donde quiera que se estén llevando activamente a cabo operaciones madereras, hay un contínuo trasiego de cuadrillas, y la pista única deviene casi tan nivelada como una vía de tren. Me cuentan que en la región del Aroostook la ley requiere que los trineos tengan un mismo ancho (cuatro pies), y hay que modificarlos para que se adapten a la pista, de manera que un corredor pueda ir por un surco y el otro seguir al caballo. Pero es muy malo volcar.

Hacía rato que veíamos venir las nubes de lluvia desde el oeste por sobre el bosque de la isla y oíamos el murmullo del trueno, aunque dudábamos de si nos alcanzarían; pero ahora, con el rápido aumento de la oscuridad y una brisa fresca que hacía susurrar la floresta, nos apresuramos a recoger las plantas que habíamos puesto a secar, y de común acuerdo reunimos prontamente el material de la tienda y nos pusimos a montarla. Se escogió un sitio y se cortaron en el mínimo de tiempo posible estacas y pernos, y estábamos en ello para, prevenir que el viento se llevara la tienda, cuando la tormenta estalló súbitamente sobre nosotros.

Apretujados bajo la tienda, por cuyos costados filtraba considerablemente el agua, con el equipaje a nuestros pies, escuchamos los truenos más grandiosos que yo haya oído nunca: unas salvas rápidas, sonoras y consistentes, bang, bang, bang, en sucesión, como de artillería proveniente de una fortaleza en el cielo; y el esplendoroso relampagueo actuaba en consonancia. El indio dijo, «Debe ser pólvo-

ra de la buena». Todo en beneficio del alce y nuestro, generando ecos en los lejanos lagos ocultos. Pensé que el lugar era uno de los preferidos de la tormenta, en el que el relámpago practicaba para mantenerse en forma, y que a nadie perjudicaba que se hicieran pedazos algunos pinos. ¿Qué sería entonces de las libélulas y las cachipollas? ¿Eran lo bastante prudentes como para buscar refugio antes de las tormenta? Sus movimientos podrían ser una guía para el viajero.

Mirando al exterior advertí que la violencia de la lluvia que caía sobre el lago había aplanado las olas casi instantáneamente —el comandante de aquella fortaleza lo había alisado para nosotros—, y cuando despejó resolvimos partir de inmediato, antes que el viento volviese a levantarlas.

Saliendo de la tienda, dije que todavía veía nubes el sudoeste y oía truenos de ese lado. El indio preguntó si la tormenta «daba vueltas», en cuyo caso tendríamos más lluvia. Yo pensaba que sí. No obstante, embarcamos y remamos con rapidez de regreso a las presas. Los gorriones de pecho amarillo revolteaban por la costa, cantando.

A la salida del lago Chamberlain nos alcanzó otra racha de lluvia, obligándonos a buscar refugio, al indio bajo su canoa en la orilla, y a nosotros corriendo a situarnos al amparo del borde de la presa. Pero fue más el susto que la mojadura. Desde mi refugio vi asomarse al indio de debajo de la canoa para ver como evolucionaba el aguacero. Una vez que desde nuestros respectivos lugares comprobamos un par de veces que la lluvia no era torrencial, empezamos a recorrer los alrededores, pues el viento para entonces había levantado tales olas en el lago que nos impedía movernos y temimos vernos forzados a acampar allí. Hicimos una comida temprana en el dique e intentamos pescar mientras aguardábamos que la agitación amainase. Los peces fueron no solo pocos, sino pequeños e inservibles, con lo que el indio declaró que no los había buenos en las aguas del St. John y que debíamos esperar hasta que llegásemos a las del Penobscot.

Finalmente, poco antes del crepúsculo, partimos nuevamente. Fue una noche procelosa la que pasamos bordeando la margen sepentrional de aquel lago, el Apmoojenegamoock. Acababa de pasar una tormenta, las olas que había levantado circulaban aún violentamente, y otra tormenta aparecía ahora a lo lejos sobre el lago, procedente del sudoeste; pero podría ser peor por la mañana, y queríamos alejarnos mientras fuera posible. El viento soplaba con fuerza contra la ribera norte, como a un octavo de milla a nuestra izquierda, y la turbulencia era la mayor que nuestra canoa pudiera soportar sin que extremásemos nuestras habituales precauciones. La orilla de la que nos manteníamos a distancia era lo más deprimente e inhóspita que quepa imaginar. En una anchura de media docena de varas era un perfecto laberinto de árboles sumergidos, todos podridos, desnudos y descoloridos, algunos partidos por la mitad, otros abatidos y entrecruzados, por encima o por debajo de la superficie, y mezclados con ellos aparecían árboles sueltos, ramas y tocones. Imaginando los muelles de la ciudad más grande del mundo en estado de desintegración, con la tierra y las tablas arrancadas por el agua, que ha dejado los pilotes dispersos, a veces al doble de su altura ordinaria, y entremezclados y golpeando contra ellos los despojos de diez mil navíos, con sus palos y maderos, mientras se eleva desde el borde del agua la más densa y deprimente selva, dispuesta a suministrar más material cuando el anterior sea insuficiente, se tendrá una pálida idea del aspecto de aquella ribera. No habríamos podido desembarcar, aunque lo hubiésemos querido, sin riesgo de inundarnos; de modo que por más que soplara el viento, teníamos que confiar en ir bordeando la costa. Además, se ponía el sol y aquella nube tormentosa avanzaba rápidamente detrás nuestro. Era algo excitante, pero nos alegramos de alcanzar por fin, al anochecer, la ribera despejada de la Granja Chamberlain.

Desembarcamos en un lugar llano y escasamente arbolado, y mientras mis compañeros instalaban la tienda yo corrí hasta la casa

en busca de azúcar, pues nuestras seis libras se habían acabado: no era de extrañar, ya que Polis era un gran consumidor. Primero llenaba con azúcar casi un tercio del cazo y luego le añadía el café. Había allí un espacio despejado que se extendía desde el lago hasta la cumbre de una colina y en el que se alzaban unas oscuras construcciones de troncos y un depósito, así como media docena de hombres de pie delante de la cabaña principal, ávidos de noticias. Entre estos estaba el que atendía el dique sobre el Allegash y jugaba con la bala. Estaba a cargo de los diques, y al saber que al día siguiente íbamos al río Webster me dijo que algunos de sus hombres que se encontraban en el lago Telos habían cerrado el dique para pescar truchas, y que si queríamos más agua para navegar por el canal, podíamos alzar la compuerta, pues a él le gustaba tenerla levantada. La Granja Chamberlain constituye sin duda un alegre interrupción en el bosque, pero lo avanzado de la hora ha hecho que no guarde del lugar sino una impresión borrosa. Como he dicho, la mera presencia de la luz resulta una mejora, aunque tuve la impresión de que aquella gente pasaba los domingos en el claro como si estuviera en el patio de una prisión.

No estuvieron dispuestos a cedernos más de cuatro libras de azúcar moreno —abriendo el depósito para sacarlo— pues solo reservaban una pequeña cantidad para casos como aquel, y nos cobraron veinte centavos la libra, lo que ciertamente valió la pena.

Cuando retornamos a la ribera había oscurecido bastante, pero teníamos un buen fuego para calentarnos y secarnos, y detrás un refugio donde guarecernos. El indio subió hasta la casa a preguntar por un primo suyo que llevaba un par de años ausente, en momentos en que se reiniciaba la lluvia. Me puse a buscar y cortar a tientas ramas de picea y *arbor-vitæ* para hacer un lecho. Preferí las del segundo debido a su fragancia, y las distribuí de manera especialmente abundante para la zona de la espalda. Es notable con qué pura satisfacción el viajero de estos bosques arriba a su lugar de acampa-

da, en el crepúsculo de una noche tempestuosa como esta, como si hubiera llegado a su posada, y cómo, envolviéndose en su manta, se tumba en su lecho de empapadas ramas de abeto de seis pies por dos, con una delgada sábana de algodón por techo, tan a gusto como un ratón de campo en su nido. Las noches de lluvia son invariablemente las mejores, pues entonces no molestan los mosquitos.

No tarda uno en despreocuparse de la lluvia en ese tipo de excursiones, al menos en verano, cuando es tan fácil secarse, suponiendo que no se tenga la posibilidad de cambiarse de ropa. Se seca uno más pronto ante la hoguera que enciende en el bosque que en cualquier cocina, al ser el hogar tanto más grande y la leña tanto más abundante. Una tienda en forma de cobertizo captará y reflejará el calor como un horno yanqui de campaña[5], y uno se seca mientras duerme.

[5]. Un horno yanqui de campaña es un horno reflector, y Thoreau describe lo que se conoce como tienda de «panadero», que es abierta por un lado para recibir el calor de una gran hoguera.

El Allegash y el East Branch – Parte 7

Miércoles 29 de julio.

Cuando despertamos había dejado de llover, aunque seguía estando nublado. El fuego se había extinguido y las botas del indio, que permanecían bajo el alero de la tienda, estaban llenas de agua. Él era, en cuanto a esas cosas, mucho más imprevisor que cualquiera de nosotros, y tenía que agradecernos que le conservamos seca la pólvora. Resolvimos cruzar el lago enseguida, antes de desayunar, o en cuanto pudiésemos; y previamente a la partida establecí la orientación correspondiente al punto al que queríamos llegar, al S.S.E., distante unas tres millas, para evitar que una repentina lluvia neblinosa nos lo ocultase mientras estábamos a medio camino. Por más que la rada en la que nos hallábamos estaba perfectamente serena y lisa, afuera encontramos el lago ya completamente despierto, aunque no de forma peligrosa o desagradable; no obstante, cuando uno sale a unos de aquellos lagos en una canoa como la nuestra, no olvida que está completamente a merced del viento, con lo caprichoso que éste es. Las olas juguetonas pueden en cualquier momento volverse demasiado bruscas en su juego y echársele a uno encima. A hora tan temprana vimos algunos cuervos marinos y un águila pescadora, y tras mucho remar de firme y de bailar sobre las oscuras olas del Apmoojenegamook, nos encontramos próximos a tierra del lado sur, oímos las olas rompiendo contra ella y volcamos absolutamente nuestros pensamientos hacia aquel lado. Después de costear una milla o dos a lo largo de la

ribera en dirección al este, desayunamos en una punta rocosa, el primer lugar conveniente disponible.

Fue un acierto que cruzásemos tan temprano, pues las olas ahora eran bastante altas y nos habrían obligado a dar una especie de rodeo, pero más allá de ese punto tuvimos un tiempo relativamente tranquilo. Generalmente, cuando no es posible cruzar un lago, se puede ir por un costado u otro del mismo.

El indio miraba de vez en cuando los terrenos con árboles de madera dura, y nos pidió consejo diciendo que le gustaría comprar algunos acres en alguna parte del lago, preferentemente lo más cerca posible del lugar de cruce.

Mi compañero y yo mantuvimos una pequeña discusión acerca de cierto punto de historia antigua, y nos divirtió la actitud que asumió el indio, que no podía entender de qué estábamos hablando. Constituyéndose en árbitro, y basándose en nuestro aspecto y gestos, declaraba de tanto en tanto, con toda seriedad, «gana usted», o «gana él».

Abandonando a nuestra izquierda una espaciosa bahía, prolongación al nordeste del lago Chamberlain, un par de millas más adelante entramos, a través de un corto estrecho, en un pequeño lago llamado en el mapa Telasinis, aunque el indio no tenía un nombre para el mismo; y de allí pasamos al lago Telos, al que él llamó *Paytaywecomgomoc*, o lago de la tierra quemada. Éste describía una curva redonda hacia el nordeste, y puede que remásemos tres o cuatro millas por él. El indio no había estado allí desde 1825. No sabía qué quería decir Telos, pero no creía que fuera un nombre indio.[1] Uso la palabra *spokelogan* (para una ensenada en la costa que no conducía a ninguna parte), y cuando le pregunté su significado dijo que «no había indios en ella». Sobre la ribera sur había un claro, con una casa y un granero, ocupada temporalmente por unos hom-

[1]. Polis estaba en lo cierto: Telos en griego, significa «fin».

bres que recogían el heno, como nos habían dicho; también un claro para pastoreo en una colina al oeste del lago.

Desembarcamos en un punto rocoso al nordeste, para examinar unos pinos rojos (*pinus resinosa*), los primeros que veíamos, y recoger algunas piñas, pues los pocos que crecen en Concord no las producen.

La desembocadura del lago en el East Branch del Penobscot es artificial, y su ubicación precisa no era muy visible, pero el lago corría curvándose a lo lejos hacia el nordeste, entrando en dos estrechos valles o quebradas, como si hubiera estado largo tiempo buscando a tientas su camino hacia las aguas del Penobscot, o recordase la época antigua en que discurría por allí; observando dónde el horizonte era más bajo y siguiendo el más extenso de aquellos, finalmente alcanzamos el dique, habiendo recorrido una docena de millas desde el último lugar de acampada. Alguien había dejado sobre el dique una línea preparada para la trucha y al lado la navaja con la cual había cortado el cebo, prueba de que el hombre no andaba lejos, y en una cercana cabaña desierta una rebanada de pan tostado en un horno de campaña. Todo aquello resultó pertenecer a un cazador solitario con quien no tardamos en encontrarnos, con canoa, arma y trampas, cerca de allí. El hombre nos dijo que veinte millas más allá por nuestra ruta hacia el extremo inferior del Gran Lago era donde se podían pescar todas las truchas que se quisieran, y que la primera casa al pie del lago, sobre el East Branch, era la de Hunt, unas cuarenta y cinco millas más lejos; si bien había otra a eso de milla y media por el Arroyo de las Truchas, alrededor de quince millas más adelante, pero con un camino escasamente visible. Resultó que, aunque teníamos la corriente a favor, no llegamos a la siguiente casa hasta la mañana del tercer día posterior. La casa habitada permanentemente más próxima se hallaba ahora a una docena de millas detrás nuestro, de modo que el intervalo entre las dos más cercanas de nuestra ruta era de unas sesenta millas.

El cazador, un hombre bastante pequeño, tostado por el sol, que ya había guardado su canoa y horneado su pan, no tenía nada más interesante y urgente que hacer que observar nuestro pasaje. Llevaba un mes o más en soledad. ¡Cuánto más natural y venturosa era su existencia que la del cazador en los bosques de Concord, que regresa cada noche a su casa y su molino! Pero aquel de la ciudad que posee avena silvestre para sembrar, la siembra generalmente en tierra cultivada y relativamente agotada. Y en cuanto al del tumultuoso mundo en las grandes ciudades, tan escasa es su iniciativa que jamás se aventura en esta dirección, sino que, como las alimañas, se reúne en callejones y tabernas, siendo acaso su mayor logro el correr al lado de un carro de bomberos y lanzar diatribas. Pero en comparación, el primero es un tipo independiente y de éxito, que se gana la vida de una forma que le gusta, sin molestar a sus vecinos humanos. ¡Cuánto más respetable también es la vida del pionero o colonizador solitario en estos o cualesquiera otros bosques —afrontando dificultades reales, no de su invención, consiguiendo el sustento directamente de la naturaleza—, que la de las desvalidas multitudes de las ciudades, pendientes de gratificar las necesidades sumamente artificiales de la sociedad y cuyos individuos son expulsados de sus trabajos en épocas difíciles!

Aquí —es decir, al pasar por las tierras elevadas entre el Allegash y el East Branch del Penobscot— encontramos por primera vez verdadera abundancia de frambuesas; y lo mismo cabe decir de los arándanos.

El lago Telos, cabecera del St. John de este lado, y la laguna Webster, cabecera del East Branch del Penobscot, tienen únicamente una milla de separación, y están unidos por un barranco, en el cual fue suficiente cavar un poco para que el agua del primero, que está más alto, fluyera hacia el otro. Este canal, que tiene menos de una milla de longitud y unas cuatro varas de ancho, fue abierto cuatro años antes de mi visita a Maine. Desde entonces la madera

del Allegash superior y sus lagos ha sido enviada por el Penobscot, es decir, subiendo el Allegash, que aquí consiste principalmente en una cadena de grandes lagos de aguas estancadas, cuyos conductos de paso, o conexiones fluviales, han sido igualmente estancadas mediante diques, y luego por el Penobscot. El pasaje del agua ha producido tales cambios en el canal que ahora tiene el aspecto de una corriente montañosa muy rápida fluyendo por la quebrada, y no se tiene la impresión de que haya sido necesaria excavación alguna para hacer que las aguas del St. John se volcasen aquí en el Penobscot. La corriente era tan sinuosa que permitía ver poco cuesta abajo.

Afirma Springer en su «Forest Life»[2] que el motivo de que este canal fuera abierto fue el siguiente. Según el tratado de 1842 con Gran Bretaña[3], se convino en que toda la madera enviada por el St. John, que nace en Maine, «una vez en la Provincia de New Brunswick... será tratada como si fuera producto de dicha provincia», lo cual desde nuestro lado fue interpretado como que estaría libre de impuestos. Inmediatamente la Provincia, deseando obtener algo de los yanquis, estableció una tasa sobre toda la madera que pasase por el St. John; pero para satisfacer a sus propios coterráneos «fijó un descuento equivalente al valor de la madera proveniente de las tierras de la Corona». En resultado fue que los yanquis hicieron que el St. John discurriese en el sentido opuesto, o por el Penobscot, con lo que la Provincia perdió sus impuestos y su agua, mientras los yanquis, aumentanto grandemente su riqueza, tuvieron motivo para agradecer la sugerencia.

Es fantástico lo bien regada que está esta región. Cuando uno rema a través de un lago, se le presentan bahías, siguiendo las cuales, y acaso la corriente tributaria que descarga en ella, se puede, tras un breve porte, o eventualmente, en algunas estaciones, sin

[2]. Véase nota previa nº 3 (pág. 239).

[3]. El Tratado Webster-Ashburton de 1842 resolvió la disputa fronteriza entre los EEUU y Canadá.

ninguno en absoluto, alcanzar otro río, que desemboca lejos del cual uno está. Por lo general, efectuando frecuentes pero no muy extensos portes, se puede ir en cualquier dirección en una canoa. Se percibe, una vez más, aquello que aquí toda la naturaleza recuerda claramente, pues sin duda las aguas discurrían de este modo en un periodo geológico anterior, y en lugar de ser una región lacustre era un archipiélago. Parecería que las corrientes más jóvenes e impresionables apenas pudieran resistir las numerosas invitaciones y tentaciones a abandonar sus lechos nativos y correr por los canales de sus vecinos. Los portes se realizan a menudo por terreno semisumergido, por los canales secos de un periodo anterior. Porteando de un río a otro no pasé por un terreno tan alto y rocoso como el de los saltos de agua del mismo río. Pues en el primer caso estuve una vez perdido en una ciénaga, como he relatado, y en el otro di con un canal artificial que parecía natural.

Recuerdo haber soñado una vez que impulsaba una canoa por los ríos de Maine y que, una vez llegado a una altura en que los canales estaban muy secos, seguía adelante por quebradas y gargantas casi tan bien como antes, empujando un poco más fuerte; y ahora me parecía que mi sueño se realizaba parcialmente.

Allí donde haya un canal para el agua, habrá siempre un camino para una canoa. El piloto del vapor que iba de Oldtown remontando el Penobscot en 1854 me contó que el barco tenía un calado de solo catorce pulgadas y navegaba fácilmente en dos pies de agua, aunque a ellos no les gustaba. Se dice que algunos vapores occidentales pueden navegar sobre un cuantioso rocío, con lo que cabe imaginar lo será capaz de hacer una canoa. Montresor[4], que alrededor de 1760 fue enviado por los ingleses desde Quebec a explorar

[4]. John Montresor (1736-1799), ingeniero militar británico, diseñó el primer «elevador» construído en Norteamérica, para subir el material por la escarpadura del Niágara, y trazó el mapa de las fuentes de los ríos Kennebec y Penobscot.

la ruta al Kennebec, por la cual pasaría después Arnold, suministró agua al Penobscot cerca de su fuente abriendo los diques de los castores, cosa que, dice, «se hace a menudo». Después señala que el Gobernador de Canadá había prohibido molestar a los castores en las proximidades de la desembocadura del Kennebec desde el lago Moosehead, por el servicio que sus diques prestaban elevando el nivel del agua para la navegación.

Este llamado canal era un río rocoso bastante considerable y sumamente rápido. El indio decidió que había en él agua suficiente sin levantar la compuerta del dique, cosa que únicamente haría la corriente más violenta, y que lo navegaría él solo, mientras nosotros cargábamos con gran parte del equipaje. Como habíamos consumido alrededor de la mitad de nuestras provisiones, en la canoa quedaba la parte menor. Tiramos el barril del cerdo y envolvimos su contenido en corteza de abedul, que es el excelente papel de envolver de los bosques.

Siguiendo por el bosque una senda húmeda alcanzamos la cabecera del lago Webster casi al mismo tiempo que el indio, a pesar de la velocidad con la que él se movía, ya que nuestra ruta era más directa. El nombre indio del río Webster, del cual el lago es su origen, es, según él, *madunkehunk*, o sea «altura de tierra», y el del lago *madunkehunk-gamooc*, o «lago de la altura de tierra». Este último tenía dos o tres millas de longitud. Por la costa del mismo pasamos cerca de un pino que había sido partido por un rayo, quizá el día anterior. Por primera vez estábamos realmente en aguas del East Branch del Penobscot.

En la desembocadura del lago Webster había otro dique, en el cual nos detuvimos a recoger frambuesas mientras el indio avanzaba media milla por la floresta para comprobar con qué habría de enfrentarse. Allí había un desierto campamento de leñadores, aparentemente utilizado el invierno anterior, con su «cobertizo» o establo para ganado. Había en el mismo, a una altura de dos pies del

suelo, un gran lecho de ramas de abeto, que ocupaba la mayor parte del recinto; una larga mesa estrecha contra la pared, con un rústico banco de tronco delante, y sobre la mesa una pequeña ventana solitaria que dejaba pasar una luz tenue. Era un sencillo y recio fuerte erigido contra el frío, y hablaba del vigoroso trabajo llevado a cabo allí. En el bosque vecino descubrí un par de trampas de madera que no habían sido usadas desde hacía mucho tiempo. La parte principal la constituía una vara larga y delgada.

Comimos en la ribera, sobre la parte más alta del dique. Sentados junto al fuego, ocultos por el talud de tierra del dique, vimos llegar andando por el mismo al salir del agua desde el otro lado, una extensa fila de patos salvajes jóvenes que pasaron a menos de una vara de nosotros, casi al alcance de nuestras manos. Fueron muy abundantes en todos los ríos y lagos que visitamos, y cada dos o tres horas se alejaban velozmente por delante de nosotros formando sobre las aguas uma extensa hilera de entre veinte y cincuenta ejemplares cada vez, raramente volando, sino desplazándose con gran rapidez río arriba o río abajo, incluso en medio de los más violentos rápidos, y visiblemente igual de veloces subiendo o bajando; o de lo contrario, cruzando diagonalmente, los mayores detrás, al parecer, guiándolos, y volando al frente de cuando en cuando, como para indicar el rumbo. Vimos asimismo numerosos y pequeños tordos de agua negros que se comportaban de manera semejante, y una o dos veces, algunos patos negros.

Un indio nos había dicho en Oldtown que nos veríamos forzados a portear diez millas entre el lago Telos sobre el St. John y el Lago Segundo en el Esat Branch del Penobscot; pero los leñadores con quienes nos encontramos nos aseguraron que no sería más de una milla. Resultó que el indio, que últimamente había recorrido aquella ruta, estaba casi en lo cierto, en cuanto a nosotros se refiere. No obstante, si uno de los dos hubiera podido auxiliar al indio a gobernar la canoa en los rápidos, podríamos haber recorrido la ma-

yor parte del camino; pero al estar él solo en el manejo de la canoa en esos lugares, nos vimos obligados a hacer a pie la mayor parte. Yo no estaba precisamente dispuesto a realizar el experimento en el río Webster, que tiene tan mala reputación. Según mi observación, un *batteau*, adecuadamente tripulado, supera fácilmene los rápidos, en tanto un indio, solo con una canoa, tiene que portear.

Mi compañero y yo llevamos una buena parte del equipaje a hombros, mientras el indio llevaba en la canoa lo que podía sufrir menos con la humedad. No sabíamos cuándo volveríamos a ver al indio, dado que él no había recorrido ese camino desde que abrieron el canal, más de treinta años atrás. Convino en detenerse cuando llegase a aguas mansas, subir a tierra y encontrar nuestro camino si podía, decirnos hola y al cabo de un tiempo razonable continuar e intentarlo de nuevo; y nosotros quedamos en actuar igualmente a su respecto.

Comenzó desplazándose a través de la compuerta y sobre el dique, como siempre, de pie en su canoa lanzada, y pronto se perdió de vista detrás de una punta en una agreste garganta. Este Webster es bien conocido por los madereros como un río difícil. Es sumamente rápido y rocoso, y también poco profundo, y apenas puede ser considerado navegable, a menos que eso signifique que lo que se bote en él será seguramente transportado de forma veloz, aunque pueda hacerse pedazos por el camino. Es en cierto modo como navegar en una boca de tormenta. Con una fuerza generalmente irresistible impulsándolo, se ha de escoger el rumbo a cada instante entre las rocas y los bajíos, y manteniéndose en él, avanzar siempre con la mayor moderación posible, y con frecuencia frenando, si se puede, para poder inspeccionar los rápidos que se tengan por delante.

Por indicación del indio, cogimos un antiguo sendero del lado sur, que parecía seguir el curso del río, aunque a considerable distancia del mismo, cortando curvas, tal vez hacia el Lago Segundo, después de haber fijado primero el curso —nordeste— en el mapa

con un compás, por seguridad. Era un sendero agreste, con algunas huellas de bueyes que lo habían transitado, probablemente hacia el calvero de algún antiguo campamento buscando donde pastorear, mezcladas con las de alces que lo habían usado recientemente. Proseguimos sin parar durante cosa de un cuarto de hora sin dejar las mochilas en el suelo, rodeando a veces un árbol caído o pasando por encima de él, casi siempre sin ver ni escuchar el río; hasta que, habiendo caminado unas tres millas, nos alegró el descubrimiento de que el sendero llegaba otra vez al río, en un viejo campamento situado en un pequeño calvero del bosque, en el cual nos detuvimos. Pese a la rapidez y la escasa profundidad que tenía allí el río, un rápido contínuo con olas danzarinas, al sentarme en la orilla vi una extensa hilera de patos silvestres que, asustados por algo, se desplazaban río arriba del lado opuesto con la misma facilidad con la que ordinariamente lo hacían río abajo, rozando apenas la superficie de las olas y tomando impulso en ellas según discurrían por debajo; pero no tardaron en volver, espantados por el indio, que se había retrasado un poco debido a las curvas del río. Él rodeó velozmente una punta algo más arriba, y llegó a tierra junto a nosotros con bastante agua en su canoa. Según dijo, había encontrado «agua muy fuerte», y antes se había visto obligado a desembarcar una vez para achicar la que había embarcado. Se quejó de que le exigía un gran esfuerzo remar tan fuerte para mantener la canoa en su curso sin tener a alguien que le ayudase en la proa, y dijo que, aun con poca profundidad, no sería ninguna broma volcar allí, ya que la fuerza del agua era tal que preferiría que yo le golpease en la cabeza con un remo a ser golpeado por ella. Verlo surgir de aquel espacio fue como si uno vertiese agua por un abrevadero inclinado y en zigzag, dejara caer en él una cáscara de nuez, y cortando camino hacia el extremo, llegase a tiempo para verla salir erguida, sin haber volcado y solo parcialmente inundada, pese a lo tumultuoso del flujo del agua.

Después de tomar aliento por un momento mientras yo le sostenía la canoa, no tardó el indio en perderse de vista circundando otra curva, ni nosotros, cargando nuevamente a hombros las mochilas, en reanudar la marcha.

No volvimos de inmediato a nuestro sendero, sino que nos desplazamos con dificultad por la orilla del río, hasta que finalmente, abriéndonos paso hacia el interior de la floresta, lo reencontramos. Antes de haber recorrido una milla oímos al indio que nos llamaba. Se había internado en el bosque y seguido el sendero buscándonos, pues había encontrado aguas suficientemente tranquilas para permitirnos embarcar. La orilla distaba alrededor de un cuarto de milla a través de una densa floresta oscura, y mientras el indio nos conducía de regreso, girando rápidamente a derecha e izquierda, tuve la curiosidad de fijarme bien, y descubrí que iba siguiendo inversamente sus pisadas anteriores. Yo solo percibía ocasionalmente sus huellas en el musgo, pero él no parecía mirar ni dudar un instante y nos condujo exactamente hasta la canoa. Eso me sorprendió, ya que sin una brújula o el ruido o la vista del río para orientarnos, nosotros no hubiéramos sido capaces de mantener el curso durante muchos minutos ni hubiésemos podido seguir a la inversa las huellas anteriores sino por un breve trecho, mediante grandes esfuerzos y muy lentamente, empleando una laboriosa circunspección. Pero era evidente que él podía regresar a través de la floresta después de haber estado todo el día en cualquier sitio.

Tras aquella dura caminata por el oscuro bosque, fue un cambio agradable volver a deslizarnos por la rápida corriente en la canoa. Aquel río, que tiene más o menos el tamaño de nuestro Assabet (en Concord), aunque seguía siendo muy rápido, estaba allí perfectamente en calma y mostraba un declive muy visible, una pendiente regular a lo largo de varias millas, como un espejo ligeramente inclinado, por el cual nos deslizábamos. Este descenso regular muy notable, especialmente cuando se miraba la línea del agua contra

las orillas, me causó una singular impresión, probablemente intensificada por la rapidez con que nos movíamos, que hacía que nos pareciese que resbalábamos por un declive mucho más pronunciado aun, y que no fuéramos a salvarnos de los rápidos y los saltos de agua si de pronto nos encontrásemos con ellos. Mi compañero no se dio cuenta de la pendiente, pero yo tengo ojos de topógrafo y estuve seguro de que no se trataba de una ilusión óptica. Cuando uno se aproxima a un río como aquel puede decir con solo una mirada hacia dónde discurre el agua, aunque no perciba movimiento alguno. Yo observé el ángulo que un plano horizontal formaría con la superficie, y calculé en una vara el desnivel, que no tenía por qué ser notablemente grande para producir el efecto.

Me sentía muy excitado por lo perfecto de la navegación, enteramente distinta a flotar en nuestro inane río Concord, ante el deslizamiento por aquel espejo inclinado —que de vez en cuando describía una suave curva— como si en verdad bajase por una montaña entre dos florestas siempre verdes flanquedas por altos pinos blancos secos, a veces inclinados a medias sobre el río y destinados pronto a formar un puente sobre el mismo. Vi allí algunos monstruos, casi despojados de ramas, que apenas disminuían de diámetro a lo largo de ochenta o noventa pies.

Mientras así nos deslizábamos, el indio repitió, en un tono deliberado y grave, las palabras «Daniel Webster, gran abogado», al parecer recordándolo por el nombre del río, y describió la visita que le había hecho en Boston, en la que supuso era la casa de huéspedes donde se alojaba. El indio no tenía tratos con él, sino que fue simplemente, digamos, a presentarle sus respetos. Respondiendo a nuestras preguntas, describió bastante bien al personaje. Era el día en que Webster pronunció su oración de Bunker Hill, que creo que Polis escuchó. La primera vez que fue a visitarlo se cansó de aguardarlo sin ser atendido, y se fue. La siguiente vez lo vio aproximarse en mangas de camisa varias veces a la puerta de la habitación don-

de él estaba esperando, sin advertir su presencia. Polis pensó que si el otro hubiese ido a ver a los indios, estos no lo habrían tratado de ese modo. Por último, después de una muy larga demora, Webster entró, caminó hacia él y le preguntó en alta voz, con brusquedad, «¿Qué quiere?», y él, creyendo, por el movimiento de su mano, que iba a golpearlo, dijo para sí, «Será mejor que tenga cuidado, si intenta eso yo sabré qué hacer». No le gustó el hombre, y acerca de lo que este dijo aseguró que «no vale la pena hablar de una rata almizclera». Nosotros sugerimos que probablemente el Sr. Webster estuviera muy ocupado, y tuviera por entonces un gran número de visitantes.

Al llegar a los rápidos y saltos de agua, nuestro avance fácil terminó súbitamente. El indio recorrió la costa para inspeccionar el agua, mientras nosotros trepábamos por las rocas, recolectando bayas. El peculiar desarrollo de los arándanos en lo alto de las grandes rocas me producía la impresión de estar en tierras altas, y en rigor se trataba precisamente de eso. Cuando volvió, el indio comentó, «Vosotros tener que caminar; agua muy fuerte». Así pues, sacando la canoa, la botó otra vez más abajo de los saltos y no tardó en perderse de vista. En situaciones como esa, se metía en la canoa, cogía el remo y, con un aire de misterio partía, mirando a lo lejos y ateniéndose a sus intuiciones, como si absorbiera toda la información proporcionada por la floresta y la corriente; pero algunas veces yo percibía una leve expresión divertida en su rostro, acaso respondiendo a mi sonrisa de simpatía, pues él mostraba permenentemente buen carácter. Mientras, nosotros íbamos dificultosameente por la ribera, cargando nuestras mochilas, sin sendero visible. Fue el final de nuestra navegación por el día.

La rocas que aquí prevalecían era de un tipo de pizarra, afirmadas de canto, y a mi compañero, llegado recientemente de California, le parecieron exactamente iguales a aquellas en las que se encuentra oro, y dijo que si hubiera tenido una batea le habría gustado lavar un poco de arena del lugar.

El indio iba ahora mucho más rápido que nosotros, y de cuando en cuando nos esperaba. Allí encontré el único manantial de agua fresca del que haya bebido en cualquier otro sitio durante la excursión, una pequeña aguada en la ribera arenosa. Fue un evento bastante memorable y se debió a lo elevado del terreno, pues en todas las otras partes en las que estuvimos, el agua de los ríos y sus afluentes era mansa y tibia, comparada con la de una región montañosa. Resultaba muy malo caminar por la costa por encima de árboles y arbustos caídos y arrastrados por el agua, y también sobre las piedras, haciendo a menudo equilibrio sobre el agua, o bien moviéndonos por una barra de grava o internándonos tierra adentro. En cierto lugar, encontrándose el indio adelante, me vi forzado a quitarme toda la ropa con objeto de vadear un afluente pequeño pero profundo, mientras mi compañero, que iba por el interior, encontró un puente rústico en lo alto del bosque, y dejé de verlo por un tiempo. Vi huellas muy frescas de alce, hallé una nueva vara de solidago para mí (tal vez *solidago thyrsoidea*), y pasé al lado de un tronco de pino blanco atascado cerca de la orilla del río, que medía fácilmente cinco pies de diámetro en un extremo. Es probable que lo frenase su tamaño.

Poco después, alcancé al indio al borde de una tierra quemada que se extendía por tres o cuatro millas al menos, empezando a unas tres millas más allá del Lago Segundo, el cual esperábamos alcanzar esa noche, y que se encuentra alrededor de diez millas del lago Telos. Esta región quemada era todavía más pedregosa que la anterior, pero, aun siendo relativamente abierta, todavía no dejaba ver el lago. Como no había visto a mi compañero durante un buen rato, trepé, con el indio, a una roca especialmente alta al borde del río, la cual formaba en la parte más elevada una estrecha cresta de uno o dos pies de anchura, para desde allí buscarlo; y tras llamar varias veces, finalmente lo oí responder desde una distancia considerable: había tomado un sendero que lo alejó del río, puede que

directamente hacia el lago, y ahora estaba buscando nuevamente aquel. Viendo, a eso de un tercio de milla más al este, una roca semejante a la anterior, pero mucho más alta, me encaminé hacia ella a través de la tierra quemada, con objeto de avizorar el lago desde su cima, dando por supuesto que el indio se mantendría en la corriente con la canoa, y anunciando todo el tiempo a gritos que mi compañero podría reunirse conmigo por el camino. Antes de juntarnos, observé que un alce, posiblemente asustado por mis gritos, había huído al parecer por un gran tronco podrido de pino que formaba un puente de treinta o cuarenta pies de largo sobre una depresión del terreno, cosa tan conveniente para él como para mí. Sus huellas eran tan grandes como las de un buey, pero un buey no habría podido cruzar por allí. La de la tierra quemada era una región sumamente agreste y desolada. A juzgar por el hierbajo y los retoños, parecía haber sido quemada unos dos años antes. Estaba cubierta de troncos carbonizados, sea tumbados o de pie, que nos tiznaban la ropa y las manos, y allí no habríamos podido fácilmente distinguir a un oso por su color. Grandes esqueletos de árboles, a veces sin quemar por fuera, o quemados solo de un lado pero negros en su parte interna, alcanzaban veinte o cuarenta pies de altura. El fuego había subido por dentro, como en una chimenea, dejando el sámago. A veces cruzábamos un barranco rocoso de cincuenta pies de ancho por medio de un tronco caído; y había por todas partes grandes extensiones de adelfilla (*epilobium*), las mayores que yo haya visto, en las que destacaban grandes masas de color rosa. Es que entremezcladas con aquella había plantas de frambuesa y arándano.

Una vez cruzada una segunda cresta rocosa como la primera y cuando yo empezaba a ascender la tercera, el indio, a quien había dejado en la costa a unas cincuenta varas detrás, me hizo señas de que fuera hasta él, pero yo le indiqué que primero subiría a la alta roca que tenía delante de mí, desde donde esperaba divisar el lago. Mi compañero subió conmigo hasta arriba. La cima estaba formada

igual que las otras. Atraída mi atención por el perfecto paralelismo entre aquellos singulares promontorios rocosos, pese a la distancia que los separse, saqué mi brújula y hallé que estaban dispuestos de noroeste a sureste, con la roca en los flancos, por cierto muy agudos. Hablando de memoria, diré que éste en el que estábamos tenía una extensión de casi un tercio de milla, aunque era bastante angosto, e iba subiendo gradualmente desde el noroeste hasta la altura de más o menos ochenta pies, para volverse empinado en el extremo sureste. La inclinación del lado suroeste era como la de un techo ordinario, que uno podría trepar sin riesgo; el del nordeste era un abrupto despeñadero desde el cual uno podía saltar limpiamente hasta el fondo, cerca de donde discurría el río; en tanto que la cima plana del promontorio, por la que se podía caminar, tenía solo entre uno y tres o cuatro pies de ancho. Para hacerse una idea aproximada, si se corta al medio una pera a lo largo, se la coloca sobre el lado plano, con el pedúnculo hacia en noroeste, y luego se la divide verticalmente a la mitad en la dirección de su largo, conservando la mitad suroeste, se tendrá a grandes rasgos la forma de que hablo.

Había una notable serie de esas grandes rocas puestas de manifiesto por la quemazón; grandes olas, como quien dice. No es sorprendente que el río que se abría paso por entre ellas fuera rápido y estuviera obstruído por saltos. Sin duda la ausencia de tierra sobre esas rocas, o la sequedad de la misma donde la había, determinó que el incendio fuese muy riguroso. Vimos el lago por encima del bosque, dos o tres millas más adelante, y observamos que el río describía un abrupto giro hacia el sur rodeando el extremo noroeste del acantilado en el que nos encontrábamos, o un poco más arriba, de modo que habíamos cortado una curva, y también vimos que había un importante salto de agua en ella a corta distancia por debajo nuestro. Ví la canoa a un centenar de varas detrás, pero ahora sobre la orilla opuesta, y supuse que el indio había concluído por desembarcar y hacer un porte rodeando unos peligrosos rápidos de

aquel lado, y eso podría ser lo que habrían significado las señas que me había hecho; pero tras aguardar un rato continué sin verlo en absoluto, y le comenté a mi compañero que no sabía dónde podría hallarse, aunque empezaba a sospechar que se hubiera internado por tierra a buscar el lago desde alguna cima de aquel lado, como habíamos hecho nosotros. Así fue, efectivamente; pues después de iniciar el regreso a la canoa oí un débil llamado, y lo divisé en la cima de una colina rocosa de aquel lado. Pero como, tras un buen rato, aún veía su canoa en el mismo sitio, sin que él hubiese retornado y sin que pareciera tener prisa alguna por hacerlo, y como además recordé que previamente me había hecho señas, pensé que podría haber algo más que lo detuviese y empecé a volver al noroeste, por la cresta, hacia el ángulo en el río. Mi compañero —que acababa de quedar separado de nosotros y había contemplado incluso la necesidad de acampar solo—, deseando dosificar sus pasos, y no obstante por no separarse de nosotros, quiso saber adónde iba; a lo que respondí que retrocedería lo bastante como para comunicarme con el indio, y que pensaba que sería mejor que fuésemos juntos por la orilla, teniéndolo siempre visible.

Cuando alcanzamos la orilla el indio apareció desde el bosque del otro lado, pero debido al estruendo del agua nos era difícil comunicarnos. Él siguió por la orilla hacia el oeste en la canoa, mientras que nosotros nos detuvimos en una esquina donde la corriente doblaba hacia el sur rodeando el precipicio. Volví a decirle a mi compañero que seguiríamos por la orilla manteniendo al indio a la vista. Empezamos a hacerlo, bien juntos, con el indio, que había botado de nuevo la canoa, detrás nuestro; pero en ese preciso momento vi que él había cruzado a nuestra orilla y venía cuarenta o cincuenta varas más atrás haciéndome señas, así que le grité a mi compañero, que acababa de desaparecer detrás de unas grandes rocas en la punta del precipicio, tres o cuatro varas delante de mí, de camino al río, que iba un momento a ayudar al indio. Así lo hice —ayudé a pasar la canoa

por un salto de agua, echado de bruces sobre una roca y sosteniéndola por un extremo mientras él la recibía abajo—, y antes de diez o a lo sumo quince minutos estuve de regreso en el punto donde la corriente giraba hacia el sur, para reunirme con mi compañero, mientras Polis se deslizaba solo por el río, paralelo a nosostros. Pero para mi sorpresa, al rodear el precipicio, aunque la costa estaba despejada de árboles, que no de rocas, por al menos un cuarto de milla, no había señales de mi compañero. Era como si se lo hubiese tragado la tierra. Cuestión tanto más inexplicable por cuanto que yo sabía que desde nuestra caminata por la ciénaga él tenía los pies muy doloridos, y que quería mantenerse con el grupo; además, resultaba muy dificultoso andar trepando rocas o esquivándolas. Apresuré el paso, llamándolo y buscándolo, pensando que podría estar oculto tras una roca, aunque dudando si no habría ido por el otro lado del precipicio, pero el indio se había adelantado más velozmente en la canoa, hasta ser detenido por los saltos de agua, un cuarto de milla más abajo. Entonces desembarcó, y declaró que esa noche no podíamos llegar más lejos. Se estaba poniendo el sol, y debido a los saltos de agua y los rápidos íbamos a vernos obligados a abandonar ese río y a portear un buen trecho hasta otro más al este. Lo primero era, pues, encontrar a mi compañero, pues ahora me sentía muy alarmado por él, y mandé adelante al indio por la orilla, que empezaba a estar cubierta nuevamente de madera sin quemar a continuacion de los saltos de agua, mientras yo buscaba hacia atrás alrededor del precipicio que acabábamos de pasar. El indio mostró cierta renuencia a esforzarse, quejándose de que estaba muy fatigado por los trabajos del día, y arguyendo que lo había agotado mucho el superar tantos rápidos solo; pero partió emitiendo gritos semejantes al de un búho. Yo recordé que mi compañero era corto de vista, y temí que hubiera caído por el precipicio o se hubiera desmayado y caído entre las rocas de abajo. Grité y exploré de arriba abajo aquel precipicio en medio de la penumbra hasta que no pude ya ver, sin esperanza de hallar otra cosa que su cuerpo en el

fondo. Durante media hora presentí y creí solo en lo peor. Pensaba en qué debería hacer al día siguiente si no lo encontraba, en qué podía hacer en semejante lugar, y en cómo se sentirían sus parientes si yo retornase sin él. Sentía que si realmente se había extraviado lejos del río, encontrarlo sería una empresa desesperada; ¿y dónde estaban quienes pudieran auxiliarme? ¿Cómo reclutar gente donde no había sino dos o tres campamentos, distantes veinte o treinta millas, sin carretera, y tal vez con todos el mundo ausente de su casa? Pero había que esforzarse tanto más cuanto menores fueran las perspectivas de éxito.

Bajé velozmente del precipicio a la canoa con el fin de disparar el arma del indio, pero descubrí que los fulminantes los tenía mi compañero. Seguía pensando en cómo disparar, cuando regresó el indio. No había encontrado a mi compañero pero había visto sus huellas una o dos veces a lo largo de la orilla. Esto me animó mucho. Él se opuso a disparar el arma, diciendo que si mi compañero la oía, cosa improbable habida cuenta el estruendo del río, sentiría la tentación de venir hacia nosotros y podría romperse el cuello en la oscuridad. Por la misma razón nos abstuvimos de encender una fogata en la roca más alta. Yo propuse que bajásemos ambos por el río hasta el lago, o que en todo caso fuera yo, pero el indio dijo, «Ser inútil, no poder hacerse nada en la oscuridad; por la mañana encontrarlo. No peligro, hace acampada. Ningún animal dañino por aquí, no osos grises, como en California, donde ha estado, noche templada, él pasar tan bien como nosotros». Pensé que si estaba bien podía arreglárselas sin nosotros. Acababa de vivir ocho años en California, y tenía amplia experiencia con animales salvajes y hombres incluso más salvajes, estaba especialmente acostumbrado a llevar a cabo largos viajes, y aunque estuviera enfermo o muerto se hallaba cerca de donde nos hallábamos. La oscuridad en el bosque era ya tan densa, que eso solo decidió la cuestión. Debíamos acampar donde estábamos. Yo sabía que él tenía su mochila, sus mantas y

sus cerillas, y, si se encontraba bien, no lo pasaría peor que nosotros, excepto porque tendría que prescindir de la cena y la compañía.

Como este lado del río estaba tan obstaculizado por las rocas, cruzamos a la orilla oriental, más llana, y procedimos a acampar allí, a menos de dos o tres varas de los saltos. No armamos la tienda, sino que nos tumbamos en la arena, colocando unas puñados de hierba y ramas debajo nuestro, al no haber plantas disponibles. Como combustible utilizamos algunos de los tocones carbonizados. Nuestras diversas bolsas de provisiones se habían mojado bastante en los rápidos, y las dispuse en torno al fuego para que se secaran. El salto cercano era el principal en aquel río y hacía temblar la tierra debajo nuestro. Era una noche fresca, por el rocío. El indio se quejó bastante, y más tarde creyó haber pescado allí un enfriamiento que le ocasionó una enfermedad más grave. En todo caso, no nos molestaron los mosquitos. Yo permanecí un buen rato despierto debido a la ansiedad, pero, inexplicablemente incluso para mí, terminé por tranquilizarme con respecto a mi compañero. De entrada me había temido lo peor, pero ahora tenía pocas dudas de que por la mañana lo encontraría. De vez en cuando me parecía escuchar su voz llamando desde el lado opuesto del río, en medio del rugido del salto, pero es dudoso que hubiera podido oirla a través de la corriente. Por momentos dudaba incluso de que el indio hubiera visto reaalmente sus huellas, puesto que se manifestaba renuente a efectuar una búsqueda intensiva, y entonces mi ansiedad retornaba.

Era la región más agreste y desolada en la que hubiésemos acampado, un lugar donde uno podría esperar encontrar habitantes acordes al mismo, pero solo escuché el graznido de una caracatey revoloteando en lo alto. En la primera parte de la noche, la luna llena, situada sobre las rocosas colinas adornadas con altos, carbonizados y huecos tocones o esqueletos de árboles, servía para poner de manifiesto la desolación.

El Allegash y el East Branch – Parte 8

Jueves 30 de julio.

Esta mañana desperté temprano al indio para ir en busca de nuestro compañero, esperando encontrarlo a menos de una o dos millas más lejos por el río. El indio quiso primero su desayuno, pero yo le recordé que mi compañero no había desayunado ni cenado. Nos vimos obligados primero a portear la canoa y el equipaje hasta otro río, el East Branch principal, distante unos tres cuartos de milla, porque el Webster ya no era navegable. Recorrimos dos veces el porteadero, y los matorrales cubiertos de rocío nos mojaron hasta la cintura; yo emitía fuertes gritos de cuando en cuando, por más que no me hacía ilusiones de que se me oyera por sobre el rugido de los rápidos, y además nos encontrábamos necesariamente del lado opuesto de la corriente con respecto a él. La segunda vez el indio, que iba delante de mí con la canoa sobre la cabeza, tropezó y cayo pesadamente, permaneciendo un momento en silencio, como dolorido. Yo me apresuré a acercarme para ayudarlo preguntándole si se había lastimado, pero tras una pausa, sin responder, él se paró de un salto y reanudó la marcha. Anduvo todo el tiempo callado, sin que eso me molestase.

Habíamos botado la canoa y avanzado apenas un poco por el East Branch cuando oí un grito de respuesta de mi compañero, y poco después lo vi de pie sobre un cabo, un cuarto de milla más abajo, donde había un calvero y el humo de su hoguera se elevaba cercano. Como es natural, antes de verlo grité varias veces, pero el indio dijo secamente, «Él ya haber oído», como si con una llamada

bastara. Estaba poco más debajo de la desembocadura del río Webster. Cuando llegamos, se encontraba fumando su pipa y declaró que había pasado una noche bastante agradable, aunque un poco fría debido al rocío.

Parece que la noche anterior, cuando estábamos juntos y yo me puse a llamar al indio a través del río, él, siendo corto de vista, no había visto al indio ni la canoa, y cuando yo retrocedí para ayudar al indio él no vio por donde iba, y supuso que estábamos más abajo y no más arriba, así que, dándose prisa para alcanzarnos, se alejó de nosotros. Al encontrar el calvero, a una milla o dos de nuestro campamento, se le echó encima la noche, por lo que hizo un fuego en un pequeño hoyo y se tendió junto al mismo sobre su manta, todavía creyendo que íbamos por delante de él. Pensaba que había oído una vez al indio llamando la noche anterior, pero lo tomó por un búho. Antes que oscureciera del todo había visto en la tierra quemada una rareza botánica: un *epilobium augustifolium* de un blanco puro en medio de una extensión de otros de color rosa. A modo de señal ya había puesto los restos de una camisa de leñador en la punta de un palo a la orilla del agua, y le había agregado una nota para informarnos que había continuado hacia el lago, y que si no nos encontraba allí, regresaría en un par de horas. Había pensado que si no nos encontraba pronto, volvería atrás en busca del solitario cazador que habíamos conocido en el lago Telos tres millas antes, y, si daba con él, lo contrataría para que lo llevase a Bangor. Pero el cazador se había movido tan rápido como nosotros, se hallaría en ese momento a veinte millas, y vaya a saber en qué dirección. Buscarlo en aquel monte habría sido como buscar una aguja en un pajar. Mi compañero había estado pensando en cómo sobrevivir comiendo únicamente bayas.

En el lugar de la nota pusimos una tarjeta, que Polis envolvió cuidadosamente en un trozo de corteza de abedul para que se conservara seca, conteniendo nuestros nombres y destino, así como la

fecha de nuestra visita. Es probable que ya haya sido leída por algún cazador o explorador.

Todos mostramos buen apetito para el desyuno que no tardamos en preparar allí, y luego, tras haberse secado parcialmente nuestra ropa, nos deslizamos velozmente por la ventosa corriente hacia el Lago Segundo.

A medida que las orillas se tornaban más llanas, con frecuentes bancos de grava y arena, y la corriente se volvía más sinuosa, en las tierras más bajas próximas al lago, fueron apareciendo olmos y fresnos; también lirios silvestres (*lilium canadense*), algunos de cuyos bulbos recogí para la sopa. En algunos promontorios la tierra quemada se extendía hasta el mismo lago.

El lago era muy hermoso, de dos o tres millas de largo, con altas montañas del lado suroeste, con el *Nerlumskeechticook* (dijo el indio), o sea algo así como el monte de los remolinos. Parece ser el mismo que en el mapa se denomina Monte Carbunclo. Según Polis, se extiende en elevaciones separadas a lo largo de este lago y el siguiente, que es mucho mayor. Creo que el lago recibe el mismo nombre, si acaso con la adición de *gamoc* o *mook*. Era una mañana luminosa, perfectamente calma y serena, con el lago terso como un espejo en el que las únicas ondas eran las provocadas por nuestros remos. Las oscuras montañas que lo rodeaban se veían a través de una glauca bruma, y los brillantes tallos blancos de abedul de canoa se mezclaban con los de otras plantas a su alrededor. El cuicacoche (*hyalocichla mustelina*) cantaba en la distante orilla, y la risa de unos somorgujos que retozaban en una escondida bahía occidental, como inspirados por la mañana, nos llegaba distintamente por sobre el lago, y cosa notable, el eco que recorría este último era mucho más sonoro que la nota original; probablemente porque, estando los somorgujos en una bahía simétricamente curva al pie de la montaña, nosotros quedábamos exactamente en el foco de numerosos ecos, siendo el sonido reflejado como la luz desde un espejo cónca-

vo. Puede que la belleza del escenario se haya sublimado a nuestros ojos por el hecho de habernos reunido otra vez tras una noche de cierta ansiedad.

Este lago me recordó al Ambejijis, en el West Branch, que crucé en mi primera excursión a Maine.

Después de haber remado las tres cuartas partes del lago, hicimos un alto para que mi compañero pudiera pescar. Una gaviota blanca (o blancuzca) se posó en una roca que sobresalía de la superficie no muy lejos, en mitad del lago, armonizando con el escenario; y mientras descansábamos allí al calor del sol, oímos, procedente de la floresta, distante cuarenta o cincuenta varas, una especie de chasquido, como de una rama quebrada por la pata de un animal grande. Incluso este incidente resultaba allí interesante. En medio de nuestros sueños con una gigantesca trucha de lago, que aun entonces imaginaba mordisqueando el anzuelo, nuestro pescador sacó una perca roja, y retomamos rápidamente los remos.

No se veía el desaguadero del lago, y mientras que el indio creía que hallaba en una dirección, yo pensaba que estaba en otra. Dijo él: «Yo apostar un cuarto a que estar allí», pero continuó en la indicada por mí, que resultó ser la correcta. Cuando nos aproximábamos a la salida, todavía por la mañana temprano, él exclamó de pronto, «¡Alce! ¡alce!» y nos mandó quedarnos quietos. Puso un fulminante en su arma, y de pie en la popa impulsó rápidamente la canoa directamente hacia la orilla y el alce. Era un alce hembra, a unas 30 varas de distancia, parada en el agua a un costado del desaguadero, parcialmente detrás de unos matorrales y troncos caídos, y desde nuestra posición no parecía muy grande. Movía las grandes orejas, y de tanto en tanto espantaba las moscas de alguna parte de su cuerpo con el hocico. No pareció alarmarse mucho por nuestra presencia; ocasionalmente volteaba la cabeza y nos miraba directamente, y a continuación volvía a dirigir su atención a las moscas. Al aproximarnos algo más, el animal salió del agua, se irguió y nos

observó con creciente sospecha. Polis impulsó la canoa gradualmente hacia delante por el agua poco profunda, y yo por un momento olvidé al alce para prestar atención a unas bonitas poligonáceas color rosa que asomaban apenas sobre la superficie, pero pronto la canoa encalló en el barro a 9 o 10 varas del alce, y el indio echó mano a su arma y se aprestó a disparar. Después de permanecer un momento inmóvil, la hembra giró lentamente, como siempre, para no dejar expuesto el flanco, y él aprovechó ese momento para disparar, por encima de nuestras cabezas. A continuación, el animal se alejó pausadamente ocho o diez varas, a través de un lugar poco profundo, hacia un antiguo sitio que ocupaba habitualmente, detrás de unos arces rojos caídos, donde volvió a quedar inmóvil a una docena o catorce varas de nosotros, mientras el indio recargaba rápidamente su arma y disparaba de nuevo, sin que ella se moviese. Mi compañero, que le pasaba los fulminantes y las balas, comentó que Polis estaba tan excitado como un chico de quince años, que le temblaba la mano y que una vez había metido la baqueta al revés. Esto era insólito en un cazador tan experimentado. Tal vez estuviera ansioso por efectuar un buen disparo ante nosotros. El cazador blanco me había comentado que los indios no eran buenos tiradores porque se excitaban, aunque había dicho que el que nosotros llevábamos era buen cazador.

El indio empezó seguidamente a retroceder de forma rápida y en silencio, describiendo un giro en redondo para internarse en la desembocadura —antes había disparado por encima de una especie de península que lo separaba del lago— hasta que estuvimos cerca de donde había estado el alce, momento en el que exclamó, «Ya está», y se sorprendió de que no la hubiésemos visto al mismo tiempo que él. Allí, ciertamente, estaba el animal completamente muerto, con la lengua afuera, en el mismo lugar que ocupaba cuando los disparos anteriores, con un aspecto inesperadamente grande y caballuno, y vimos dónde las balas habían dejado sus marcas.

Con una cinta, encontré que el alce hembra medía casi seis pies desde el hombro hasta la punta de la pezuña, y que tendida como estaba alcanzaba los ocho pies de largo. Algunas partes del cuerpo estaban casi cubiertas de moscas que ocupaban zonas de un pie de diámetro; eran al parecer moscas comunes del bosque, con una mancha oscura en las alas, y no las muy grandes que ocasionalmente nos perseguían en medio del río, aunque a las dos las llaman mosca del alce.

Preparándose para desollar al alce, Polis me pidió que lo ayudase a buscar una piedra en la que afilar su cuchilla grande. Aquello no era fácil, ya que el terreno donde había caído el animal era suelo llano aluvial, cubierto de arces rojos, etc.; estuvimos buscando largo rato, hasta que por fin encontré una especie de piedra de pizarra chata, y poco después él retornó con otra semejante, con las cuales no tardó en dejar la cuchilla bien afilada.

Mientras él desollaba al alce, yo procedí a averiguar qué clase de peces podían encontrarse en aquel lento y fangoso desaguadero. La mayor dificultad fue encontrar una vara. Era casi imposible hallar en aquellos bosques una delgada y derecha de diez o doce pies de largo. Podía uno pasarse media hora buscando en vano. Lo corriente es que las haya de picea, de *arbor-vitæ*, de abeto, etc., cortas, gruesas y con muchos vástagos, con las que no se tiene una buena caña de pescar, ni aun después de haberlas despojado pacientemente de todas sus duras ramas secundarias. Los peces eran principalmente percas rojas.

El indio, que había cortado un gran trozo de carne, el labio superior y la lengua del alce, envolvió todo aquello en la piel del animal y lo colocó en el fondo de la canoa, comentando que allí había «un hombre», refiriéndose al peso. Nuestra carga había sido previamente reducida a unas treinta libras, pero ahora aumentaba en cien, una adición importante, que reducía aun más el espacio para nosotros, y aumentaba considerablemente el riesgo en los la-

gos y los rápidos, así como la tarea en los portes. La piel del alce, de acuerdo a la costumbre, era nuestra, dado que el indio estaba a nuestro servicio, pero el reclamarla no pasó siquiera por nuestra imaginación. Siendo él un hábil confeccionador en cueros de alce, tengo entendido que aquella le reportaría siete u ocho dólares. Él dijo que de esa forma a veces ganaba cincuenta o sesenta dólares al día; había matado diez alces en un día, aunque el desuello y demás le llevaba dos. Era así como había conseguido su propiedad. Había por allí huellas de un becerro, que según él aparecería «pronto, pronto» y podría cazarlo si no nos importaba aguardar; pero yo le eché un balde de agua fría al proyecto.

Continuamos por el desaguadero rumbo al Gran Lago a través de una zona cenagosa, por un largo, estrecho y sinuoso trecho de aguas quietas, muy obstruído por maderos, donde a veces nos vimos obligados a bajar a tierra para hacer pasar la canoa por encima de un tronco. Era difícil dar con un conducto, y no sabíamos si nos habríamos perdido en la ciénaga. Que abundaba en patos, como siempre. Por fin alcanzamos el Gran Lago, que los indios llamaban *matungamook*.

En la cabecera de este último vimos, viniendo del suroeste, con un empuje aparentemente proporcionado por un desfiladero en la montaña, el torrente del Trout Stream, o *Uncardnerheese*, nombre, dijo el indio, relacionado con montañas.

Nos detuvimos a comer en una interesante isla alta y rocosa situada poco después de la entrada al lago *Matungamook*, amarrando la canoa en la costa acantilada. Siempre es agradable bajar de una embarcación y trepar a una gran roca o un acantilado. Nos daba ocasión de poner a secar nuestras mantas húmedas sobre la piedra soleada. Allí habían acampado recientemente unos indios, y por accidente habían incendiado el extremo occidental de la isla; Polis recogió una funda de escopeta hecha con tela azul y dijo que conocía al indio a quien pertenecía, y que iba a llevársela. Su tribu no es

tan grande, pero es posible que él conozca todas las pertenencias de sus miembros. Procedimos a encender un fuego y a cocinar nuestra cena entre unos pinos donde nuestros predecesores habían hecho otro tanto, mientras el indio se ocupaba en la orilla de su piel de alce, pues dijo que le parecía un buen plan que uno solo se encargase de preparar la comida, colijo que siempre que ese uno no fuese él mismo. Sobre nuestra hoguera pendía un peculiar ramaje de hoja perenne, que a primera vista lucía como el *Pinus rigida*, con hojas de poco más de una pulgada de largo, parecidas a las de la picea, pero vimos que se trataba del *Pinus Banksiana* (de Bank, de Labrador) también llamado pino achaparrado, pino gris, etc., un árbol nuevo para nosotros. Aquellos ejemplares debían ser buenos, pues varios llegaban a tener treina o treinta y cinco pies de alto, que equivalen a dos o tres veces la altura que generalmente se les atribuye. Michaux[1] dice que crece más al norte que cualquiera de nuestros pinos, pero en ninguna parte los halló de más de diez pies. Richardson[2] los encontró de cuarenta y más, y afirma que el puercoespín se alimenta con su corteza. También crecía allí el pino rojo (*Pinus resinosa*).

En una pequeña depresión apartada en el bosque vi el sitio donde los indios habían construído canoas, sobre la roca, protegidos del viento, y también una gran cantidad de recortes apilados. Debió haber sido un lugar de recreo favorito para sus ancestros, y, de hecho, encontramos allí una punta de flecha como las que no han utilizado en dos siglos, y que no sabrían actualmente fabricar. El indio, recogiendo una piedra, me comentó, «Roca mucho rara». Era un trozo de pedernal que —le dije— probablemente su tribu había traído al lugar varios siglos antes para fabricar puntas de flecha. También recogió de junto a la hoguera un amarillento hueso

[1]. Véase nota 3 (pág, 52).

[2]. Sir John Richardson (1787-1865), explorador naturalista escocés, tomó parte en dos de las expediciones de Franklin al Ártico.

curvo, y me pidió que tratara de identificarlo. Era uno de los incisivos superiores de algún castor, con el que alguien se había dado un festín uno o dos años antes. Hallé asimismo la mayoría de los dientes, el cráneo, etc. Nosotros cenamos carne de alce frita.

Una persona que fue compañera mía en mis dos excursiones previas[3] por estos bosques me cuenta que, estando de caza por el Caucomgomoc, alrededor de dos años antes, se encontró un día cenando carne de alce, tortuga almizclada, trucha y castor, y pensó que existen pocos lugares en el mundo donde esos platos puedan exponerse juntos en una mesa.

Después de los casi incesantes rápidos y saltos del Madunkehunk (o río Webster), acabábamos de atravesar las aguas mansas del Second Lake y nos hallábamos en las aguas quietas mucho mayores del Grand Lake, donde pensé que el indio se merecía una siesta extra. El *Ktaadn*, cerca del cual íbamos a pasar al día siguiente, significa, dicen, «la tierra más alta». La geografía abunda en sus nombres. El navegante indio distingue naturalmente con un nombre las partes de la corriente donde ha encontrado aguas agitadas y saltos, lo mismo que los lagos y aguas tranquilas en las que puede descansar sus brazos fatigados, puesto que para él esas son las partes más interesantes y dignas de recordar. La mera visión de *Nerlumskeechticook*, o Montañas de las Aguas Quietas, a una jornada de distancia por la floresta, como las vimos por primera vez, debe despertar en él agradables recuerdos. Y no menos interesante resulta para el viajero blanco, cuando cruza un plácido lago en esos bosques perdidos, tal vez pensando que en cierto sentido es uno de sus primeros descubridores, que se le recuerde que era bien conocido y fue bautizado así por los cazadores indios tal vez hace mil años.

Al ascender la escarpada roca que formaba aquella larga isla estrecha, me sorprendió descubrir que su cima era una angosta cres-

[3]. George A. Thatcher, primo de Thoreau.

ta, con un precipicio al costado, y que su eje de elevación se extendía del noroeste al sureste, exactamente como el de las grandes crestas rocosas al comienzo de la Tierra Quemada, diez millas al noroeste. La misma disposición prevalecía aquí, y pudimos ver claramente que las crestas montañosas al oeste del lago tendían a lo mismo. Unas espléndidas campánulas grandes saludaban por sobre el borde y en las grietas del acantilado, y los arándanos (*vaccinium canadense*) eran por primera vez realmente abundantes en el suelo apenas superficial en aquellas alturas. De allí en adelante no hubo carencia de ellas en el East Branch. Era hermosa la vista sobre el lago brillante, que aparecía puro y hondo, y tenía en total dos o tres islas rocosas. Una vez secas nuestras mantas, partimos nuevamente, habiendo dejado el indio, como de costumbre, su anuncio en un árbol. Esta vez éramos tres en una canoa, con mi compañero fumando. Remamos hacia el sur por el hermoso lago, que parecía extenderse casi tanto hacia el este como hacia el sur, manteniéndonos próximos a la orilla occidental, por fuera de una pequeña isla, bajo la oscura montaña, *Nerlumskeechticook*. Pues yo había observado en mi mapa que ese era el curso. Un cruce de tres o cuatro millas. Se me ocurrió que el perfil de aquella montaña al suroeste del lago, y de otra más allá, era no solo semejante al de las enormes olas de roca del río Webster, sino en lo fundamental como la del monte Kineo, sobre el lago Moosehead, con un similar aunque menos abrupto precipicio en el extremo sureste; en resumen, que todas las prominentes elevaciones del entorno eran Kineos más grandes o más pequeños, y que posiblemente existía tal relación entre el Kineo y las rocas del río Webster.

El indio no sabía exactamente dónde estaba el desaguadero, si en el ángulo extremo suroeste o más al este, y había pedido ver mi plan en el último lugar de parada, pero yo había olvidado mostrárselo. Como de costumbre, él fue tanteando su rumbo por un curso medio entre dos probables puntos, del cual podía desviarse hacia uno u otro lado al final sin perder mucha distancia. Próximos a la ribera sur, como las nubes anunciaban vientos y las olas eran bas-

tante altas, nos colocamos parcialmente a sotavento de una isla, aunque a gran distancia de la misma.

No distinguí el desaguadero hasta que estuvimos casi en él y oímos la caída del agua desde el dique allí situado.

La caída era considerable y el dique muy importante, pero sin vestigios de cabaña o campamento alguno. El cazador que conocimos en el lago Telos nos había dicho que allí abundaban las truchas, pero a esa hora ellas no subían a morder el anzuelo, solo algunos peces parecidos provenientes del centro mismo de las veloces aguas. No hay en estos ríos tantos peces como en el Concord.

Mientras allí holgazaneábamos, Polis aprovechó la ocasión para cortar con su gran cuchilla parte del pelo de la piel del alce y así aligerarla y prepararla para el teñido. En varios antiguos campamentos indios en el bosque he notado los montones de pelo del que despojaban a sus pieles.

Después de traspasado el dique, el indio prosiguió velozmente por los rápidos, dejando que nosotros camináse mos una milla o más por donde mayoritariamente no había sendero alguno, sino muy espesos matorrales que dificultaban la travesía por las cercanías de la corriente. Se suponía que fuera llamándonos para que supiésemos dónde nos esperaba con la canoa, pero debido a los meandros del río nosotros no sabíamos dónde estaba la ribera, y él, olvidando que no éramos indios, no llamó con suficiente frecuencia. Al parecer era muy avaro de su aliento, aunque le extrañaba si seguíamos de largo o no dábamos con el sitio preciso. No era una falta de consideración, sino demostración de la superioridad de sus costumbres. Los indios prefieren andar con el mínimo posible de comunicación y preámbulos. En realidad estuvo todo el rato haciéndonos un gran cumplido al creer que podíamos valernos por nosotros mismos.

Finalmente, trepando por sobre los sauces y los árboles caídos cuando era mejor que rodearlos, dimos con la canoa, y a partir de ahí nos deslizamos por aguas tranquilas aunque rápidas durante varias millas. Volví a observar entonces, y en mayor grado al día

siguiente, que, al igual que el Webster, el río era un plano inclinado sobre el cual bordeábamos la costa. Mientras así nos desplazábamos, asustamos a los patos negros que habíamos avizorado antes.

Decidimos acampar pronto esa noche, para disponer de tiempo suficiente antes del crepúsculo; así pues, nos detuvimos en la primera ribera idónea, una estrecha playa de guijarros sobre el lado oeste, a unas cinco millas de la salida del lago. Era un lugar interesante, donde el río describía una gran curva hacia el este, y donde al noroeste se alzaba oscuro a poca distancia el último de los *Nerlumskeechticook*, con su curioso aspecto de rostro de alce, no lejos del suroeste del Grand Lake, exhibiendo su escarpado lado sureste; pero eso no podía verse sin acceder a la ribera.

A dos pasos del agua, sobre ambos lados, nos encontramos de pronto con una ribera poblada de maleza y raíces, que no de césped, hasta unos cuatro y cinco pies de altura, donde empieza el bosque interminable, lo que produce la impresión de que la corriente acabara de abrirse camino a través de aquel.

Resulta sorpresivo, al pisar tierra en cualquier parte de esta ininterrumpida jungla, ver tan a menudo, a menos de unas pocas varas del río, las marcas del hacha dejadas por los madereros que han acampado allí o que han pasado conduciendo troncos en primaveras anteriores. Eventualmente se puede ver dónde ellos, como nosotros, han cortado para hacer fuego grandes astillas del tocón de un alto pino blanco. Mientras armábamos el campamento y cenábamos, el indio cortó el resto del pelo de la piel de alce, procediendo a tenderla verticalmente sobre un marco improvisado entre dos arbolillos, a media docena de pies del lado opuesto del fuego, golpetándola y estirándola con corteza de *arbor-vitæ*, que siempre se tiene a mano, y que en el caso fue arrancada de uno de los árboles al cual estaba atada. Como le pedimos una clase nueva de té, nos preparó uno, bastante bueno, con hojas de gaulteria que cubrían el suelo y de las cuales hizo un hatajo sujeto con corteza de cedro, que introdujo en la tetera; pero no era lo mismo que el *chiogenes*.

Me llamó la atención la cantidad de *linnea borealis* y de *chiogenes hispidula* prácticamente por todas partes en los bosques de Maine. La *chimaphila umbellata* estaba aun en flor, y abundaban las bayas maduras de *clintonia*. Esta hermosa planta es una de las más comunes en este bosque. En las riberas vimos por primera vez el cornejo florecido. Los árboles más frecuentes eran la picea (por lo común, negra), el *arbor-vitæ*, el abedul de canoa, (el fresno negro y los olmos que empezaban a aparecer), el abedul amarillo, el arce rojo y una pequeña cicuta semioculta en la floresta. El indio dijo que la madera del arce blanco era la mejor como combustible, y que la del abedul amarillo era bastante buena, pero dura. Después de la cena puso a hervir la lengua y los labios del alce. Me mostró cómo escribir sobre el revés de la corteza de abedul con una rama de picea negra, que es resistente y se le puede hacer punta.

El indio salió a dar una vuelta por los alrededores poco antes del anochecer, y al regreso dijo, «Mí encontrar gran tesoro... valer cincuenta, sesenta dólares». «¿De qué se trata?», le preguntamos. «Trampas de acero, bajo un tronco, treinta o cuarenta, no contarlas. Creer que es trabajo indios... a tres dólares cada una». Fue una singular coincidencia que saliera a dar una vuelta y mirase bajo ese tronco en particular en una floresta inexplorada...

Mientras me lavaba las manos en el río vi varios cachuelos pequeños, que mi compañero intentó en vano atrapar. También oí desde una ciénaga del lado opuesto el sonido de las ranas toro, que al principio pensé que eran alces; un pato pasó remando velozmente; y sentado en aquel entorno oscurecido, al pie de la montaña sombría, junto al río brillante que reflejaba toda la luz, todavía oí el canto del tordo de agua, como si no cupiese esperar manifestaciones de una civilización superior. Para entonces la noche se nos echaba encima.

A la hora del crepúsculo vespertino es por lo general cuando nos instalamos, y mientras las sombras de la noche nos van rodeando y aumentan la de por sí densa penumbra de la floresta, juntamos leña, cenamos, o montamos la tienda. No hay tiempo para explorar y mirar

alrededor antes de que oscurezca. Es posible que alguien penetre media docena de varas en esa naturaleza en penumbras en busca de una corteza seca con la que encender una hoguera, acaso al cabo de una jornada de intensa caminata; o que vaya corriendo hasta la orilla a por un cazo de agua, y desde allí tenga una visión más clara hacia ambos lados de la corriente, y que mientras está allí de pie, vea el brinco de un pez que desaparece hundiéndose en el río, o escuche el canto de un tordo de río en el bosque. Es como si hubiese estado en la ciudad o en lugares civilizados. Pero nadie sale a dar una vuelta para ver el bosque, y diez o quince varas resultan un alejamiento considerable respecto de los compañeros, y ese alguien vuelve con el aire de un viajero sumamente experimentado tras un largo viaje, con aventuras que relatar, aunque pueda haber oído todo el tiempo el crepitar de la hoguera; y a cien varas se puede estar perdido sin remedio y tener que acampar solo. Donde todo es musgo y huele a alce. En medio de esos bosques de abetos y piceas apenas hay sitio para que el humo ascienda. Los árboles son una noche perenne, y cada abeto y cada picea que se tala es una pluma arrancada del ala de cuervo de la noche. En ese momento de la noche el silencio generalizado es más impresionante que cualquier sonido, pero ocasionalmente se oye en el bosque, cercana o lejana, la nota de un búho, y si hay un lago próximo, el grito semihumano de los somorgujos en sus intempestivos divertimientos.

Esta noche, para evitar los mosquitos, el indio se tumbó entre la hoguera y la piel del alce puesta a estirar. De hecho, hizo asimismo un pequeño fuego con hojas verdes del lado de los pies y otro al extremo opuesto, y a continuación, como siempre, se envolvió la cabeza en la manta. Nosotros nos arreglamos bastante bien con nuestros mosquiteros y lociones, pero sería difícil ejercer cualquier ocupación sedentaria en el bosque durante esta estación: no se ve lo suficiente para leer por la noche a la luz de una hoguera a través de un tul, ni se puede manejar lapicero y papel con guantes o con los dedos untados de aceite.

El Allegash y el East Branch – Parte 9

VIERNES, 31 DE JULIO.

El indio dijo, «Usted y yo matar alce anoche, así que usar la mejor leña. Siempre usar mejor leña para cocinar carne alce». Su «mejor leña» era el arce. Puso el labio superior del alce al fuego para quemarle el pelo, y a continuación lo envolvió con la carne para llevárselo. Al observar que nos sentábamos a desayunar sin cerdo, dijo, con expresión grave, «Mi querer alguna grasa», de modo que le dijimos que podia comerse toda la que friera.

Cubrimos una considerable distancia por aguas calmas y rápidas, por las que nos deslizamos velozmente, espantando a los patos y a los martín pescador. Pero, como de costumbre, al poco tiempo nuestro cómodo avance se acabó, y tuvimos que portear con todo y canoa cerca de media milla por la ribera derecha para eludir algunos rápidos y saltos. A veces requería una vista aguda distinguir de qué lado estaba el porteadero antes de trasponer los saltos de agua, pero Polis nunca erraba en cuanto a hacernos desembarcar en el sitio preciso. Las frambuesas eran allí especialmente abundantes y voluminosas, y todos nos pusimos a comerlas, con comentarios del indio sobre su tamaño.

Era frecuente que en los porteaderos sobre roca pelada la huella resultara tan indistinta que yo la perdía una y otra vez, pero caminando detrás del indio noté que él era capaz de seguirla casi como un sabueso y que rara vez vacilaba, o, si se detenía por un momento sobre una roca desnuda, su mirada detectaba inmediatamente alguna

pista que a mí se me escapaba. En tales sitios nosotros solíamos no hallar ninguna huella, y para él nos retrasábamos inexplicablemente. Lo único que decía era que aquello era «mucho extraño».

Habíamos oído hablar de un Gran Salto en este río, y cada salto que trasponíamos pensábamos que debía ser ese, pero tras haber bautizado sucesivamente varios con el nombre, renunciamos a la búsqueda. Había más «grandes» y «pequeños» saltos de los que puedo recordar.

No recuerdo cuántas veces tuvimos que portear debido a los saltos o los rápidos. Nos pasamos esperando que el río diera un salto final y llegáramos a aguas en calma, pero esa mañana no hubo mejoría. No obstante, los portes eran una agradable variación. Tan pronto como bajábamos de la canoa y estirábamos las piernas, nos encontrábamos con un vergel de arándanos y moras a ambos lados de la senda del porteadero. No hubo sobre el East Branch principal uno solo en el que no encontrásemos esos frutos en abundancia, pues los preferidos por aquellas plantas eran los sitios más rocosos y parcialmente despejados, y no había habido nadie que los recolectara antes que nosotros.

En nuestras tres jornadas por los porteaderos, pues nos vimos obligados a ir por tierra las tres veces en las que hubo que sacar la canoa, le hicimos plena justicia a las bayas, que fueron justo lo que necesitábamos para corregir los efectos de nuestra dieta a base de pan y cerdo. Otra definición para la acción de portear habría sido en este caso «ir de bayas». Encontramos también algunos *amelanchier* o arbolillos pomáceos silvestres, aunque en su mayoría malogrados, si bien se conservan mejor que en Concord. El indio los llamó *pemoymenuk*, y aseguró que dan muchos frutos en determinados sitios. Él con frecuencia comía también las rojas cerezas silvestres del norte, asegurando que eran una buena medicina, aunque a nosotros nos resultaron escasamente comestibles.

Nos bañamos y cenamos en uno de aquellos porteaderos. El indio era quien por lo general nos recordaba la hora de cenar, a

veces incluso poniendo proa hacia la orilla. Una vez formuló una indirecta aunque extensa disculpa, diciendo que quizá nos pareciera extraño, pero que quien ha estado todo el día trabajando duro hace mucho hincapié en tomar las comidas en hora. A la altura del salto más importante de este río, mientras yo iba andando a corta distancia detrás del indio, este observó en la roca un rastro, apenas cubierto con tierra, y, encorvándose, murmuró, «caribú». Al regreso observó cerca del mismo sitio una huella mucho más grande donde la pata de algún animal se había hundido en un pequeño hueco en la roca, parcialmente lleno de hierba y tierra, y exclamó sorprendido, «¿Qué..?» «Bueno, ¿qué es?», pregunté yo. Agachándose y metiendo una mano en el hueco, respondió, con aire de misterio, «Marca de «demonio» [esto es, demonio indio, o puma] por aquí... animal muy malo... hacer pedazos roca». «¿Cuánto hace de eso?», pregunté. «Hoy o ayer», dijo él. Pero cuando le pregunté después si estaba seguro de que la huella era de demonio, dijo que no sabía. Me habían dicho que recientemente se había oído el rugido de un puma por el Ktaadn, y no estábamos lejos de dicha montaña.

Hoy invertimos no menos de la mitad del tiempo en caminar, y la andadura fue tan mala como siempre, pues generalmente yendo solo el indio pasaba de largo por el acceso a los porteaderos antes de detenerse a esperarnos. Los propios senderos de los porteaderos fueron menos visibles que de costumbre, por lo que a menudo el trayecto resultaba únicamente discernible por los incontables pequeños agujeros que los tacos de las botas de los conductores dejan en los troncos caídos, y con frecuencia allí donde sí había una leve huella, no la encontrábamos. Era una espesura enmarañada y desconcertante, a través de la cual pasábamos a tropezones, y cuando habíamos recorrido una milla nuestro punto de partida parecía muy lejano. Nos alegraba no haber tenido que caminar hasta Bangor por la ribera de este río, lo que hubiera sido un viaje de más de cien millas. Piénsese en la densidad de la floresta, los árboles caídos y

las rocas, los meandros del río, los afluentes, y las frecuentes ciénagas a atravesar. Daba escalofríos. Pero el indio de vez en cuando nos señalaba por dónde había avanzado él arrastrándose día tras día cuando era un chico de diez años y estaba muerto de hambre. Había estado cazando bastante más al norte con dos indios adultos. El invierno llegó inesperadamente temprano, y el hielo los obligó a abandonar la canoa en el Grand Lake e ir andando por la ribera. Se echaron las pieles al hombro y partieron para Oldtown. No había nieve suficiente para calzar raquetas, ni para cubrir las desigualdades del terreno. Polis no tardó en hallarse demasiado débil para llevar cualquier carga; pero se las compuso para atrapar una nutria. Eso fue lo más que tuvieron todos para comer en aquel viaje, y él recordaba lo bien que sabía una sopa preparada con las raíces del lirio amarillo y la grasa de la nutria. Compartía ese alimento equitativamente con los otros dos, pero siendo tan pequeño sufría mucho más. Vadeó el Mattawamkeag en la desembocadura con el río helado y el agua al cuello, y debilitado y consumido como estaba, creyó que se lo llevaba la corriente. La primera vivienda que alcanzaron fue en Lincoln, y en sus alrededores conocieron a un camionero blanco con vituallas, quien, viendo el estado en que se encontraban, les proporcionó todo lo que fueron capaces de comer. Después de su regreso a casa y durante los seis meses siguientes, Polis se sintió deprimido y no esperaba vivir, y tal vez por eso se sentía siempre peor.

No fuimos capaces de localizar mucho más de la mitad de esta jornada diaria en nuestros mapas (el «Mapa de las Tierras Públicas de Maine y Massachussets» y el «Mapa de los Ferrocarriles y Ayuntamientos de Maine», de Colton, una copia del anterior). Según los mapas no había más de quince millas entre los campamentos, a lo sumo, y no obstante habíamos estado avanzando afanosamente todo el día, y en gran parte del tiempo muy rápidamente.

Durante siete u ocho millas más abajo de aquella sucesión de «grandes» saltos, el aspecto de las riberas, lo mismo que el carácter

de la corriente, cambió. Después de un afluente desde el nordeste, tal vez el Bowlin, tuvimos buen agua, calma y rápida, con una pendiente regular, como ya he descrito. Empezaron las orillas bajas, con hierba y lodosas. Numerosos olmos, lo mismo que arces y más fresnos se inclinaban sobre el río, suplantando a las piceas.

Puesto que había perdido mis raíces de lirio cuando se sacó la canoa en un porteadero, desembarqué a última hora de la tarde en un sitio bajo y herboso en medio de los arces, para recoger más. Arrancarlas de entre la arena fue una tarea lenta, y los mosquitos estuvieron todo el tiempo dándose un festín a mi costa. Los mosquitos, las moscas negras y demás nos perseguían en el centro del canal, y a veces nos alegrábamos de entrar en un violento rápido, pues entonces escapábamos de los insectos.

Un pájaro carpintero de cabeza roja cruzó volando el río, y el indio comentó que era bueno para comer. Mientras nos deslizábamos velozmente por el plano inclinado del río, un gran búho se lanzó desde un tocón en la ribera, voló pesadamente a través de la corriente, y el indio, como siempre, imitó su graznido. No tardó esa misma ave en regresar volando ante nosotros, y más adelante la vimos posada en un árbol. Poco después un águila de cabeza blanca pasó volando delante nuestro siguiendo la corriente. La perseguimos varias millas mientras buscábamos un buen sitio para acampar, ya que esperábamos que nos alcanzara un chubasco, y la seguimos distinguiendo de vez en cuando a lo lejos por la cola blanca, saltando de algún árbol de la ribera. Sorprendidos por nuestra aparición, unos tadornas macho se sumergieron y les pasamos directamente por encima, pudiendo detectar su rumbo por las burbujas aisladas que salían a la superficie, pero sin verlos. Polis detectó una o dos veces lo que llamó un camino «de remolque», una senda apenas visible que conducía al interior de la floresta. En el ínterin dejamos a atrás a nuestra izquierda la desembocadura del Seboois. Este último no pareció tan grande como nuestro río, que era en realidad el principal. Transcurrió algún tiempo antes de que encontrásemos

un lugar donde acampar, porque la ribera tenía demasiada hierba y lodo, donde abundaban los mosquitos, o era excesivamente empinada. Examinamos un buen lugar, donde alguien había estado acampado tiempo atrás; pero parecía una lástima ocupar un antiguo emplazamiento habiendo tanto espacio donde elegir, de modo que continuamos la marcha. Finalmente hallamos un sitio de nuestro gusto sobre la margen oeste, a eso de una milla más abajo de la desembocadura del Seboois, donde, en un sumamente denso bosque de piceas sobre una orilla de grava, parecía haber pocos insectos. La arboleda era tan espesa que nos obligó a despejar un espacio para encender una hoguera y donde tumbarnos a dormir, y las piceas jóvenes que dejamos fueron como las paredes de un apartamento a nuestro alrededor. Para acceder al lugar tuvimos que trepar un abrupto talud. Pero el lugar que se ha escogido para acampar, aunque nunca tan rústico y sombrío, comienza enseguida a tener sus atractivos, convirtiéndose para uno en un verdadero centro de la civilización: «Un hogar es el hogar», etc.[1]

Resultó que los mosquitos eran más numerosos allí que los que habíamos encontrado antes, y el indio se quejó mucho, aunque durmió, como la noche anterior, entre tres fuegos y su piel de alce estirada. Estando yo sentado en un tocón junto al fuego, con un mosquitero y guantes puestos intentando leer, Polis observó, «Yo fabricarle lumbre», y en un minuto cogió un trozo de corteza de abedul de unas dos pulgadas de ancho y la enrolló fuertemente, en forma de cerilla de quince pulgadas de largo, la encendió y la aseguró horizontalmente por el extremo opuesto a un palo hendido de tres pies de altura que clavó en el suelo, volviendo el extremo encendido hacia el viento y diciéndome que la soplara de vez en cuando. El artilugio cumplía bastante bien la función de iluminar.

[1]. Un dicho corriente en la época, utilizado también por Charles Dickens en vida de Thoreau, en *Dombey and Son.*

Noté, como en ocasiones previas, que los moquitos se concedían una tregua alrededor de medianoche y reanudaban su tarea por la mañana. La naturaleza es piadosa. Pero al parecer ellos necesitan el descanso al igual que nosotros. Pocas criaturas —si hay alguna— son igualmente activas toda la noche. Tan pronto como hubo luz advertí a través de mi tul que el interior de la tienda sobre nuestras cabezas estaba completamente ennegrecido con miríadas de ellos, cada una de cuyas alas se ha calculado que en vuelo vibran tres mil veces por minuto, y el zumbido combinado era casi tan difícil de soportar como sus aguijones. Por esa razón pasé una noche molesta, aunque no estoy seguro de que alguno haya tenido éxito en el intento de picarme. En esta excursión no sufrimos tanto por los insectos como las declaraciones de algunos de los que han explorado estos bosques en mitad del verano nos inducía a esperar. Pero no tengo dudas de que en ciertas estaciones y en determinados lugares constituyen una plaga mucho más grave. El jesuita Hierome Lalemant, de Quebec, relatando la muerte del Padre Reni Menard[2], que fue abandonado, se perdió y murió en el bosque, entre los indios ontarios, cerca del lago Superior, en 1661, hace hincapié principalmente en sus probables sufrimientos por los ataques de los mosquitos cuando se hallaba demasiado débil para defenderse, añadiendo que hay una pavorosa cantidad de ellos por aquellas zonas, y «tan insoportables», dice, «que los tres franceses que han efectuado ese viaje afirman que no había otro medio de defensa que no fuese correr siempre sin detenerse, y que incluso era necesario que dos de ellos se dedicasen a espantar a aquellas criaturas cuando el tercero necesitaba beber, pues de lo contrario le sería imposible». No dudo de que esto fuera dicho de buena fe.

[2]. El jesuita Rene Menard (1605-1661), líder de una expedición a Wisconsin, cuya muerte sigue sin explicarse.

Agosto 1.

Esta mañana temprano pesqué dos o tres grandes cachuelos rojos (*leuciscus pulchellus*) a menos de veinte pies del campamento, y estos, sumados a la lengua del alce, que había estado hirviendo toda la noche, y a las demás vituallas, constituyeron un suntuoso desayuno. El indio nos preparó algo de té de cicuta en lugar de café, y no tuvimos que ir hasta China a por él; en verdad, no tan lejos como por el pescado. El té era tolerable, aunque él dijo que no estaba lo bastante fuerte. Fue interesante ver algo tan sencillo como un cazo de agua con un puñado de ramitas de cicuta verde dentro, hirviendo sobre el enorme fuego al aire libre, con las hojas perdiendo rápidamente su vivo color verde, y saber que era para nuestro desayuno.

Nos alegró embarcar una vez más y dejar atrás parte de los mosquitos. Habíamos pasado por el *Wassataquoik* sin darnos cuenta. Ese, según el indio, es el nombre del propio East Branch, y no corresponde solo a este pequeño afluente, como en los mapas.

Descubrimos que habíamos acampado alrededor de una milla más arriba de lo de Hunt[3], que está sobre la ribera este y es la última vivienda para aquellos que ascienden al Ktaadn desde este lado.

Nosotros también habíamos esperado ascender desde ese punto, pero desistimos debido a que uno de mis compañeros tenía los pies llagados. El indio, no obstante, sugirió que tal vez él pudiera conseguir en su casa un par de mocasines, con los cuales mi compañero podría caminar muy fácilmente, sin lastimarse los pies, poniéndose varios pares de medias, y agregó que eran tan porosos que cuando se mojaban se secaban en un rato. Nos detuvimos para comprar azúcar, pero resultó que la familia se había mudado y la casa estaba

[3]. Willam Hunt despejó la zona que lleva su nombre sobre el East Branch del río Penobscot en 1832. Sus nietos abrieron un campamento y despejaron un camino, que es hoy el sendero apalache que conduce a la cumbre del Katahdin, pasando por Thoreau Spring.

deshabitada, excepto por unos temporeros que recolectaban el heno. Ellos nos dijeron que la ruta al Ktaadn se alejaba del río ocho millas más arriba; también que quizá pudiésemos encontrar azúcar en lo de Fisk, a catorce millas más abajo. Yo no recuerdo que desde el río viésemos en absoluto la montaña. Me fijé en una red tendida sobre la ribera, que probablemente había sido usada para atrapar salmones. Poco más abajo, sobre la margen oeste, vimos una piel de alce estirada, y con ella una piel de oso, que era comparativamente muy pequeña. Yo me interesé tanto más en la escena por el hecho de que cerca de aquí un conciudadano nuestro, entonces un muchacho, y solo, mató hace unos años a un oso. El indio dijo que las pieles pertenecían a Joe Aitteon, mi anterior guía, pero cómo lo supo no lo sé. Es probable que Joe estuviera cazando cerca y las hubiera dejado por el día. Viendo que íbamos directamente a Oldtown, Polis se lamentó de no haber llevado más carne del alce para su familia, agregando que en poco tiempo, poniéndola a secar, podía haberla dejado tan liviana como para haberse llevado la mayor parte, dejando los huesos. Un par de veces preguntamos por el labio, que es una famosa exquisitez, pero él dijo, «Eso va a Oldtown para mi vieja; no se consigue todos los días».

Los arces se hicieron cada vez más numerosos. El cielo estaba encapotado, llovió un poco durante la mañana, y, como esperábamos un chubasco, paramos pronto a cenar del lado este de una pequeña expansión del río, poco más arriba del salto de lo que probablemente se llame Whetstone Falls, alrededor de una docena de millas más abajo de lo de Hunt. Vi unas huellas bastante frescas de alce en la ribera. Había unos singulares montículos alargados cubiertos de helechos. Mi compañero, que había extraviado la pipa, le preguntó al indio si podía fabricarle una. «Oh, claro», dijo este último, y en un minuto le hizo una con un trozo de corteza de abedul enrollado, recomendándole mojar de vez en cuando la cazoleta. También allí dejó en un árbol su anuncio.

Porteamos rodeando la cascada por abajo, sobre la margen oeste. Había rocas con un agudo filo hacia arriba. La distancia era de unos tres cuartos de milla. Cuando habíamos trasladado parte de la carga, el indio retornaba por la costa y yo por el sendero; y aunque no me daba una prisa especial, igual me sorprendió que llegase al extremo opuesto al mismo tiempo que yo. Era notable la facilidad con que se desplazaba por los terrenos más abruptos. «Si yo llevo canoa y usted lo demás, ¿cree que poder mantener mi paso?» Pensé que quería decir que mientras él circulaba por los rápidos yo debía ir por la orilla y estar listo para auxiliarlo de vez en cuando, como había hecho otras veces; pero como mi andadura iba a ser muy difícil, le respondí, «Supongo que usted va a ir demasiado rápido para mí, pero lo intentaré». Pero él dijo que yo debía ir por el sendero. Yo pensé que eso no mejoraba la situación, teniendo que arrimarme a la orilla cuando él me necesitara. Pero tampoco era esto lo que él quería decir. Me estaba proponiendo una carrera por el porteadero, me preguntaba si yo creía poder seguir su ritmo yendo por el mismo sendero, y añadía que tendría que ser muy rápido para conseguirlo. Como su carga, la canoa, sería mucho más pesada y voluminosa, aunque más sencilla, pensé que yo debía ser capaz de lograrlo, y dije que lo intentaría. Así que procedí a reunir arma, hacha, remo, cazo, sartén, platos, cucharones, etc., y cuando estaba ocupado en ello él me alcanzó sus botas de cuero. «¿Qué? ¿Esto es parte del trato?», pregunté. «Oh, sí», dijo él; pero antes de que yo pudiera hacer un paquete con mi carga lo vi desaparecer por una pendiente con la canoa sobre la cabeza; de modo que, juntando a duras penas los diversos artículos, me puse a correr e inmediatamente lo pasé en los matorrales, pero tan pronto como lo hube perdido de vista en una depresión rocosa, los engrasados platos, cucharones y demás volaron por cuenta propia, y mientras me ocupaba de volver a reunirlos el indio pasó junto a mí: pero apresurándome a sujetar a mi costal el tiznado cazo, partí de nuevo, no tar-

dando en pasarlo, y dejé de verlo en el porteadero. No lo menciono como una hazaña, porque mi carrera fue pobre y él tenía que moverse con grandes precauciones por temor a romper la canoa y quebrarse el cuello. Cuando apareció, bufando y sin aliento como yo mismo, en respuesta a mi pregunta sobre dónde había estado, dijo, «Rocas cortar pies», y, riendo, añadió, «Oh, mí gustar jugar a veces». Contó que él y sus compañeros cuando llegaban a un porteadero de varias millas solían probar quién lo recorría primero; puede que cada uno con la canoa en la cabeza. La marca del cazo tiznado en mi costal de hilo marrón me duró el resto del viaje.

Hicimos un segundo porte por la ribera oeste, rodeando unos saltos aproximadamente a una milla más abajo. En tierra firme había pinos noruegos, lo que indicaba una formación geológica nueva, y el terreno era tan seco y arenoso como no habíamos visto antes.

Cuando nos aproximamos a la desembocadura del East Branch pasamos frente a dos o tres cabañas, la primera señal de civilización después de lo de Hunt, aunque todavía no veíamos ninguna carretera; oímos un cencerro, e incluso vimos a un infante asomado a un ventanuco cuadrado para vernos pasar, pero al parecer él y la madre que lo tenía en sus brazos eran los únicos habitantes que permanecían en ese momento en casa en varias millas a la redonda. Eso nos volvió a la realidad, recordándonos que nosotros éramos viajeros, sin duda, mientras que él era un nativo de la tierra y nos sacaba ventaja. La conversación decayó. Si acaso se oyó únicamente al indio, preguntándole a mi compañero, «¿Cargó pipa?». Declaró que él fumaba corteza de aliso, como medicina. Al entrar en el West Branch en Nickertown, nos pareció mucho mayor que el East. Polis comentó que el primero estaba ahora acabado, que de aquí a Oldtown era todo agua mansa, y tiró la pértiga que había cortado en el Umbazookskus. Pensando en los rápidos, dijo un par de veces que no volverían a contar con él para ir por el East Branch; si bien él para nada quería significar todo lo que decía.

Las cosas han cambiado bastante desde que estuve aquí hace once años. Donde no había sino un par de casas encuentro ahora toda una aldea, con aserraderos y una tienda (la anterior cerró, pero su mercadería quedó mucho mejor almacenada), y había una carretera para diligencias a Mattawamkeag y rumores sobre una parada. De hecho, un barco había llegado una vez hasta tan lejos, con las aguas bien altas. Pero no pudimos conseguir azúcar, solo una tabla mejor donde apoyar la espalda

Acampamos a unas dos millas más abajo de Nickertow, sobre la margen sur del West Branch, cubrimos con ramas frescas las ya marchitas del lecho de un viajero anterior, y sentimos que ahora estábamos en una región colonizada, especialmente por la tarde, cuando oímos estornudar a un buey en un prado natural al otro lado del río. Donde quiera que una persona desembarque en la parte frecuentada del río, no ha de ir muy lejos para encontrar esos sitios de alojamiento temporal, un lecho mustio de ramas aplastadas, astillas chamuscadas, y puede que unos postes de tienda. Y no hace mucho tiempo que hubo lechos semejantes diseminados a lo largo del Connecticut, el Hudson y el Delaware, y mucho antes aun, por el Támesis y el Sena, que contribuyeron a formar el suelo en el que hoy se hallan jardines públicos y privados, mansiones y palacios. No pudimos conseguir ramas de abeto para el nuestro, y la picea resulta dura en comparación, ya que tiene más ramaje que hojas, pero lo mejoramos con cicuta. El indio comentó, como antes, «Hay que tener madera dura para cocinar carne de alce», como si fuera una máxima, y procedió a buscarla. Mi compañero asó una parte al estilo californiano, que consiste en poner una tira larga de carne alrededor de un palo y hacerlo girar lentamente con la mano ante el fuego. Le quedó muy bien. Pero el indio, que no aprobaba el método, o porque no lo dejamos cocinarla a su modo, no la probó. Después de la sopa habitual intentamos hacer una de lirios con los bulbos que yo había traído, porque era mi propósito aprender cuanto

pudiese antes de abandonar los bosques. Siguiendo las instrucciones del indio, lavé cuidadosamente los bulbos, piqué carne de alce y de cerdo, eché sal y herví todo junto, pero no tuvimos suficiente paciencia para realizar bien el experimento, pues él había dicho que la mezcla debía hervir hasta que los bulbos se hubieran desecho por completo, para espesar la sopa como si fuera harina; pero aunque los dejamos toda la noche, por la mañana los encontramos resecos en el cazo y todavía sin deshacer. Tal vez los bulbos no estuviesen aun lo bastante maduros, ya que generalmente se recolectan en otoño. En resumen, quedó bastante aceptable, aunque me recordó al espeso caldo irlandés. Los demás ingredientes eran suficientes de por sí. El nombre indio de estos bulbos es *sheepnoc*. Sin querer, revolví la sopa con una ramita pelada de arce, y el indio comentó que su corteza era un vomitivo.

Él se preparó para acampar como de costumbre, entre su piel de alce y el fuego, pero súbitamente se puso a llover y tuvo que refugiarse bajo la tienda con nosotros, donde entonó una canción antes de caer dormido. Llovió fuertemente durante la noche y nos estropeó otra caja de cerillas, que el indio había dejado afuera, ya que era muy descuidado; pero, como siempre, pasamos la noche mucho mejor porque la lluvia mantiene a raya a los mosquitos.

El Allegash y el East Banch – Parte 10

Domingo, 2 de agosto.

La mañana era nubosa y poco prometedora. Uno de nosotros le comentó al indio, «Anoche no estiró la piel de alce, ¿verdad, señor Polis?» En ese punto, este replicó, en tono de sorpresa, aunque puede que no de malhumor: «¿Para qué hacerme esa pregunta? Puede que ser su modo de hablar, puede que estar bien, no ser modo de indio». Yo había observado que no le gustaba responder más de una vez a la misma pregunta y que permanecía callado, como malhumorado, cuando alguien se la hacía para estar seguro. No es que fuera poco comunicativo, pues con frecuencia iniciaba por su cuenta un extenso parlamento: repitiendo con detenimiento la versión tradicional de una batalla, o un episodio de la historia reciente de su tribu en el cual hubiera desempeñado un papel destacado, lanzando de vez en cuando un prolongado suspiro y retomando el hilo con la pachorra de un cuentista, acaso después de salvar un rápido, mientras remaba. Especialmente después de finalizado el trabajo diario y de acomodarse para pasar la noche, se ponía inesperadamente sociable, exhibiendo incluso la *bonnomie* de un francés, y se quedaba dormido antes de concluir una frase.

Nickertow se encuentra a once millas del Mattawamkeag por el río. Nuestro campamento se hallaba, pues, a unas nueve millas de este último punto.

Esta mañana el indio estaba bastante enfermo con un cólico. Creo que le había hecho mal la carne de alce que había comido.

Llegamos al Mattawamkeag a las ocho y cuarto de la mañana, en medio de una llovizna y después de comprar algo de azúcar partimos nuevamente.

Como el indio empeoró bastante, nos detuvimos en la parte norte de Lincoln para conseguir un poco de brandy, pero como no lo había, un boticario nos recomendó píldoras Brandreth, que el indio se negó a tomar[1] porque no las conocía. «Mí, doctor», me dijo, «primero estudiar mi caso, descubrir qué tengo... después sé qué tomar». Avanzamos un poco más lejos y nos detuvimos a media mañana en una isla, donde le preparamos un cazo de té. Allí también comimos, lavamos ropa, y realizamos observaciones botánicas mientras él descansaba en la ribera. Por la tarde fuimos un poco más adelante, aunque el indio no mejoraba. El *Burntibus*, según lo nombró él, era un extenso tramo de aguas serenas como las de un lago más abajo de las Five Islands. Nos dijo que poseía cien acres en alguna parte de esa ruta. Como parecía avecinarse una tormenta, nos detuvimos frente a un granero sobre la ribera oeste, en Chester, más o menos a una milla más arriba de Lincoln. Allí finalmente nos vimos forzados a pasar el resto del día y la noche, debido al paciente, cuyo malestar no cedía. Yacía gimiendo bajo la canoa en la ribera, con expresión sumamente angustiada, aunque no se trataba sino de un vulgar caso de cólico. Nadie habría pensado, viéndolo tumbado de esa forma, que fuera el propietario de tantos acres en aquellos parajes, por valor de seis mil dólares, ni que hubiera estado en Washington. Me pareció que, como los irlandeses, hacía más aspavientos sobre su afección que los que haría un yanqui, y estaba más alarmado. Estuvimos hablando de dejarlo con su gente en Lincoln —pues es uno de sus hogares— y tomar la diligencia al día siguiente, pero él se opuso

[1]. Polis tenía razón: las píldoras de Brandreth eran una especialidad medicinal inútil que hizo rico a su inventor.

considerando el gasto, diciendo, «Suponer que mañana estoy bien, usted y yo ir a Oldtown a mediodía».

Estábamos tomando té al atardecer, mientras él seguía gimiendo echado bajo la canoa, cuando, habiendo descubierto «el mal que lo aquejaba», me pidió que le llevase un cazo de agua. Sosteniéndolo en una mano y tomando su cuerno de la pólvora con la otra, vertió cierta cantidad del polvo en el cazo, revolvió con el dedo y se bebió la mezcla. Eso fue lo único que tomó después del desayuno, aparte de su té.

Para ahorrarnos el trabajo de montar la tienda, una vez protegidas nuestras vituallas de los perros vagabundos nos instalamos, con permiso del dueño, en el solitario granero semiabierto próximo a la ribera, acostándonos sobre cuatro pies de espesor de heno recién recogido. La fragancia del mismo, en el que estaban mezclados numerosos helechos, etc., era agradable, aun estando plagado de saltamontes, cuyos movimientos eran audibles. Aquello sirvió para ser precavidos con respecto a acceder a las viviendas y a los lechos de plumas. Por la noche un ave de gran tamaño, probablemente un búho, anduvo revoloteando sobre nuestras cabezas, y bien temprano por la mañana nos despertaron los gorjeos de las golondrinas que anidaban allí.

Lunes 3 de agosto.

Partimos temprano antes del desayuno, con el indio considerablemente mejorado, pasamos al rato por delante de Lincoln, y después de otro prolongado y hermoso tramo que parecía un lago, nos detuvimos a desayunar en la orilla oeste, a dos o tres millas de dicha ciudad.

Con frecuencia dejábamos atrás islas indias, con sus pequeñas viviendas. El Gobernador, Aitteon, vive en una de ellas, en Lincoln.

Los indios penobscot parecen ser más sociables, incluso, que los blancos. En el territorio virgen de Maine se arriba de vez en

cuando a la cabaña de troncos de un poblador yanqui o canadiense, pero un penobscot jamás establece su residencia en tales soledades. Ni siquiera están dispersos por las islas del Penobscot, que se hallan todas dentro de la zona de los asentamientos, sino juntos en dos o tres —aunque no siempre en la mejor tierra—, evidentemente por motivos de sociabilidad. Vi una o dos viviendas que ahora no ocupaban porque, como dijo nuestro indio, Polis, estaban muy aisladas.

El riachuelo que desemboca en Lincoln es el Matanawcook, el cual es también, según vimos, el nombre de un vapor allí amarrado.[2] De modo que remamos y nos dejamos llevar, examinando las desembocaduras de los ríos. Cuando pasamos por la zona de remolinos, Mohawk Rips, o como la llamó el indio, «Mohog lips», a cuatro o cinco millas Lincoln abajo, él contó extensamente la historia de una lucha sostenida allí antaño entre su tribu y los mohawk: cómo estos últimos fueron vencidos mediante una estratagema, utilizando los penobscot cuchillos ocultos, aunque no pudieron durante mucho tiempo dar muerte al jefe de los mohawk, un hombre muy grande y fuerte, pese a atacarlo a un tiempo desde varias canoas cuando se encontraba nadando a solas en el río.

De vez en cuando nos cruzábamos con indios que iban río arriba en sus canoas. Nuestro hombre no acostumbraba a acercarse a ellos, sino que intercambiaban algunas palabras a distancia en su propia lengua. Fueron los primeros indios que encontramos desde que dejamos el Umbazookskus.

En los saltos llamados Piscataquis Falls, un poco más allá del río del mismo nombre, porteamos por la vía de madera sobre la margen oriental, que tiene alrededor de milla y media de extensión, mientras el indio se deslizaba por los rápidos. En este punto el vapor de Oldtown se detiene y los pasajeros suben a otra embarca-

[2]. En 1848 el *Mattanawcook* se convirtió en el segundo buque de vapor en arribar a Lincoln; estuvo diez años en actividad.

ción más arriba. El Piscataquis, cuya boca dejamos atrás aquí, significa «ramal». Está obstruído por saltos en su desembocadura, pero es navegable más arriba en *batteau* o canoa a través de una zona colonizada, incluso hasta los alrededores del lago Moosehead, y al principio habíamos pensado ir por esa ruta. En adelante no tuvimos que salir de la canoa debido a saltos o a rápidos, ni verdaderamente hubo tampoco necesidad. Hoy nos fijamos menos en el paisaje porque nos hallábamos en un territorio bastante poblado. El río se volvió ancho y de aguas mansas, y vimos una garza azul aleteando delante nuestro sobre la corriente.

Dejamos atrás el río Passadumkeag a la izquierda y vimos a la distancia las azules montañas Olamon en el sureste. Fue cuando nuestro indio nos contó extensamente la historia de su discusión con el cura con respecto a las escuelas. Él tenía un alto concepto de la educación, y la había recomendado a su tribu. Su argumento a favor de la misma era que si una persona ha ido al colegio y ha aprendido a calcular, puede «conservar su propiedad: no hay otra forma». Dijo que su hijo era el mejor alumno del colegio en Oldtown, al cual asistía con los blancos. El propio Polis es protestante y va a la iglesia regularmente en Oldtown. Según él, muchos en su tribu son protestantes, y muchos de los católicos están también a favor de las escuelas. Hace unos años tuvieron un maestro, un protestante, a quien estimaban mucho. Se presentó el diciendo que debían echarlo, y era tal su influencia, amenazándolos con que irían al sitio malo si lo retenían, que finalmente lo despidieron. Los partidarios de la escuela, aunque eran numerosos, acabaron cediendo. El Obispo Fenwick vino de Boston y empleó su influencia contra ellos. Pero nuestro indio les dijo a los suyos que no debían ceder, que tenían que resistir, que eran los más fuertes. Si renunciaban, el grupo se deshacía. Pero ellos respondieron que «era inútil, cura muy fuerte, mejor ceder». Al final, él los persuadió para que mantuvieran su postura.

[He aquí *otra versión de ese mismo incidente*]

El cura iba a por un pretexto para derribar el mástil de la bandera. De modo que Polis y los suyos realizaron una reunión secreta para tratar el asunto; él aprontó a quince o veinte fornidos jóvenes, los hizo «desnudar y pintar como en los viejos tiempos», y les dijo que cuando el cura y su gente fueran a derribar el mástil de la bandera ellos tenían que ir corriendo y apoderarse del mismo para impedirlo; y les aseguró que no habría ninguna guerra, solamente un barullo, «no guerra donde estar cura». Mantuvo a sus hombres ocultos en una casa cercana, y cuando la gente del cura estaba por derribar el mástil, la caída del cual habría sido un golpe de muerte para los partidarios de la escuela, dio una señal y sus jóvenes salieron corriendo y se apoderaron del mismo. Hubo un gran alboroto, y estuvieron a punto de liarse a golpes de puño, pero el cura intervino, diciendo, «guerra no, guerra no», y es así como el mástil permanece y la escuela sigue funcionando.

A nosotros nos pareció que aprovechar la ocasión para adoptar una postura demostraba un considerable tacto de su parte, y probaba lo bien que entendía a aquellos con quienes tenía que tratar.

El río Olamon entra desde el este en Greenbush, pocas millas más abajo del Passadumkeag. Cuando lo interrogamos sobre el significado de ese nombre, el indio dijo que frente a su desembocadura había una isla que se llamaba «Olarmon». Que en otro tiempo, cuando los visitantes venían a Oldtown, solían detenerse allí a vestirse, arreglarse o pintarse. «¿Qué era lo que usaban las mujeres?», preguntó. ¿Colorete? ¿Bermellón rojo? «Sí», dijo él, «es decir *carmon*, una especie de lodo o pintura roja, que solían conseguir allí».

Resolvimos que también nosotros nos detendríamos en esa isla y por lo menos contentaríamos nuestra panza cenando.

Era una isla grande, con abundancia de ortigas, pero no encontré allí ningún tipo de pintura roja. El río Olarmon, al menos en su desembocadura, fluye mansamente. Hay otra gran isla en este paraje, llamada por el indio «Suquen» (o sea, azúcar).

Aproximadamente a una docena de millas antes de Oldtown, el indio inquirió, «¿Qué opinar de este piloto?» Pero nosotros postergamos la respuesta hasta haber cumplido el regreso.

El «Sunkhaze», otra breve corriente lenta, entra desde el este dos millas más arriba de Oldtown. Se dice que el territorio adyacente es uno de los mejores de Maine para el alce. Preguntado por el significado del nombre, el indio dijo, «Suponer que ir por el Penobscot, como nosotros, y ver canoa salir de orilla y navegar delante suyo, pero usted no ver corriente. Eso es «Sunkhaze».

Previamente me había felicitado por mi forma de remar, diciendo que lo hacía «igual que cualquiera», y me llamó por un nombre indio equivalente a «gran remador». Cuando estábamos a corta distancia de la corriente, conmigo sentado en la proa, me dijo, «Yo enseñar a remar». Girando hacia la orilla, se levantó, vino y colocó mis manos a su gusto. Una de ellas fuera de la embarcación, y la otra paralela a la primera, asiendo el remo cerca del extremo, no sobre la parte plana, y me dijo que la deslizara para atrás y para adelante sobre el costado de la canoa. Esto, descubrí, era una gran mejora que no se me había ocurrido, que me ahorraba el trabajo de levantar el remo cada vez; y me llamó la atención que el indio no me la hubiese planteado antes. Es verdad que, antes de que nuestro equipaje se redujese, habíamos tenido que sentarnos con las piernas levantadas y las rodillas más altas que los bordes de la canoa, cosa que nos habría impedido remar de esta forma; o puede que a él le preocupase que el roce constante le desgastara el costado de la embarcación.

Yo le dije que había estado acostumbrado a sentarme en la popa y a levantar el remo con cada golpe, consiguiendo un impulso de palanca cada vez; y que todavía remaba como si fuera en la popa. Entonces él quiso verme remar en la popa. Así pues, intercambiando remos, pues el suyo era el mejor y más largo, y trocando nuestras respectivas posiciones, él sentado en el fondo y yo en el travesaño, se puso a remar muy fuerte, tratando de hacer girar la canoa, al tiempo

que reía mirando por sobre el hombro; pero viendo que era inútil, relajó el esfuerzo, aunque continuamos desplazándonos muy velozmente durante un par de millas. Dijo que no encontraba ningún defecto en mi forma de remar en la popa, pero yo me quejé de que él no remase en la proa según sus propias directivas.

Frente al Sunkhaze está la barrera flotante del Penobscot, donde son retenidos y clasificados los troncos que llegan de río arriba.

Cuando estuvimos cerca de Oldtown le pregunté a Polis si no se alegraba de volver a casa; pero su condición de salvaje era inmutable, y me dijo, «Para mí ser indiferente dónde estar». Así es como se muestra siempre ante los demás.

Nos aproximamos a la Indian Island por el estrecho canal llamado «Cook». El indio dijo, «Mí esperar que nos entre algo de agua aquí, río tan alto... nunca verlo tan alto en esta época. Agua muy agitada aquí, pero breve; inundar vapor una vez. No remar hasta mí decir, después seguir remando». Fue un rápido muy breve. Cuando estábamos por la mitad él gritó «remar», y pasamos sin que nos entrase una sola gota.

Poco después surgieron a la vista las viviendas indias, pero de entrada no pude indicarle a mi compañero cual de las dos o tres grandes y blancas era la de nuestro guía. Este último dijo que era la que tenía persianas.

Desembarcamos frente a su puerta a eso de las cuatro de la tarde, habiendo recorrido este día unas cuarenta millas. Desde el Piscataquis habíamos venido notable e inexplicablemente rápido, probablemente tanto como la diligencia que estaba en la ribera, aun cuando la última docena de millas habían sido de aguas mansas.

Polis quiso vendernos su canoa, diciendo que duraría siete u ocho años o, cuidándola, tal vez diez; pero no estábamos dispuestos a comprarla.

Permanecimos una hora en su casa, donde mi compañero se afeitó con la navaja de él, cuyas buenas prestaciones alabó. La se-

ñora P. tenía puesto un sombrero y lucía en el pecho un broche de plata, pero no nos fue presentada. La casa era espaciosa y limpia. Un gran mapa de Oldtown y la Indian Island colgaba de la pared, y del lado opuesto, un reloj. Como deseábamos saber las horas de partida de los trenes desde Oldtown, el hijo de Polis trajo el más reciente periódico de Bangor, que según ví estaba dirigido a «Joseph Polis» desde la redacción.

Fue la última vez que ví a Joe Polis. Tomamos el último tren, y llegamos a Bangor esa noche.

coeditado por:

© Héctor Silva (de la traducción)
© Baile del Sol (para esta edición)

Fotografía cubierta: Tito Expósito

Impreso por Publidisa

D.L.: SE-1969-2007 U.E.
I.S.B.N: 978-84-96687-17-2

©Ediciones de Baile del Sol, 2007.

OTROS TÍTULOS

Por tierras del Corán
- Octavio Santana Suárez
Viajeros, naturistas y escritores de habla alemana en Canarias
- Nicolás González Lemus
El territorio del silencio, un viaje por el Sahara Occidental
- Andrade
Viaje con burra por los montes de Cévennes
- Robert Louis Stevenson

ISBN 978-84-96687-17-2

Los bosques de Maine es uno de los relatos más tempranos y detallados del proceso de cambio en el Hinterland americano. Thoreau hace gala de una inmensa destreza al escribir sobre la naturaleza a través de su capacidad de observación y su compromiso de vivir conforme a ella.

Gobierno de Canarias
una tierra única

9788496687172
LOS BOSQUES DE MAINE THE MAINE